SEMILLAS DE LA NADA

TIZIANO SORBELLINI

SEMILLAS DE LA NADA

TIZIANO SORBELLINI

SEMILLAS DE LA NADA

TIZIANO SORBELLINI

Este libro está dedicado a mis padres, que me enseñaron a volar mucho antes de que me crecieran mis propias alas;

a mis hermanas porque permanecieron a mi lado en mi búsqueda del conocimiento, aunque eso significara estar lejos de casa;

a Alba: quien significa el despertar a mi nueva vida;

a los padres de Alba por abrirme las puertas de su casa, su cultura, sus conocimientos, sus pensamientos y sus corazones;

a mis amigos, a sus familias y a todas las personas que he conocido durante tantos años alrededor del mundo;

a Luce, mi perra, porque también sacrificó muchas horas de distracción para que yo terminara un libro sobre algo que ella conoce naturalmente y, mientras escribo esto, aquí está, esperando con un juguete en la boca;

a Delda M. Lagger.

PREFACIO

Este no es un libro como los demás.

No hay buenos ni malos y no te enamoras de los protagonistas porque no los hay.

Este libro ni siquiera está hecho para ser leído, sino para ser oído, para ser escuchado, como si fuera una voz oculta que nos habla desde el fondo del alma.

Es un espejo: si nos colocamos frente a él con dulzura y empatía, nos dejará navegar en un metaespacio de tesoros preciosos, si nos acercamos a él con arrogancia y prejuicio será un feroz mar tempestuoso imposible de domar.

Las palabras están impresas negro sobre blanco pero este libro da lo que recibe y el lector lee lo que es su propia esencia.

No se puede leer para "pasar el tiempo" porque es precisamente el tiempo lo que este libro devuelve.

Alba Muzzarelli
Profesora de Yoga y Meditación

CAPÍTULO 0

A veces se trata de sentarse cómodo en el sofá por las noches, especialmente aquellas noches que no valen nada, que están ahí para ser olvidadas porque a uno se le retuercen las entrañas de pensar en que no pasa nada, que uno se aburre de pensar que no pasa nada, y que pasa nada porque uno se aburre de que ni siquiera la nada sea capaz de pasar por casa.

A veces se trata de gozar de aquel silencio nocturno que solo las noches vacías saben sonar, tocar la soledad con las manos, acariciarle la cabeza lentamente hasta dejarla despeinada, desprolija con su autoestima por el piso, aplastada como la alfombra que evita que los pies mugrientos tengan que establecer contacto con las frígidas cerámicas rajadas y desteñidas; y tirar para abajo con fuerza pero con cariño de aquella cadenita dorada que cuelga de la lámpara y que por un sistema precario pero eficaz, desconecta el flujo energético que alimenta el foco que anda ya cansado de no quemarse, porque ¿para qué quiere uno la luz encendida si lo mismo va a cerrar los ojos? y aunque también se nos vengan ganas de tirar de alguna cadenita que desconecte el flujo de energía que nos mantiene vivos a nosotros -que también andamos cansados de no quemarnos- dejar de pensar para poder comprender lo incomprensible, porque uno primero debe pensar lo impensable para después concebir lo inconcebible que nos hará comprender lo incomprensible, y así, de una maldita vez por todas, comprender para dejar de pensar. No es entender, sino comprender, porque entender logicamente lo que sucede es lo que nos lleva a pensar, que sí, es el primer paso hacia comprender, porque primero uno tiene que entender que en esta vida es mejor comprender que entender, y si uno deja de entender y empieza a comprender, seguramente dejar de pensar le quedará más a mano. Es complicado, pero no imposible, porque uno dice ‘dejar de pensar’ como si fuese fácil, pero en sí, uno debería dejar de pensar para pensar que dejar de pensar no es fácil, sino simple; y que dejar de pensar sea una decisión, una acción, un estado alerta y activo en la nulidad de la nada. Simplemente pensar en no pensar en nada, exacto, pero sin pensar, sino sintiendo que uno no piensa en nada. Sentir la nada que no pasa por casa, pero saber que está, que existe, y que es en ese vacío de nada que se escribió aquella tan insignificante historia de los pasados y los futuros que no suman ni restan si uno la piensa dentro de ecuaciones lógicas limitadas, pero que cuenta cuando uno se decide a sentir y pensar en no pensar en la nada. La nada, aquel concepto tan

relativamente absoluto y tan absolutamente relativo. Pensar en no pensar en lo absoluto y lo relativo, sino en ese espacio gris, en ese vacío, en esa nada entre lo absoluto y lo relativo: el ser humano, el tiempo, el universo, el pasado absorbiendo el futuro, y la nada que no pasa por casa, pero que está en aquel lugar que si uno sería consiente de estar pensando, se le revolverían las tripas, se desahogaría en llantos infinitos de arrepentimiento por no haberlo visto antes, con lágrimas esporádicas que como nosotros y como todo, terminan siempre en el mar de la nada. Llorar en soledad, cerrar los ojos y llorar y con los ojos cerrados concentrarnos en mirar. Observar las líneas de la mano, no la que desarrollamos como parte de nosotros para usar, sino aquella mano que desarrollamos para que nos use y que nos mueve y nos moldea a su gusto y placer. Intentar recorrer sus líneas, imaginando el significado, prediciendo el futuro que se predice a sí mismo a través de las líneas de la fuerza motriz que abre y cierra esa mano: La ignorancia. La ignorancia que es ignorancia, no es ausencia de conocimiento, sino ignorancia, así, ignorancia, se escribe como se pronuncia, pero hay que recordar que hasta la ignorancia tiene sus leyes y sus formas, porque una ‘c’ y una ‘s’ pueden sonar iguales y uno lo ignora y lo pasa por alto, pero al escribir la palabra uno no puede ignorar que se escribe con ‘c’, porque a alguien se le ocurrió que sea así y no de otra forma, pero cuando uno recuerda este tipo de cosas, se le vienen las dudas y empieza a indagar en lo aprendido, en los recuerdos. De recordar se trata, de recordar lo ignorado, con términos específicos que nada tienen de especificidad y nada retiene entre términos. Recordar para existir, pero nunca, nunca, nunca existir para recordar. Recordar para existir en uno mismo y en los demás, y que sea la existencia misma a contarnos la historia que ignoramos. ¿Quién supiera contar los días en la eternidad? ¿Quién supiera desde que punto de vista la existencia razona, describe, vive y existe como existencia viva? ¿Quién supiera quién ignora? Ignora quien sabe de ignorar porque aprendió a hacerlo, de otro modo no sabría como, y de consecuencia no podría ignorar. Y cuando sabe ¿Cambia? ¿Existe el cambio realmente? ¿o lo que existe es solo una ilusión, la creencia, la leyenda de quien dice haber cambiado, tal vez por creer que ahora sabe más de lo que sabía antes, cuando en realidad siempre supo lo que sabe, pero lo había ignorado hasta olvidarlo?

Volver a no pensar. Sentarse en el sofá, tal vez con los pies arropados con algún tipo de tejido grueso para que el frío y la humedad que emanan las cerámicas no nos disturbe mientras intentamos no pensar. Relajarse y no pensar. No pensar en nada. No pensar en nada. No… pensar en… nada… No… pensar que uno se olvida de que no debe pensar, pero ahí va, pensando en lo que no debe, pensando en que la memoria le juega una mala pasada cuando

se trata de no jugar con la memoria, pero uno se olvida que tiene memoria y lo recuerda tan solo después de un rato largo de recordar. Es como que la memoria no se pierde, pero se esconde detrás de los recuerdos que nos recuerdan que la memoria está ahí, escondida, y que la estamos ignorando, y no la vemos cuando volteamos la cabeza porque está como un perfume que fuimos dejando en el aire a medida que caminamos, despidiendo esencias desde nuestros poros, y que nos pertenecen por derecho natural, pero que, tan solo por estar acostumbrados, ignoramos ese perfume que nos entra por las narices en ese acto automático de respirar, y que ignoramos, porque si uno no presta atención, se le pasan varias cosas, como el respirar por ejemplo, pero uno no se olvida de respirar, ni tampoco de recordar, sino que lo ignora. Ignorando respiros se nos pasa el tiempo. Se nos pasa el tiempo gastando respiros. Por cada respiro, una aguja delgada marca repentinamente el pasar del tiempo con un tic que inspira y un tac que exhala, y seguimos respirando sin darnos cuenta, porque ahora le damos atención al reloj, su tiempo, y su ruido. No lo vemos, pero está. Se siente por ahí colgado de la pared de la cocina, y eso que uno quería gozar del silencio nocturno, pero ahí estamos, entre tics y tacs que nos desconcentran y nos alejan de la nada que estamos buscando en el reloj, que no es la nada, pero que más allá de su mecanismo rebuscado, marca el fin y el inicio de un segundo casi al mismo tiempo; mejor dicho, al mismo tiempo que uno percibe como el tiempo, pero que en realidad lo está ignorando y tan solo se concentra en el sonido de los tics y los tacs que llegan a destiempo. Y ahí está la nada, en el medio. Y que hermoso llegar a no pensar y tirarse de cabeza en esa nada sin nadar desde el tic hasta el tac, sino sumergirse en las profundidades de esa nada donde todo pasa… todo pasa… todo pasa desde el futuro hasta el pasado hasta el futuro que se ve pasado y el pasado que sobrevive en las consecuencias, porque todo pasa esta noche…todo pasa en la nada donde todo pasó, todo pasa y todo pasó, todo pasó menos la nada.

Tic…

CAPÍTULO 1

"Un hombre se convierte en hombre cuando comprende su propio destino" se leía en un letrero luminoso que colgaba perfectamente en lo más alto de una solitaria torre de fierros. Las nubes espesas de polvo, arenilla y cenizas raspaban por debajo contra la estructura similar a un hilo de metal desteñido que parecía unir dos mundos: el de las estrellas apoyadas sobre el manto gris de las nubes, y el de las nubes que caminaban sobre la superficie del cuerpo oscuro de Madre. Desde arriba no se veía, pero por debajo de las nubes Madre estaba encastrada en la tierra como una garrapata de hierro gris oscuro, con su coraza fuerte y curva, y su vientre anclado a la vasta superficie del desierto. De su mismo color, se extendían en círculos concéntricos entrecruzados calles magnéticas que conectaban el núcleo de su existencia con el inicio de las tierras salvajes a su alrededor. Reinaba el frío silencio. La atmosfera priva de sonidos contrastaba el tráfico monótono, preciso y constante de parejas de camiones negros que circulaban a una distancia matemáticamente pre-establecida el uno del otro. Ni más lejos, ni más cerca. Un mecanismo de fría perfección que no solo era visible, sino que uno podría tocarlo o golpearlo sin que este sufriera alteraciones. Automáticamente venían despedidos del cuerpo de Madre los camiones que llevaban sus contenedores cargados de trabajadores, mientras que detrás de los mismos, salían casi pegados los cargados de herramientas y maquinarias; para volver al vientre vacíos, como un yo-yo que parpadea sus luces de colores camino hacia abajo, pero vuelve a enrollarse en la más profunda desolación hasta tocar la mano que lo vuelve a lanzar hacia abajo desenrollándose luminosamente en un sinfín de idas y vueltas. Con sus luces iluminaban la única choza metálica que por cada gota de luz que la chocaba con arrogancia, resplandecía como un ojo de fuego blanco en medio de días opacos y noches de tinieblas.

La mercancía se descargaba en lugares específicos elegidos por Madre. Cada uno de los trabajadores había sido creado con un objetivo y formado para desarrollar una, tan solo una tarea hasta el final de sus vidas productivas, siempre en conformidad con las necesidades de Madre. Madre pedía tan solo eso, porque del resto se ocupaba ella misma en la constante misión de poder ofrecer a sus hijos una vida tranquila, serena, sin preocupaciones. Cada día, cuando el sol comenzaba a esconderse bajo la línea del horizonte, Madre despedía sus camiones azules como tentáculos que iban a acariciar indirectamente cada uno de sus niños a través de bolsas de suero

especialmente formulado para alimentarlos y saciarles la sed. Una vez que tenían en sus manos los sueros, serían los trabajadores mismos a inyectarse en las venas el alimento antes de poder descansar cómodamente en sus respectivos lugares de trabajo, tal como Madre les había enseñado. Salvaguardar la integridad de cada individuo era una prioridad para Madre. Ella misma los había creado en su vientre y les había dado las posibilidades que cada uno de ellos se merecía por derecho a la vida, como, por ejemplo, el derecho a respirar. Cada año, para el aniversario de creación de cada uno de los ejemplares de los seres humanos de Madre, un camión amarillo llegaría silenciosamente y ofrecería al festejado un tanque nuevo de oxígeno que sería remplazado automáticamente en su mochila, incluyendo con generosidad una limpieza profunda de la máscara que cubría el tracto nasal, los delicados filtros de fibra sintética y el sistema de tuberías, robando poco o nada de tiempo de sus habituales tareas. El tanque era suficiente para un año solar entero, mientras que Madre ofrecía dadivosamente una proveeduría de tanques de por vida que consistía en nueve unidades para cada uno de los habitantes. Era posible que a veces los tubos se resquebrajasen, los filtros se deteriorasen antes de tiempo, los tanques tuviesen pérdidas de las válvulas gastadas; mientras otras veces, durante extraordinarios accidentes, el sistema de oxigeno podía también sufrir averías inevitables. Madre buscaba la perfección en ella, pero lo que producía estaba lejos de ser perfecto. Todo podía tener fallas o sufrir anomalías en la constante búsqueda de la perfección y Madre no buscaría una solución para semejante problema. La agenda era precisa, ajustada, y nada debía alterarla, ni siquiera este tipo de acontecimientos. Los trabajadores eran conscientes de ello, por eso no objetaban ni se dejaban llevar por laméntelas. Sabían perfectamente las prioridades, y el bienestar del prójimo era una de ellas. Ante tanta demanda de asistencia, el sistema se podría empalagar y si algo desarreglaba la rutina y la agenda de producción y reparto, otras personas podrían sufrir consecuencias inmerecidas. El bienestar del prójimo era un valor primordial sobre el cual Madre había construido la paz, la cooperación y el progreso que la caracterizaba. Por esto es que, ante cualquier inconveniente, cualquier accidente, cualquier riesgo al cual se podía exponer a la comunidad, la decisión de acabar con la propia vida se desencadenaba de igual manera que una necesidad fisiológica, si uno se convertía en un obstáculo para el normal y tan aspirado progreso. Lo recordaba el letrero: “Un hombre se convierte en hombre cuando comprende su propio destino”. Algunos kilómetros al oeste, esperaba ese destino en las profundidades de un cañón. No se preguntarían preguntas estúpidas, no dudarían de aquel cuasi-instinto, no pensarían, porque la razón común había entendido y aceptado el destino sin objeciones,

tanto como eran aceptados los objetivos, los derechos y responsabilidades. En si ¿para qué pensar en preguntas, si Madre ya había dado todas las respuestas?

La producción de seres humanos ocurría automáticamente en cantidades iguales y exactas, sea de machos como de hembras, sin que esto afecte la selección y designación de tareas o los derechos y las responsabilidades de estos. La igualdad, otro valor fundamental. Ante los ojos de Madre eran todos hombres, y ante los ojos humanos, eran todos hombres también, a pesar de aquellas protuberancias que exaltaban del físico de los machos y que las hembras carecían. Nada era dejado al azar, nada era una coincidencia, excepto las protuberancias, que parecían existir por existir, sin utilidad ni valor. Ella, Madre, era perfecta en su ambición de perfección. En cambio, aquellos seres de carne y hueso carecían de deseo alguno, que no sea el bienestar de Madre y de la comunidad. La historia ya había sido escrita para ellos, desde el principio hasta el final y ellos desconocían toda posibilidad de objetar esa posición de seres descartables. Existían por existir. Existían por y para Madre. Y eso les era más que suficiente. Se les había prestado la vida y sin protestar debían devolverla.

La educación era una parte fundamental en el proceso de producción. De acuerdo con las necesidades específicas del momento, Madre dedicaría sus energías a engendrar profesiones de utilidad. Albañiles, herreros, soldadores, constructores, etc.; con tiempos establecidos, lotes de numeración específica y calidad controlada y probada. Sin embargo, en sus pocos imperfectos, continuaba a producir y educar en su naturaleza artificial fuera de lógica alguna, seres con profesión de perforadores. Algún error de sistema tal vez, aumentaría el número de perforadores que serían enviados a los confines lejanos de las tierras salvajes a desarrollar en la mayoría de los casos una labor inútil, y, del mismo modo inútil, promovería la evolución de la tecnología desarrollada para la facilitación y la mejora en términos de productividad y velocidad en el desenvolvimiento de tal superflua tarea.

Los perforadores existieron desde el inicio de Madre. Ellos mismos habían facilitado que Madre se enraíce en esas tierras desiertas, y continuaban a hacerlo, pero las cantidades de perforadores superaban ampliamente las exigencias actuales. Sin embargo, ellos llevaban a cabo sus tareas con un objetivo común: buscar. Buscaban algo… algo desconocido, algo olvidado, algo que sorprenda Madre tal vez, algo… algo, lo que sea… algo. Ni ellos ni Madre sabían que buscaban, pero lo buscaban de todas maneras. De las profundidades emergían minerales, sales, metales, huesos, semillas preservadas, líquidos de colores oscuros y otros transparentes como el agua, y hasta en alguna ocasión

se habrían encontrado con ríos de magma subterráneos. Madre todo lo recibía y todo lo sabía, pero jamás había dado la orden de frenar las perforaciones, porque necesitaba seguir buscando aquella única cosa que le quedaba sin saber: lo que buscaba. Las operaciones de desenvolvían en los terrenos adyacentes a Madre empujando los confines de las tierras dominadas en las cuales extendería la instalación de sus calles magnéticas en su clásico estilo de tela de arañas circulares, llenando el vacío en cada ángulo, cada rincón de un desierto saturado de un silencio que no respetaba confines. Reinaba en las tierras dominadas, al igual que en las que esperaban serlo. La atmosfera constantemente entumecida refugiaba a los trabajadores a pesar de que en el periodo de formación habían sido bien instruidos en lengua, comunicación y modales. Se saludarían muy gentilmente inclinando apenas la cabeza, pero ningún sonido se atrevería a escapar de sus bocas carentes de labios. Ningún límite al dialogo había sido impuesto por Madre, pero, de alguna manera, con el correr de las generaciones, el uso de las palabras se había ido limitando a sí mismo, emergiendo solo en momentos de extrema urgencia.

Con las maquinarias y herramientas de última generación cada vez más silenciosas, lo único que sería capaz de hacer estallar como un vidrio ese sólido y pesado silencio, eran los episodios de inconsciencia que sufrían de vez en cuando los perforadores. Se exaltarían mostrando gestos exagerados que se hacían acompañar de indescifrables sonidos que escapaban desde lo más profundo de sus cuerpos, alarmando a los trabajadores vecinos en aquellos viejos tiempos en que era considerado una novedad, pero con la ayuda del tiempo, pasó a ser aceptado y normalizado, como un estornudo o la tos. Muchos fueron los que acusaron un deterioro de sus sistemas de oxigenación por esas reacciones incontrolables, o los que se pensaron un peligro para el bienestar de la comunidad y concluyeron sus destinos en el fondo del cañón. Sin embargo, la sorpresa no fue menor aquella vez que uno de ellos sufrió uno de esos ataques con una intensidad jamás vista. Tuvo una duración mucho más larga de lo normalmente aceptado y el estruendo de sus gritos fue tal que algunos de los que trabajaban en las cercanías se pararon para asistir al hombre tirado, mientras otros se encargaban de apagar el taladro que no paraba de girar amenazante y descontrolado. En el momento en el que la larga y gruesa broca estaba por perforar el esternón de aquel hombre en el suelo, un par de manos lo tomaron vigorosamente del cuello y lo arrastraron fuera de peligro, mientras varios intentaban domar aquel taladro como a un caballo salvaje al cual se le debía encontrar la tecla para apagarlo.

—Ya pasó —dijo con tono seguro la voz de las manos que aún le sostenían el cuello. —Puedes volver a tu puesto.

El Hombre, aún desparramado en la polvareda y la confusión, se sentó rápidamente. Después de controlar minuciosamente los tubos, el filtro y las válvulas del sistema de oxígeno, giró la cabeza por sobre su hombro, mirando con atención la presencia de Madre que yacía algo disminuida por la distancia y las cenizas y el polvo, como si fuera un tedioso punto de luz en el pálido horizonte. Sucumbió al perseguimiento de la escrita de aquel letrero “Un hombre se convierte en hombre cuando comprende su propio destino” y parecía finalmente comprenderlo. Sus pies se apoyaron de plano, sus piernas se extendieron rápidamente, y su espalda se irguió maravillosamente sin dolores, y comenzó a caminar hacia el oeste con pasos de vergüenza y repudio por sí mismo, pero con el orgullo de saber que alejarse no era solo la decisión correcta, sino que también era indiscutible.

CAPÍTULO 2

Se alejó del asentamiento cabizbajo. El panorama del cielo con la llanura a sus pies se escondía detrás del usual velo de polvo, arenilla y cenizas, y aquel disco ardiente y pálido que lo pintaba de un color naranja desteñido estaba siendo absorbido por la línea borrosa y desprolija del horizonte, tal cual fuese una gota de fuego en el mar. Su sombra larga y puntiaguda surfeaba las ondas de arenilla casi rojiza, penetrando como aguja sin piedad esa pared de polvos sutiles casi compactos, y sus huellas irregulares quedaban abandonadas mirando hacia el oeste esperando ser borradas lentamente por el viento, o quién sabe si una fugaz tormenta de arenilla podría sepultarlas en el sueño súbitamente, sin tener que pasar por una agónica espera que algunos llaman vida.

El polvo le ensuciaba la cara, las cenizas se le pegaban en la piel húmeda de sudor agrio y los granos de arenilla le rascaban con insistencia la superficie oscura y gruesa de la esclerótica de sus ojos. Cuanto más avanzaba, más cerca se sentía del centro de la tierra mientras se sumergía en el lago rojo, borroso y ardiente que la puesta de sol había creado en un paisaje que tan solo recordaba a una nada llena de muerte y de la nada misma. Si tan solo hubiese sabido que mucho tiempo antes de su creación había existido la idea de un infierno, habría esperado que el diablo lo recibiera en cualquier momento; pero en su ignorancia sobre historia, creencias y leyendas, lo único que le pasaba por la cabeza era la experiencia del desastre de sentir cosas diferentes a lo que había sentido todos los días de sus siete años de vida. Un hermoso desastre, un caos inesperado que le revolvía y le penetraba las tierras de sus convicciones como uno de esos taladros de broca atrevida que él sabía manejar muy bien, pero que ahora ya no manejaba, sino que se encontraba por debajo sufriendo justamente como si fuese esa arenilla y esa tierra. Sus ojos contemplaron un paisaje que nunca había visto. Su boca probó los sabores amargos de las cenizas que, a medida que avanzaba, el aire se adensaba de estas y la temperatura en su piel reseca indicaba un incendio inminente justo allí donde el sol se estaba escondiendo. Se sentía emocionado, lo cual también se sentía diferente a todo lo que había sentido alguna vez; porque dar aquel paseo para encontrar la muerte era la primera decisión que había tomado por cuenta propia. Mientras más lo pensaba, más lo sentía, y mientras más lo sentía, más se convencía de que dentro de sí se estaba gestando ya la segunda decisión que tomaría por sí solo, sin que ninguna idea o ley moral lo

criticase o lo reprendiese a través de un mea culpa. Poco a poco, demoró sus pasos, y decidir se convirtió rápidamente en una costumbre. Decidió observar las imágenes que lo rodeaban. Alzó la mano y jugó con el viento, moviendo sus dedos gruesos y retorcidos que a su vez blocaban el paso de la luz tenue y prolongaban una sombra ya casi imperceptible. Decidió también darse la vuelta y comenzar a caminar hacia atrás solo prestando atención a las efímeras sombras oscuras que crearía en el suelo mientras forzaba sus músculos descoordinados a avanzar en movimiento inverso. A veces se giraba y volvía a girar, perdiendo la noción de ubicación y direcciones, porque delegaba esas tareas a la presencia de aquel sol ya casi sumergido que evitaba que se perdiera entre tanto vacío. Apenas el sol brilló por su ausencia, rápidamente el manto que cubría el paisaje se hizo oscuro y raras ráfagas de viento lo envolvieron entre arenilla y cenizas, obligándolo a parar su marcha y su divertimiento, hasta que el sol decidiera volver para alumbrar desde su espalda el camino que debía recorrer. Siempre había estado solo, pero la noche lo hizo sentir en soledad, que era distinto al estar solo, y eso le pesó tanto como el hambre y la sed.

Por la mañana, despertó con el calor del sol naciente besándole los dedos de los pies, también tan deformes y retorcidos como aquellos de sus manos, y a su lado, la imagen de un extraño que lo observaba quizás desde cuándo.

—¿Has tenido uno de esos ataques, ¿verdad? —dijo el Extraño. Estaba envuelto en harapos poco flexibles, casi imposibles de distinguir de las gruesas costras de mugre vieja y el conglomerado de cenizas que habían tomado por la fuerza sea la piel como aquellas telas que algún día habían gozado de color—. y por eso andas buscando el cañón.

—Sí, señor —respondió el Hombre tragando un poco de saliva seca, y refregándose los ojos con las manos. De tanto en tanto se sopapeaba el cuerpo, aliviándose un poco del excedente peso del polvo que lo cubría—. ¿Está lejos?

—No mucho.

—Le agradezco.

El Hombre se puso de pie sacudiéndose un poco más, una tarea espasmódica, casi automática y tan interminable como el desierto alrededor. Dirigió sus pasos contra un viento del oeste que comenzaba a resistirse, como si quisiera tomar fuerzas para soplar el sol naciente como uno sopla para apagar una vela.

—No hay apuro —gritó el Extraño desde atrás de la cortina transparente de polvo y cenizas, completamente ignorado—. ¿Puedo ir contigo?

Por sobre el hombro el Hombre vio al Extraño como una silueta que

estaba encastrada en aquel disco pálido que asomaba a lo lejos.

—Por qué? ¿Tú también lo estás buscando?

—No. Vengo desde allá.

El Hombre paró sus pasos repentinamente, petrificado. "*Nunca nadie vuelve desde allí*", pensó.

Lo sorprendió que en pocos pasos el Extraño se le había acercado hasta tocarle el hombro con la mano. "*Con tanta luz y tanto polvo, las distancias parecen más largas de lo que son*".

—Te acompaño. Sígueme... —dijo el Extraño— ...pero primero respóndeme una pregunta: ¿Cómo te sientes?

El Extraño notó un cierto olor a dudas que se desprendía desde el Hombre, junto con el olor orgánico del ser humano.

—¿Jamás te lo han preguntado?

—Qué importancia tiene?

El Extraño tuvo un ataque de esos que interrumpen las conversaciones pero que a la vez parecen coherentes con significados precisos, si uno se dedicaría a intentar entenderlos sin demoras ni prejuicios. Era como que un excedente de energía hacia entrar en erupción el cuerpo y encontraba la descarga correspondiente en forma de suave electricidad que viajaba por las venas, desde el núcleo de su ser hasta la piel lejana de sus extremidades, casi debilitándolas, relajándolas y tensionándolas espasmódicamente, provocando deformaciones temporales en sus gestos y en sus expresiones faciales. Desde su tórax subían fuertes ráfagas de viento que se transformaban en vibración y luego en sonido que escapaban desde una boca abierta, hogar de una lengua solitaria, escamosa y gris. Alguno podría compararlo con la naturaleza de la toz o un estornudo repetitivo, pero, aun así, era una comparación poco fidedigna, porque uno podría resaltar que tanto el estornudo como la toz carecen de función fuera del área fisiológica que les compete. Por más o menos natural que sea, no dejaba de sorprender tal bizarra escena, cualquiera sea la situación de referencia.

—No me confundas con algo que no soy. Es normal que sospeches y te entiendo, he tenido que lidiar con estos ataques por mucho tiempo —dijo el Extraño.

Tenía una mirada demacrada y mantuvo la mueca mientras hablaba. Bajo las gruesas capas de ceniza y polvo de sus párpados, descansaban dos profundos ojos negros desde los cuales el Hombre podía verse a sí mismo en el reflejo. Se quedó asombrado porque la única diferencia entre él y el Extraño eran los harapos que el Extraño vestía, la falta del tubo que entrase por el centro de su rostro y el tanque de oxígeno en la espalda.

—¿Cómo puede ser que aun estés vivo...? —pregunto el Hombre.

—Bueno eso depende de cuales sean tus expectativas sobre la

respuesta.

—…Cómo sobrevives sin Madre? —Agregó el Hombre como si esta segunda pregunta fuera siempre parte de la primera.

—Si es por eso, entonces digamos que estoy muerto.

El Extraño caminó por el costado casi acariciando el brazo izquierdo del Hombre con el externo de su brazo derecho, mientras señalaba hacia adelante con su dedo índice el camino que debían recorrer.

—Tal vez estoy muerto. Tal vez soy tan solo un muerto demasiado curioso.

—Quién eres?

—¿Y tú? ¿Te has preguntado esas preguntas a ti mismo alguna vez? Las respuestas dependen de ti. Por el momento soy solo quien te acompaña al cañón.

—Por qué?

—Porque parece que tienes prisa.

—Bueno… no es que tenga prisa… es que…

—Entonces ven conmigo. -interrumpió el Extraño. -Eres curioso?

—Conozco la palabra. No creo saber que significa en realidad.

—¿Quisieras saber por qué tenemos esos ataques?

—¿Tú lo sabes?

—No. Debería mostrarte algo, quizás así consigamos entenderlo. Es peligroso, pero ya vas camino a la muerte de todas maneras.

—¿Qué es lo que sabes que yo no?

—Exacto. Eso es curiosidad. —afirmó el Extraño—. Eres un perforador, ¿verdad?"

—¿Cómo lo sabes?

—Uno aprende a identificar a sus símiles.

El Hombre parpadeó nerviosamente. La curiosidad y la arenilla continuaban a metérsele en los ojos. A veces inclinaba la cabeza, la sacudía, fruncía la frente y se complicaba entre hipótesis y teorías de lo que pudiera encontrar en aquel destino donde el Extraño lo estaba llevando. A él se le había prometido la muerte y eso es lo que andaba buscando, el resto era extraordinario. Todo lo que le estaba ocurriendo no era coherente con sus planes ni con su lógica. El Extraño que avanzaba algunos pasos por delante del Hombre, sea en sentido literal que metafórico, notaba hasta sin mirar la manifestación de las dudas a través de muecas y tics nerviosos. Lo entendía y lo comprendía, alguna vez habría estado también él en su lugar, pero muy bien sabía que no existían palabras para explicar lo que el Hombre debía ver por sí mismo.

Caminaron y caminaron. El sol se montó a piernas abiertas sobre el meridiano y su luz vertical acentuaba la profundidad de las sombras en la deformidad de la cara del Hombre que continuaba a responder con gestos y muecas cada vez más visibles y raras a sus propias dudas.

Pasaron las llanuras. Se adentraron en un pequeño valle de tierra rojiza entre dos pequeños cerros del mismo color; era tan insignificante que la palabra valle le quedaba grande. No les tomó mucho tiempo recorrerlo y en un parpadear de ojos se encontraron una nueva llanura llena de una nada pesada, absurda, donde las distancias se nutrían del cansancio físico y mental. El viento ya no solo se resistía, sino que comenzaba a intentar frenarlos a cachetazos bruscos y desatinados.

Caminaron y caminaron, y caminaron un poco más, sin sentarse, sin hablarse ni mirarse. Cada uno dentro de sí. El Hombre, entre gestos y muecas se propuso evitar pensar a las distancias. Se concentró en los remolinos de arenilla que no ayudaban, en la piedrita que venía pateando por horas, en Madre, en que se fue sin saludar, en las gotas de sudor grisáceo que le brotaban por las pieles calvas y le recorrían la frente interminable e infinita como el desierto; y de nuevo en la piedrita que se hacía más pesada y parecía hasta resistirse al impulso del pie, en que sus pasos se achicaban hasta casi no pasar la línea que trazaban perpendicularmente los dedos gordos de los pies adormecidos; quisiera tal vez dormir él también y que sus dedos piensen en la piedrita por sí mismos y abrir los ojos ya en ese maldito cañón que se hacía desear y que parecía alejarse a medida que avanzaban, y *"¿cuánto falta para llegar?"*; y de nuevo en la piedrita, "*¿quién me está pateando a mí?, ¿para qué tiene uno que renegar tanto solo para ir a morirse por ahí tan lejos?; la piedrita, la piedrita…¿en qué momento perdí la piedrita?"*

Faltaba todavía un poco. Siguió caminando sin olvidarse de la piedrita, sin olvidarse de Madre, sin olvidarse de las distancias, pero siguió olvidándose de sí mismo al pensar que Madre lo habría ya olvidado, que la piedrita lo había olvidado y que las distancias serían las mismas con o sin ellos que las seguían recorriendo. Caminaron hasta que el sol se les puso de nuevo en frente forzándolos a mirar hacia abajo, a cerrar los ojos, a cubrirse con las manos y los brazos de aquella luz que los envolvía y los enceguecía. Caminaron a ciegas, pero caminaron y caminaron y no pararon hasta que una sombra que no era la de sus manos les devolvió la vista. Una montaña solitaria con su punta desnuda por sobre el polvillo impresionó al hombre. Se alzaba como una pirámide desproporcionada en el lejano oeste con tal arrogancia que el paisaje que la rodeaba no podía hacer otra cosa que venerarla.

—Al otro lado, verás el cañón. —dijo el Extraño mientras se dejaba absorber por la montaña tanto como el Hombre—. Nunca me acostumbro a una vista tan imponente.

—¿Qué es?

—Basura.

Cuando llegaron a la montaña, el Hombre pudo distinguir varios taladros antiguos, herramientas oxidadas y tanques de oxígeno ya resignados al paso del tiempo. Las pilas de objetos inútiles parecían ser infinitamente altas desde el pasillito evidentemente traficado por donde pasaban, mientras que las gruesas paredes de la base se extendían más allá de lo que podían ver. Era un laberinto de chatarra con mil entradas, pero parecía no tener salida. Los caminos se hicieron más estrechos. El silencio fue reemplazado gradualmente por un zumbido constante que aumentaba a medida que avanzaban, junto con la sensación de un sutil pero perceptible estremecimiento de la tierra.

—¿Sientes eso? —preguntó el Extraño.

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—Creo que sí.

—Entiendo. No es fácil. —dijo el Extraño—. Ya casi llegamos.

Detrás de la montaña, el zumbido se convirtió en un traqueteo constante y lo que era solo una sensación de estremecimiento interno, se convirtió en un temblor notable, como si la tierra quisiera quitarse la carga de aquel bulto de encima.

El Hombre se quedó detrás del Extraño, pisando con cuidado donde él pisaba, imitando cada movimiento y forma que tomaba el Extraño; hasta que lo perdió por completo detrás de una densa nube de cenizas arrastrada por el viento más caliente que el Hombre jamás había experimentado. Trató de gritar pidiendo ayuda, pero el fuerte traqueteo absorbió el sonido de su voz, haciéndolo parecer como una sutil vibración dentro de su cerebro.

Al principio sus pasos se congelaron, adoptando el temblor del suelo como un movimiento natural de su cuerpo, pero tan solo por un instante hasta que los picos de las pilas a su espalda comenzaron a desmoronarse poco a poco, obligándolo a correr hacia adelante completamente a ciegas. Algunas cadenas cambiaban sus curvas en el suelo o se arrastraban de un lado a otro como serpientes de metal y algunas brocas gastadas volaban por los aires atraídas por los imanes que emergían de tanta chatarra acumulada. Ya no sabía si aquellos objetos lo golpeaban o era él mismo quien los golpeaba con los dedos de las manos y los pies, con las canillas, con los codos y los hombros desorganizando un poco más aquel caos con su torpe avanzar.

Un golpe seco en el pecho lo hizo detenerse de repente. La punta de los dedos de sus pies desnudos se encontró sin apoyo sobre el abismo, y debajo de ellos, una enorme bola de fuego, del tamaño de un sol de mediodía, exhaló un humo denso e hirviente que comenzó a derretirle todo el sistema de oxígeno. Los tubos se achicharraron, las válvulas explotaron y mientras el Extraño lo sostenía con una mano en el

pecho, con la otra le arrancó la mochila de los hombros con un movimiento continuo que empezó con un tirón y terminó con un aventón de todo el equipo al vacío ardiente.

—¡Bienvenido al cañón! —el Extraño gritó a un pelo de distancia de la membrana del Hombre. —¡Aquí es donde mueres!

El Hombre dio un salto hacia atrás y cayó al suelo retorciéndose nerviosamente y cubriendo desesperadamente tanto la boca como el pequeño agujero en el centro de su rostro con las manos.

—Sé que quema un poco, pero es cuestión de tiempo hasta que te acostumbres a respirar las cenizas de tus pares.

CAPÍTULO 3

Mientras la montaña parecía desmoronarse, ellos se quedaron sentados en el suelo mirando aquel punto final que les sugería la gigantesca bola de fuego al fondo del cañón. El Extraño tuvo un ataque justo cuando el Hombre se estaba recuperando del impacto que las cenizas calientes habían tenido en sus entrañas.

—¿Por qué harías algo así? Me sentí morir —dijo el Hombre olvidándose del por qué se encontraba ahí.

El ataque parecía haber silenciado al Extraño. Estaba consciente y podía oír todo lo que decía el Hombre, pero su cuerpo estaba demasiado ocupado lidiando con unos extraños calambres abdominales y una liberación espasmódica de energía que hacía que sus extremidades se movieran como si tuvieran vida propia. Pasó un rato antes de que pudiera pronunciar algunas palabras de manera inteligible.

—De todos los que he visto, tú eres el único que ha saltado hacia atrás.

—Entonces… no soy el primero?

—Y espero que no seas el último. Vamos. —El Extraño se puso de pie y agarró la mano del Hombre tirando de él suavemente—. Tan solo un poquito más y ya casi llegamos.

El Hombre miró a su alrededor y todo lo que podía ver era humo denso y gris, el resplandecer de un sol que parecía haberse escondido allí bajo sus pies, y tan solo la silueta borrosa del Extraño que poco a poco se alejaba, casi perdiéndose en aquella pesada nube de humo.

—¿Dónde? —preguntó el Hombre con un grito.

—No es dónde, sino qué. Recuerda esto: nunca habrá justicia en la descripción de una experiencia. —El Extraño volvió por un instante acercándose de nuevo a ese pelo de distancia de las membranas del Hombre que parecía asegurarle ser escuchado como deseaba merecerse.

—Tendremos que tener cuidado en el camino. Solo asegúrate de hacer todo lo que te diga. Desde aquí tenemos que caminar por el borde del cañón hacia la izquierda. Cuenta tus pasos hasta 12, ni uno más, ni uno menos y detente inmediatamente. De lo contrario, terminarás en los pulmones de otra persona. ¿Entendido?

El Hombre asintió con desconfianza y, con cuidado, se puso de pie mientras todo el lugar se estremecía nerviosamente. A lo largo del borde las herrumbrosas chatarras convulsionaban solas, avanzando hacia su caída libre dentro de las fisuras de un suelo que parecía

debilitado que las devoraba como presas cansadas y las tragaba como arena con su garganta de fuego.

—Cuenta los pasos conmigo… comenzamos… ¡Ahora! Uno. Dos. Tres... —El temblor constante hizo que un taladro cayera sobre el pie derecho del Hombre. El Extraño tomó al hombre de un brazo justo antes de que la inercia lo lleve a resignarse a la voluntad de la gravedad, y de un tirón forzó el cuarto paso.

—…Cuatro… —El Hombre se detuvo y apoyó las rodillas por sobre las chatarras y las cenizas agarrándose el tobillo e hizo un estúpido intento de mirar hacia atrás interrumpido por la mano del Extraño.

—…No hay vuelta atrás —gritó el Extraño mientras tiraba del brazo del Hombre haciéndolo avanzar de rodillas.

—Cinco… Seis… Siete… —El Hombre intentó ponerse de pie, pero el dolor volvió a debilitarle las piernas.

—Ocho. Nueve…

El estremecimiento se convirtió en un temblor persistente y aparentemente perpetuo empujando las pilas de desechos que comprimían el camino como una pared en movimiento. El fuerte zumbido y el repiqueteo de los metales enloquecidos, golpeándose los unos contra los otros les hacían resentir haber sido creados con membranas tan suaves y sensibles, o haber pasado tanto tiempo en silencio. El Extraño se dio la vuelta y tomó al hombre con las manos levantándolo con una fuerza que normalmente no tenía, y lo cargó con sus pies colgantes acariciando el suelo y golpeando de vez en cuando contra las herramientas, las piezas de metal y las piedras que se encontraran en el camino.

—…Diez… Once… Doce…

El Extraño tomó un cable de metal con una mano mientras que con la otra sujetaba al hombre por la cintura y saltó pesadamente desde el borde del cañón hacia la espesa nube de humo hirviente. Se balancearon a lo largo de la pared del cañón y fueron absorbidos rápidamente por un pequeño túnel. Rodaron juntos sobre todo tipo de rocas calientes hasta lo que parecía ser el final del túnel y luego cayeron una vez más a través de un agujero perfecto hasta los terrenos más profundos del cañón. La burbuja de profundo silencio estalló con el golpe repentino de sus cuerpos contra el suelo hueco que desprendió de su superficie unas pequeñas partículas de polvo que se suspendieron en el espacio y lentamente volvieron a caer verticalmente, víctimas de la ausencia de corriente de aire.

—¿Estás herido? —preguntó el Extraño murmurando.

—No lo creo. Solo mi pie parece estar hinchado.

El lugar estaba cubierto de mugre que de alguna manera había suavizado los aterrizajes de ambos. Era un pozo mal iluminado, perforado por taladros de sexta generación. El Hombre se dio cuenta

porque había sido la última generación en sufrir sobrecalentamiento y desgaste, dando así una sutil pero perceptible forma cónica a cada agujero hecho. Si uno prestaba mucha atención al muro, era posible decir dónde había sido cambiada la broca. Eso es todo lo que había, un duro muro rodeándolos.

Nuevamente, el Extraño tuvo otro ataque, levantando los brazos y moviéndolos espasmódicamente.

—Esto es todo. Bienvenido a la Semilla. Aquí es donde comienza el viaje —dijo con dificultad en su pronunciación, como si se estuviera atragantando con sus propias palabras.

Sus talones resquebrajados golpearon el suelo repetidamente. Los golpes contra el metal hueco resonaron en el lugar, rebotando contra las paredes de roca dura y volviendo a las membranas del Hombre como un rasgueo de mano. Su traducción en tan suave vibración, no solo despertó una sensación chispeante en su gruesa piel casi entumecida, sino también sus sentidos, viendo colores donde reinaba la oscuridad.

El Extraño se arrodilló y arrastró el dedo hasta que una escotilla gris oscuro apareció debajo del polvo.

—Muévete —dijo el Extraño antes de girar una pequeña traba a forma de rueda y tirar de ella hacia arriba.

Se escuchó un crujido y su eco volvió a acariciar las membranas del Hombre, casi con la misma intensidad que el aire comprimido inesperadamente liberado hizo con su rostro.

La escotilla se abrió. Se encendió una luz fría. Una simple escalera antigua se desplegó con cierta dificultad sobre los engranajes que permitían su movimiento. El diseño rectilíneo, las bombillas que parpadeaban ocasionalmente y los materiales utilizados en la construcción daban la impresión equivocada de que eran de primera o tal vez de segunda generación, pero el insoportable olor pútrido indicaba que incluso el tiempo se había echado a perder.

Unos cuantos tornillos, pernos y clavos oxidados yacían sueltos en los escalones, temblando solos y lejos de sus tiempos dorados de utilidad. El Hombre los miró más de cerca y tocó con su índice uno rojizo y puntiagudo enfocándose en el dolor que un objeto tan pequeño e irrelevante le causó cuando se le encastró entre la piel y la uña.

—Ten cuidado con tus pasos. Esas cosas, por más fútiles que parezcan, pueden hacerte mucho daño —advirtió el Extraño al hombre mientras caminaba al frente bajando por las escaleras como un experto—. Y debes saber que las reglas de Madre también se aplican en este lugar. Cualquier cosa que encuentres, no es tuya. ¿Entendido?

Asintió mientras aún procesaba la idea de que esas vanas y delgadas

piezas de metal podrían haber sido las predecesoras de las enormes y pesadas brocas de tecnología avanzada que había manejado toda su vida. Se movían como en constantes escalofríos, como pequeñas piedras que respondían a los movimientos internos del suelo, como si alguien las estaría haciendo vibrar mientras perfora las duras tierras que los sostienen, violando forzadamente el suelo con despiadados pedazos de metal espiralado, revolviéndole las entrañas y develando lo que el tiempo había escondido entre polvos y cenizas. Reconoció ser una de esas brocas sobrecalentadas, penetrando donde no le correspondía, no porque pensara que ese tubo mal iluminado, el traqueteo constante, la atmósfera asfixiante, o el espacio tan confinado y claustrofóbico le fuese raro y le inspirase el miedo de ser demasiado frágil arriesgando partirse al medio; sino porque estaba convencido de que pertenecía a otra parte, que la broca pertenecía al taladro porque era este el que la hacía girar. En ningún momento se le ocurrió considerar que la broca en sí era solo metal moldeado que alguna vez había pertenecido a los terrenos que estaba perforando.

—¿Qué tan profundo debemos ir? -preguntó el Hombre.

—Yo diría que estamos yendo hacia arriba, pero cada uno tiene su opinión —dijo el Extraño, justo antes de desaparecer en un punto oscuro.

El Hombre bajó las escaleras sin ningún sentido de dirección. Cuanto más caminaba, menos avanzaba. Todos los objetos parecían estar en el mismo lugar cuando pasaba junto a ellos una y otra vez, caminando en un bucle de él y solo él mismo en soledad con las escaleras. Nunca antes había sentido desesperación. Ésta sería su primera vez. Se sintió solo, abandonado, y por un tiempo pensó que hubiera sido mejor cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo y acabar con todo dando un solo paso hacia el fuego en el cañón. "*¿Qué me hizo retroceder?*" pensó. Sus pasos intentaron volver a subir las escaleras, pero ya no sabía si subía o bajaba. Arriba o abajo eran solo ideales porque, de alguna manera, caminaba en círculos. Se sentía oprimido por el lugar, tiranizado por el Extraño, indignado por sus propias decisiones y, sobre todo, sentía ira. Su respiración se acortó y sus pulmones se encogieron. Su musculatura se tensó con fuerza como las rocas en las que se encontraba sumergido, sus manos se convirtieron en puños, y su viejo deseo de la muerte que se había prometido se convirtió en un cruel e infructuoso intento de lograrla por sus propias manos.

Cuando despertó, su cuerpo colgaba de forma irregular de los escalones. Mientras estaba sentado se quitó los tornillos y pernos que se le habían encajado entre las pieles de las manos y los pies, y después de un tiempo, el dolor llenó el vacío que había dejado la ira, y justo después de eso, siguió una vida sin esperanza y sin sentido,

bajando las escaleras como el niño que era y el Hombre que pensaba ser.



El ritmo interno del Hombre era demasiado rápido para el paso tan lento del tiempo. El aburrimiento se hizo pesado en el aire. Las preguntas se volvieron sólidas sobre sus hombros mientras el lugar permanecía igual. Su atención vagó de la sangre coagulada en sus extremidades a las heridas abiertas y la reacción dolorosa inmediata al toque de sus dedos; de los tornillos al túnel infinito; desde el precario techo de metal sobre su cabeza hasta el pequeño y polvoriento trozo de vidrio cuadrado en el piso que no había notado antes, aunque había estado allí todo el tiempo, reflejando sus pasos al pasar: un espejo del tamaño de su mano, de apariencia opaca producto nada más que del tiempo y sus consecuencias.

El Hombre podía verse a sí mismo mejor de lo que podría haberlo hecho en los ojos oscuros del Extraño. Una maravillosa sensación llenó sus sentidos al descubrir lo que fue un redescubrimiento de sí mismo como criatura viviente. Después de limpiar el polvo, vio lo que era y se consideró a sí mismo como solía considerar a los demás, por primera vez. Hizo un gesto con la mano, y el reflejo hizo lo mismo, y cuando se sorprendió, el reflejo también lo hizo.

Observó todo de sí: las muecas expresivas en su rostro, la postura encorvada de su espalda, la tensión extrema en sus hombros estirando la piel del fuerte tórax sobre su diminuta cintura pobremente desarrollada, sus brazos y piernas desproporcionadamente largos, la protuberancia que le cuelga muerta de las ingles, las pálidas costras que cubren los poros, los huesos puntiagudos que casi perforan su cutis calloso haciéndolo parecer transparente de alguna manera, especialmente en la parte superior de su cabeza calva de forma ovalada, y las profundas pupilas de cristal oscuro cubiertas por una gruesa membrana negra translúcida observándose en una secuencia infinita de imágenes y reflejos.

Admiró lo repulsivo y espantoso que era el cuerpo humano, con esas protuberancias colgando dentro de largas bolsas de piel fofa, arrugada y rancia, mientras las acariciaba con la misma curiosidad que lo había llevado a darse cuenta de que tenía una forma, un peso y una existencia real. El espejo había absorbido su atención y su cuerpo se había convertido en una obsesión. Cuanto más detalladas eran las observaciones, más se preguntaba al respecto. Presionó su vientre y tocó las entrañas por dentro, sintiéndolas moverse en una vibración que le recordó el constante estremecimiento del tubo que lo hospedaba. Las largas venas visibles funcionaban de la misma manera,

comenzando y terminando en su propio corazón palpitante que no podía ver, pero si sentir a través de su tórax que traducía la vibración en una especie de sonido vital.

Una mano se le acercó desde el costado y tocó su hombro. El Extraño apareció detrás de él en el reflejo y él solo reaccionó acercándose al espejo y observando el reflejo del Extraño desde cerca.

—Nos parecemos. —dijo el Hombre.

El Extraño se quitó los pesados harapos y dejó al descubierto su cuerpo desnudo señalándose con las manos las ingles que carecían de los apéndices que el hombre se había encontrado a sí mismo.

—Eso no hace ninguna diferencia. —añadió el Hombre.

—Has conseguido llegar a la Semilla —dijo el Extraño con un tono de voz tranquilizador mientras bajaba las escaleras pero que en el reflejo del espejo su imagen parecía subirlas.

—Déjalo donde lo encontraste. Ahora podemos proseguir.

—¿Dónde?

—Tu existencia puede parecer tan real y tan extraña al mismo tiempo si no eres capaz de ver lo que hay por dentro.

El Hombre dejó el espejo en la posición exacta en que lo había encontrado, y mientras se giraba para seguir bajando las escaleras, encontró el toque de las manos del Extraño en su frente, convirtiendo todo en una oscuridad absoluta. Los sentidos reales desencadenaron pensamientos surrealistas que desencadenaron sensaciones absurdas que alimentaban pensamientos también surreales que causaban sensaciones también absurdas en un sinfín de causas y consecuencias. Los eventos reales y tontos sucedían en un bucle desestructurando todo su ser, aumentando la experiencia a niveles insoportables, solo para dejarlos caer en un santiamén hasta casi la inexistencia. Sus miembros quedaron inmóviles, como parte de un cuerpo que no era el suyo, que podía mover, pero no quería. Su peso desapareció; era como si la estructura de su cuerpo hubiera sido inflada con aire haciéndolo flotar, dándole solo una sensación que podía sentir; porque para ese momento, todo su ser se había alejado de cualquier implicación sensorial. De alguna manera, había escapado de ese mundo, del niño que era y del Hombre que estaba convencido que debía ser, liberándose de los pensamientos y emociones que se basaban en su percepción, desnudándose de su cuerpo y abandonándolo sentado contra la pared, observándolo desde afuera de sí mismo. Era ese estado de olvido en el que todo estaba lleno de nada y las posibilidades eran infinitas.

—Ahora puedes comenzar tu viaje.

CAPÍTULO 4

Al final de las escaleras, se materializó una cabina detrás de la gruesa cortina de metal. El Hombre se había desvestido de su cuerpo como un actor se quita la máscara y las vestiduras después de una obra de teatro. La absurda luz cálida no le quemó los ojos, pero impresionó su vista. El fuerte zumbido no afectó sus membranas, pero tuvo impacto en su capacidad de oír. El frío no le erizo la piel, pero podía sentirlo a través de un hombre arrugado sentado como un feto podrido contra la pared, mirando por la única ventana que había en un lugar tan estéril y sin vida. Afuera, el universo brillaba con la mejor versión de sí mismo, envuelto por su vasto infinito. En el interior, la cabina se reducía a unos pocos metros, delimitados por cables, enchufes y placas de ordenador que parecían vivir por sí mismos. Focos de colores parpadeantes de todos los tamaños decoraban la habitación de manera triste y decadente, añadiendo un toque seco de desolación al ambiente blanco y solitario en el que el tiempo parecía afectar tan sólo al hombre que no se despegaba de la pared. Ese hombre era diferente del cuerpo del Hombre que aún estaba allí abandonado en un rincón, pero en alguna otra dimensión, alguna otra realidad. Parecía un ser humano ordenado y bien formado, siempre repugnante sin lugar a dudas, pero diferente. Su tez era blanca con manchas oscuras esparzas por toda la piel profundamente arrugada que dejaba al descubierto de las telas de su camisa y su pantalón: claros signos de etapas avanzadas en el proceso inminente de descomposición. De entre los botones y por debajo de las mangas arremangadas, se asomaba la piel cubierta de pelos grisáceos sutiles, un pelaje inútil, triste y suave como si su piel hubiera absorbido la soledad y falta de vitalidad de aquella cámara de hierro en la que se encontraba. Su cabeza calva era redonda y tan brillante que uno podía ver el reflejo de las luces de colores si uno prestaba bastante atención. Respiró pesadamente por su huesuda y exuberante nariz. En su boca, los dientes habían madurado como frutos esperando una sutil briza para dejarse caer, pero a primera vista, toda la atención se concentraba en sus dos globos oculares cristalinos, con sus brumosas pupilas negras rodeadas de iris gris hielo. Su mirada estaba ausente y estática hasta que un fuerte pitido lo arrancó de sus pensamientos y se puso de pie en una alerta rara y confusa. Los pocos movimientos de los que era capaz eran determinados, pero ralentizados por su estructura encorvada; como si su cabeza pesase demasiado para su frágil columna vertebral.

—¿Estoy en el espacio? —gritó el hombre torcido, contorsionado, con la extraña pronunciación de una boca tan decadente como esa podía ser capaz a aquellas computadoras que lo rodeaban como lo haría un ejército reteniendo un prisionero. Murmuró para sí mismo y para todos los que no estaban allí, como si dejara que sus pensamientos se escaparan de su boca de mala gana con la misma fluidez que escapaba su aliento pútrido. Finalmente se puso de pie y paseó presionando con sus dedos delgados todo lo que se le ocurría. Encendía y apagaba máquinas sin ningún propósito razonable. A veces acariciaba la pequeña ventana redonda sellada perfectamente, miraba de cerca a través de ella por un rato hasta que inesperadamente se enfurecía y se perdía en alguna especie de desesperación que parecía convertirse en dueña de sus acciones agresivas hacia todo lo que lo rodeaba, golpeando y palmeando y pateando cualquier cosa inerte que se encontrara en su camino, solo para volver a arrodillarse y apoyar su cabeza contra esa pequeña ventana de nuevo, agotado y resignado. Miraba la única compañía agradable que creía tener: la cercanía de las estrellas mezclada con la imagen suavemente reflejada de su rostro demacrado.

La impotencia llenó los sentidos etéreos del Hombre que observaba a aquella tan pobre criatura arrastrándose en su miseria, mientras veía y escuchaba, pero no podía responder. Ambos miserables e indefensos entes viajaban en el tiempo y el espacio a expensas de su propia experiencia. Ambos buscaban respuestas demasiado complejas para su simple, fútil y absurda existencia. Uno se preguntaba por qué seguía vivo, el otro que intentaba entender si ya estaba muerto, mientras un tercero abría la escotilla de la cabina buscando un modo de sobrevivir. Un triángulo de incoherencia.

La tercera criatura abrió la escotilla redonda de metal que conectaba esa cabina con otra, similar pero brumosa, con extremas dificultades la mayoría de las cuales las proporcionaba su propio cuerpo. Se arrastró adentro vistiendo solo su piel húmeda de color rosa y sus huesos prominentes exhibiendo protuberancias anormales, como si la formación de su cuerpo se hubiera detenido antes de tiempo: sin boca ni oídos, la longitud de sus piernas extremadamente desequilibrada, un número desigual de dedos de manos y pies y órganos internos expuestos en color y textura a través de la piel transparente extremadamente delgada de su vientre. Apenas vio al hombre junto a la ventana, sus ojos ensangrentados iluminaron su pálido semblante inexpresivo. Era como si la esperanza desesperada se hubiese materializado frente a él. Intentó comunicarse a través del toque de sus dedos deformados y la mirada lastimosa que transmitían sus ojos. El hombre reconoció la presencia del monstruo a su espalda, y con un salto repentino, se puso de pie y caminó hacia atrás como si

hubiera visto su propia muerte tratando de tomar su último aliento.

El hombre no tenía más espacio para retroceder. A su espalda, la ventana y el universo exterior observaban, mientras frente a él el universo se manifestaba a través de la piel translúcida, con vasos sanguíneos y órganos y huesos débiles contenidos en una bolsa de cuero extremadamente frágil. El monstruo miserable se elevó para soportar el peso con sus débiles brazos un par de centímetros sobre el piso de metal, ofreciendo poca resistencia a la inevitable fuerza centrífuga y su consecuente gravedad artificial.

Sus ojos lloraban enormes lágrimas de sangre al más mínimo esfuerzo, como si su miserable ser hubiese encontrado la forma correcta de jugar con su dolor físico, como dedos hurgando entre sus fibras nerviosas haciéndolas vibrar como cuerdas. Esas lágrimas pronto se convertirían en héroes para aliviarlo de una existencia tan pobre e inútil, aunque si por dentro de su cráneo deformado su cerebro deseaba seguir con vida tan solo por estúpida inercia. En su insistente intento de acercarse al indefenso hombre, una de sus manos resbaló hacia atrás sobre un poco de sus propias lágrimas de sangre y su pecho golpeó fuertemente el suelo. Un crujido y una explosión interna visible se tradujeron en una muerte lenta y dolorosa. El monstruo no podía expresarse con otros sonidos que no fueran el sonido profundo e interminable de sus delicados huesos estallando como cristales y con gestos convulsivos que duraron más de lo que el hombre junto a la ventana podría soportar sin desmayarse.

Mientras tanto, del otro lado de la ventana, nada se había movido. El universo era solo una pintura, una imagen, una sustancia estática, sólida, sin influenciar ni siendo influenciada. El resto parecía ser ese eterno tic que resonaba en la mecánica profunda del desánimo. Un tiempo oscuro que debería durar hasta el final del pobre hombre. Una noche constante que sólo unas pocas bombillas cálidas encendidas persistentemente podrían atenuar. El sol permanecía frío y sin sentido muy por detrás de la cabina mientras que, en el interior, el tiempo se medía por la aparición del cadáver de aquel monstruo que había iniciado aquella etapa final de descomposición que había nacido para completar.

Los dos cuerpos tangibles descansaban en el suelo mientras aquel cuerpo etéreo los observaba. Solo uno se despertó, sumergido en la sangre gelatinosa del otro. Se culpó a sí mismo en voz alta mientras golpeaba a la criatura con el dedo del pie sin esperar respuesta. Simplemente se quedó allí, tan repulsivo como cuando sus articulaciones y músculos sucumbían al flujo doloroso e inquieto de la energía vital. Líquidos, gases y olores desagradables envolvían al hombre que aún podía mantener su estado de descomposición a un ritmo más lento que el del otro.

“¿Qué he hecho?” pensó mientras seguía tocando el cadáver con una mezcla de asco, lástima y culpa.

No fue hasta que el aire se volvió irrespirable que decidió tomar su primera acción más allá de lloriquear y lamentarse. Tomó el cadáver, lo arrastró dejando un largo rastro de sangre en el piso y lo depositó al otro lado de la escotilla que cerró y trabó de una vez, casi sin pensar en sus acciones.

El golpe seco de una voz de metal rompió el silencio reinante seguido de tres clics apenas audibles.

—Sistema de seguridad activado. Bloqueo de escotilla siete, tres, cuatro... La escotilla se ha bloqueado con éxito. Iniciando rutina de monitoreo de pasajeros. Error Saco de dormir inteligente. Todos los pasajeros y miembros de la tripulación deben regresar a su Saco de dormir inteligente. Si el saco designado no funciona, pruebe con otro. Recuéstese boca arriba, relájese y actívelo presionando el botón verde ‘Viaje seguro’. Existen... cero... sacos de dormir inteligentes operativos en este momento. Preparando informe de salud.

El hombre sintió un cosquilleo en el carpo y vio que una pequeña luz roja le parpadeaba bajo la piel. Su corazón se aceleró tanto que se podía ver su camisa temblar suavemente y, mientras más batía, mas vibraba y mientras más vibraba más se ponía nervioso por no poder controlar ni el corazón ni la luz que le pulsaba en el carpo del brazo derecho y le hacía unas cosquillas insoportables. Y de no poder controlar lo que quería, perdió el control del resto de las cosas que le conformaban su ser.

Le exploto el temperamento lanzando patadas a la ventana que pronto se daría cuenta, no podía romper con sus pies descalzos. Momentos de rabia y tristeza se alternaron la posesión de su cuerpo y sus pensamientos… aquellos pensamientos que seguían divagando como barcos perdido en alta mar.

—Rutina de monitoreo completada. Pasajeros defectuosos 119. Miembros de la compañía defectuosos 12. Supresión en… tres… dos… uno…

Su ira y sus pensamientos y su tristeza y su caos y la tempestad de preguntas que movía su mar de confusiones fueron interrumpidos de manera seca y concisa por un repentino coro agudo de gritos aterrorizados desde el otro lado de la escotilla.

—Supresión completa. Preparando incineración.

Las delgadas rendijas alrededor de la escotilla fueron iluminadas por un relámpago rojo repentino.

—Incineración completa. Absorbiendo cenizas.

Un fuerte zumbido ensordecedor reinó durante un par de segundos.

—Absorción completa. Comenzando la rutina de monitoreo: Células reproductivas inteligentes restantes: 75 mil millones. Pasajeros

defectuosos... cero. Pasajeros restantes… cero. Miembros de la compañía... uno. Miembros de la compañía defectuosos... cero... Limpieza de filtros... Limpieza completa. Pasajero numero... Nueve... Chequeo de salud en marcha.

La luz roja en su carpo parpadeaba.

—Chequeo de salud completo. Esperanza de vida... cuatrocientos… treinta…y… dos… días. Se espera que la muerte ocurra aproximadamente... a… seis... años… luz... del destino. Acérquese a la pantalla para pedir ayuda diciendo... AYUDA... y… el número que le fue asignado. Estaré encantado de ayudarle.

El punto rojo parpadeó por última vez y el hombre, Nueve, se quedó mirando su mano mientras la luz roja se desvanecía, al igual que su rabia, dejando solo la profunda tristeza y los inminentes interrogantes que surgían del vacío en su memoria. Había demasiadas cosas que entender y eso era abrumador para cualquiera en su situación. Las enormes olas del cambio tecnológico y las ambiciones humanas lo habían ahogado en un sueño, un sueño del que no debía despertar tan temprano según un destino ya escrito firmado por los Dioses que habían planeado el resto de su vida; su vida, si tan solo pudiese recordar haber tenido una. En cambio, solo sabía estar en un lugar al que no pertenecía, sintiendo emociones que reconocía como genuinas y auténticas, como la resignación a la soledad, habiendo olvidado el sentimiento de compañía, pero sabiendo bien lo que se sentía estar solo. Tal vez él era un recuerdo envuelto en hierro, o tal vez, algún tipo de decoración en aquella atmósfera fría y sin vida. Nunca podría saberlo mientras continuara erradicado de su identidad. Nunca lo sabría mientras continuara desarraigado de su propia naturaleza. Si tan solo exigiera explicaciones, pero la ignorancia no sabe hacer preguntas.

—¡Ayuda, Número Nueve! —gritó.

La luz roja volvió a parpadear.

CAPÍTULO 5

—Procesando… número… Nueve… Necesidades fisiológicas… Molestias de estómago… Debilidad general. Conecte el tubo rojo que vendrá liberado de la placa madre al enchufe que encontrará en la zona afectada.

El tubo se soltó frente a él de inmediato.

Se tocó el pecho haciendo presión con la palma de las manos sumándose aún al gran peso que ya sentía en esa zona; luego bajó lentamente las manos y finalmente acarició su vientre hasta que su dedo índice chocó y, de repente, se enterró explorando un vacío en el centro de su abdomen. Fue la tela estirada de su camisa a determinar un fondo falso a la profundidad en la que había entrado su dedo. Debajo, descansaba una rosca de metal incrustada en su piel flácida que mantenía una herida abierta rodeada de líquidos espesos de color verde amarillento y una inflamación rojiza prominente que parecía empujar desde adentro los folículos de esos delgados vellos grises hacia afuera de los poros informes.

A pesar de que carecía de convicción, procedió a conectarse como un niño siguiendo las instrucciones de la autoridad. Después de media vuelta, el tubo se trabó en su piel estirada y comenzó a mostrar una vibración menor. Los fluidos corrían desde el interior del conducto de plástico directamente a su estómago quemándole las vísceras, causando contorsiones que lo hacían parecerse a la criatura repugnante que vio romperse a sus pies.

—Alimentación completa —dijo la voz metálica que empezaba a sonar familiar a los oídos de Nueve.

No negaría la satisfacción y la tranquilidad que demostró después de ser alimentado. Sus músculos se habían relajado, tal vez por primera vez desde que estaba consciente. Su mente se sintió serena de una vez por todas, y mientras la máquina pronunciaba las palabras, instintivamente adivinó lo que necesitaba a continuación; como si la voz que escuchaba fuese la voz de su conciencia.

—Desconecte el tubo con cuidado... Se recomienda encarecidamente recostarse y descansar después de haber sido alimentado. Verifique la disponibilidad de un saco de dormir inteligente... Error —agregó la voz.

Nueve procedió como indicado. Giró el tubo ligeramente en la dirección opuesta a la que había hecho para enroscárselo en las vísceras y se detuvo tan pronto como sintió que le tiraban de las tripas, como si una criatura lo hubiera mordido por dentro y le

hubiera roto los órganos.

No se atrevería a tirar de nuevo y se preguntó si alguna vez volvería a rendirse a los consejos de la máquina, pero inmediatamente miró alrededor y se dio cuenta de que todo lo que lo rodeaba era máquina y nada más que máquina. Tiró una vez más del tubo, forzando la rosca trabada en los cueros y, sangrando su tortura, se desconectó del aparato con el cual ya había establecido un contrato implícito de eterna dependencia, en el que la consecuencia de un dolor físico extremo era un precio esencial que debía pagar a cambio del alivio de sus propias necesidades.

Se acostó donde encontró un lugar limpio y seco para finalmente descansar, y aunque descansó un rato, el trauma de haber conocido a la criatura, el miedo de tener que enfrentar un destino de agonía y terror como éste, más la ansiedad de eventualmente tener que ser alimentado nuevamente, lo dejó impaciente, buscando una paz que no encontraría. Su cuerpo sabía que el alivio que le brindaba la máquina era solo temporal y era algo de lo que no podía escapar: algo a lo que tendría que acostumbrarse. Con tiempo y un poco de paciencia lo intentó. A veces se enchufaba y desenchufaba mientras deambulaba el espacio abierto dentro de aquella cápsula cerrada que ya se había convertido en su hábitat, su hogar; pero cada vez el dolor se agudizaba, el sangrado se hacía más intenso, hasta que era su propio cuerpo el que le pedía clemencia. La infección se volvió irreversible, la hinchazón impedía ciertos movimientos que los músculos de su abdomen eran naturalmente capaces de hacer, y su piel se volvió tan sensible que se vio obligado a arrancarse la parte delantera de la camisa porque tan solo un simple roce de la tela lo hacía estremecerse. Al final, el alivio de sus necesidades se había convertido en un sufrimiento constante que su débil cuerpo no estaba hecho para regir. Podía saciar la sed y el hambre, pero nada mitigaría la fatiga psicológica de enfrentarse constantemente a la tortura física de sobrevivir. Había llegado a un punto irreversible en el que la idea de ser alimentado era más aterradora que la idea de la muerte misma.

—Procesando…número…Nueve…necesidades fisiológicas… —insistió la voz. La luz roja en su carpo seguía parpadeando.

Había obedecido muchas veces antes a esa suave voz metalica, pero esta vez simplemente se negó a escuchar. En cambio, trató de concentrarse en el lugar que lo mantenía cautivo. Observó cuán brillantes eran las luces de colores en el tablero de la computadora y cuán diferentes eran las que estaban más allá de la pequeña ventana. Había algo que esos seres celestiales inspiraban que las luces del tablero no. Inspiraban su curiosidad, mientras que los puntos pequeños y coloridos sobre los aparatos tenían una vida estéril y un propósito tan absurdo con el funcionamiento de sus instintos, como lo

eran incoherentes con aquello que esperaba fuera de aquella cabina. Se preguntó, y una vez que se hizo la primera pregunta, no hubo vuelta atrás. Se preguntó… “*¿Por qué?*”

Esa curiosidad alimentó sus músculos, alivió su dolor físico hasta el punto de olvidarlo, y llenó sus pulmones de deseo. Ignoró sus necesidades fisiológicas, hizo oídos sordos a la voz de la máquina y obedeció temerariamente a la energía estremecedora que lo mantenía con vida de una manera completamente diferente a la que recordaba en su corta memoria. *“¿Qué tipo de curiosidad podría tener un hombre que parecía haber nacido ya casi muerto?”*

Una instintiva: la implacable curiosidad humana. Su ignorancia no tenía el talento para pedir explicaciones, pero su naturaleza tenía esas respuestas que uno no puede escuchar con los oídos. El dolor y el miedo se convirtieron en su base de conocimiento, y ya luego aprendió a no ignorarla.

La computadora insistió en lo que pensó que era correcto para su bien. Él no escuchó y deambuló por la cabina en busca de sus propias sensaciones, y una vez que las entendió, se dio cuenta de que simplemente no pertenecía allí. Solo había una puerta para abrir y era la misma que había cerrado antes. La escotilla redonda esperaba allí tal como la había dejado, fría y de aspecto despiadado, pero sus dudas no se basaban en lo que ésta podía hacerle, sino en lo que le impedía, sobre todo considerando el episodio que venía teniendo muy presente. Podía reproducir en su mente las imágenes de las finas rendijas iluminándose desde el otro lado junto con los inconfundibles gritos de horror que aún le resonaban como eco. Reprodujo esa escena una y otra vez para sí mismo, y aunque su lógica le recomendaba fuertemente aceptar su destino dentro de esos muros de hierro, mientras compartía la compañía de un ser inanimado hecho de cables y luces y una voz sin empatía, su instinto lo sabía bien que esa puerta debía abrirse antes de rendirse a los límites.

Giró la rueda y empujó suavemente. Tres clics, y la máquina declaró la apertura de la escotilla. Aquella voz se desvaneció en los oídos de Nueve. Los misterios del otro lado podrían materializarse repentina e inesperadamente, y no permitiría que nada lo tomara por sorpresa nuevamente, ni siquiera sus propios sentimientos. Persistió en observar el ambiente e intentó entender la forma en que procesaba cada cosa. Desde el tenebroso ruido de las bisagras hasta los escalofríos que saqueaban la tranquilidad del más diminuto y remoto nervio. La ligera brisa que se filtraba por la rendija le erizó la piel en la parte superior del cuerpo, en una mezcla de placer y terror que lo poseía. El aire se sentía pesado. En el suelo descansaba la evidencia de un mal funcionamiento en el sistema de absorción que la voz había mencionado justo después de la incineración de lo que fuera que se

encontraba dentro de esa habitación. Todavía sin confianza entró, y sin desviar su mirada atenta a través de la nube de cenizas y polvo hacia las sombras borrosas de los objetos, empujó la escotilla y la dejó abierta de par en par a su espalda, teniendo en cuenta el horror que esos tres clics podrían desencadenar si por casualidad aquella simple brisa le jugase una broma desagradable.

Las sombras a su alrededor no se movieron. La quietud de la habitación permaneció sin vida como la anterior, a excepción de una luz de neón roja parpadeante bajo la escrita "Error". Sus pisadas se dirigían hacia aquel letrero, y a medida que avanzaba, frente a él se develaba una vasta planicie sembrada de sacos de dormir alineados, numerados y de color plateado que parecían haber enraizado sus cables en el piso de hierro. Pasó con cuidado entre todos ellos. Revisó cada uno en busca de algo que no esperaba, ya que se estaba acostumbrando a ser sorprendido y ocasionalmente lastimado. Todos ellos estaban vacíos y con daños internos notables. Todos ellos, excepto el número nueve. Estaba cerca de la esquina en el lado opuesto de la habitación. Era de color plateado como los demás, pero la diferencia radicaba en el estado de la tapa transparente y la cremallera. Mientras que los otros mostraban claros signos de violencia en su apertura, el número nueve era el único que parecía haber sido abierto de manera normal. Recordó la voz habitual casi rogándole que encontrara uno para descansar, pero había aprendido a desconfiar de lo que decía la computadora, especialmente cuando descubrió un tubo, idéntico al que lo había alimentado hasta entonces, en el interior.

Nueve cerró la cremallera del saco desde el exterior y la volvió a abrir repetidamente, expulsando las cenizas que habían encontrado paz sobre la tapa. En primer lugar, subió y bajó la cremallera lentamente. Luego, perdió los estribos y desperdició la mayor parte de su energía abriéndolo y cerrándolo frenéticamente y con notable ira, como si en la cremallera o en la violencia con la que la trataba se encontrase la solución a sus problemas. Nada cambió, excepto el ritmo de su respiración y la aceleración irregular de los latidos de su corazón. No le tomó tiempo comprender que estaba enfrentando las consecuencias de sus acciones y que nunca sabría por qué razón había llegado a despertar como lo hizo, evitando así correr el mismo destino de los demás. Sin embargo, la raíz de su curiosidad se detuvo, drenando el suelo de la evidencia presente que nutriría lo que ni siquiera se podía concebir como una vaga idea del propósito de su existencia.

La culpa presionó su figura agregando algo más de peso sobre sus hombros y aumentando su apariencia torcida y jorobada. Su entusiasmo por la vida había sido golpeado desde los primeros

momentos de su consciencia. Sin embargo, aún estaba vivo. ¿Por qué? ¿Con qué propósito tendría uno que soportar una existencia tan horrible? ¿Quién había decidido eso? Oh, si pudiera deshacer lo que no se puede deshacer; si pudiera desprenderse de su miseria como lo había hecho con el tubo, sólo un pequeño dolor infligido momentáneamente a cambio de la más sutil dulzura de la paz mental. ¡Ojalá su historia hubiera sido diferente! *¡Oh, si la historia se hubiese escrito de otra manera! ¡Oh, si la historia no se hubiese escrito en absoluto!*

CAPÍTULO 6

Pasó un tiempo hasta que la polvareda se disipó y las cenizas volvieron a posarse como plumas en el suelo. Incluso la calvicie de Nueve fue víctima de la combinación de cenizas y gravedad artificial, pero la brisa ayudó a las partículas más ligeras a seguir disfrutando de lo que creían que era su libertad. La intensidad de la corriente de aire era constante y su dirección era clara, entrando arrogantemente desde una escotilla a unos pasos del saco de dormir de Nueve y fluyendo elegantemente hacia la otra escotilla en el extremo opuesto. En toda esa quietud que rodeaba a Nueve la única cosa viva que viajaba por la habitación no pasaba desapercibida. Se dirigió con pasos prejuiciosos directamente a la fuente, y la fuente no era más que un simple ventilador al final de un enorme tubo erguido en el centro de una diminuta habitación vacía. La brisa se convirtió en viento a medida que se acercaba, dejando que su saliva blanca y disgustosa se secara en la comisura de sus labios áridos y resquebrajados. Pensó que también estaba volando en el espacio, apoyándose en un piso de hierro al igual que las partículas inconscientemente usaban el aire en movimiento, el gobernante de su dirección, compartiendo la misma ligereza, la misma idea errónea de libertad, la misma insignificancia.

Detrás del ventilador, no había nada más que un monitor cuadrado y brillante colgado de una pared de hierro que decía “Bienvenido. El mundo te agradece por tu servicio. ¿Estás listo para conocer el futuro?”

—¿Qué mundo? —preguntó Nueve por inercia y sin filtro. Una pregunta como respuesta a una pregunta en la manera clásica y habitual de quien anda sin estar acostumbrado a dialogar con otra cosa que no sea el mismo. Tampoco estaba acostumbrado a recibir respuestas, porque hasta ahora, ninguna de sus preguntas había sido respondida de manera clara y precisa; más bien, venía obteniendo algunas deducciones que de vez en cuando se asomaban a la superficie de sus pruebas, de sus errores y de su capacidad de atar algunos cabos sueltos.

El monitor respondió a su pregunta con la reproducción de videos que se parecían mucho al funcionamiento de aquella memoria que él no tenía:

Un vasto paisaje se revela lentamente detrás de nubes grises. Los picos de las montañas rocosas brillan intensamente iluminados por relámpagos en la cima, mientras en la base de su majestuosidad, entre grandes peñascos y rocas dentadas, los últimos árboles lucen

despeinados por poderosas ráfagas de viento remolinado. Una cálida luz centelleante ilumina una cueva a lo lejos, y a medida que la imagen se agranda en la pantalla, revela dos largas sombras humanas en movimiento. Uno tiene un palo en la mano. El otro está exhausto tratando de proteger su cabeza sin éxito porque enseguida caen dos golpes secos y definidos. Dentro de esa cueva yace uno de los hombres, desnudo y desparramado por el suelo junto al fuego, mientras que el otro se deja caer sentado sobre una piedra con la misma intensidad con la que había dejado caer el palo sobre el cráneo del otro. Toma un cuchillo, lo entierra en el vientre del muerto, le arranca la piel y con un movimiento brusco le extirpa las tripas y las acerca a la boca para masticarlas desesperadamente. El video se vuelve negro intermitentemente latiendo a cámara lenta, como si el monitor estuviera parpadeando, agregando una especie de suspenso y un toque melancólico, hasta que inicia uno nuevo de la misma manera.

Un mapa se encuentra sobre una mesa. Las correcciones se han hecho con trazos y cruces de tinta oscura por todas partes. Una mano señala los nombres de una región específica en él y la tacha con gruesas líneas, mientras que imágenes alternas de ese lugar aparecen inmediatamente en cámara lenta, casi como fotografías desde los ángulos más angustiosos. Cuerpos cubiertos parcialmente por escombros, ríos desbordados arañando casas como un bolígrafo había arañado los nombres de las ciudades escritos en el mapa, comunidades completas exhalando sus últimos alientos en medio de los océanos crecientes. Bosques devastados, extensos campos albergan guerras entre humanos, cuerpos de cucarachas fundidos con personas en distintos estados de descomposición, niños que agónicamente evitan tragar una espuma blanca que les chorrea por la boca. Todas las imágenes se alternan repetidamente acelerando el ritmo de la presentación hasta que el movimiento ultrarrápido se detiene de repente en una pantalla negra que muestra una a una las siguientes palabras.

Soledad.

Caos.

Extinción.

Luego, la pantalla se oscurece por un momento hasta que una letra después de la otra le devuelven aquella condición de dialogo con la cual había iniciado.

—Bienvenido, Nueve. El mundo te agradece por tu servicio. ¿Estás listo para enfrentar el futuro?

Confundido asintió con la cabeza declarando un Si con olor a pregunta y sabor amargo de miedo. El alto muro de hierro se elevó. No había otro sonido que no fuera el crujido continuo de los

engranajes haciendo su trabajo entre bastidores. Poco a poco un inmenso tanque de proporciones inimaginables, construido sobre gruesas paredes de gelatina, se develaba frente a su diminuta figura. En el interior, una sustancia azul viscosa y gelatinosa contenía la mayor cantidad de seres humanos que un hombre jamás había visto. Todos estaban suspendidos cerca del fondo, iluminados por una luz que se enfriaba al traspasar el líquido. Cada uno conectado al sistema a través de un cordón umbilical artificial idéntico al tubo que había estado nutriendo a Nueve de vida y dolor. Todos, sin excepción. Los adultos poblaban la base obedeciendo a la gravedad, mientras que los menos desarrollados estaban suspendidos en el medio, y en lo que parecía ser la cercanía a la superficie del tanque desde un punto de vista tan bajo, descansaban billones y billones de embriones en todas las fases de crecimiento.

Notó que su vientre tenía la misma forma que los estómagos de los demás, con la misma apertura y el mismo anillo de metal que mantenía su piel separada, pero sin la infección que le comenzaba a latir despacio y que luego de observarla conscientemente le hizo experimentar todo el dolor y el ardor vívidamente, como si aún estaría conectado a ese aparato.

—¿Qué es esto? —se preguntó en voz alta como era su costumbre desde que había despertado.

—Bienvenido a Madre. ¡Felicitaciones! —enfatizó la voz metálica habitual—. El futuro está en tus manos. Prepárate para una breve presentación.

Nueve dio un paso atrás, como si estuviera listo para salir de la habitación amenazado por esos cuerpos que parecían mirarlo incluso con los ojos cerrados. Sin embargo, su curiosidad ancló sus pies al piso de hierro.

Una amigable y joven voz masculina, humana en sonido y entonación comenzó la introducción que la voz metálica había prometido.

—Si estás escuchando este mensaje, significa que Madre tuvo un despegue exitoso y ahora has aterrizado con seguridad en las tierras prometidas. Agradecemos tu sacrificio. Tu coraje es muy apreciado entre las personas del futuro.

La tierra se ha rebelado contra los humanos exterminando todo y casi todos. Si aún estamos vivos es porque hemos estado luchando contra las debilidades de los propios seres humanos y contra las fuerzas de una naturaleza despiadada. En su momento, lo que restaba de un mundo en decadencia, se había unido por una causa única, con un objetivo único; sin embargo, ya era demasiado tarde, haciendo de la supervivencia individual una necesidad primordial. Ciudades completas han sido ahogadas, quemadas y borradas de los mapas en

los últimos cien años. El oxígeno ha sido envenenado al igual que el agua y los alimentos, y más de unos cientos de años no fueron suficientes para que el cuerpo humano se adaptara a tales condiciones. Solo había una única solución para salvar a la raza humana y varias generaciones de una familia de científicos respaldados por su comunidad, la crearon. Trabajaron con un solo propósito y lo que ve ahora es el resultado deseado. Nuestro objetivo era acercarnos a la paz real, sin embargo, en el momento del ansiado despegue, ni siquiera podíamos llamarlo una utopía.

Durante muchos años, hemos recolectado muestras de ADN de nuestros mejores seres humanos y células madre de cada persona para adaptar a los humanos a que soporten la difícil tarea de sobrevivir en las terribles condiciones que el planeta tenía para ofrecer, y si no fuera posible lograr ese tipo de evolución, el objetivo era crearlos desde cero. Como puede ver, hemos tratado de acelerar la evolución del cuerpo humano, pero el tiempo no tuvo piedad y todas las creaciones humanas e incluso los sueños, incluida Madre, sufrieron la amenaza de ser destruidos y olvidados para siempre. La Tierra ya no es un anfitrión seguro. Las consecuencias que se venían acarreando históricamente llevaron a que la capacidad de reproducción disminuya, reduciendo los nacimientos anuales en un 98%. Pero nuestras mentes más brillantes han desarrollado la célula reproductiva más grande jamás vista, brindándonos la esperanza de un futuro mejor y una vida pacífica en la que nadie deba luchar por la comida o el agua. Madre proveerá alimento para todos en cantidades necesarias para mantener la salud y la armonía en las comunidades venideras. Ustedes son los primeros en disfrutar de esta fantástica creación. Este es nuestro regalo para ti y para el universo.

Sin embargo, el trabajo no está hecho. Cada siete días terrestres, Madre dará a luz a seres humanos adultos que habrá que seleccionar según su fuerza, sus capacidades físicas y su carácter; ese será tu único deber. Sabemos que no es una tarea fácil lo que estamos pidiendo, pero será necesario solo hasta que el sistema automático de Madre aprenda a seleccionarlos como lo haría un ser humano. Según nuestros especialistas, solo se necesitarían tres selecciones hasta que seas liberado de tan terrible tarea. Debes tener en cuenta que este es nuestro último intento de salvar a la humanidad y finalmente hacerlo bien de una vez por todas. Has sido uno de nuestros científicos más confiables y sabrás mejor que nadie cuáles serían los mejores componentes para esa sociedad perfecta con la que solo soñamos desde hace miles de años. Nos merecemos la perfección. Lo conseguiremos porque tenemos el mejor equipo y las mejores intenciones.

Una vez más, el mundo entero te lo agradece.

Mientras Nueve procesaba toda esa información, que en algún lugar de sí mismo entendía que no debía ser ignorada, la pantalla volvió a brillar señalando siete días hasta el próximo nacimiento, agregando debajo un mensaje que leía: “Aviso importante: Gracias por su servicio. Ninguna tarea humana es requerida.”

La escotilla se cerró automáticamente por detrás.

Pudo ver por un segundo la primera y la segunda escotilla cerrándose una tras otra, con sus reconocibles tres clics y la voz metálica declarando que la supresión estaría por dar inicio. Su instinto reaccionó más rápido que su lógica, tomando posesión de su cuerpo antes de que su mente aceptara los hechos. Todo lo que necesitó fue una carrera repentina hacia las paredes de gelatina y, antes de darse cuenta, se encontró sumergido completamente bajo el líquido viscoso que había encontrado repulsivo cuando lo vio por primera vez. Las paredes gelatinosas se abrieron, reaccionando al choque y absorbiendo su cuerpo despatarrado. Sus piernas quedaron afuera por un momento hasta que se arrastró tirando del tubo y de la pierna de uno de esos proyectos de seres humanos. Qué irónico era para él sentirse seguro en el útero de quienquiera que estaba intentando matarlo.

De repente se encontró flotando en el líquido espeso donde todos los ‘sin nacer’ esperaban su primera oportunidad para ser expulsados. Al empujarse hacia adentro, había arrastrado a través de la pared otro cuerpo que ahora colgaba por afuera con sus pies atrapados, el tubo suelto suspendido en el interior de la piscina azul, y la boca deformada jadeando por el aire que aún no sabía respirar.

—Tres… Dos… Uno…

Toda la habitación brilló con una luz blanca. En la cabeza de Nueve resonaban todos los gritos juntos, de los que le habían precedido simultáneamente al grito del que estaba ahora sufriendo una agonía que no le pertenecía y que se traducía en pequeñas vibraciones sobre el líquido que acariciaba a Nueve, tal como lo hace la muerte cuando nos pasa cerca del cuerpo, dejando un erizado en la piel bastante difícil de ignorar.

La radiación corrompió al sujeto en cuestión de segundos, haciendo que sus células y órganos explotaran uno a la vez; hasta que su cabeza cedió a su propio peso de una vez por todas. Luego, cuando la habitación se iluminó de rojo, se consumió rápidamente, convirtiéndose en un montón de cenizas que permaneció acumulada en una pequeña montañita de un par de centímetros contra la pared gelatinosa que aún contenía intactos ambos pies desolados. Después de un rato, todo se desvaneció. El ventilador absorbió pobremente las cenizas de lo que antes había sido vida, dispersándolo en el interior de la habitación, más que en el espacio como estaba destinado a hacer.

El tubo suelto buscó a Nueve como una serpiente en el agua y se

conectó sin permiso. Esta vez, no sintió dolor. No hubo molestia alguna, cesando instantáneamente su necesidad de respirar, alcanzando la paz que jamás había tenido desde su despertar. Sus músculos se relajaron poco a poco, permitiendo que sus articulaciones se alargaran, creando espacios entre los huesos comprimidos. Era como si todo su cuerpo se hubiera expandido como los pulmones se expanden cuando uno inhala profundamente, y su mente hizo lo mismo, más allá de los límites de su propia estructura humana, despertando una parte oculta de sí.

Mientras Nueve miraba las células y los cuerpos en el tanque, no pudo evitar yuxtaponer esa imagen con la de un jardín que parpadeaba intermitentemente junto con aquella del universo que había estado observando a través de la ventana momentos atrás. En su cabeza había un parecido que no podía pasar desapercibido, y que le costaba explicarse incluso a sí mismo. Allí adentro, había un universo compuesto por una infinidad de otros universos, y detrás del vidrio blando de sus ojos, había una infinidad de verdades que había estado descuidando. Como si no hubiera paredes de hierro, las estrellas brillantes fuera de la cápsula se conectaron a través de líneas imaginarias, así como también lo hicieron las células visibles a simple vista sobre su cuerpo en reposo, representando momentos de la infancia que no reconoció como propios; pero que sentía como si lo fueran. Gran parte de su naturaleza había sido apartada del mundo y, en consecuencia, de sí mismo.

Esas extrañas expresiones en esos rostros redondos suspendidos en líquido no eran sus expresiones, pero de alguna manera, le recordaban que alguna vez había sido así. Esas manos pequeñas y tiernas junto con esas piernas cortas y regordetas nunca habían sido parte de su cuerpo, pero se sentían como si fueran sus propios miembros. Se sentía un extraño en la cápsula, en el tanque y en los recuerdos que habían salido a flote desde lo más profundo y oscuro de su naturaleza. Era como un espejo engañoso que seducía la conciencia de un hombre a través de un pasado borrado. Fue justamente aquella parte que él no conocía la que aprovechó el momento sin que Nueve tenga el poder de controlarla. Estaba poseído por la naturaleza que él, como todos los seres humanos, había descuidado. Los ojos podrían engañar a un cerebro, podrían masticar la más amarga y terrible de todas las verdades, y diluirla en los dulces jugos de la imaginación, para vivir y aceptar una realidad distorsionada pero digerible. Pero aquellos ojos que se acababan de despertar reproducirían fielmente, e incluso cruelmente, los detalles de un pasado enterrado bajo gruesas capas de polvo y cenizas. Ahora que era parte de un futuro desde el cual se vio obligado a mirar hacia atrás.

Imaginaba y convertía la realidad en recuerdos reales o fantásticos,

sin el poder de discernir si eran sus recuerdos o los de otra persona.

El sol se ponía de vez en cuando detrás de la cabina, y aparecía la figura a contraluz de aquel niño, moviéndose lentamente, agarrando la piel de la tierra como si fuera su piel. Un bebé que se descubre a sí mismo en el tacto de las texturas y el sabor dulce de un pedacito de tierra. Ese niño había nacido con el mundo como un patio de recreo para la mente, pero expuesto de mala gana a los riesgos antinaturales de terminar al revés. Una consciencia que lo tenía todo y lo perdió en un orquestado chasquido social.

Era la vida brillando intensamente detrás de los ojos de Nueve en un momento que podría significar el final, su final. Descuidaría el éxtasis de ser el primero del futuro o el ultimo del pasado, al recordar lo lindo y aterrador que es ser insignificante en el universo, aunque su historia fuese solo una más entre cientos, miles, millones de historias que se habían desvanecido sin sentido lo largo y ancho del tiempo y sus consecuencias. Sintió no más de lo que era, un ser efímero en busca de sí mismo.

Y así, sintiendo lo que era y lo que no, se preguntó de nuevo "*¿por qué?*"

CAPÍTULO 7

—Mamá… ¿Mamá?

—Hola cariño, buenos días… ¿Abro las cortinas? Es un día maravilloso.

—¿De verdad?

Se sentó en su cama y miró por la ventana. La luz del sol tenue pero insistente velaba la mayor parte del paisaje excepto la sombra de un hombre de pie junto a un árbol joven.

—Apúrate a desayunar. Ya sabes lo que te espera los domingos por la mañana.

El dulce olor de la leche hervida, fresca y sin diluir fue una caricia para los sentidos, tanto como lo fue aquella lágrima para su mejilla.

—Has conseguido traer cacao esta vez?

—No…

Una súbita tensión atrajo sus cejas hacia abajo como si un gran peso fuera a colgar de su frente, haciéndole bajar todos los músculos de su rostro hasta el punto de obligar la nuca a ceder y dejar la cabeza a merced de la gravedad.

—… pero papá sí —agregó su madre.

El poder de esas palabras levantó su cuerpo por el aire tan ligero como polvo en el viento. De estar sentado pasó a ponerse de pie sobre la cama con un salto repentino, luego otro salto inmediato para tocar con la mano derecha uno de los listones que sostenían las onduladas chapas galvanizadas del techo, y luego un salto más a los brazos de la mujer que tuvo que dejar caer la ropa que estaba plegando para evitar que sea él a desparramarse por el piso.

—Ve a lavarte los dientes cariño. Te espero en la mesa.

Corrió al baño que estaba al lado de la habitación. La estructura estaba mal hecha de ladrillos rojos huecos y un techo desprolijo con cables visibles que conectaban viejos focos de luz caliente con algunos conmutadores peligrosamente abiertos. Se había construido un pequeño baño entre dos habitaciones, absorbiendo parte de los sonidos que serían silenciados casi por completo si hubiera habido puertas como parte de la división. En cambio, solo había cortinas, suaves cortinas de nailon negro que bailaban al ritmo del aire en movimiento que provocaba una tenue danza sin forma ni ritmo. Apartó la cortina y no la cerró hasta que se vio en el espejo. Tuvo que pararse de puntillas sobre un balde solo para ver el reflejo de la mitad de su cuerpo. Su tez clara era casi transparente permitiendo apreciar la ramificación de sus venas. Su vientre estaba curvado hacia el

exterior y su pecho aún estaba tan subdesarrollado como sus suaves miembros. No había simetría en su rostro. Sus mejillas se apretaban contra la línea de la mandíbula. Su nariz parecía deshuesada y sus ojos eran como dos lunas encajadas en el vasto universo de su frente. Con una de sus manos carnosas, tocó su cabello castaño y fino, y lo arregló todo hacia un lado con un movimiento decidido, como solo se puede hacer si se tiene un hábito ya desarrollado; y sus ojos de luna se convirtieron en dos soles mientras la pelusa de durazno sobre el labio superior y los grandes espacios entre sus dientes temporales delanteros le confirmaban la tan anhelada idea de lograr por fin la transformación de un niño pequeño a simplemente un niño en desarrollo. Su energía era abundante y sus sueños infinitos. Sus pies no tocaban el tosco suelo gris cuando estaba sentado en el inodoro. Su aliento no apestaba, ni tampoco su piel, aunque si su ropa interior aún sabía a orina seca. Fue un espectáculo fantástico de autodescubrimiento.

Corrió la cortina nuevamente y un vaso de leche caliente con cacao lo esperaba casi en el centro de la mesa de madera precariamente equilibrada y colocada en medio de lo que se suponía que era una sala de estar, o cocina, o las dos cosas. Escasean las divisiones cuando hay poco para dividir.

Los ladrillos rojos, los cables y un tosco nivelador en el piso le robaban la posibilidad de ser un ambiente acogedor, al igual que las sillas de metal oxidado que sus padres habían encontrado en la estación de trenes abandonada, cuyo cierre había sido la fortuna de unos pocos, y la causa de la pobreza extrema para la mayoría de la gente de la región. Las deudas nunca fueron pagadas a sus trabajadores. Nunca se dieron soluciones, y los que eran demasiado viejos para ser aceptados en un nuevo trabajo, no pudieron escapar a una vida lenta y miserable en la que la muerte era solo una esperanza. El niño lo sabía porque su padre le había contado la historia. Su padre lo sabía porque tuvo que interrumpir su propia educación escolástica cuando era lo suficientemente joven como para ser aceptado en un trabajo que compensara con labor física su existencia y la de su padre ya demasiado maduro e inútil para cualquier otro trabajo, y la de su madre, también ella inútil tan solo por ser mujer, madura, madre y pobre.

El niño nunca había conocido a su abuelo, y cada vez que preguntaba por él, surgían las historias más hermosas, como la vez que salvó a un perro atado a las vías del tren, o cuando le dio un puñetazo en la cara a un borracho que le quería robar su pipa, o cuando decidió dejarse crecer el bigote diciendo que lo haría para equilibrar el peso de su rostro mientras la línea de su cabello retrocedía sin remedios ni solución. Todas ellas fueron contadas una y

otra vez, facilitando el desarrollo de la memoria del niño, y todas ellas, tal como había sido la vida en realidad, terminaron con la idea de que su abuelo había sido arrebatado del mundo demasiado pronto por las manos de una tristeza de quien prefiere dejarse morir que arruinarle el futuro a su único hijo. El niño siempre recordaría eso; a veces incluso inconscientemente, y ahora también lo recordaría al sentir el frío óxido parduzco y áspero que cubría la mayor parte de la silla.

Se sentó y miró fijamente el vaso durante un rato, observando las pocas rebeldes particulas de cacao nadar y juntarse en la parte superior mientras competían con la formación de una grasa sólida y espesa por un espacio en la superficie. Esta vez no había sido pasteurizada, ni diluida con agua… era leche, real y pura. Su primer vaso de leche pura en quizá cuanto tiempo. No quería apresurarse, ni quería que la leche se enfriara porque sabía por experiencia propia que aquella leche fría sería más difícil de digerir. Lo observó y pensó que no podía pedir más. Se sintió completo. Tenía todo lo que necesitaba, excepto un vaso más de leche chocolatada caliente, pero eso era ya demasiado pedir. Sabía que ciertos lujos ocurrían de vez en cuando, y esperaba que 'una vez' ocurriera por siempre. Esperó la temperatura adecuada en la que el sabor no se viera alterado por la grasa que se le pegaba y le hacía arder los labios, la quemadura en los dedos a través del vidrio, o la hipersensibilidad en los dientes lo disturbase. Lo único que lo inquietaba en ese momento era la idea de que el mismo calor que había inundado la casa con los olores más dulces, se dejaría ir más allá de los límites aceptables y quemaría su lengua y, de consecuencia, también quemaría el sabor de aquella delicia, por no ser lo suficientemente paciente. De repente parpadeó y sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que el lindo momento estaba siendo arruinado por un pensamiento negativo, producto de sus pequeñas preocupaciones. Él no quería eso. Se obligó a concentrarse en el elixir que le habían ofrecido tan gentilmente. Para él, el tiempo se había convertido en temperatura y gusto mientras todo se traducía en una atmósfera que lo abrazaba físicamente en el sentido más profundo del significado de la palabra 'Hogar'.

—¿Quieres un poco, mamá?

—No Ivo, querido, estoy bien, tomaré un té.

—¿Por qué nunca tomas leche cuando tenemos?

—Porque me cuesta digerirla.

—¿Es difícil para papá también?

—Sí, cariño... los dos tenemos el mismo problema. Cuando termines prepárate que vamos a la capilla. Tienes la ropa lista sobre la cama.

La dulce leche con cacao se había anclado en sus papilas gustativas, y los recuerdos de ese momento habían hecho lo mismo en su mente.

Sobre la cama, tal como prometido, había un par de pantalones, los jeans desgastados que usaba para ocasiones especiales con parches azules recién cosidos en las rodillas, un suéter de lana blanca que su abuela le había tejido que le hacía picar los cueros y que exigía ser acompañado de manera obligatoria por una camiseta de manga larga de algodón para evitar la picazón de la lana. Se vistió, esperando hasta el último minuto para ponerse el suéter porque no había forma de cubrirse el cuello con aquella camiseta, y también esperó para vestir los zapatos que solo usaba en ocasiones especiales y por un tiempo limitado, porque había crecido y se habían vuelto incómodos en los últimos meses. Su padre había cortado y quitado con cuidado el contrafuerte del talón el año anterior, transformando los zapatos en una especie de pantuflas con pestañas y cordones, pero ahora el problema parecía ser también el ancho del pie y no sólo el largo. No le parecía ridículo, al contrario, también su padre había hecho lo mismo con los únicos zapatos para ocasiones especiales que tenía y él estaba orgulloso de vestirse a la moda de su padre. Lo veía como un punto de referencia en todo lo que hacía y se preguntaba cuánto tiempo tardaría en ser tan alto, inteligente, independiente y calvo como él. Impulsos de un niño ingenuo.

Salió de la diminuta casa y el mundo se le abrió de nuevo como si fuese la primera vez. Un suave sol anaranjado pálido coloreaba de blanco la escarcha que aún resistía sobre la escasa pero obstinada hierba. El suelo acogía el calor del día tanto como las aves de carroña que al despertar gritaban hambrientas y agradecidas. Las altas palmeras dibujaban largas sombras que se extendían más allá del limitado terreno e Ivo eligió el lugar más iluminado para esperar a sus padres. Desde allí, el jardín parecía un maravilloso cuadro tridimensional en el que hasta el trasfondo de los ladrillos rojos de la pobreza complementaba la expresión de tal obra de arte. Poco a poco, día a día, sus padres habían ido dejando atrás la vida que ofrecía semejante asentamiento que ellos llamaban ciudad, para crear vida en las tierras que habían sido drenadas cuando la más grande de las ciudades de la región decidió construir una represa que perturbó el flujo natural del único río de agua dulce que antes vitalizaba y sustentaba esas tierras. Era el precio a pagar por la tan necesitada energía eléctrica que había simplificado algunos aspectos de la vida diaria y del progreso social y económico, pasando por alto una inminente contribución a la desnaturalización de algunos ritmos biológicos de los cuerpos de los trabajadores que ahora podían continuar activos también en horarios de máxima productividad felina. Los horarios rotativos alteraban los humores, los sueños y la propia idea de libertad comenzaba a condicionarse a sí misma por la absurda realidad que había reemplazado casi por completo el propio

significado de lo que era para esa época ser libre. Por cada innovación tecnológica, un radical cambio de vida, de costumbres, de ambiciones y de morales progresivo rebalsaba gota a gota desapercibido hasta inundar de consecuencias irreversibles las futuras generaciones para las cuales la verdadera libertad no sería más que un recuerdo universal escondido detrás de sus memorias sociales.

—¿Por qué uno debería conformarse con pagar en cuotas la falsa promesa de libertad de mañana? —preguntó en un momento de inspiración un joven padre de Ivo a la futura madre de su hijo observando el reloj marcar las 4 am, colgado desprolijamente en la pared de un tinglado repleto de cables de cobre para las nuevas líneas que se ramificarían desde el nuevo transformador eléctrico de la ciudad.

Ella sonrió, bajó la mirada y continuó midiendo con su cinta métrica manchada de sangre seca y sangre nueva los hilos de cobre que el joven que intentaba distraerla de su tarea debía cortar y enrollar en carretes de madera.

—¿Por qué sonríes? —continuó él.

—Alguna vez mis padres me han dicho de mantenerme alejada de gente curiosa.

—¿Por qué?

—Generalmente son destinados a meterse en problemas a sí mismos y a los que los rodean.

—¿Por qué?

—Porque nunca tendrán suficientes respuestas.

—¿Por qué? —dijo ya en medio de sonrisas que le desfiguraban la seriedad con la que pretendía hacer las preguntas.

Ella sonrió de nuevo y continuó su trabajo con aquellas preguntas que le sonaban con voz ajena en su cabeza. Él se preguntó por qué debería seguir preguntándole preguntas vacías de acciones y después de un momento de vergüenzas y dudas finalmente se decidió.

—¿Por qué no desayunamos juntos a la salida?

—¿Por qué no? —respondió ella sin alzar sus ojos rodeados de un rubor que había reemplazado su natural color de piel.

Eran jóvenes y, sin pensamientos latentes, decidieron unir sus esfuerzos para sobrevivir en tiempos en los que las uniones y relaciones se desmoronaban como tierra reseca, resultando en las mejores condiciones para envejecer en los moldes de la envidia, el rencor y el odio. Así como las rebeldes partículas de cacao nadaban en el vaso de Ivo, sus padres se habían encontrado y se habían unido en su lucha contra la leche que intentaba disolverlos y la capa de grasa que aplicaba todo su espesor en el reinado de la superficie, ahogándolos hasta dejarlos como un colorante, un ingrediente de buen gusto en un vaso de leche que daba de beber a una gran boca viciosa.

Sin embargo, a diferencia de los granos de cacao, ellos tenían el poder de reproducir su especie, con la esperanza de que algún día el vaso estuviera lleno de cacao, sin dejar lugar para nada más que pudiera amenazar su integridad.

CAPÍTULO 8

Unos nueve años después de aquel desayuno de pan duro tostado y té, entre la interferencia que producía la antena precariamente instalada y los gritos, el conductor del programa de radio sintonizada en la frecuencia 97.3 afirmaba que aquel sería el julio mas frío de los últimos cincuenta años, llegando a una mínima de -8 grados, que convenía evitar neumonías y abrigarse bien con la nuevas camperas 'SouthernBoy' de cuero vacuno, con botones reforzados, costuras elásticas, interior de lana de oveja de industria nacional, capucha, bolsillos laterales también con lujosos botones, en colores oscuros para los más elegantes y en colores vivos y brillantes para jóvenes extrovertidos, seguros y… los últimos alaridos de fuerza de la madre comenzaban a mezclarse con los intensos chillidos de un Ivo que descubría el aire por primera vez, sacudido por el trastorno de haber sido expuesto a un mundo que, de haber sido consciente, hubiera querido evitar y volver al ambiente que le manifestaba amor y paz fisiológicamente, naturalmente y de manera objetiva. Con su llanto parecía demostrar ser lo suficientemente lúcido como para haber comprendido que en el nuevo ambiente que lo recibía con frialdad e indiferencia, tanto el amor como la paz se concebían como conceptos utópicos. Claro, primero percibió la frialdad del mundo, luego el frío. Ante la falta de cobijas y abrigos suficientes, el fuego se convirtió en una herramienta esencial por más que no lucía bien a la moda actual y uno no podía andar viajando por ahí con un tronco encendido, pero dentro de casa y para un Ivo recién nacido que dormía en medio del contacto de los pechos de su padre y de su madre, era más que suficiente para evitarle al menos a él, el entumecimiento en las extremidades y las agujas congeladas que penetraban los huesos sin piedad. Aquella unión estaría presente en ellos por el resto de sus vidas en el intento constante de superar la pobreza, la inseguridad, la crueldad y la estupidez, con amor de familia. Mantuvo sana y viva a toda la familia en los contextos más adversos que podía ofrecer la realidad, considerando que la palabra crisis se había vuelto popular y en ocasiones hasta subestimada. Todo era una crisis y todos lo notaron, pero nadie actuaba en consecuencia. Las crisis se habían perpetuado a lo largo de los años, en un desafío constante para que las personas se adaptaran a las exigencias cotidianas de una situación que se declaraba intolerable, pero la repetición de los mismos errores por parte de las mismas personas terminó por proclamar obsoleta la esperanza. La solución no era fácil, era simple. Bastaba tomar una

decisión, pero la gente ya no se sorprendería, probablemente porque no se miraría en el espejo del juicio. La misma historia en bucle, rodeada de diferentes contextos, lenguajes y tecnologías, siempre desembocando en un final abierto: como Nueve girando y flotando libremente en el espacio sin saber si alguna vez aterrizaría o si el tiempo lo descompondría en medio del camino a ninguna parte: Mierda de humanidad decadente sintetizada por los jugos digestivos de la falsa evolución. En ese contexto, Ivo había llegado al mundo.

Su padre finalmente se asomó desde la parte trasera de la casa e Ivo corrió a abrazarlo mientras la madre cerraba la única puerta que había con varias vueltas de llave.

—¿Están cerradas las ventanas? —preguntó su madre.

—Sí… pero voy a revisar desde afuera para asegurarme. Hijo, ¿me ayudarías? —dijo el padre.

Ivo asintió y corrió alrededor de la casa sin dudar, revisando las ventanas del baño y las de las habitaciones y la pequeña de la cocina al fondo. Aplicó toda su fuerza para comprobar si estaban bien cerradas por dentro, colgando del pequeño borde que en aquel momento presentaban las contraventanas de madera mal equilibradas. Una comprobación que se repetía minuciosamente cada vez que la casa quedaba sola e indefensa.

—¿Todo bien? —le preguntó su padre con una suave caricia en el cabello.

—Sí papá.

—Muy bien... ven aquí.

Tomó el diminuto cuerpo de Ivo, lo levantó como se pudiera levantar el peso de una pluma, y lo colocó en lo alto de sus hombros, llevándolo con orgullo los ciento cincuenta metros hasta la capilla. A cada paso, un latido de energía se arrastraba rápidamente por sus venas, desde los talones hasta la frente, desde los dedos de los pies hasta el pecho, de sur a norte, de este a oeste y viceversa. La tierra emanaba una energía húmeda que se metía dentro de sus zapatos por las cavidades y luego, como un suave gusano, ondulaba hasta los agujeritos de las partes desgastadas de los calcetines de algodón viejo y se abría paso en el cuerpo del hombre por los poros vagando en el universo de su organismo y no sólo. Penetraría también en la piel del niño, alcanzando los alegres músculos tensos de sus mejillas y ojos, y descendiendo de nuevo al núcleo ardiente del planeta. Era el corazón de la tierra latiendo al unísono con el de ellos, viviendo la vida como parte de un solo y único cuerpo.

Su madre tomó con fuerza la mano del niño y recorrió la distancia de manera muy diferente, observando cómo la punta de sus zapatos se mojaba y se ensuciaba de barro, ignorando o fingiendo ignorar la hierba escarchada que la rodeaba, la acogedora capilla y la única casa

vecina en los alrededores. Era una tierra dura para vivir. Su pasado había sido glorioso como el 'granero del mundo' que pudo satisfacer el hambre durante las guerras, las plagas y la miseria, pero esos años habían quedado atrás, y todo lo que quedaba era un campo agrietado, cuero decrépito que ya no podía alimentar ni siquiera a las bacterias que lo habitaban. La gente se había acostumbrado a los días grises, el sol pálido, el aire pesado y el agua dura y escasa, pero la tierra aún estaba muy rezagada en el proceso. Los inviernos congelarían todo lo que encontraran descubierto, y los veranos quemarían y acelerarían la descomposición de los organismos vivos. La esperanza de vida había bajado considerablemente. El hambre, la sed, las guerras y los combates callejeros por la supervivencia fueron las principales causas de las muertes inesperadas más esperadas. Las esperanzas de longevidad también habían disminuido, probablemente al mismo ritmo, convirtiendo la muerte en un evento tedioso más en la insensible vida de la gente.

Los cuerpos yacían en las calles, aplastándose entre insectos y aves carroñeras. La mayoría de ellos se podían encontrar alrededor de la capilla, cuando en sus últimos momentos de vida se reunían esperando que los visitantes escucharan las súplicas que alguna vez habían sido dedicadas a los dioses, pero que ante los oídos sordos y tal vez inexistentes de aquellos dioses, habrían preferido bajar sus expectativas y suplicarles a seres tangibles a los cuales poder brindar su amor u odio sin tener que aceptar las propias responsabilidades o echarse la culpa a sí mismos y a la historia por tal destructivo sistema de vida.

Se arrastrarían como animales hambrientos y cansados desde el asfalto de la ciudad hasta los caminos de tierra de los suburbios siendo ignorados por aquellos que también se comportaban como animales pero que hablaban a los Dioses descuidando su propia animalidad a través de alguna evolución celestial. La mamá de Ivo era muy consciente de todo eso, y esa realidad actuaba sobre ella y su cuerpo de la misma manera que la radiación que escapaba de la nueva planta nuclear lo hacía sobre ella y sobre todos en la región. La imagen de una vida transformándose en olores fétidos, líquidos ácidos y bestias carroñeras festejando la disposición gratuita de un universo en descomposición, le revolvía el estómago y el corazón, pero se tragaba el vómito de las emociones y los pensamientos porque sabía que su compañero tenía un propósito mucho mayor al recoger esos cuerpos y enterrarlos en su jardín. No es que no pudiera aceptar la muerte, simplemente no podía aceptar los horrores de aquellas vidas vividas antes de la bendición de la muerte. Era así, mientras Ivo dormía sin saber que aquella mañana lo esperaría el vaso de leche caliente sobre la mesa, siete personas que se habían reunido la noche anterior frente

a la capilla morían uno a uno de frio, hambre, y tumores crueles y dolorosos. Como era su costumbre, el padre de Ivo amaneció temprano ese domingo y tuvo que hacer dos viajes para recoger a los siete con su carretilla. Ella lloró, como siempre.

Mientras caminaban, se encontraron con los que dejaban sus extravagantes coches por todas partes, apurados para conseguir un buen lugar donde sentarse en la pequeña capilla, los más cercanos al altar y a los representantes de los dioses. Todos eran repugnantes con sus actitudes, sus juicios, su hipocresía, sus vidas ostensibles y su hueca empatía; eran tan pero tan repugnantes... Sus miradas, sus palabras, sus intenciones y sus propósitos, le hacían sentir náuseas a la madre de Ivo y, al darse cuenta de eso, supo bien que el vómito que subía y bajaba por su garganta no era más que la repulsión por sí misma y su impotencia por no poder cambiarlos ni cambiarse a sí misma. Se sintió juzgada por ser quien era, por su forma, y por la falta de esos aspectos femeninos que identificarían a las mujeres como mujeres. Eran los ojos de una sociedad enferma que enfermaba sus pensamientos y sus sentimientos, levantando muros donde debería haber un camino a la libertad.

Ivo se percató de la miseria de su madre mucho después de aquel paseo a la capilla. Ella se lo ocultó tanto como pudo de la misma manera que intentó, por todos los medios, de mantener sus sentimientos lo más alejado que pudo de sí misma. Él no pensaría en eso a su edad. Solo tuvo tiempo para prestar atención a la belleza de la vida y los hechos extraños que la vida le mostraba con el pasar del tiempo. En sí, él era el complemento opuesto de su madre, o era como había sido su madre a su edad. Era curioso y lleno de energía destinado a vivir la belleza de aquel momento. Disfrutó de los rebotes en los hombros de su padre, la mano tosca de su madre agarrando la suya, los ruidos de la ciudad lejana, junto con los buitres volando en círculos en el aire, esperando el momento adecuado para aterrizar en su desayuno, y el desfile de vehículos y familias inundando la única calle rural que conectaba la ciudad con la capilla más prometedora de toda la región. La humilde y pequeña capilla no llamaría la atención por sí sola, pero el esqueleto de una nueva a su lado, con formas futuristas y altas torres de metal asomándose a través de la niebla baja, impresionaría hasta al ciudadano más despistado. Más y más autos saldrían de sus vecindarios privados los domingos por la mañana, fluyendo como el hilo de un arroyo entre montañas de riqueza hacia el lago cada vez más grande y profundo de la esperanza perdida, mientras que las plantas petrificadas de la pobreza se sentarían a su lado esperando ingenuamente obtener un poco de humedad que alimentara las raíces que ya no tenían. Banquete para los buitres.

Era una realidad que la madre de Ivo no podía aceptar, o peor aún, que no podía entender ni mucho menos comprender. Sentía la necesidad de pertenecer a un grupo de personas, pero no podía cortar la cuerda que año tras año la tiraba hacia atrás. Provenía de una familia de clase baja, una etiqueta un tanto rara que representaba un grupo cada vez más reducido y constantemente tragado por aquellas bocazas viciosas, las crisis inventadas y, como siempre, la estupidez social y egoísta, que ocurrió ser contagiosa e incluso consiguió infectarla alguna que otra vez a lo largo de sus años. Su sufrimiento era inevitable, porque en el deseo de ser alguien había que olvidarse de todos, y eso era algo para lo que ella no tenía fuerzas; cuando consiguiera pasar uno o dos días ignorando su entorno, pagaría los altos precios de la culpabilidad a la que se sometía sola por sus propios medios. Su naturaleza la sumergiría en la culpa de tener una papa hervida y un vaso de agua todos los días para ella y su familia mientras la mayoría de las personas evolucionaban en comida para gusanos. Los niños muertos la impresionarían más, porque no podía concebir la idea de que los buitres pronto estarían digiriendo el futuro de una raza que podría ser mucho mejor de lo que apenas atinaba en ese momento histórico.

Es por eso que fue a la capilla por primera vez en años… para encontrar la esperanza que había perdido, nadar de regreso a la superficie de su sufrimiento en el que podría ver el sol brillante nuevamente en un futuro cercano para ella y su hijo, su único hijo, la razón y el propósito de las oraciones a algo que aún no sabía qué era, pero pensó que intentarlo era el menor de todos los males. La idea de hablar y rogar a algo más grande que ella misma, algo más poderoso y cariñoso, la liberaba de la culpa, del dolor y, de alguna manera, también de la responsabilidad al menos por algunos minutos. En ese sentido, ella era como todos los demás: los pobres que confiaban en la misericordia de los ricos, y los ricos a los que se les permitía entrar a la capilla confiando en la misericordia del representante elegido por aquellos dioses todopoderosos: El Obispo.

El obispo estaría presente ese día porque los progresos de la nueva iglesia no se presentarían solos. Necesitaban de una gran presencia que atrajera gente de la ciudad y de toda la región si era posible. Él sería capaz de hacer eso y más, porque también podría bendecir los terrenos y el edificio, y convencer a esas manos apretadas e ingenuas de donar para tal causa. Como era costumbre en honor a su visita, recorrería los últimos trescientos metros en un desfile acompañado de personajes relevantes y guardias de seguridad que mantendrían el camino limpio de mendigos y cadáveres que pudieran estropear la exhibición. El plan era siempre el mismo. Los coches aparcaban a trescientos cincuenta metros de la capilla, los guardias limpiaban la

calzada y cuando terminaban el trabajo, daban la orden de iniciar el desfile. Irían directo al altar a su propio paso, y desde allí les daría la bienvenida a todos a su casa, la casa de los dioses. Habría un monólogo que calentaría la mente y el corazón de los desesperados, y que les abriría el alma tanto como les abriría la generosidad para con la iglesia.

Ivo se negó a bajarse de los hombros de su padre. Sintió la necesidad de quedarse allí arriba observando todo a su alrededor desde una perspectiva superior. "*Así es como los dioses ven el mundo*" pensó, sin haber entrado nunca en una iglesia. Ya se sentía bendecido por estar allí; como si los dioses ya le hubieran dado las gracias y le hubieran pagado con paz y tranquilidad por su visita. Desde allí arriba, vio el desfile en movimiento desvelando una belleza inquietante. Todos los hombres vestidos con túnicas negras caminaron por la calle a paso muy lento siguiendo al obispo por detrás, ondeando banderas blancas con extraños símbolos como si fuese un sol vacío con tres letras doradas incisas en el medio que Ivo aún no sabía leer. Era un río oscuro de gente corriendo por el camino como nunca antes se había visto en esa zona. Los mendigos acompañaban la procesión desde algunos metros al costado, oscuros también por el barro y la pobreza y la sangre seca, pero Ivo no podía diferenciar una clase de la otra. Los que estaban a los lados en su mayoría se arrastraban de lado con su desnudez, mientras que los del medio caminaban hacia adelante, casi flotando sobre el suelo como entes oscuros. A pesar de eso, todos parecían enfermos de todos modos. Todos eran calvos o tenían calvas visibles. Algunos trataban de ocultarlo con sombreros negros y pelucas, incluso las mujeres. Sus pieles parecían saladas, sus manos y piernas temblaban en desarmonía y sus ojos, algo enojados, algo tristes, brillaban en medio del fondo polvoriento con sus escleróticas rojas y sus pupilas veladas. Los más jóvenes aún podían derramar una lágrima o dos, pero el resto estaba obligado a lubricar esos ojos secos e hirientes escupiéndose en las manos con saliva blanca y viscosa y frotándoselas frenéticamente, provocando una irritación permanente en los párpados y en el área circundante. Sin embargo, el obispo parecía haber sido bendecido por las entidades de las que Ivo había oído hablar alguna vez pero que aún no conocía. Su piel blanca parecía iluminar la cruz de metal dorado y la cadena que llevaba alrededor del cuello, las manos y los pies estaban decididos y controlados en cada movimiento, su boca era la única que tenía labios limpios, suaves y rojos, y su voz pronunciaba las palabras sagradas por sobre el murmullo general que muy frecuentemente tosía y se lamentaba. Dijo palabras en un idioma que nadie entendía por completo, pero las personas que esperaban dentro y fuera de la capilla las repetían conmovedora y fervientemente. Ivo sintió la respiración

fuerte de su padre y la voz tímida de su madre pronunciándolas al ritmo que marcaba el obispo con su volumen alto, pero ni siquiera intentó pronunciar un solo sonido coincidente. Todos sus sentidos estaban enfocados en la experiencia de aquel tan extraño espectáculo. Apoyó el pecho sobre la cabeza calva de su padre, curvó la espalda que tanto había tratado de mantener erguida; y aceptó la idea de que la vista desde un par de centímetros más abajo no interfería con la apreciación profunda del amplio y entretenido panorama.

CAPÍTULO 9

Ver el mundo desde arriba como un gigante, y él se sentía así, un gigante tierno y de buen corazón. Pensó que de ser un gigante su fuerza sería suficiente para cargar a la mayoría de los cuerpos agonizantes que extendían sus manos al desfile, y los llevaría rápido a las tierras de la buena comida y el agua clara. Podría llenar su mochila con papas y frutas y caminar de un lado a otro todos los días para mantener a sus padres y a los más necesitados. Haría amigos porque todos lo querrían tal como él quería a todos y, poco a poco, elegiría y reclutaría a los hombres más fuertes para ayudar a más y más personas de todo el mundo. Era una idea que tenía desde el despertar de su razón. La bondad hacia los demás era parte de su naturaleza. Quería ayudar a los que intentaban sobrevivir en la miseria en la que él también estaba intentando sobrevivir, pero que aún no se había dado cuenta solo porque cada día de su vida lo abrazaba con paz, tranquilidad, y divertimiento. Incluso cuando jugaba en el patio sumergido en su imaginación, desarrollaba la fantasía de ser uno de esos héroes de los cuentos que su padre le contaba desde que tenía memoria. El que más le gustaba era el cuento de Shite. Lo pedía cada vez que lo mandaban a dormir temprano. Su padre, en un momento de gran inspiración, había conseguido inventar aquella historia que jamás respetaría o repetiría a la perfección. A veces inventaba algunos personajes que luego olvidaría, o algunos desenlaces incoherentes y hasta lo resumía extremamente cuando se sentía demasiado cansado como para forzar su memoria o su imaginación. El cuento era siempre el mismo solo porque existía una línea que jamás sería quebrantada, con un protagonista determinado y audaz que todo lo lograría: Shite, el guerrero.

Ivo se había encariñado bastante con la idea de interpretar a un guerrero, y en sus recreaciones de mundos paralelos, de personajes fantásticos, de fabulosos peligros y de logros ficticios y hasta utópicos, se embarcaba en inventadas misiones que descubriría a medida que transitaba los cursos de su imaginación. La línea que jamás se quebrantaría era justamente la existencia de un peligro al cual se debería exponer y un prisionero al cual debería salvar. Todo el jardín se convertía en un lienzo sobre el cual pintaba magníficos escenarios de aventuras y batallas contra todo tipo de enemigos. Nunca se daría por vencido porque había un prisionero cuya vida valía la suya. Después de todo, preferiría estar muerto que vivir sumergido en su vergüenza. Lamentablemente, funcionaba en su fantasía tanto como

en la realidad de la cual aún no era consciente.

Había un bien mayor por el que luchar: la paz que solo podía restaurarse al derrotar al demonio cuyos crímenes deshonrosos habían robado el orden establecido en el reinado. Era maravilloso lo que creaba a medida que avanzaba uno de aquellos tardíos atardeceres de verano, arrastrándose sobre su estómago desde la parte más iluminada de la casa hasta la profunda oscuridad en el fondo del interminable patio trasero. Sus ojos sorbieron despaciosamente ese cóctel de suave realidad mezclada con dura fantasía, creando un universo análogo y semejante al real, pero suyo, completamente suyo. Un universo en el cual él era el creador, el creado, el autor, el director, el actor y la experiencia misma. ¿Qué es la realidad sino nuestra propia creación? ¿Qué es la fantasía sino la vía de escape de uno mismo? No habría tiempo para miedos. Sin arrepentimientos. Sin predicciones. La vida como era, era bienvenida. La vida como él quería que fuera, era creada. Todos los sentidos estaban activos y preparados para actuar y reaccionar. Cualquier cosa podría levantarse de la tierra. Cualquier monstruo podía agarrar sus pies y arrastrarlo hacia el río subterráneo que se escuchaba burbujear al correr con su gran caudal de lava volcánica a un par de metros por debajo de su vientre tembloroso, que, a su vez, también trataba de manejar al mismo tiempo un flujo de adrenalina cada vez más contundente. La hierba suave y limpia que acariciaba su pecho se transformaría en una serpiente de piel áspera y ojos rojos con dos cabezas… o tres… o cuatro… Ni su coraje ni los desafíos tendrían límite. Era infinito él, tan infinito como lo eran las posibilidades de su creación.

A la mitad del camino hacia la torre construida en la parte superior de un árbol sombrío, una serie de ataques ocurrieron mientras pasó entre las rosas carnívoras de su madre. Las espinas caían del cielo como proyectiles en su espalda, dibujando obras de arte ininteligibles en su piel, rasgando agujeros en su ropa, dictando que estaba entrando en la zona enemiga. Intentó acelerar el paso, pero se quedó atascado con una rama enorme unida a sus pantalones cortos amarillos y la camiseta roja brillante, como un cardo mortal tratando de alimentarse de su sangre. Se defendió con manos desnudas y algunos movimientos limitados que solo facilitaron el objetivo del enemigo. Gritó pidiendo ayuda con toda la fuerza de sus pulmones canalizando el dolor físico de ser desollado vivo de verdad, pero lo hizo en su mundo, en aquel universo que continuaba a crear sin cesar.

Una mano lo desenredó, lo tomó y lo arrastró por la tierra húmeda teñida de rojo oscuro de la sangre que le chorreaba por todos lados, hasta el refugio que le ofrecía una zarza de hojas oscuras. La voz de esa mano le sugirió que se desnudara. Él obedeció porque de algún modo tenía razón, no había forma de arrastrarse hacia adelante sin

quedar atrapado.

—Deberías tener más paciencia. ¿Por qué no intentas ser invisible, como yo? Una vez que te confundas con el suelo, podrás llegar donde quieras —dijo la voz, mientras Ivo aplicaba presión sobre las heridas que comenzaban a coagular—. Aquí… —La mano tomó un poco de barro del suelo debajo del arbusto, que su padre había regado poco antes, y lo aplicó sobre su pequeño cuerpo creando un camuflaje mucho mejor del el que traía, y luego se disipó en la humedad de la tierra.

Esperó un rato como se le sugirió hasta que su dolor se alivió un poco; con las manos desnudas, tan desnudas como sus ojos desnudos y su cuerpo desnudo, se animó a rescatar a la pobre dama desesperada de quien podía ver en la ventana de la torre su silueta a contraluz. Un cuerpo joven y delicado que yacía su inocencia en las rocas blancas perfectamente cortadas y encajadas, con los brazos cruzados, con el bosque debajo de la línea de sus ojos, mirando hacia el horizonte de un futuro vacío. Por algún motivo, en la mente general, era un héroe quien en las historias para niños debía rescatar a una indefensa señorita, casualmente señorita, casualmente indefensa, casualmente como eran tratadas las señoritas de aquellos tiempos y los de siempre, casualmente encerradas, casualmente en constante peligro, casualmente… casualmente…

De alguna manera, Ivo había asumido la responsabilidad de evitar que ese horizonte se materializara frente a él esa misma noche. Él ya la amaba, aunque aún no lo sabía, ni siquiera lo pensaba, pero todas las decisiones se tomaban en base a ese amor. Un amor que le hiciera vivir para siempre, que le diera sentido a su vida, un amor por el que valiera la pena morir. La energía que nunca pensó haber, llenando el motor de su cerebro, ordenando a cada uno de sus músculos moverse hacia el amor, a través de la guerra y por sobre el enemigo, preocupándose más por la vida de otra persona que por la propia, casualmente…

Tan pronto como su vientre tocó de nuevo el suelo húmedo, el dolor físico fue reemplazado por un sentimiento heroico y las imágenes de lo que sería de él después de que derrotara al monstruo. La torre estaba ahí, apenas a un par de metros por los que pudo seguir arrastrándose, pero perdió la batalla contra su ansiedad y corrió tan rápido como sus débiles piernas se lo permitieron, hasta abrazar con fuerte inercia el tronco del árbol que sostenía en sus ramas todo lo que debía destruir y lo único que quería salvar. Subió alto y lejos de la razón, hacia el enemigo misterioso y poco acogedor. Sin embargo, cuando llegó a la última rama y habitación de la torre, lo que sea que esperaba enfrentar, no estaba allí. Ni un monstruo al que matar, ni un enemigo al que desafiar, ni una dama a la que salvar, sino su real

imposibilidad de bajar del árbol, mientras su ropa estaba a la vista, pero fuera de su alcance, abandonada a su merced justo al lado de las rosas, tiradas como los miserables que también parecían trapos descuidados a lo largo del camino durante el desfile del obispo.

—Deberías tener más paciencia. ¿Por qué no intentas ser invisible? —Escuchó la voz nuevamente mientras se abrazaba al árbol para calmar su cuerpo tembloroso, mientras sus pulmones comenzaban a limitar su capacidad y las respiraciones superficiales se convertían en un grito desesperado de ayuda.

Una luz cálida se encendió, borrando el entorno imaginario y cada sombra en su piel desnuda y embarrada, infligiendo una herida que tardaría toda una vida en sanar, mientras esa voz y esa mano parecían acabar de quemarse al calor de la vela en el farol que le apuntaba su madre, y todas las posteriores que se fueron encendiendo poco a poco con el pasar de las horas. Un grupo de compañeros de su padre consiguió bajarlo con una escalera que tomaron prestado de la obra en construcción de la catedral vecina, avergonzado por haberse sobrevalorado, tal vez demasiado pronto. Aprendió muchas lecciones ese día, siendo la más importante que siempre sufriría la vergüenza de sí mismo solo si su perspectiva era demasiado baja, sin importar qué tan alto estuviera él parado; y que tratar de ser invisible no era algo que tendría que lograr, sino algo que tendría que sentir.

Ivo fue el único que tuvo una perspectiva diferente en el desfile, no solo porque podía verlo todo desde arriba, sino porque no tenía intención de estar allí. No estaba rogando, no estaba pidiendo y no estaba esperando. Simplemente estaba ahí, observando con inocencia a todo y a todos: aprendiendo y absorbiendo todo lo que el momento le ofrecía; el momento se había convertido en las personas que lo rodeaban, sus vidas, sus muertes próximas, sus sufrimientos y sus decepciones, las esperanzas que alguna vez tuvieron y que ahora se habían convertido tan solo en espera de un héroe que los salvase de semejante infierno: todo en tan solo un momento. Que diferente hubiese sido el mundo, si lo hubiese creado Ivo con su inocente imaginación, tal vez aquel peligro al que se sometía voluntariamente a la señorita no existiría ni siquiera, porque ninguna mente inocente podría jamás pensar en hacer una cosa así, sin estar contaminada y condicionada por el mundo en el que Ivo había nacido. Él solo podía observarlo todo desde allí, el infinito momento en una profundidad que comprendería antes de ser capaz de entender, porque a su edad inconsciente, sabía usar su corazón y su alma más que su mente.

El obispo estaba a punto de entrar por la puerta principal de la capilla cuando de repente se detuvo en el tercer escalón y se dio la vuelta diciendo 'Sayen'. Todo el desfile se detuvo detrás de él y los ojos que antes miraban hacia abajo, ahora se dirigieron a la choza al

otro lado de la calle. Allí, una anciana se estaba poniendo de pie sobre una pequeña silla de madera. Su movimiento era constante pero excepcionalmente lento; como si estuviera flotando en una especie de espacio en el que el tiempo no tuviera importancia. Su esencia pura y genuina era capaz de mover sus extremidades tal como movía el aire a su alrededor. Los hermosos remolinos de polvo gris que giraban en torno a su cuerpo parecían desdibujar la imagen de la choza en el fondo, pero cuando la tímida luz del sol se atrevía a trepar por encima del techo de la iglesia y acariciaba su menuda silueta, los colores de un pasado lejano se manifestaban en una plenitud absurda, en un tiempo incoherente con aquella gris realidad. Su piel morena y resquebrajada estaba decorada con colores vivos formando líneas rectas y curvas que se cruzaban sobre los pliegues profundos genuinamente tatuados por el tiempo; sombras oscuras contorneando sus pequeños ojos almendrados color avellana, y flores de margarita enredadas al azar en su cabello teñido de manzanilla en diferentes tonos, variando desde el gris claro en las mismas raíces, hasta algunas tonalidades anaranjadas ligeramente desgastadas en las puntas, y labios de color rosa intenso que delineaban unos pocos dientes manchados, visibles a través de una constante sonrisa abierta. Era una explosión de colores en una atmósfera en la que había conseguido sin esfuerzo convertir el aire que tocaba su corazón en un puente de piedra que se extendía poco a poco sobre la calle, hasta el pecho del obispo, un puente a otra dimensión... una dimensión en la que sólo sus universos podrían moverse. Ella había detenido el mundo que la rodeaba... el obispo se había paralizado y la mujer fijaba su mirada en él de manera profunda y consistente, revelando todo lo que siempre habría querido revelarle a quien estuviera dispuesto a observar con algo más que los ojos.

CAPÍTULO 10

Sayen era de otros tiempos, de otra historia donde la historia no se escribía, sino que formaba parte de las sustancias y las materias, y uno no necesitaba estudiarla o aprender a leerla, porque la historia misma era comprendida en uno mismo. Desarrolló un físico sano y fuerte, exteriorizando en su apariencia, la expansión cósmica que estaba ocurriendo dentro de aquel minúsculo universo de su cuerpo. Los grandes estallidos que ocurrieron a nivel celular dentro del vientre, continuaron dando origen a otros genéticamente idénticos y así desde la destrucción y la división se generaban nuevas uniones para formar una gigante unidad general. En una línea de tiempo paralela, la memoria universal trabajaba logrando una identidad única estrechamente conectada con todo lo demás.

Día tras día se dejaba llevar por la expansión de su cuerpo y de su ser, y era solo cuestión de tiempo antes de que pudiera aprender a dominar los movimientos que, para entonces, eran solo instintivos: patadas que estiraban la piel del mundo que la contenía, que la protegía, y que a su vez maravillaba en medio de amor y encanto. Por cada reacción, una reacción.

Era parte de un yo más grande, y cuando finalmente nació, uno podría decirlo así para simplificar, nada cambió. Diferentes líneas de tiempo extendieron su cuerpo físico. Sus movimientos se volvieron comandados y hasta coordinados, aprendiendo a ennegrecer sus pies con la tierra que nutría sus raíces. De alguna manera, en su instinto, sabía que estaba creciendo de la misma manera que lo habían hecho los árboles, y en su imaginación, algún día sería tan alta como todos ellos, mirando hacia abajo al mundo como le gustaba hacer con una comunidad de hormigas.

El sol salía por el este y se escondía por el oeste detrás de las montañas, mientras que la luna lo seguía constantemente a la distancia de un día. A veces las nubes cubrían el cielo azul brillante, pero llegaban tan solo para alejarse, arrastradas por el mismo viento que las había traído allí. Ocurrieron las lluvias, y luego la sequía, y luego las lluvias nuevamente y luego la nieve en las tierras altas, y luego… todo de nuevo en un rutinario ciclo de belleza. Las plantas florecieron, y las hojas y las flores brotaron de las ramas delgadas solo para transformarse y caer al suelo, convirtiéndose en barro y luego en polvo, y luego en una presencia que no estaba allí para ser vista en la misma forma que un día habían tenido; como los abuelos de Sayen, que habían dejado sus identidades, figuras y formas, solo para

convertirse en la energía de la patada que estiraría el vientre de otro ser. No sabía de vocabularios ni de descripciones. Simplemente sucedió, y ella se contentó con la sensación, sin darle más vueltas a la razón. Un proceso, una transformación, un patrón natural que se repite siempre diferente, pero, increíblemente, siempre igual. La naturaleza respetó los ciclos, y ella aprendió a respetarlos también, como los que repetían sus padres, respetando sus necesidades de alimentación, las rutinas que tenía su cuerpo interior después de ser alimentado, y las consiguientes limpiezas que sus padres le debieron enseñar a hacer por sí misma.

Todo tenía una razón y un propósito: la vida era un experimento y ella era tanto la vida como la experiencia. Con la boca y las manos, descubrió su propio cuerpo al mismo tiempo que lo hacía con el mundo que la rodeaba. Acarició los poros de la tierra, masticó los pelos de las plantas y observó los comportamientos de los animales y los humanos con el mismo tinte de pureza que sus ojos supieron aplicar a todo y a todos. Era la vida viva en su inocencia, y en ella misma radicó el aprendizaje que le permitió conquistar su propio cuerpo junto con la naturaleza en todas sus formas. Veneró a la tierra como a su propia madre y aprendió a respetar el esfuerzo, el sacrificio que habían hecho para darle la energía que le permitiría seguir experimentando el mundo físicamente. Para su corazón, todo era sagrado, y cualquier ataque a ese orden específico significaría una ruptura total en el equilibrio natural. Lo sintió y lo comprendió, más allá de que todavía no era capaz de justificar sus pensamientos. Simplemente lo supo porque su instinto decidió por ella, y aún cuando creció, mantuvo en su mente la convicción de que nada era inferior en derechos a nada. Respeto. Unidad. Paz. Vida…

Una mañana, mientras se asombraba con las ramas secas que flotaban en el río, sin ofrecer resistencia, simplemente fluyendo con él, se preguntó dónde terminarían. Se preguntó si en el caso decidiese saltar y nadar en él, hacia dónde la llevaría la corriente. En sí, se preguntó si habría un final esperándola al otro lado del horizonte. Corrió por la orilla río abajo hasta los humedales. Siguió una de aquellas ramas hasta que la rama se estrelló contra una estructura mucho más grande, hecha de cadáveres de árboles que de alguna manera eran capaces de viajar en la dirección opuesta: una carabela. Sayen colapsó antes de que llegara a observar la cima de aquella montaña flotante. El aire se quedó atascado en sus pulmones como una roca sólida. Sus piernas cedieron a la inercia hasta hundir su cuerpo en el barro. Fue su instinto percibir que no había encontrado el final más allá del horizonte, pero que era el final quien la habría encontrado.

Una enorme sombra se hizo más y más grande, tragándose las

riberas de los ríos y la mayoría de los humedales, arrastrándose lentamente por el campo y trepando la base del conjunto de montañas rocosas hasta los territorios vírgenes. Se formaron nuevas olas, rompiendo otras orillas que nunca habían sido tocadas directamente por ese río pero que ahora había crecido de golpe, arrebatándolo todo a su paso como una lengua gigante que lame, separa y devora.

Sayen se perdió la mayor parte de la espectacular entrada. Ni su cerebro ni su corazón habían sido creados para encontrar explicaciones a lo que acababa de presenciar. El río todavía se movía en direcciones extrañas contaminadas por un color marrón fangoso y plantas jóvenes descuartizadas. Había recuperado sus sentidos para experimentar un cambio sorprendentemente repentino, exactamente opuesto a los que había aprendido a apreciar en forma de proceso. Se sintió perdida, se sintió abrumada y por primera vez se sintió vulnerable frente a un vuelco histórico rotundo y aterrador. Se quedó allí, esperando, preguntándose qué significaría todo eso: si sería otro tipo de proceso, o si sería una forma violenta de truncar de golpe un crecimiento profundo.

El sol se escondió detrás de las cimas de las montañas con sus picos ya nevados, y la luna se elevó para ocultarse nuevamente en esa secuencia eterna, pero el agua que fluía río abajo seguía mostrando un desfile infinito de árboles y hojas jóvenes, un color marrón sucio y una invasión de un olor nauseabundo desconocido. Se quedó allí, cubierta de lodo, sentada en el lodo, mirando el lodo, inmóvil y alerta como un animal amenazado, pero también indefensa como solo una niña que había experimentado el mundo durante solo once otoños podía sentirse. Su mente le hablaba repetidamente, mientras su corazón amenazaba con pararse. La trató de convencer de no preocuparse, que lo que estaba pasando era parte de un proceso natural, como todo lo demás; mientras que sus entrañas objetaban con una opinión completamente opuesta. Su diminuto cuerpo estaba tenso, su respiración era superficial e incluso los nervios más olvidados debajo de sus dedos anulares estaban listos para reaccionar.

Nuevamente, el sol se escondió y la luna lo siguió hasta que el siguiente sol reveló un extraño juego de colores con su reflejo en el río. El olor se volvió insoportable y las nuevas orillas recién formadas fueron bañadas por un líquido viscoso de color caoba que la niña aún no reconocería. Se puso de pie y caminó hacia él, tratando de jugar el juego de experimentar el mundo, pero esta vez lo hizo contra de su propia voluntad natural. Tocó el barro frío y sangriento. Sus dedos se impregnaron del olor que había estado tratando de evitar, y su cabeza hizo lo mismo con dudas que no hacían otra cosa que sumarse y complementarse entre ellas.

Se sintió abrumada hasta el punto en el que su confusión se

transformó en un miedo al que nunca se había enfrentado. Una nueva sensación para su colección de experiencias terrenales. Al final de cuentas, sus entrañas se habían proclamado a sí mismas como vencedoras sobre una mente falsa y engañosa. Temía por ella, de la misma manera que temía por sus padres y por todas las personas de la aldea. Ninguna imaginación podía imaginar los terrores de los animales desmembrados, esos animales con los que había crecido y que le habían enseñado a vivir, pero que ahora viajaban flotando hacia el horizonte, como las ramas secas que había seguido juguetonamente en un tiempo que parecía otro tiempo, otra vida. Había visto todo lo que tenía que ver allí, había vivido todo lo que tenía que vivir junto al río, y su curiosidad tomó las riendas de la situación con la decisión de que era el momento adecuado para dejar de esperar y pensar, para empezar a hacer algo, lo que sea que le quitase aquella terrible incertidumbre. Pudo haber huido hacia el horizonte que la atraía desde el primer momento, pero decidió volver a casa, deseando que todo lo que había vivido, fuese solo una terrible pesadilla, una pesadilla que jamás había tenido, y que hasta aquel momento no había tenido la necesidad de conocer ni siquiera como un concepto. Esperaba que todo hubiera permanecido intacto en la aldea tal como la había dejado aquel día, y que sus padres estuvieran allí esperándola para finalmente tener esa cena que su barriga había comenzado a pedirle. En lugar de caminar junto al río, instintivamente decidió regresar por el bosque. Caminó hasta que la luna ocupó el lugar del sol sobre los árboles ancestrales y el sonido de los nuevos terrores de la noche invadió sus oídos. Los gritos agudos parecieron penetrar sus huesos como flechas. El fuerte olor se había intensificado hasta hacerla vomitar su propia bilis. A lo lejos, una luz cálida iluminaba a contraluz los troncos y arbustos expulsando un espeso humo que terminó filtrando casi por completo la luz de la luna, y fue de esa luz que una figura oscura se materializó justo frente a la niña. De nuevo, todos sus nervios y músculos se activaron, pero se quedó quieta. La figura se acercaba con sus dos grandes ojos de fuego, con pupilas alargadas que brillaban en la oscuridad. Sayen dio un paso hacia atrás, pero la figura parecía avanzar a un ritmo mucho más rápido. De repente, la luz de la luna, que había estado luchando por abrirse paso a través de las densas copas de los árboles y el humo, finalmente encontró un espacio para revelar que la figura oscura era de un animal de aquellas hermosas épocas en las que la niña la veía como una simple oveja y no como una bestia gravemente herida. Su cuello irrigaba lentamente el suelo con su sangre. Su fuerza se reducía significativamente a cada paso que daba, pero siguió caminando aterrorizada hacia la niña. Cuando la alcanzó, Sayen la abrazó con fuerza hasta que las patas de la oveja cedieron al peso y al destino del

animal. No pudo evitar que sus lágrimas se mezclaran con la sangre, ni que el corazón ya exhausto de la bestia descansara para siempre. Impotencia. Un nuevo concepto, una nueva experiencia.

Cuando la luz del día atravesó la espesa nube gris de humo que pisaba fuerte sobre todo el bosque, un par de manos movieron el pesado y ya entumecido cadáver de la oveja, tomaron el cuerpo de la niña que se encontraba debajo y lo llevaron al asentamiento, que ahora era el útero de un pesado fuego que parecía ondear sus altas llamas, dándole de tanto en tanto algunas bofetadas a las copas de los arboles seculares que por muchos veranos habían refrescado las chozas de la aldea.

Cuando abrió los ojos, el viento jugaba con motas y chispas en el aire, la cálida luz se convertía en calor en su piel, y ya no había chozas organizadas en círculos concéntricos, sino una montaña de objetos y cuerpos incinerándose bajo las llamas. Fuera lo que fuese, no era el mundo como ella lo había conocido. Escuchó voces provenientes del río como si fueran una presencia dentro de su mente. Esperaba que fuera una alucinación, un truco de su joven cerebro, pero toda teoría de fantasía desapareció cuando finalmente sintió la presencia física de esos seres que parecían haber sido creados sin aquella esencia de la humanidad. Desde la orilla del río, al otro lado del gran fuego, se acercó la sombra de un gran monstruo. Era como un cuerpo con dos cabezas, caminando hacia la niña. Su fuerza no respondió esta vez, se había rendido al destino, casi como la oveja, pero sin saberlo aún.

La idea de ser devorada por ese monstruo que avanzaba con paso firme detrás de las llamas la hacía sentir pequeña, insignificante, indefensa, como esas aves que nunca pudo salvar de la boca de un puma, con sus ojos abiertos y la mirada vacía, deseando un final rápido e indoloro. Nunca se le había ocurrido que ella podía ser también víctima de la naturaleza, en lugar de mediadora y de estar un paso adelante en la evolución de todos los seres, de no ser diferente sino la diferencia.

Una vez iluminado por la luz del fuego, el demonio del que se creía la presa, se reveló como dos enormes cuerpos humanos que llevaban un tercero completamente cubierto de sangre. La imagen de ese hombre colgado finalmente arraigó su mente para comprender que lo que estaba viviendo era la realidad misma: una triste realidad, una nueva realidad a la que debía adaptarse o aprender a convivir, o… El hombre la miró directamente a los ojos y sin hablar, su alma pronunció su nombre, ¡Sayen! con la alegría más triste que un hombre pueda sentir. Reconoció la voz, saliendo de detrás de esa cara hinchada y roja casi informe. Ella había escuchado el sonido de esa alma toda su vida, y había sido esa voz la que le había mostrado todos

los secretos de la vida y la naturaleza y los seres humanos, aunque él sentía que de alguna manera le había fallado en el papel de padre, víctima de su propia ignorancia sobre el hecho de que una realidad como la que estaban experimentando, era siquiera posible. Miró a la pequeña mientras esperaba que ella se decidiera a cerrar los ojos para evitar verlo arder en el gran fuego al que lo arrojaban esas dos figuras gigantes como un cadáver viviente.

Las altas llamas se tragaron su cuerpo rápidamente mientras las dos criaturas se alejaban, ignorando el olor a cuero y pelo quemado y la presencia de la niña lidiando con un terror que desconocía y que no era capaz de soportar, un terror que parecía aplastarla y enterrarla en el suelo como lo haría por siempre el pie gigante del nuevo orden mundial.

CAPÍTULO 11

Se dice que el ser humano no es consciente de su capacidad, que en determinadas situaciones puede afinar sus sentidos, alcanzar niveles de fuerza que nunca había experimentado y desencadenar una velocidad mental y física increíble desde su instinto de supervivencia. Sayen estaba muy cerca de sus instintos, aún no estaba corrompida, y aunque su débil cuerpo apenas podía caminar, la imagen lenta de su padre volando por los aires antes de aterrizar en la mezcla ardiente de madera, piel y huesos disparó esos poderes que poseía inconscientemente. Sus pies presionaron el suelo activando cada una de las fibras de cada músculo flaco y subdesarrollado de su cuerpo, y de manera espontánea y fuera de sí, saltó al fuego para rescatar al hombre. Sus piernas respondieron con un pique involuntario, sus manos agarraron el cuerpo sin sentir dolor ni cansancio, y con una fuerza sobrehumana, inmediata y resuelta, sacó a su padre de la agonía que le causaban aquellas llamas. Lo arrastró hasta lo más profundo del bosque y allí se escondieron de las atrocidades que esos visitantes desconocidos cometían motivados por un odio, tal vez voluntario, o tal vez tan involuntario como la capacidad de Sayen de actuar y vivir intentando contrastar aquellas motivaciones que llevaba a aquellos monstruos a destruir todo lo que tocaban.

Conocía ese bosque mejor que ella misma, y el bosque conocía a su especie como si los hubiera creado él mismo. En él había elegido un lugar oculto que solía visitar tan solo algunos años atrás cuando intentaba imitar a las mujeres adultas de la aldea; su refugio y nuevo hogar. Arriba, las copas de los árboles eran tan espesas que cuando la lluvia caía con fuerza por todas partes, solo unas pocas de las gotas más prósperas se filtraban en el interior. Robustos troncos ancestrales los protegían del viento, y un hueco en el suelo cubierto de una infinidad de hojas secas los vestía contra el frío de la noche y los camuflaba perfectamente.

Aunque era solo cuestión de tiempo antes de que el dolor físico superara la adrenalina que corría por sus venas, se acostumbró a esa fuerza que surgían de su miedo y a los razonamientos, las lógicas y las resoluciones que emanaba su instinto. La niña visitó con frecuencia aquellas plantas que donaban raíces y frutos para nutrirlos a ambos, y probablemente, más frecuentemente aún, pasaría por las que ofrecían la medicina natural que ambos necesitaban. Algunos reducirían los escalofríos y el dolor repentinamente, otros ayudarían al sistema inmunológico del cuerpo a mantener la guardia bien alta. Sayen

extraía jugos y geles de algunas ramas, hojas y frutos, los mezclaba todos y los aplicaba varias veces al día sobre la piel quemada de sus cuerpos, ayudando a la recuperación de los tejidos y reduciendo las posibilidades de infecciones no deseadas.

La niña había sido obligada a madurar antes de tiempo. Se estaba convirtiendo en una mujer, como su madre, a quien le hablaba cada vez que se conectaba al suelo a través de una simple caricia a los troncos o a las hojas o a las flores. Le pedía permiso a la planta antes de proceder a la extracción de lo que necesitaba, y la planta respondía casi de inmediato en una conexión profunda que escapaba a todo intelecto y todo léxico. Unas aceptaban, otras le comunicaban que ellas mismas no estaban sanas, o que no eran lo que la niña andaba buscando. Se les agradecía gentilmente cada vez, y también agradecía a su madre, porque ella había sido quien había iluminado la consciencia natural interior con la que había nacido. La pregunta surgía a cada instante.

¿Dónde está? ¿Qué le habría ocurrido?

Fue solo después de tres lunas que su padre, Tahiel, consiguió modular su voz y coordinar aquel juego de respiración y vibraciones sonoras. Su rostro volvió a adoptar un aspecto saludable respetando las dimensiones y formas naturales, su boca curó los cortes y se cicatrizaron los espacios vacíos entre los dientes, y sus ojos se abrieron, inundados por la sangre de la tristeza.

—No sé dónde está tu madre. No sé qué pasó. Escuchamos ruidos que nunca antes habíamos escuchado. Toda la comunidad caminó hacia la orilla del río solo para descubrir que una enorme estructura de madera estaba expulsando criaturas gigantes de formas humanas que llevaban objetos que uno podía intuir habrían sido creados para hacer daño. Y eso fue lo que hicieron. No podíamos reaccionar ante algo que simplemente no sabíamos qué era capaz de hacer. La mayoría nos quedamos allí observando asombrados hasta que el primero de sus objetos golpeó la primera de nuestras cabezas. No puedo describir esa imagen con palabras, de la misma manera que no podría ponerles nombre a las intenciones de sus acciones. Tomé la mano de tu madre y corrimos hacia el bosque pensando que te encontraríamos aquí. Sin embargo, antes de alcanzarlo, algo golpeó mi cabeza con fuerza haciéndome perder los sentidos. No sé qué hicieron, ni siquiera sé si logró escapar, solo sé que en cuanto consiga recuperarme intentaré encontrarla y llevarla lejos de esto, que ni siquiera sé cómo llamarlo.

Las lágrimas de sangre se deslizaron por su boca, irrigando el suelo después de dejarse caer al abismo. Sintió todo tipo de dolor físico y emocional al mismo tiempo. De nuevo, no podía describir con palabras lo que estaba sintiendo; pero era su existencia que lo

explicaba sin pretenderlo. El ser humano estaba naturalmente preparado para soportar las perdidas, pero no para soportar las tragedias. Había un hilo delgado que unía su cuerpo a la vida, y ese era el propósito de encontrar a su compañera de vida y proteger a su hija.

No fue hasta que las montañas se cubrieron con un velo blanco de nieve, que Tahiel pudo moverse casi perfectamente. Había estado luchando durante mucho tiempo, pero su determinación y convicción lo empujarían hacia adelante a cada paso y lo levantarían después de cada caída. De alguna manera lo tenía planeado en su mente. Dejaría a Sayen en el bosque por la noche, caminaría entre las criaturas y buscaría a la madre de su hija en cada rincón del asentamiento y, si era necesario, también en cada rincón de la enorme estructura de madera que parecía haberse atascado en la orilla del río. Sin embargo, por más planes y juegos de imaginación, no podía prescindir de la improvisación, considerando que desconocía el mundo que se le había caído encima inadvertida e inesperadamente. Más que un plan, era una intención. Tal vez ni siquiera sería capaz de reconocer las tierras y lo que quedaría de la aldea. En sí, no había un modo para predecir su curso de acción como era posible predecir que su cuerpo devolvería su energía vital a la naturaleza antes de tiempo si algo salía mal.

Tan pronto como pudo caminar, fue al asentamiento solo para descubrir que ya no existía nada de lo que recordaba. Era como si el moho se hubiera desarrollado sin permiso en ese pedazo de tierra, absorbiendo y cubriendo todo lo que podía. Donde antes había árboles y flores, solo había pasto seco y madera cortada, y donde solía estar su choza, ahora había una estructura enorme e impresionante, probablemente tan impresionante como la del río, aunque ésta parecía haber sido construida en una posición invertida, es decir, con la base estrecha en la parte superior. Esas criaturas entraban y salían, y cada vez que entraban o salían o simplemente pasaban por allí, se tocaban la frente, el vientre, el hombro izquierdo y luego el derecho, solo para terminar con un beso en los dedos. Todos ellos hicieron eso, y todos ellos repitieron ese movimiento sin importar cuántas veces pasaran por ahí. Tahiel se preguntó cuál sería su significado, si había alguno, porque considerando su manera de ver el mundo nada de lo que había estado pasando tenía mucho sentido. Todo lo que veía era extraño. Todo le era ajeno.

Una de las criaturas, arrastrando sus pesadas herramientas ensangrentadas, lideraba una fila de personas al interior del lugar, y para su sorpresa, aquellas personas, reproducían atentamente el mismo movimiento con sus manos al cruzar la puerta. Chocó miradas de algunos niños de la aldea, esquivando sangre y miedos. Cruzó con ojos tristes, heridos, infectados, apagados de las madres que los

seguían por detrás. Se sumergió en la empatía, en la angustia, en la desesperación, en la fatiga del pensar y en la desesperanza propia de la irracionalidad de una razón perturbada. Se cansó. Se rindió. Se sentó en sus lágrimas y allí, la sintió, la esperó, la reconoció y luego la vio, caminando como los otros, gesticulando como los otros, y entrando por aquella puerta como los otros, pero siendo ella, aquella que un par de bastonazos y algunos sopapos no habían sido capaz de extirpar.

La enorme puerta se cerró detrás de ellos y Tahiel instantáneamente pensó en una forma de entrar también, pero demasiados engendros circulaban por enfrente de la estructura, cambiando las herramientas de manos para hacer ademanes que inspiraban paz de una manera alarmante. Caminó rápida y suavemente alrededor, pasó por detrás de troncos caídos, piedras amontonadas y animales heridos hasta llegar a la parte trasera de la estructura. Dentro de un recinto, un enorme pozo esperaba que lo terminen de rellenar con más cuerpos, extendiendo la duración del festín de moscas y gusanos. Bajo un techo de paja seca esperaban un grupo de niños arrodillados, con las palmas de las manos tocándose frente a sus pechos y cuando la puerta trasera se abrió, el nuevo grupo de niños se unió rápidamente a los demás en la misma idéntica posición, mientras que las mujeres se detuvieron contra la pared. Allí permanecieron en la postura que las manos de los monstruos habían moldeado como arcilla, ofreciendo sus espaldas desnudas a merced del destino que aquellos engendros estaban por escribir, con los brazos rectos hacia arriba, las manos contra la madera tosca y las piernas bien abiertas ofreciendo sus vulnerabilidades a la vista de dos monstruos que acababan de llegar. Uno de ellos era diferente a los demás. Se deslizaba por el barro sangriento con su cuerpo arropado de mantos oscuros y un retazo de tela blanca tapaba su rostro sostenido por una de sus manos, mientras la otra mano llamaba a los niños y les indicaba volver puertas adentro. Cuando el último de los niños desapareció dentro de la inmensidad de aquella extraordinaria y robusta estructura, las manos de aquellos gigantes comenzaron a tocar a las mujeres con rudeza, buscando en el interior de sus cuerpos de la misma manera que uno buscaria trufas en la tierra. En medio del forcejeo, una de aquellas mujeres intentó buscar refugio con los niños, pero aquel personaje diverso ya había cerrado la puerta. Cuando se dio vuelta, Tahiel la volvió a reconocer, mas allá de los velos de sangre que la cubrían y las manos enormes que la sujetaban. Por un momento, ella también lo vio, allí, detrás de unos palos sin vida, tan sin vida como ellos, tan sin vida como la vida misma en ese momento, ella le habló sin palabras. Él comprendió. Las manos ásperas le raspaban el vientre; ella no lo sintió; él la calmó. Retumbaron los golpes, la mojaron los jugos del odio, y la desecharon

como estiércol en aquel pozo inmundo; ella los ignoró, él le abrazó la vida que la muerte terminaría de adjudicarse.

Tahiel entendió con las usuales lágrimas de sangre rodando por sus mejillas su razón de existir cuestionando al mismo tiempo la existencia de aquella crueldad innecesaria. “*¿Qué eran esos seres, tan similares, pero tan diferentes?*”

CAPÍTULO 12

Tahiel se adentró en el bosque tan rápido como lo hizo el frío en sus pies descalzos. Las noches eran largas y el sol estaba tan lejos que parecía haber abandonado el mundo a su suerte, con temperaturas despiadadas que obligaban a cualquier ser vivo a prepararse de antemano. El gran fuego del asentamiento brillaba detrás de su figura al caminar suavemente entre los árboles y arbustos, mientras otra figura le reforzaba la sombra desde atrás. Rápida e inesperadamente, un ruido de hojas secas y ramas crujiendo invadió sus oídos: lo seguían pasos mucho más pesados que los suyos. Cuando Tahiel se detuvo, la figura se detuvo. Cuando corrió detrás de un árbol, la figura se escondió detrás de los arbustos. Cuando se movió, la figura se movió de nuevo, como si reflejara su comportamiento. Se quedó quieto durante mucho tiempo, jugando el juego del cansancio, del frío, del aburrimiento; temiendo un ataque salvaje y deseando no estar en esa situación. Había un depredador a sus espaldas y él era la presa. Sus pies y manos cambiaron de color y redujeron su capacidad de movimiento. Su respiración se hizo más profunda. Su cabeza se precipitaba al ritmo de su corazón. Se estremeció y automáticamente le castañetearon los dientes, y cuando sucedió, se dio cuenta que todo su cuerpo lo estaba traicionando. Aunque de mala gana se estaba rindiendo al pasado del cual aún intentaba soportar la sorpresa de mal gusto, no podía rendirse al frío, al agotamiento físico mientras su naturaleza le reducía sus signos vitales al mínimo. Pero a veces esas decisiones no dependen de uno. Sus párpados se sellaron, cerrando las compuertas al flujo de energía y a sus expectativas. Para cuando se abrieron tan involuntariamente como cuando se habían cerrado, un manto cálido de algodón oscuro cubría su cuerpo y un pequeño fuego estaba encendido justo a su lado, en el mismo lugar donde había estado consternado y dormido.

Dos grandes pies cubiertos de cuero sostenían una presencia erguida vestida con el mismo tipo de algodón pesado de color oscuro. Una cabeza calva, media sonrisa y dos ojos intensos miraban profundamente la luz de las pupilas negras de Tahiel. Esa criatura se parecía a las demás, pero estaba vestida de manera diferente y actuaba con el mismo tipo de bondad humana que Tahiel consideraba 'normal' antes de su llegada. Después de todo, fuese lo que fuese esa criatura, se sentía como si fuera de su especie. Tahiel lo miró sin mover un solo dedo de su posición, aunque los instintos animales estaban listos para reaccionar ante la más mínima amenaza.

El hombre se alejó por un momento, tomó un leño seco para alimentar el fuego, se sentó, con una media sonrisa bondadosa, mirando al hombre que acababa de salvar de morir congelado. Su apariencia le recordó a Tahiel que lo había visto entrando por aquella puerta con los niños y con ese pensamiento en la mente de Tahiel, su mano derecha se levantó rápidamente desde abajo del tejido. El otro hombre mostró sus instintos animales ya listos también, reaccionando con un pequeño pero decisivo espasmo inclinando su espalda hacia atrás.

Tahiel se tocó la frente, luego el vientre, y luego hizo lo mismo con el hombro izquierdo y el derecho antes de besar sus dedos. La media sonrisa se convirtió en una amplia y completa, y su mano respondió con el mismo gesto. La criatura colocó ambas palmas tocándose frente a su pecho y dijo algo que Tahiel no entendió, pero imitó el gesto. El hombre repitió la frase y extendió su mano derecha en una clara señal de invitación, pero Tahiel no dijo nada, pues no había nada que decir. El hombre repitió la frase por tercera vez, pero esta vez la pronunció acentuando cada sílaba con largas pausas entre ellas hasta que Tahiel pudo pronunciarlas también.

—Dios – per-dó-na-me – por-que - es-ta-ba – per-di-do – pe-ro– a-hora – me- has - en-con-tra-do.

Para él, ni siquiera eran palabras, sino meros sonidos que conformaban tal vez la única clave para su supervivencia y la de Sayen. El hombre parecía ser capaz de sentir, más que los demás de su especie. Parecía digno de confianza y Tahiel solo podía probarlo una vez más, porque temía que Sayen no pudiera sobrevivir a la noche. Cuando su cuerpo volvió a un estado apenas saludable, pero al menos productivo, Tahiel se puso de pie mirando al hombre, que todavía estaba sentado junto al fuego, y volvió a hacer el movimiento que había aprendido a hacer con la mano derecha. El hombre vestido de colores oscuros respondió de la misma manera, y de un bolsillo de su ropa, sacó un objeto brillante. Extendiendo su mano, el hombre tomó la de Tahiel y se lo ofreció, antes de que se aleje velozmente perdiéndose en la oscuridad del bosque, siempre atento a sonidos extraños y amenazas, por más que esta vez por detrás ya nada le seguía los pasos.

Cuando llegó al pozo en el cual se habían estado escondiendo hasta el momento, el quejido lastimero de Sayen se escuchó debajo de una cubierta de hojas demasiado delgada. Saltó adentro de inmediato, abrazó a su hija cubriendo a ambos con la tela que el hombre le había dado y con una mano organizó las hojas secas sobre sus cuerpos, sepultándolos a ambos. El cuerpo de Sayen se sintió aliviado casi al instante, pero no hubo alivio en la mente de Tahiel. Acababa de ver el cuerpo de la madre de su hija siendo desgarrado por razones que no

podía concebir, y la duda sobre sus posibilidades de supervivencia, en esas circunstancias, creció como una burbuja pesada dentro del pecho que parecía imposible de exhalar. Tarde o temprano serían encontrados. Su instinto le gritaba que debían abandonar esas tierras y buscar un nuevo lugar donde empezar de nuevo, aunque su mente visualizaba el objeto brillante que estaba tocando con sus dedos. Después de todo, parecía tener la salvación en sus manos. Era como si pudiera construir toda una situación imaginaria por cada desliz de los dedos sobre las líneas desprolijas del objeto. Imaginó algunos escenarios posibles. Predijo con ansiedad un futuro impredecible y observando en su memoria el paisaje consumido que había visto camino al poblado, se dio cuenta de que esas tierras ya estaban infectadas, que intentar escapar de ellas significaría posponer el punto final a sus agonías tal vez por tan solo algunos días.

Volvió a acariciar el objeto ignorando su naturaleza de cruz, y se preguntó si deberían mezclarse con la nueva raza de seres y qué significaría eso para ellos. ¿Deberían olvidar su naturaleza? ¿Qué tendrían que demostrar? Su naturaleza estaba demasiado unida al resto de los universos que los rodeaban. Eran animales instintivos, pero su diferencia radicaba en el hecho de que eran seres dotados de conciencia y podían usar la perspectiva en su beneficio. Su instinto estaba respaldado por el razonamiento, y el razonamiento no podía enfatizar suficientemente lo tarde que era para que escaparan.

Salió el sol y Tahiel aún no había cerrado los ojos. El frío había congelado el miedo en su semblante y el cálido amor por su hija lo había empujado a la dura decisión de dejar atrás su bosque, para confirmar que su instinto animal no era tan acertado en una situación tan ajena. Envolvió a la niña en la tela y la levantó, colgó la cruz en su cuello y comenzó a caminar por la orilla río abajo, hacia las llanuras que nunca había visto. Cuando llegaron a los confines del bosque, se dio cuenta de que aquella especie nueva había talado la mayoría de los árboles, consumiendo el bosque como las hormigas consumen una manzana caída. Estaban rodeados por un vacío lleno de seres vacíos y, además, bloqueados por las montañas que ya habían comenzado a vestirse de hielo. No tuvo elección que retomar el camino hacia el pozo. Atrás quedaron el sol, las terribles consecuencias de los visitantes, la posibilidad de alcanzar la paz y de vivir una vida pura, justa, incontaminada. A partir de ese momento, era solo cuestión de tiempo hasta que los encontraran vivos o congelados. Pensó que sería mejor presentarse en señal de un reencuentro pacífico con el hombre que le había salvado la vida la noche anterior, que arriesgarse a ser encontrado por cualquier otro. Fue así que sus pasos cambiaron de dirección de la misma manera que lo hicieron sus planes, y en lugar de caminar hacia el pozo en las profundidades del bosque, se dirigió

hacia la gran estructura de madera en la que su memoria había sido marcada con crueldad y sangre, pero también con el rostro de un hombre que podría significar la salvación.

Sayen se despertó con el toque constante de la cruz de metal dorado que se balanceaba frente al pecho de su padre, justo frente a aquella estructura que se parecía a la que recordaría en el río, pero invertida y plantada en el suelo que alguna vez fue su hogar. Podría ser el final definitivo, o podía significar un nuevo comienzo para ambos, pero de ninguna manera estaban dispuestos a ignorar quienes eran para comenzar de cero.

Tahiel instruyó rápidamente a su hija y para cuando la gran puerta se abrió por las manos del ya conocido hombre, ambos iniciaron un movimiento sincronizado de sus manos derechas tocando la frente y procediendo de la misma manera que habían practicado un rato antes. Tahiel continuó colocando sus manos frente a su pecho, arrodillándose ante la figura erguida que tenía frente a él y bajando la cabeza en una señal vacía de reverencia. Sayen lo imitó. Mientras levantaba la cabeza, el hombre tomó las manos de ambos y los invitó a pasar, realizando el reencuentro pacífico que Tahiel había deseado.

En el interior, el territorio cubierto estaba dividido en parcelas simétricas por largos asientos planos de madera. El hombre los guió amablemente a la parte trasera del lugar y con un gesto los invitó a sentarse. Sayen y Tahiel solo aceptaron después de que el hombre mismo se sentara, imitando cada posición. El hombre señaló con una mano el objeto que tenía colgado en el pecho, y con la otra hizo lo mismo con el que llevaba puesto Tahiel, luego miró hacia la pared del fondo, indicando que también la cruz que allí colgaba significaba lo mismo. Se puso de pie, la descolgó y se la acercó. Para su sorpresa, había una figura de madera con forma humana unida a él. El hombre dijo con una gran sonrisa: “Jesús” y repitió la misma señal que venían haciendo desde hace un rato, dibujando una cruz imaginaria sobre sus cuerpos. Tanto Sayen como Tahiel entendieron las similitudes entre el objeto y el signo, pero su temor fue aumentado por la figura de un ser humano de pequeña escala con una expresión de sufrimiento perpetuado en su semblante. Tahiel trató de quitarse el objeto que traía puesto, pero el hombre lo detuvo allí mismo, tomando su mano e insinuando que era un regalo. Por primera vez, Tahiel imitó la sonrisa del hombre y justo después Sayen hizo lo mismo, lo que provocó una fuerte carcajada en el pecho del hombre que resonó dentro del edificio, sumando miedo a ambos invitados. Nuevamente, el hombre de túnica oscura señaló los objetos y trató de explicar:

—Cruz —dijo tomando el objeto con la mano—, Jesús —dijo indicando la figura. Luego se señaló a sí mismo y dijo— Ignacio.

Con un gesto le sugirió que hicieran lo mismo.

—Sayen —dijo ella y enseguida, Tahiel se presentó también pronunciando su nombre.

Sayen se preguntó por qué esa figura estaba inmortalizada sufriendo, con sangre pintada por todo su cuerpo, pero Ignacio, casi como leyendo su mente, interrumpió la línea de pensamientos diciendo y dibujando un círculo en el aire con su dedo índice:

—Dios —y luego señaló su corazón—: Amor —seguido de una gran sonrisa nuevamente, haciéndolos repetir con sus voces todas las palabras nuevas que acababan de aprender.

La puerta trasera se abrió y un niño nativo vestido igual que Ignacio, entró e hizo la señal de la cruz como todos antes de entrar al lugar. El hombre le dijo algo que provocó la sonrisa del niño y salió corriendo hacia donde venía solo para regresar con tres recipientes repletos de vegetales hervidos.

Era el comienzo mismo de una nueva era. Un encuentro que significaría tanto creación como destrucción: un encuentro que podría llevar a la raza humana al cielo o hacerla estrellarse bajo su superficie.

CAPÍTULO 13

—Deben saber… —dijo Ignacio a Tahiel y a todos los niños que estaban sentados en los bancos de madera dentro de la capilla—, esta es la casa de Dios, el omnipotente, el salvador, el que todo lo sabe y todo lo ve. Y él permitirá la entrada de los que son buenos, los que no lo defraudarán, los que obedecerán sus mandamientos y respetarán su voluntad. Ese mismo Dios me ha elegido para hablar por él con ustedes, y me ha dado la tarea de educarlos según su verbo, para que dejéis atrás vuestra vida salvaje y os convirtáis en hijos de Dios. ¿Entendido? —preguntó como siempre, con media sonrisa en su rostro.

Todos los niños asintieron, menos Tahiel. Tuvo algunos problemas para comprender el nuevo idioma que se vio obligado a aprender durante los últimos dos años. Todo tenía un nombre, como el tiempo dividido en días, meses y años, y todo funcionaba según un sistema específico que organizaba el sistema natural de las cosas. Solía sobrevivir, vivir, existir, actuar y reaccionar obedeciendo a un ambiente de respeto tanto dentro como fuera de sí mismo. Ahora, todo eso se llamaba Amor, que no era una experiencia, sino una palabra que intentaba encerrarlo todo. Amor, tan solo una palabra.

Sayen, por otro lado, aprendió todo lo que le enseñaron con una facilidad asombrosa. Hablaba con fluidez y podía comunicarse con todos y, como no se le permitía hablar de otra forma que no fuera en el nuevo idioma, también se comunicaba de esa manera con su padre sabiendo que con los años las costumbres se endurecen como la lava mientras se enfría. Era una nueva vida que se sumaba restándole a aquella vieja vida que habían vivido, y ellos solo tenían que fingir ser como los demás, y sobrevivir más allá de sus gustos y opiniones sobre aquella violencia que de una manera u otra les imponía vestir de persona al ser humano que eran, como el alma se viste de carne quizás por qué motivo y con qué objetivo. A diferencia de Amor, Violencia no era solo una palabra, sino un valor, un concepto nuevo que aprendieron antes de poder definirlo y pronunciarlo con fonética adecuada. Todo lo que hacían estaba manchado por los colores de la violencia. Eran tan violentos que incluso vivían de esa violencia contra sí mismos sin darse cuenta. Había violencia en la cultura que defendían con la misma violencia; había violencia en sus reglas, en sus comidas, en sus plegarias... Incluso su amor era violento hacia ellos mismos y todo lo que los rodeaba. Era Violencia como valor ético en fase de metamorfosis hacia un valor moral; un modo de vivir una vida

que se mataba a sí misma en soledad para alcanzar la tan deseada y prometida paz que querían ganar a machetazos. Nacían y morían sumergidos en la violencia. 'Nacer' y 'morir', dos términos que cobraban sentido en una comunidad guiada por la violencia interior, y que Sayen había aprendido como nuevos porque nunca había pensado en términos. Ni comienzos ni finales. Para ella hubo tiempos claros y tiempos oscuros, pero no estaban separados unos de otros, estaban conectados por el amanecer y el atardecer. Sus nuevos sistemas habían dividido todo dentro de los ciclos naturales que siempre habían sido eternos. Habían nombrado y producido las causas y consecuencias a partir de todo lo que pensaban saber solo por el hecho de pronunciar palabras. Fueron gobernados por el uso excesivo de sus mentes, en oposición a la tierra que les sostenía los pies. Según su perspectiva, la madre y los antepasados de Sayen estaban muertos, y según Ignacio, no fueron al cielo porque no habían conocido ni aceptado a los Dioses. Habían comenzado su existencia y la terminaron, y eso fue todo. Ese fue su destino, venir al mundo para ser rechazados de ese lugar sagrado que el sacerdote describía con colores en cada reunión. Siempre decía lo amoroso y pacífico que era. Siempre habló de él como de un mundo mejor que se conquistaría solo con obediencia y sacrificios. En la cabeza de Sayen resonaba la idea de que sus ancestros no estaban en ese "paraíso" como Ignacio llamaba a ese lugar de ensueño, pero por lo que ella sabía y por tan hermosa descripción de aquello que estaba por sobre las nubes, se dio cuenta que mucho tenía de similar con la tierra que la había visto nacer.

Sin embargo, decidió no prestar atención a esos pensamientos, pues se trataba de convencerse de que lo que sea que le estaba pasando era porque lo necesitaba, aunque algo le dijera que debería haber sido al revés. Era un sistema en el que las respuestas se daban sin las preguntas. Era su sistema, y ella fue la que se adaptó. Su papel en esa historia era el de aprendiz, el de ingenua, el de necia y profana, mientras que el de Tahiel era el mismo que el de su hija hasta que Ignacio le marcó el destino.

—Nuestros hombres han descubierto que hay otro asentamiento de nativos a algunos días de aquí. Es tu deber al Dios que te dio la vida, acompañar y guiar a nuestros hombres por los caminos más seguros, comunicarte con los salvajes y promulgar la voluntad y el verbo de Dios. Partimos mañana al amanecer.

Tahiel asintió sin entender bien su tarea, pero si había algo que había aprendido desde el principio era que "asentir" era la única respuesta posible a lo que el sacerdote dijera, preguntara u ordenara.

Antes de partir, se tomó un momento para acariciar el cabello de Sayen y le habló en el viejo lenguaje silencioso que solo ellos conocían. Tomó la cruz brillante y con un gesto amable la señaló con

el dedo:

—Esto es un salvavidas.

Al final, para ellos, se había convertido en una herramienta que de alguna manera les abriría paso a la existencia. Ella la aceptó y la guardó, no porque fuera Dios en forma humana de metal, sino por lo que había representado para ellos hasta el momento. Era un objeto, solo un objeto, ella lo sabía, pero a partir de ese momento iba a tener un significado como el que tenía para el sacerdote y todos los demás. Iba a ser un símbolo de la unión entre lo visible y lo invisible.

La hora de salida se respetó como se respetaban los mandamientos del Todopoderoso. Tan pronto como el cielo oscuro se tiñó de los primeros colores claros de la mañana, Tahiel e Ignacio se sentaron en los largos bancos de madera en silencio esperando por los cincuenta hombres que emprenderían el viaje en una especie de peregrinación encabezada por el sacerdote, quien portaría en sus manos una alta e impresionante cruz de metal brillante con la representación de Jesucristo diseñada y moldeada casi a la perfección, mientras se recitarían todo tipo de oraciones. Partieron allá por el mediodía con la prisa del sacerdote y la calma de los acompañantes.

En el camino, Tahiel entendía lo que veía sin conseguir comprenderlo; los acompañantes no tenían piedad de nada, y él dudó que tal vez haber aceptado la propuesta había sido una pésima idea. Los engendros a los que ahora intentaba encajar con éxito en calidad de hombres, pero que aún no había logrado identificarlos como seres humanos, usaban sus herramientas para matar todo lo que encontraban en su camino, desde pequeñas plantas insignificantes hasta enormes árboles ancestrales, desde pequeños conejos hasta los venados de astas más prominentes, y aunque los animales intentaban expresar su dolor y sufrimiento, los engendros continuaban con su comportamiento despiadado. Tahiel no tardó en convencerse de que el sufrimiento pasaba a ser una especie de entretenimiento. Se negaba a creer que aquello era una forma de naturaleza, al mismo tiempo que se negaba a alimentarse como ellos, nutriéndose de toda la variedad de frutos que le proporcionaba lo que restaba de los bosques. Pensaba que tal vez nunca se podría erradicar la violencia de sus vidas si seguían sobreviviendo a costa de la vida de los demás. Temía que nunca se limitarían, y que la violencia podía solo ser eliminada a través de una violenta autodestrucción. No había nada que pudiera evitar que eso sucediera. Pero podía evitar que destruyeran otra aldea como lo habían hecho con la suya. Tenía que encontrar una manera de expulsar esa infección de la piel de la tierra.

Después de instalar el campamento y festejar la segunda noche de viaje, todos tomaron una posición cómoda debajo de los árboles. Tahiel decidió usar las únicas herramientas que tenía para evitar la

expansión de más crueldad: su amabilidad. Se acercó al sacerdote y le tocó el hombro para despertarlo. Ignacio reaccionó apuntando un cuchillo con el que dormía en la mano debajo de su vestido, directo a la garganta de Tahiel. Tahiel no reaccionó, sabía que era su culpa haber interrumpido el sueño del hombre, y que cuando uno vive inmerso en la violencia, los fantasmas de posibles amenazas siempre vencían por sobre la posibilidad de un descanso apacible. Con extremas dificultades en su discurso, trató de hablar con el sacerdote, entablando un diálogo que nunca antes había ocurrido. Ahora estaba tratando de hablar cuando hasta entonces, solo había escuchado.

—Perdón por la pregunta, pero… ¿Es necesario infligir dolor a los animales?

—Hijo, perdóname por mi reacción. Las pesadillas pasan tantas veces en la noche que a veces las confundo con la realidad —dijo el sacerdote bajando el cuchillo, pero manteniéndolo en la mano y continuó— Sabes, todo lo que nuestro Señor creó lo hizo para sustentarnos a nosotros, sus hijos. Es nuestro derecho. Son bestias que…

Tahiel no escuchó las palabras, sino su instinto. Para él, las frases del sacerdote eran sonidos vacíos que perturbaban la tranquilidad del aire, y por primera vez respondió interrumpiendo la explicación del sacerdote.

—¿Qué pasa con todos los seres humanos a los que tus hombres están infligiendo dolor?

—Oh, no te preocupes… mientras no acepten las bendiciones de los Dioses, son meras bestias salvajes.

—Entonces, ¿qué soy para tus ojos?

—¿Qué eres, hijo? Has entendido que eres parte de la familia de Dios, lo has aceptado en tu vida. Has aceptado el amor.

—Acepto el amor en mi vida, sin violencia. La violencia no es amor.

—Bien, entonces lo prometo, ya no verás más violencia. Tienes razón hijo. Gracias por abrirte a mí.

Tahiel se santiguó y fue a su lugar. Esa noche durmió con una tranquilidad que no sentía desde hacía dos años. Su cuerpo y esencia habían aliviado un peso que había estado cargando innecesariamente en su mente. Su confianza en el hombre había aumentado, y algo le hizo pensar que había creado un vínculo especial entre ese ser humano y su Dios.

A la mañana siguiente, todos se despertaron de mala gana cuando los primeros rayos de sol ascendieron por los campos llanos del este. Ignacio inició el día con una oración temprana, ordenando suavemente a todos los hombres que se arrodillaran ante él.

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Te damos gracias, Señor, por este nuevo día. Hemos ofrecido nuestras almas a tu

misión y bajo tu gracia, cumpliremos todos los objetivos, sin importar el precio a pagar. Perdónanos porque somos meros pecadores que hemos dedicado nuestra vida a tu causa, y perdona a Tahiel porque su naturaleza le impide evolucionar y ser… —Ignacio siguió hablando con calma como si todo fuera parte de la oración del día—… es tan solo un salvaje que compromete tu causa y una amenaza para la seguridad de todos.

Tahiel trató de entender lo que decía el sacerdote, pero su lógica iba a contramano por la vía de la esperanza que había sentido hasta aquel momento.

La mano del sacerdote se levantó, y un par de hombres se pusieron de pie y caminaron hacia ‘el salvaje’ que estaba arrodillado con ambas manos tocándose frente a su pecho, a unos metros de distancia del grupo. Mientras los dos sacaban sus herramientas, Tahiel entendió que era posible que un ser humano engañara a su instinto, que a partir de ese momento su futuro sería otro y que el vínculo especial con el sacerdote era solo una conexión que iba más allá de toda lógica. Se sintió triste por dejar a Sayen sola en un mundo con una raza tan impredecible. Se entristeció por la crueldad que se avecinaba, como una lluvia eterna que inundaría la tierra, gota a gota, creando olas de destrucción y pérdidas irrecuperables. Deseaba que su hija nunca se olvidase lo que era, y que aquella lluvia jamás llegase a mojarle ni siquiera un cabello.

Tahiel bajó la mirada ofreciendo su alma a la tierra que la absorbería desde las primeras gotas de sangre hasta las vértebras de amor que erigieron su vida. Los hombres lo golpearon tres veces en un compás sincronizado con las palabras del sacerdote:

—En el nombre del padre… del hijo… y del espíritu santo —y como en un dúo con un tempo difícilmente tan perfecto si hubieran pensado hacerlo voluntariamente, Ignacio dijo— Amén —y al mismo tiempo Tahiel pronunció— Aum.

CAPÍTULO 14

La campaña de conquista fue un éxito. El sacerdote y la mitad de sus hombres regresaron victoriosos al lugar donde todo había comenzado. La otra mitad se quedó en el sur desarrollando el tipo de sociedad que querían bajo las mismas reglas y creencias. Ejecutarían siempre el mismo plan. A ningún nativo se le permitiría abandonar el asentamiento, ni siquiera bajo las órdenes de los hombres del sacerdote, evitando así el paso de información de una aldea a otra, legado que dejó Tahiel y que el sacerdote no había considerado antes.

Los salvajes que habían nacido en ese lugar, estaban destinados a morir allí, sin importar si habrían sido convertidos. La muerte estaba asegurada para todos, pero generalmente para los hijos de Dios existía aquella mínima posibilidad de que, entre tanta guerra y peligros, se arriesgase también a morir de causas naturales, riesgo que los nativos carecían casi sin excepciones. Construirían una capilla mientras usaban y abusaban de los nuevos convertidos. Enseñarían el verbo de Dios a cualquiera que quisiera escuchar. Convertirían a los niños nativos en hijos de Dios, y los utilizarían para el trabajo pesado y la reproducción, junto con el resto de las mujeres, si alguna de ellas sobrevivía a los juegos brutales a los que los engendros les gustaba jugar de vez en cuando. El deseo sexual y el odio solían caminar de la mano, alimentándose el uno del otro ocasionalmente. Era como el flujo cíclico de un río de lava que con su fuerza se traga todo lo que encuentra a su paso. Cuando termina la erupción, se encuentra seco, frío y vacío esperando que suceda la próxima erupción, repitiendo un ciclo destructivo hasta que un día no encuentra nada en el camino más que su propia ceniza.

Sayen estaba limpiando las bancas dentro de la capilla cuando el cura le dio la triste noticia.

—Lamento decirte que Tahiel trató de defender a sus compañeros del ataque de los crueles nativos y… lamentablemente… falleció en el intento —con su habitual media sonrisa, añadió—: Estoy muy orgulloso de tan valiente cristiano. Que Dios lo tenga en su gloria. Deberías seguir su ejemplo. Sé que serás una buena cristiana, al igual que tu padre. El señor lo tiene en la gloria, porque sin él, hoy muchos salvajes continuarían a vivir en la ignorancia.

Lo único que sucedió dentro de su cabeza fue confusión mientras que en su cuerpo sintió el repentino marchitar de su alma. No conocía las otras aldeas, pero conocía muy bien su padre. No había orgullo en tenerlo ‘muerto’ y recordado por lo que había hecho. La existencia era

ya digna de recuerdo, al menos para ella. Eso lo sabía con su inocente instinto, pero no podía dudar del sacerdote, un hombre elegido por Dios, ni explicar lo que sentía con su esencia. Ignacio le pidió que orara por la paz de su padre. Ella asintió mientras se limitaba a comprender el hecho de que su padre había muerto como le habían enseñado, y, además, se imponía forzadamente a si misma aceptar que también tenía que limitar el conocimiento que llevaba de los tiempos anteriores a la llegada del sacerdote. Ahora solo tenía trece años y la transición de niña a mujer continuaba a dar saltos largos desde que se dio cuenta de que tenía que enfrentar todo ese nuevo orden completamente sola.

Antes de dejarla atrás, como si Ignacio hubiera leído sus temores por la pérdida, le anunció que nunca la dejaría sola. Todo había sido planeado, y en poco tiempo, ella sería cedida a uno de sus hombres que había accedido a cuidarla. Esta vez, Sayen no asintió ni cambió su expresión. Su confusión ya era demasiado para manejar y su joven cerebro solo podía enfocarse en la pérdida de su padre, en lugar de la pérdida que podría significar crecer al lado de un hombre desconocido.

La noche anterior había sido la última vez que había dormido con otros niños en el gran salón. La comodidad de una cama, mantas calentitas y vestidos limpios ya la esperaban desde esa misma noche. Para cuando el sol se estaba poniendo detrás de las montañas y Sayen se estaba preparando para que la cena fuera servida de la mano de una triste mujer recién convertida, el sacerdote ya la estaba presentando a uno de sus victoriosos hombres de mayor confianza al señalarla con su dedo índice sin que ella se diera cuenta. Un hombre grande y bien formado vestido con botas de cuero, pantalones extravagantes y una camisa ajustada que desde algunos ángulos cubría solo la mitad de su vientre esperaba del otro lado de la puerta, casi espiándola por las hendijas.

A la mañana siguiente, llegó aquella triste noticia e inmediatamente trajo más cambios desde la entrada de ese extraño. Se santiguó respetuosamente antes de entrar a la capilla, tomó a la muchacha del brazo como quien toma un ternero muerto, y ambos se fueron por donde él había llegado, cerrando la puerta a sus espaldas, después de haberse enfrentado al altar y vuelto a santiguarse. Sayen mantuvo la cabeza más baja que de costumbre. Caminaron un rato desde la capilla hasta la cabaña. Ninguno de los dos se atrevió a intercambiar una palabra. Ella no preguntó, él tampoco lo esperaba ni deseaba que ella lo hiciese.

Tan pronto como llegaron a la cabaña, el hombre la dejó en la cama en la que encontró extraños vestidos cálidos y limpios que nunca antes había visto. Ella pensó que debían haber venido de la tierra lejana de

Jesús, así llamaba a cualquier tierra que hubiera dado vida a tal especie ajena a las tierras que la habían visto nacer. Cuando dejó de prestar atención a los vestidos, se dio cuenta de que el hombre ya no estaba allí. Sería el comienzo de una larga historia y el final de su breve pasado.

Después de algunos días, aprendió que no dependía de otras personas para ser alimentada como en la capilla. Se sentía libre por sí misma, aunque si aún debía descubrir que debía compartir el techo con ese hombre que ni siquiera se había presentado desde su llegada. Ahora podía caminar por el bosque cuando quería. Podía visitar los lugares que una vez solía visitar como la niña inocente que fue, pero que ahora evidentemente, no solo ella había cambiado, sino que también el entorno que la rodeaba y que había perdido toda capacidad de protegerla. Las palabras también la habían cambiado: la definición de la vida y la muerte la había cambiado y así cambió todo lo demás. El río se hizo mucho más ancho y lleno de esas capillas invertidas que ahora las identificaba como carabelas. El bosque había sido extremadamente reducido, quedando sólo unos pocos árboles ancestrales y algunos arbustos aislados. Fue en ese momento, mientras abrazaba a cada uno de los árboles restantes, que la triste realidad de todas las pérdidas que había sufrido se estrelló dentro de su mente provocando todas las lágrimas que no había derramado antes. Su ser humano se estaba vistiendo de persona. Su conocimiento le hizo darse cuenta de que el mundo era mucho más grande de lo que pensaba y su universo se había limitado a sí mismo y a la sociedad egocéntrica de la que ahora formaba parte. Sabía que no había manera de volver al pasado y todas esas lágrimas impotentes cayeron sin ser escuchadas ni vistas, aplacando la polvareda que cubría las sedientas tierras de la desesperación.

Mientras tanto, un grito desde las montañas rompió el ambiente de paz que abrazaba al árbol y a la niña. Cuando lo escuchó, su instinto reaccionó con una rápida carrera hacia el eco que aún se propagaba. Un nativo había tratado de escapar del lugar escalando la montaña rocosa y evidentemente había fallado. No era el resto del cuerpo sin vida tirado en el suelo, sin un miembro y con la cabeza destrozada y cubierta por un lago de sangre lo que la conmocionara, no era la muerte ni los muertos, sino la vida y los vivos: era el hecho de descubrir que la mayoría de los hombres nativos se mantenían haciendo agujeros en las paredes de piedra en condiciones que una persona podría adaptarse a soportar, pero jamás, jamás, un ser humano. Algunos estaban terriblemente heridos. Otros eran demasiado jóvenes y débiles para llevar a cabo tareas tan pesadas. Sin embargo, estaban allí, como si su universo corpóreo hubiese comenzado una decadencia temprana, con sus mundos confinados a la

autodestrucción; humanos vivos, pero sin voz, sin vida, mirando a la chica con su vestido nuevo, casi rogando por ayuda, culpándola por su condición, hasta que la voz áspera de un hombre extraño desde el interior de una de las cuevas, ordenó a la máquina humana que comenzara a moverse de nuevo. El eco de su voz se mezclaba con los gritos de dolor de algunos y con un continuo repiqueteo arrítmico proveniente de las entrañas de las montañas. Sayen quería huir de ese lugar en el que incluso el aire se sentía peligroso, pero sus ojos habían visto algo que su mente aún no conseguía procesar. De la ruidosa cueva, el hombre que la había adoptado salió arrastrando el cuerpo exhausto de un nativo, importándole poco o nada él o del que ya estaba en el suelo comenzando a descomponerse. Era inevitable cruzar su vista. En medio del polvo y la piel desnuda y encallecida expuesta a las inclemencias de un nuevo invierno, allí estaba ella, de pie con su nuevo vestido rosa cálido que ese hombre que estaba frente a ella había dejado sobre la cama que tendrían que compartir tarde o temprano. Nuevamente, su instinto desencadenó el ya conocido sabor amargo del miedo seco e inesperado. El hombre sonrió, más o menos como lo hacía el sacerdote cada vez que se dirigía a ella.

Temiendo, pero sin entrar en pánico, improvisó un saludo levantando la mano. El hombre la miró un rato antes de acercarse a ella.

—Vuelve a casa, te veré esta noche —le dijo.

Ella obedeció, aunque lo hizo porque escapar del asentamiento era una idea que había estado pensando mucho durante ya demasiado tiempo, pero para entonces, todos los lugares que alguna vez la hicieron sentir segura ya habían desaparecido. Todo era nuevo a su alrededor y, de alguna manera, también en su interior. Había una nueva sensación, aparentemente arrastrándose desde su estómago hasta su pecho, causando frecuentes temblores en sus manos. Ansiedad: una especie de miedo extraño producido en una mente que no estaba acostumbrada a usar con tanta frecuencia. “Te veré esta noche”, había dicho el hombre, y ella no sabía qué esperar y aquella incerteza la perturbaba en modos tan nuevos como absurdos.

Esperó sentada en la cama, acariciando las cálidas telas de las cobijas, observando el color rosa artificial de su vestido, preguntándose qué papel se suponía que debía desempeñar. Su mente estaba luchando contra su instinto, provocando demasiados sentimientos que ni siquiera conocía. Era una amplia gama que iba desde las ideas pacíficas de la libertad, hasta el miedo corriendo por sus venas, aplicando presión desde el interior y agitando sus entrañas y su cerebro, y ocasionalmente, aceptando la destrucción como parte de la vida, dándole vueltas a la razón hasta volver a chocarse con aquellas ideas de paz y libertad que poco coincidían con la realidad.

Fue solo durante la noche profunda que el hombre llegó. Entró como si fuera el dueño del mundo. Se quitó las botas embarradas y la ropa maloliente dejándola en el suelo revelando su cuerpo desnudo y se sumergió en un gran recipiente lleno de la misma agua que Sayen había estado usando para lavarse en los últimos días.

Observó cada movimiento sin pronunciar una palabra. No quería molestar al hombre ni despertar a la bestia que había visto cargando a un ser humano agonizante temprano ese día. El hombre sabía muy bien de su presencia, aunque ella intentara ser invisible por esos minutos que ella sintió una eternidad, en el que el mundo pareció haberse detenido; y era él, él y tan solo él quien decidiría cuándo debería empezar a moverse de nuevo.

-—Soy Pedro —dijo la voz espantosa del hombre, mientras se salpicaba agua.

—Soy…

—Lo sé —interrumpió el hombre mientras se acariciaba los brazos con las manos empapadas—. Sayén.

—Sí.

—Sé que me temes, pero no hay nada que temer, seré como un padre para ti.

—¿Somos familia? —preguntó inocentemente.

—Claro. Somos familia. El infierno no debe esperarnos, así que será mejor que sigas estudiando con Ignacio de vez en cuando y hagas todo lo que él te ordene... Ven aquí. -Tomó su mano con cuidado y pronunció una pequeña sonrisa en el ángulo de sus labios gruesos y escondidos bajo una barba tupida y continuó. -Tenemos que ser buenos el uno con el otro, siempre. Habrá momentos en los que no nos gustará hacer ciertas cosas, pero como familia tendremos que hacerlas por el bien de todos y en agradecimiento a la bondad del Dios que te trajo hasta aquí. ¿Entendido?

Ella asintió, no porque entendiera o simplemente quisiera aceptar las condiciones, sino porque aquella era la forma en la que le habían enseñado a responder.



Después de un viaje demasiado largo hecho posible por su trabajo duro y solitario en la carabela de la ambición, las nuevas tierras se presentaban justo frente a él, reflejándose en sus ojos como una pequeña esmeralda refinada de intenso y radiante resplandor. Desde arriba, la imagen de un paisaje tan suave desencadenó la peor de las curiosidades que no tenía intención de prevenir. Se preguntó sobre los misterios que la naturaleza había enterrado bajo esos arbustos, los olores y sabores, las aguas dulces que solo podía encontrar bajo los

suelos más profundos. Cuanto más divagaba su imaginación en los placeres que estaba a punto de ganar, más se volvía implacablemente ciego por la luz de su propio sol, un sol que estaba a punto de eclipsar la tierra.

Atrás quedaron sus sacrificios, sus dolores, remordimientos y miserias. No más juicios internos. No más padres guiando sus pasos hacia el éxito, ni personas destacando su falta de hombría y honor. Ni siquiera la sombra de su Dios todopoderoso se atrevía a pararse junto a la figura del Dios que él sentía que era. Contestaría con hechos y trofeos a las inseguridades que el mundo había inculcado en su ser. Se sintió completo por primera vez, pero no por mucho tiempo. Hay ciertos deseos que no pueden ser controlados por miserables hombres. Había más en su testamento que tesoros en su cofre.

A medida que la carabela se acercaba a las estrechas orillas del río, no pudo tener autoridad sobre sus repentinos y espasmódicos movimientos de excitación. Sus pies aterrizaron en las arenas más puras y suaves que jamás había visto. Sus manos frotaban el tronco de las plantas tan frenéticamente que provocaba el desprendimiento hasta de las hojas más jóvenes. Y su boca chupó los espíritus de la tierra en un solo beso inicuo. Sin permiso, ya había establecido una nueva jerarquía sobre la importancia y el valor de lo que lo rodeaba, y ya se había escrito en el aire una nueva ley que dictaba que todo lo que se encontrara bajo el peso de su cuerpo sería de su propiedad.

Con tierra y sangre incrustada bajo las uñas, sus gruesos dedos deformes comenzaron a horadar obedeciendo a su intuición animal regida en todo momento por sus instintos viciosos culturalmente inculcados. Su falsa convicción de supremacía había declarado la victoria contra la contrastante inocencia inmaculada de su nuevo dominio. Fue una batalla fácil en la que cada uno de sus empujes obtuvo un abrazo a cambio, cada una de sus brutales maniobras obtuvo una respuesta sumisa y resignada, y por cada palabra insoportable que gritó al cielo, obtuvo una tierna lluvia de lágrimas. Él podría ordenar con sus ojos, y la tierra se inclinaría y se rendiría a sus pies. Él sabía eso. Se había otorgado a sí mismo un derecho celestial y de alguna manera, se había bendecido con el poder de hacer, convertir, iniciar, detener, legalizar, abolir y volver a legalizar lo que quisiera en el lapso temporal de unas pocas cicatrices. Fue el despertar del engreimiento, la confianza en sí mismo y la autoestima que convergieron en la erección temeraria e inmoral de su propio Ego.

Todo lo que acariciaba, se rompía; todo lo que apretaba, lo quemaba; todo lo que probaba, sangraba; y cada deseo que cumplió, resultó en un vacío absoluto. Podía controlar todo bajo sus pies, pero no las consecuencias. Todos sus impulsos tenían un propósito que ignoraba por completo los resultados, y su ceguera se convirtió en un

apagón neuronal cuando la erupción de su codicia y su lujuria se volvió inevitable, disminuyendo la mayoría de los alientos vitales debajo de su cuerpo en reposo. Era sólo el comienzo de una larga historia, y apenas recuperó las fuerzas, ofreció una mirada triunfante sobre los restos destrozados de aquella tierra fértil violada, marcada por la estaca de madera que ondeaba con arrogancia la bandera de su orgullo profundamente plantada justo al lado de las semillas que no pudo evitar esparcir.

CAPÍTULO 15

—Sayen, mira hacia arriba! —le había dicho su madre sin palabras cuando en el cielo profundo y oscuro los puntos brillantes y constantes se repartían entre sí la prestigiosa vacante que la luna había dejado en su tiempo de renovación. Sayen lo recordaba como uno de esos momentos que se habían grabado en todo su ser, desde las toscas paredes de madera de la imaginación hasta los delicados tejidos del alma. Había una inmensidad que los unía a ambos bajo un mismo cuerpo, como un cuadro sin marco. Sus cabezas estaban petrificadas, sus espaldas erguidas mirando con sus pechos abiertos hacia el cosmos, y sus corazones se acariciaban con el sonido de sus latidos sincronizados: un unísono de un tiempo presente que proyectaba un futuro que nunca existiría. Un instante infinito que le hizo comprender a Sayen, cada vez que intentaba escapar al pasado, rodeada de dolor emocional y de ausencia física, que el 'infinito' no era más que el límite autoimpuesto de una mente perezosa y negligente, y que el silencio que había reemplazado el latido del corazón de su madre, seguía siendo parte de la misma sinfonía. Lo sentía diferente porque ella misma se sentía diferente. El cielo se veía diferente y su cuerpo también funcionaba de manera diferente, y mientras experimentaba la nueva necesidad de racionalizar a través de las ideas que le habían enseñado recientemente, el cosmos había comenzado a moverse más rápido en una línea de tiempo paralela, dándole lecciones sobre todo lo que necesitaba saber en el idioma que se había visto obligada a olvidar.

El rastro de una estrella fugaz había brillado más y, en su camino, había golpeado una esfera luminosa, provocando la liberación de una onda expansiva que afectó a todo el sistema, sin ser vista por los ojos humanos. Todos los cuerpos existentes alteraron sus cursos, y todos ellos se adaptaron al nuevo aparato, revisándose, mejorándose y remodelándose bajo las nuevas viejas leyes naturales del magnetismo. El cambio era inminente: la materialización de la transformación por una reorientación de la energía vital, la formación de formas por la consecuente redistribución de prioridades. Mutación en lo conocido, aún desconocido. Creación de percepciones imperceptibles. El infinito finito desarrollando su magia bajo los velos de la invisibilidad.

Sayen miró hacia arriba una y otra vez mientras el universo seguía creciendo en su interior. Constantemente diseñaría una forma de recordarse a sí misma para recordar esa noche en la que la eternidad se había reducido a un solo latido, a un solo respiro. Una noche de

conversaciones silenciosas y lecciones imborrables. Cuanto más trataba de ver, más escuchaba; cuanto más intentaba entender, más sentía; porque era su alma la que explicaba que no había otra alma que no fuera la suya combinada con todas las demás. Estaba comprendida en un sistema complejo y un sistema complejo comprendido en ella misma. Todo era lo mismo mientras todo y todos creían estar solos.

Esas hermosas nuevas y viejas leyes naturales del magnetismo. Vacío sólido. Impresionantes e insignificantes colores de todo regidos por la importante monotonía de la nada. ¡Golpe, pausa, silencio, vibración, sinfonía! Cuerpo en su cuerpo. Alma en su alma. Energía absorbida por energía sólida: círculos concéntricos de la vida.

Fue una de esas noches después de que el conquistador pisara sus tierras como si fueran las alfombras con las que se quitaba el lodo de las botas que sintió una vibración en el pecho de un corazón que no era el suyo. Comprendió que había llegado el momento de dejar de mirar hacia arriba y de empezar a mirar hacia adelante y salir corriendo. Primero con la mente, luego con los pies. Un paso de amor por delante de otro paso de miedo: desconectarse de esa humanidad cultural por la fuerte conexión que estaba desarrollando con ese universo en su seno. Ese sonido silencioso vibraba contra las paredes de la mera existencia no planificada.

Dejó atrás el vestido fino, el hombre, la iglesia y el asentamiento. Incluso si realmente no podía entender las ideas, podía sentir el desapego que tenía ese lugar del lugar que solía ser. Solía ser su hogar antes de que se convirtiera en la jaula de la que andaba queriendo escapar. Solía ser una paz natural antes de que se convirtiera en un caos artificial. Un caos inminente que se había anclado en la mente en desarrollo de Sayen y que fue causado por hombres que intentaban sistematizarlo. Caos, una idea inquietante sistemáticamente estableciendo el orden a su propio gusto.

Ella solo se levantó con la luna mientras seguía enterrándose en el suelo durante las horas de sol. Con andar de puma y vista de águila, defendió la vida a costa del hambre y la sed durante larguísimas noches. Cuando llegó al conjunto de montañas rocosas, las subió y se puso a soñar con su hogar luego de que se escondiera en la oscuridad húmeda de una pequeña cueva, alternando desvaríos ocasionales dirigidos a los árboles frutales que se habían secado, y los animales que habían sido cruelmente sacrificados, y a las respuestas nunca satisfactorias de esos fríos muros dorados en los que se basaba el asentamiento. "*¿Cómo podría la muerte ser diferente a aquellos que yacen en ataúdes de oro? ¿Cómo podría la vida ser vida para aquellos que exterminan a los de su propia especie? ¿Dónde se debe buscar la paz, en las nubes o en la tierra?*" Todas las preguntas se vieron abrumadas por

la respuesta que no estaba buscando. Las voces del hambre y el frío la despertarían a la presunción de que al final del día podría terminar siendo ella misma la tumba de la mezcla de ser humano y engendro que estaba creciendo en su ser. Lentamente, su miedo y su amor empezaron a subir de nuevo hasta la cima de la montaña: allí mismo, donde el cielo habla con las rocas; allí mismo, con la cabeza en lo invisible y las rodillas sangrantes en el suelo; ahí mismo: unión, comunión.

La cruz que se balanceaba frente a su pecho reflejaba la luz de otro amanecer. Sus miembros agradecieron al sol por calentarlos y sus ojos tuvieron la oportunidad de ver a lo largo del paisaje un océano azul profundo cubierto de miles de pecas marrones y las tierras cubiertas por espesas capas de humo y nuevos valores culturales. Comprendió que no solo su familia había muerto. Por lo que sabía, sus esperanzas habían sido destrozadas por el peso de la imagen de un futuro por delante, dando a luz los primeros brotes de su fe impulsada por la desesperación. Una por una, rezó las oraciones que le habían enseñado, sosteniendo con fuerza la cruz que su padre había dicho que era un salvavidas. La sostuvo en alto y oró una y otra vez. Repitió los sonidos de una respiración superficial con un significado superficial. Sus ojos se cerraron, pero su boca seguía pronunciando las palabras que ya había comprendido sin usar la razon: “Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”; y mientras su voz parecía desfallecer, los recuerdos silenciosos de su madre y la cruz que le recordaba a su padre le hablaron al unísono:

—Sayen, mira hacia arriba!



Bajó sin gracia de la silla. Sus piernas cortas y su postura encorvada limitaban su movimiento, pero no su voluntad. Su gruesa y larga trenza acariciaba el suelo mientras avanzaba, y cuanto más bajaba, más descansaba la trenza en el suelo polvoriento al lado de su andrajoso, pero aún colorido vestido. Se deslizó por la acera, luego por la calle sobre unos zapatos negros que le abrieron paso, formando un pasillo marcado por gente hipnotizada que reaccionaba sin reaccionar, reaccionando por dentro, de manera reprimida, porque a los reprimidos no les gusta reaccionar, sino que prefieren accionar de manera segura, como lo harían los demás, por más que aquella reacción general fuese completamente incoherente con la realidad. En sí, uno reacciona, siempre, pero estaban muy bien entrenados, procesando lógicamente el modo en que deberían hacerlo sin dejar que sus espíritus se asomen a través de sus vestidos.

Ella nunca dejó de mirarlo. El obispo nunca parpadeó ni negó su

acercamiento, ni dejó de mover sus labios murmurando una oración.

—Esto tendrá que tener un término, ¿no? —dijo ella con un tono de voz lamentable, pero él siguió murmurando la oración en silencio—. ¿Estás orando a Dios?

De nuevo, no respondió. El aire se movía solo porque soplaba palabras silenciosas frente a su boca, y el único sonido que invadía todo el paisaje llano era la ligera fricción que el aire causaba contra sus labios que se movían rápidamente.

Pasó junto a Ivo, ignorándolo con la mirada, pero no con sus manos curtidas y deformadas. Hizo una pausa, se puso de puntillas al máximo de su capacidad y fuerza y le dijo sin mirarlo precisamente.

—¿Eres curioso?

Se estiró un poco más y al llegar a Ivo le coloco una semilla en la palma de la mano y lo ayudó a cerrarla.

—Usted debería serlo —dijo antes de continuar con sus pasos decididos hacia el obispo.

Subió las escaleras rodeándolo, se paró sobre el noveno y último escalón, ofreció su espalda jorobada a la iglesia mientras dejaba su ser abierto al resto del mundo. Era demasiado pequeña para mirar al hombre petrificado allí por el tercer escalón, pero podía abrazarlo con el corazón a través de sus pupilas dilatadas, que proyectaban imágenes de luz tanto en la mente interior del obispo como en la de Ivo.

El hombre no se resistió. Ni siquiera pensó en evitar su mirada penetrante ni la paz que de alguna manera le inspiraba su presencia. La gente se quedó dónde estaba, en la posición que estaba, pero sus ojos, esos ojos perdidos, incrédulos, observaban hasta donde su propia consciencia era capaz de comprender.

CAPÍTULO 16

Hubo un primer respiro. Un primer llanto en medio de la locura habitual. Nada había cambiado ni siquiera al otro lado de las montañas. Todavía andaba viva, todavía andaba muerta, caminando en una sociedad a la que nunca perteneció, pero que le había proporcionado un nuevo número, un nuevo terreno fértil en el que las creencias y los comportamientos, los miedos y el orgullo, podían plantarse fácilmente. Seguía siendo tan miserable como antes de que naciera su bebé porque parecía no ser suyo, sino que le pertenecía a alguien más: como se le quita el ternero a la vaca para alimentar algunas bocas viciosas, la mente del bebé fue arrebatada poco a poco para ser el contorno desabrido sobre la mesa de algún estomago ya satisfecho.

Creció con creencias inventadas, falsas concepciones de la realidad y una ilusión de control; creencias falsas y controladas; una realidad inventada, una ilusa concepción. Fue instruido por la razón antes de que pudiera reconocer sus propios sentimientos, amenazado y envenenado por la negación de sí mismo. Aprendería a convertirse en colores, algunos, no todos, sólo los elegidos; y aprendería a ser ideas, algunas, no todas, sólo las elegidas. Aprendería a decidir usando la mente de los demás, a vivir según normas comunes y a morir por ambiciones que no tenía. Aprendió a vivir y a morir por los demás, muriendo antes de saber lo que era estar vivo. Pero él era diferente, era menos que los demás. Era tanto como esos niños mestizos como él, no tanto como el padre que tal vez nunca conocería, pero tenía el placer social de ser un poco más que su propia madre. Él no perdería ese privilegio. Lucharía ferozmente con los cañones de la obediencia por pertenecer a algún lugar, a alguien, a algo, aunque eso significase arrancarse la piel que lo distinguía de un mero animal con forma humana. Creció soñando con eso, con ser diferente imitando a los demás. Se desprendió de sí mismo para tener una identidad, y no se identificó con nada más que con el espectro siempre presente de una mente común. Vivió. ¿Vivió?

Sayen no podía ignorarlo ni guiarlo. Sintió la mayor impotencia que una madre puede sentir cuando ve las manos de la sociedad ejecutando una operación a cerebro abierto en el hijo que amaba como una extensión de sí misma. Se entregó, no a su hijo, sino a sí misma, a los sufrimientos a los que nunca se acostumbraría, sólo porque decidió amarlo de todos modos. Ella podría haberlo olvidado y dejarlo abordar los botes, y dejar que el río llevara los bosques

flotantes de la memoria a los mares de los olvidados, y dejar que las aguas dulces nutran la hierba verde de sus tiempos presentes en los que tendría que sobrevivir, rodeada en gran parte del mismo tipo de demonios que había dejado al otro lado de las montañas, pero que no podía olvidar ni perdonar, incluso sabiendo que debía hacerlo. Se rindió a un cambio que no había cambiado el mismo universo del que fue consciente desde que era una niña. El padre del bebé estaba ausente y ella se sentía bendecida por eso, pero había muchos hombres que habían adoptado a su niño bajo sus alas después de haber tenido a Sayen como suvenir de camas. Aprendió a no resistirse, a viajar por los cielos con la mente mientras esos hombres viajaban por los poros de su piel y pretendían volverse uno con su cuerpo a través de un par de empujones, yendo y viniendo por muchos inviernos y muchos veranos. El conocimiento esencial sobre las mujeres se le proporcionó al niño a expensas de su propia madre. Parecía disfrutar de esos hombres que contaban las asombrosas historias que habían oído sobre sus héroes y las conectaban con experiencias personales extremadamente banales de las que parecían estar tan orgullosos, generalmente comenzando por el asesinato de alguien, para terminar el espectáculo teatral de esos semidesnudos hombres repitiendo a voz vacía algunas morales religiosas incoherentes. Cada historia que le contaban lo hacía sentir más cerca de lo que quería ser y más lejos de lo que realmente era. El colegio hizo el resto. No fue su culpa haber nacido de un humano y una persona, pero fue su propia decisión sobre qué naturaleza seguir porque, a diferencia de la mayoría de los otros niños, él era quien tenía la posibilidad y la obligación moral de elegir sabiamente. A Dios le correspondió haberlo creado inferior en cuerpo, intelecto y alma, sólo para probar si incluso esa raza podía comprometerse a evolucionar hasta tal grado celestial por medio de la introducción de la religión a una edad demasiado temprana, permitiendo que una repetición de frases construidas penetre en su corazón antes de que pudiera desarrollar una mente.

Sayen no vio ninguna diferencia. Todos los niños eran niños que jugaban a un juego de imitación en el que el precio era una aceptación disfrazada de convivencia y respeto. Era una perspectiva difícil, probablemente la más terrible, sin embargo, incluso si intentaba buscar otra durante algún tiempo, su instinto natural siempre llegaba a la misma conclusión. Autodestrucción y construcción sobre las ruinas, el único precio a pagar a cambio de la aceptación. Un precio que pagó inconscientemente, un premio que ganó cuando tenía doce años.

Llevaba sus colores, usaba su idioma, asistía a sus reuniones y creía y defendía su orgullo con la nariz rota, un par de costillas

descolocadas y, en ocasiones, un ojo sangrante como recuerdo. Tenía la necesidad que tenía su madre a su edad de entender las dinámicas que regían el mundo, pero a veces las respuestas le llegaban en forma de puño como para que no se le escape el significado.

Sayen también aprendió. Dentro de sí misma chocaron esas dos corrientes: la que le dio la vida, y la que le estaba postergando el final de su último aliento. Había aprendido a hacerlos coexistir en su universo sin dejar que se hicieran preguntas entre ellos y terminen en discusiones inútiles. Eran como una pareja obligada a vivir bajo el mismo techo como ella con Pedro antes de escapar. En cierto modo, Pedro seguía presente y se habría reservado un lugar en su memoria, como los que había amado, como los que había conocido, como el infinito horizonte azul de mar y cielo que había visto desde arriba. Era su pasado. Un pasado que pertenecía a un nivel de memoria que podía ignorar, pero que nunca olvidaría. Había aprendido a aceptarlo. Aceptación: la única razón por la que se había arrastrado desde la cima de la tierra hasta el mar y los barcos y una sociedad que se había acumulado como agua en una ampolla que empezaba a doler y que eventualmente debería explotar. De esa sociedad dependía ella y de ella dependía también la vida de su hijo, como una raíz silvestre plantada en una maceta, como un tigre en una jaula, como un pez en una pecera. La supervivencia no era un instinto natural, sino que había mutado en estrategia lógica, que se había convertido a su vez en una enfermedad mental necesaria para hacer frente a una realidad excesivamente alejada de su naturaleza.

Los demonios de la costa no eran diferentes, y eso era una bendición porque ella ya conocía aquella especie y le ahorró algunos inconvenientes. Fue directamente al pueblo y se dejó caer a los pies de alguien. El hombre entendió su necesidad de inmediato y le ofreció agua y un trozo de pan. Ella aceptó y le dio las gracias con la boca llena. La tomó de la mano y la acompañó a la capilla. La cruz en su pecho era la señal, la llave y la esperanza, pues aquellos hombres entendían un solo idioma. La vida de Sayen continuó de alguna manera igual que antes, aunque en el lado opuesto de la misma tierra, de la misma moneda. Aprendió lo mismo que ya sabía, pero su alma parecía haberse elevado por encima de todo mientras vivía una vida terrenal con su cuerpo. En la universalidad de su comprensión, el desapego no significaba más que una unión absoluta. Era la unión de sus ancestros, de su consciencia, de su madre, de su padre, con quienes a veces hablaba y que la animaban a descubrir esa fuerza interior sin límites para hacer frente a semejante incoherencia estúpida. ¿Que podría hacer? Podría hacer cualquier cosa, menos vencerlo. Ella podría aceptarlo. Podía acompañarlo, simplemente caminando a un lado, fingiendo que no le importaba, fingiendo que no

le dolía, como lo hacían todos los demás.

Sin embargo, siguió mirando hacia el cielo, la montaña y todo lo que había dejado atrás, sin remordimientos, pero estableciendo un punto de referencia claro y específico. Al principio, trató de hacerlo por los dos, pero a medida que su hijo creció, se dio cuenta de que no podía salvarlo de las crecientes aguas que esos enormes barcos de la religión y el conocimiento traían a las tierras de la naturaleza con su paso. Se había mojado muchas veces, pero a fuerza de ahogarse tantas veces había aprendido a nadar.

Su hijo no lo hizo. Solo se sentó, prestando atención a los que habían estudiado para enseñarle lo que pensaban que necesitaba aprender; de la misma manera, asistía a misa, para absorber los miedos y esperanzas en lo que pensaban que necesitaba creer. Había una especie de magia en ese intercambio de información relevante con aquellos que se suponía que serían los gobernantes del mundo futuro. Lo quería todo. Quería ser un experto en eso, o al menos, eso es lo que esperaba. Los caballos del conocimiento tiraban en direcciones opuestas y su ser natural estaba a punto de ser desmembrado. Los cuentos de los maestros, los libros, la historia en ellos y la repetición constante de la misma rutina una y otra vez, comenzaron a tener sentido en su cabeza, dañando su humanidad y reduciéndolo a una simple persona. Estaba allí ciegamente, sentado en la primera fila, para formar parte de la sociedad, obedeciendo las reglas que eran enseñadas y las que eran subliminalmente implicadas. Para un niño inocente, todo existe para bien mayor porque eso es lo que hace la gente; sacan conclusiones sobre el mundo exterior teniendo en cuenta lo que creen que son, lo que sienten y lo que creen saber. La inocencia es todo lo que un niño conoce, que no es de ningún modo ignorancia porque uno no puede ignorar lo que no conoce; inocencia es todo lo que verá cuando se refleje en los demás. Creía todo lo que decía la maestra porque pensaba que ella sabía de lo que estaba hablando. Una mujer delgada y tensa con el vestido gris oscuro que requería su profesión. “*¿Alguna vez ha sido una niña? ¿Cómo es posible? ¿Se dio cuenta de que ella una vez decidió estudiar su profesión, tal vez para introducir un cambio en el mundo, sin embargo, fue el sistema educativo el que terminó por convertirla? No era ella misma, era su profesión, un último ser natural desmembrado que deforma vagamente las mentes para pensar y no hacer, y para hacer sin pensar*”. El niño ignoró decididamente este pensamiento rebelde.

—Estás aquí para crecer como componente de un sistema social. Todos somos necesarios para algo. Aquí lo descubrirás, y aprenderás a hacerlo bien.

Pensó que era agradable aprender a hablar mejor, jugar con las matemáticas, la geometría y la física para entender lógicamente el

mundo, experimentar sobrevivir por sí mismo nutriéndose exclusivamente con las semillas que les daba la maestra, descubrir a las mejores personas de la historia e imitarlos tanto como pudiera. En definitiva, para eso están hechos los ídolos, para ser imitados. Era lo que había que hacer. Lo tenía muy claro, quería superarse, siempre. Quería envejecer y ser un buen ejemplo para los niños que vendrían después de él. Sus ojos solo estaban enfocados en hacer del mundo un lugar mejor, y si ya era bueno, todavía quería ser parte de una mayor mejora personal y social, dejando que la escuela trabajara en las raíces de su primera ambición.

Una vez, la maestra le pidió amablemente que se trasladara a los últimos asientos de la fila porque él, a diferencia de otros niños, podía mantener su concentración el tiempo suficiente para absorber cada detalle que ella quería que supiera. Se estaba esforzando mucho, pero había niños que necesitaban ser más controlados porque parecían tener sus propias alarmas cognitivas que se activaban mucho antes del tiempo legalmente acordado por el sistema educativo. No tenían los mismos intereses, o no querían tenerlos, así que naturalmente se aburrían y comenzaban a hablar, dibujar, cantar o lo que sea que su energía natural los llevara a hacer. Era un episodio de inconsciencia, quizá un déficit de atención, una falta de respeto, un ataque de locura, una debilidad en un sistema que buscaba la perfección, un peligro, una amenaza al orden impuesto.

Mientras buscaba su nuevo lugar, el niño se enfrentó al resultado de esas convenciones sociales encarnadas en un niño llamado Egar. Ignoró todos los murmullos cobardes a su espalda, pero no pudo hacer lo mismo con el puñetazo de Egar en las costillas durante la hora de teología. Se levantó como pudo. Primero, con un pie de arrepentimiento y antes de perder el equilibrio, colocó el pie de autoinculpación en frente, y así, solo, caminó todo el camino hacia el pensamiento de que podía merecer esa agresión porque todavía no era suficiente. La secuencia se repitió. Recibiría los golpes sin responder porque así aprendería los caminos de la vida, esa vida que le habían dado por meras circunstancias que nunca llegó a entender realmente.

Sayen lo apoyó, pero él no quiso escuchar. No debería escucharla de la misma manera que trató de hacer con una niña que solía sentarse casualmente a su lado en la capilla y durante la mayoría de las lecciones. Ella era Concepción, una niña a la que poco le importaba que la regañaran por escaparse de la clase y bailar en el altar. Bailaba como ningún estudiante había bailado antes porque nadie había bailado nunca. Estaba completamente fuera de ese mundo polvoriento y frío que estaban soportando durante largos períodos de tiempo, viviendo otra realidad que la mayoría de los niños nunca comprenderían, solo porque aquella realidad era la que ella había

decidido vivir. Era evidente que el movimiento de su cuerpo obedecía solo a un ritmo específico que nadie podía escuchar. Su cabello oscuro, liso y aceitoso, con un flequillo de cortina dictaba sus propias leyes y se rebelaba contra el orden preestablecido. Su vestido de color marrón oscuro flameaba en el aire a merced del viento que no corría dentro de la capilla. Sus brazos se elevaban de manera desigual e incoherente con todo el contexto. Toda la escena parecía obedecer a sus pies como si absorbiera la energía de la tierra, a veces pateando, a veces girando, a veces balanceándose, a veces golpeteando con cada milímetro de la áspera piel de la planta del pie. Ella también tenía una tez mixta, pero su actitud y atención perturbada hacia los temas de estudio la convertían en repelente para los ojos del hijo de Sayen y era automáticamente criticada por los poderes de una admiración inconsciente. Esta chica tenía algo que nunca antes se había visto. Estaba impregnada de algo diferente. Estaba llena de luz, de originalidad, de alegría espontánea que nadie había mostrado antes. Fue una aparición milagrosa condenada. Sus ojos almendrados abiertos de par en par eran como frágiles cristales que reflejaban la luz de la oscuridad que rodeaba todo el universo a su alrededor. Una luz que la mayoría de los niños sentía cálida cuando se sentaban a su lado.

El hijo de Sayen la sintió, pero ignoró lo que fuera que tuviera que ver con ella. Él la ignoraba la mayor parte del tiempo, o pretendía ignorarla, sobre todo cuando no sangraba o estaba inconsciente en el suelo de la capilla. Siempre que lo golpeaban, ella era la única que lo ayudaba a ponerse de pie, limpiaba la sangre de la nariz o de las cejas y lo miraba como se mira a una oveja asustada y herida, y luego en silencio, caminaba a casa, a su madre, que lo recibiría con cariño e impotencia. Las palabras en el idioma que podía entender formaron un monólogo inaudito que se derritió como plomo en la boca de Sayen y chorreó pesadamente sin llegar más allá de la punta de los pies. Él nunca estaría preparado para ese discurso, y nunca dejaría una posición tan cómoda e incómoda de pertenencia, de ser.

Egar continuó con su violencia durante años, hacia el niño y Concepción, a quien incluyó en su lista luego de verlos caminar juntos. Un día, tomó un cuchillo y le cortó el cabello, destrozó sus ropas y la dejó desnuda en el altar de la capilla, amenazándola para hacerla bailar como solía. Todos los niños vieron eso, y todos voltearon la cara y salieron de la habitación, incluso el hijo de Sayen, pero se quedó detrás de la puerta, sin poder dar un paso más, y escuchando todo lo que sucedía al otro lado. Ella obedeció las ordenes de Egar más allá de que nunca entendería esos términos de vivir la vida misma. Ella obedeció porque estaba herida, pero sabía que no estaba muerta, así que bailó. Gritaba y lloraba, pero nunca dejó de

bailar con la misma gracia, a su propio ritmo, ese que ni siquiera el único espectador, sentado en la primera fila de la capilla, podía adivinar ni seguir aunque lo intentara; y el hecho que la chica tuviera su propio ritmo, su propia música, lo irritaba hasta el punto de exasperarlo violentamente. Tenía que detenerla porque lo estaba lastimando en lo más profundo de un cuerpo que no sabía tener. Ella lo había hecho sangrar por dentro, lentamente, gotas constantes filtrándose por las venas de su propio orgullo. Ella no lo hizo a propósito, no podía preocuparse menos por él. Su cuerpo lloraba en el altar a la vista de las divinidades, y su alma se sentía como una de ellas; desnuda, frágil, vulnerable, pero siempre sintiéndose una divinidad bailando en un nivel más alto que el de los simples hombres. Egar trató de controlarla, de hacer que se detuviera, pero ella dejaría que su ritmo siguiera poseyéndola. Se esforzó más, ella ignoró incluso su propio dolor físico. No vio nada más que alegría en la escena más triste que jamás viviría. No vio nada más que una invitación a detener la locura por sí mismo. Se apresuró a abordar su diminuto cuerpo en el aire y luego violentamente la volteó al suelo. Sus húmedos ojos almendrados evitaron el contacto visual con él, pero él insistió por un rato hasta que logró que ella mirara el vacío detrás de sus iris verde oscuro, sus párpados de color rosa claro, sus pestañas rubias, y cuando finalmente Concepción consiguió leer el subtexto de sus acciones, le tomó la cabeza con ambas manos y enterró las uñas de sus delgados y femeniles pulgares polvorientos en las cavidades de los ojos de Egar, reventándole los globos oculares que se extendieron como barro deslizándose hacia ella por la superficie de sus manos y antebrazos hasta llegarle al pecho. Egar gritó de dolor y desesperación mientras intentaba correr, golpeando los bancos de madera y las estatuas en su camino hacia la puerta. El hijo de Sayen escuchó todo y, en su memoria, quedó la imagen de Egar corriendo por la puerta y la niña sentada desnuda en el altar, mirándolo fijamente, pronunciando las palabras que nunca hubiera querido escuchar:

—Si no puedes ver con tu alma, tus ojos solo te causarán dolor.

Egar volvió al colegio unos días después, entrando por la puerta acompañado del maestro y recibiendo un caluroso aplauso como si fuese un héroe de guerra.

A Concepción nunca más se la volvió a ver, sino sólo una vez. Justo antes de morir, el hijo de Sayen vio a esa chica, bailando desnuda sobre el altar, y se unió a ella moviéndose a su propio ritmo, en silencio, completo silencio absoluto, como un sonido agudo y rompiente que acalló los ruidos que había estado escuchando durante toda su corta vida. Sus ojos. Su rebelde cabello con flecos. Silencio. El universo sangrando desde su piel. Silencio. La madre a la que siempre había ignorado. Silencio… Silencio…

CAPÍTULO 17

Las mejillas ya entumecidas de Sayen recibieron una serie de bofetadas de la mano de un comerciante y un poco de saliva viscosa de su boca, mientras su cuerpo yacía en la calle embarrada justo antes de que gritara al mundo la triste noticia que ella había podido predecir desde el comienzo de la transición que su bebé había hecho para convertirse en hombre. Su temprana muerte seguramente llegaría en el tipo de sociedad en la que ella se vio obligada a vivir, esas condiciones inaceptables en las que tenían que sobrevivir considerando su piel y orígenes, pero lo que no pudo predecir fue la forma en que todo sucedió. Su hijo había muerto en guerra, una de las tantas, una guerra física, contra otros seres en su misma situación. Su cadáver fue encontrado y rápidamente olvidado en una cueva, según las voces que murmuraban parte de la historia e insultos al pasar, mientras Sayen iba camino de regreso a la montaña. Andaba condenada a los horrores que había estado enfrentando desde su llegada, pero que ahora se expresaban con palabras de flema que le llovían sobre su cuerpo todo el trecho hasta fuera de los confines del asentamiento. Su hijo había sido el traidor que todos esperaban de un mestizo, y aquellos como ella eran la principal causa del fracaso de la sociedad. Ignorantes, salvajes animales vestidos de personas, difíciles de confiar; su hijo, finalmente les había demostrado que borrar a la vieja raza de la tierra y de la historia era algo justo y necesario. No valía la pena el esfuerzo de civilizarlos y hacerlos tan inteligentes y obedientes como lo eran los dueños del mundo. Pensaron que era una pérdida de tiempo precioso que podían invertir en conquistar nuevas tierras y negocios de sus competidores; el mundo evolucionaba rápidamente y nadie quería quedarse atrás en orgullo y poder.

El cuerpo del niño casi adulto se enterró solo, sumiso a la fuerza de la misma naturaleza universal que lo había creado, mientras ahora descomponía cada partícula, convirtiéndolo en una especie de banquete para otras formas de vida. Primero, las moscas se comieron sus pupilas dilatadas, mientras que por dentro sus propias bacterias se alimentaron hasta morir en el interior de los órganos que consumían. Luego, los animales salvajes hicieron el resto, festejando y peleando entre ellos, como lo hicieron esos soldados como él por un terreno fértil en el que los dueños del mundo querían construir un monumento sagrado a sí mismos, mientras que los enemigos querían mantenerlo vacío e inútil dentro de sus fronteras: meras acciones fútiles con propósitos insignificantes por lo que los ignorantes pagan el precio

con la propia vida.

Sayen caminó hasta la tumba de su hijo al otro lado de la montaña. Allí quedaron una botella vacía y restos de lo que un día fue ropa, y huesos embarrados esparcidos por el suelo húmedo que impregnaban con lo que quedaba de su esencia el hueco de aquella roca. Nada más. Los tocó a todos, uno por uno, desde el fémur medio enterrado en la nieve, hasta la mandíbula apoyada contra la pared de la cueva, y sin lágrimas, confirmó la historia que el mercader les había contado a todos. No lloró su muerte, porque había llorado su vida desde que era un niño. Sin embargo, todavía no podía concebir la idea de que alguien mereciera morir de ese modo, pero seguramente ya nada le era motivo de sorpresa.

Su vida había comenzado en silencio y había terminado de la misma manera. Nunca tuvo una voz para gritar su dolor. Había actuado y reaccionado espasmódicamente, pero ninguna de sus reacciones pudo sacarlo de esa cueva. Su cuerpo estaba atado, así como su mente, y solo pudo desatarla una vez que una bala le rompió la piel y el cráneo entre los ojos. El arma había sido disparada por el dedo del enemigo minutos después de haber dibujado el mapa que el hijo de Sayen había señalado. Esas mismas manos ya le habían perforado las rótulas, los pulmones y la lengua manchada con el vino de la botella que el sacacorchos había descorchado justo antes de abrir un cuerpo humano. Había entrado solo en la trampa, tan solo como lo habían dejado los que andaban invadiendo aquellas tierras vestidos con sus mismos colores. Los colores del orgullo que habían estado marcando el patrón circular de su camino en la vida. Se encontró tan solo como había nacido. Su ropa no era lo suficientemente abrigada, su comida no era suficiente, su arma no podría disparar lo suficiente y su voz no conseguiría hacer nada más que rogar por piedad y decir lo que el enemigo quería escuchar.

El instinto de Sayen la guió a una cueva que pudo reconocer. Ella ya había estado allí mucho tiempo atrás, y su mente podía recordar vívidamente a aquel nativo que había hecho estallar su cráneo contra las rocas en su último intento por escaparle a los terrores de la esclavitud. Esos huesos en el suelo podrían haber pertenecido a ese hombre o, tal vez, a su hijo; no importaba, porque ambos habían muerto huyendo de la vida miserable a la que habían sido esclavizados por el hombre que los había moldeado a su gusto y placer. Soldados: miserable carne de descarto.

Se preguntó *¿por qué la naturaleza daría vida y el hombre la destruiría?, como si la tierra fuera a nutrir y estimular los brotes para convertirse en un manzano, pero los humanos se contentarían con excavar y tratar de masticar la semilla.*

Una vez más, levantó la vista y siguió sus pasos hasta que la imagen

del cielo quedó cubierta por una cruz que reconocería al instante. Allí estaba de nuevo… frente a esa estructura de madera, esa carabela invertida, esa capilla, que guardaba los secretos del destino de sus padres y que había escrito el suyo.

Cuando llegó, sus pasos y su respiración resonaron en eco provocando una sutil vibración en la estructura al igual que en su pecho. La puerta se abrió al mínimo toque, y pensó que debía santiguarse en la entrada, pero no había ninguna estatua o deidad para juzgarla. No había bancos, ni niños, ni sacerdotes, ni gente, y el altar se había ido cayendo a pedazos por sí solo, al igual que todas las cabañas destartaladas que una vez formaron parte del asentamiento. No encontraría el bosque en el que había crecido, ya que se había convertido en un triste campo llano; tampoco había visto el río, que había sido sumergido por un montón de rocas que alguna vez pertenecieron a las montañas recién derrumbadas. *La guerra y sus consecuencias,* pensó Sayen, *consecuencias causadas mucho antes de la guerra misma.*

No se tomó el tiempo, porque el tiempo no existía para ella, incluso si hubiera tratado de engañarse a sí misma con tal creencia. Su mundo consistía en comienzos, comienzos persistentes de historias y seres, transformándose a cada respiro, a cada ocaso y amanecer, a cada luna, a cada viento, a tal punto que incluso la destrucción sería también un comienzo. Las bombas y la masacre habían asustado a los demonios que había conocido de niña. Habían huido como lo habían hecho sus ancestros en respuesta a las plagas, aunque esta vez fue la plaga que dejó esas tierras asustada de sí misma.

Cada momento difícil siempre había significado el comienzo de una relación más fuerte y más profunda. Lo esperaba consigo misma y con las tierras que la habían visto crecer, ahora que se encontraba sola en el esqueleto de un pueblo que había sufrido como si estuviera construido sobre su propia piel. Sus manos comenzaron de inmediato. Manipuló una pieza de madera, y después otra, y otra, y así desmanteló toda la capilla, y con eso construyó una precaria choza de madera y barro. Cuando terminó, hizo lo mismo con todas las cabañas y despejó todo el panorama de montones de piedras y techos podridos. Sin embargo, tuvo que desistir de la idea de despejar el paso del río por los constantes derrumbes que más de una vez la hubieran podido sepultar.

La lluvia lavó las rocas, aplanó las tierras y nutrió las semillas y los brotes que plantó. Curó a los caballos asustados y heridos que encontró, y les dio un lugar seguro para pastar, usando su estiércol, cerrando el ciclo de vida y transformación. Trabajó duro, pero no trabajó sola. Observó las crecientes comunidades de abejas alimentando y esparciendo polen por todas las tierras, las hormigas

favoreciendo la aireación de los suelos mientras los gusanos excavaban por debajo, y los hongos interactuando con los árboles y el suelo a un nivel más profundo que Sayen tenía dificultades para entender, pero que le recordaba a su madre diciendo que algunas cosas no necesitan ser entendidas sino apreciadas por lo que son.

Ella creció. Envejeció. Creció espesa como el bosque y tranquila como la naturaleza misma, evolucionando silenciosamente como si ya no fuera a existir, pero agregando su huella deleble en el suelo y una permanente en el universo a su alrededor y dentro de ella. Apreciaba ese pensamiento cada vez que se le ocurría, así como apreciaba su pasado más allá de las concepciones modernas del tiempo, porque sabía que cuanto más ancha y oscura era la sombra, más fuertes y espesos habían crecido los árboles en el bosque. Los que amaba y los que había llamado demonios estaban allí. Todos eran parte de los terrenos húmedos, o del agua que corría lentamente entre las rocas, o de las semillas que comían las palomas, o del aire que exhalaba el bosque, o de la belleza del ala de la mariposa, o de los frutos que esperaban ser formados bajo los pétalos de algunas flores. Todo el mundo había sido plantado de una forma u otra, y todo el mundo se remodelaba constantemente, como un componente eterno del universo. A Sayen le gustaba creer eso. Había nacido para creer eso y nada más, para compartir el sentido común de todos los seres, perpetuado en una vida mucho más significativa que la suya, la de su padre, la de su madre o la de su hijo. Todos ellos siempre presentes, como polvo en el aire, a veces visibles, a veces etéreos. Caminó entre ellos, con ellos, a través de ellos y gracias a ellos. Los acarició en las líneas de la corteza de los troncos, los besó en las gotas de agua, y ellos la abrazaron con sus cálidos fuegos y nutrieron su cuerpo con jugosos frutos y con el aire que le movía los pulmones, justo hasta que ella decidiese dejar de respirar y dejar caer su semilla en las tierras del futuro.



—¿Por qué volverías? —murmuró Sayen al oído del obispo.

—Por algunas convicciones.

—Cuántos hijos has matado?

El obispo no respondió. Simplemente asintió levemente con la cabeza, como si su energía fuera a ser expulsada de su cuerpo y su cuello cediera al peso de su cráneo.

—Has matado tantos con tus convicciones —continuó Sayen.

Mantenía la postura erguida hasta donde le permitía su joroba, con los hombros casi pegados a las orejas, impidiendo a veces su voluntad de girar el cuerpo para mirar fijamente a todas aquellas almas

presentes. Insistió y cuando prestó atención a todos los que estaban alrededor, su dedo índice torcido se elevó lentamente. Señaló el cielo gris espeso y luego directamente a Ivo.

—No lo he matado a él.

—Lo harías? -preguntó Sayen.

—Estoy demasiado cansado. No hay un solo día que no le suplique a Dios que me deje morir en mis oraciones.

—Sigues pidiendo, pero aún no has dado nada. -Sayen levantó un poco la voz. -Mira a tu alrededor… solo tienes personas, solo tienes sembradas ideas e ideales, pero ni una sola esperanza de vida.

—Ojalá pudiese recuperarlo todo.

—Sigues deseando... Eso debe ser lo único que has hecho —Sayen tomó su barbilla con dos dedos y lo obligó a mirar profundamente en su alma—. Has terminado de desear, esperar, orar, predicar y todo lo que has hecho hasta este momento.

—¿Este es el final?

—¿Quieres que lo sea?

La miró fijamente y al cabo de un buen rato hizo lo mismo con Ivo, que era una especie de espectador, como todos los presentes, pero que se sentía especialmente implicado. En él, en ese niño sobre los hombros de su padre, el obispo volvió a mirar tan profundamente como lo hizo con Sayen, pero en lugar de ver al niño, se vio a sí mismo y la inocencia que había dejado allá lejos en las tierras de Jesús, de ese mismo Jesús representado en la cruz dorada que Sayen descolgaba de su cuello y que ahora colocaba alrededor del cuello del obispo.

—No es lo que quiero, sino lo que necesito.

CAPÍTULO 18

Uno tras otro, los inviernos y los veranos se acumularon en la memoria de Sayen como una bolsa pesada sobre sus hombros debilitados. El cielo claro y abierto parecía presionarla hacia abajo, exprimiendo el jugo de la bondad contra el suelo que estaba rociando. Gota a gota fue recuperando el estado natural de las tierras que la habían visto arrastrarse y alejarse algunos años atrás. Los caballos que había encontrado hicieron de esas tierras un refugio, y se reprodujeron tanto como lo hicieron también algunas cabras, ovejas y mulas que parecían haber escapado de la guerra como lo había hecho Sayen. Ella no decidió sobre ellos, simplemente los aceptó como seres vivos que tenían el mismo derecho a vivir en una atmósfera pacífica como todos y todo. Nacían, vivían y se irían cuando llegara su hora, y se disolverían y formarían otra cosa. El camino estaba despejado para todos en ese sentido, excepto para Sayen, que tuvo problemas en ver llegar el momento adecuado para que ella misma siguiera la evolución que veía suceder luna tras luna, especialmente con la llegada de los depredadores y las criaturas de la noche. Durante la mañana, los cadáveres quedaban expuestos al calor del sol y a las inclemencias del tiempo, y al cabo de un rato, otras criaturas se daban un festín hasta que sólo quedaba el olor pútrido del olvido, arrastrado por los vientos del más allá. Daría la bienvenida con gusto a ese momento, estaba dispuesta a abrirle la puerta a lo que Ignacio solía llamar muerte. Sin embargo, la pregunta no era cuándo sucedería, sino si sucedería. ¿Cuánto más tendría que soportar? Su juventud ya se había confundido con su vejez más allá de que lo único que permanecía intacto era su niñez y la inocencia que tenía encerrada en lo más profundo de su ser. Había encerrado en la parte más segura de sí misma, el mapa que mostraba de dónde venía y adónde se suponía que debía ir, y ese mapa nunca fue entendido ni destrozado por nada ni nadie. De hecho, era básicamente quién era ella, quién había nacido y ninguna de las máscaras que había usado para lidiar con su instinto de supervivencia había alterado su integridad. Por eso esperó su destino allí, donde la vida era el único rasgo predominante del paisaje, en las tierras que le habían proporcionado su primera bocanada de aire puro. Porque allí su madre le había mostrado el universo dibujado en las noches estrelladas, y su padre la había hecho vivir en el universo del bosque verde, y ahora, conscientemente rodeada de todo eso, dentro de su precaria choza, por fin podía sentir todo eso replicarse en el lado interno de su piel, de sus huesos, de su ser. Estaba

esperando la muerte, preguntándose sobre ella, pero nunca se había sentido tan consciente, tan única, tan insignificante y, sin embargo, tan llena de vida.

La mayoría de las veces llegaba el momento en que soltaba una lágrima al ver a un animal sufriendo. Ella había sufrido, obviamente. Ninguno de sus encuentros con la gente había estado libre de dolor y sufrimiento en todos los niveles. Y por eso podía sentir el dolor de los seres como si fuera su piel desgarrada, o su estómago abierto de par en par, o su impotencia desvalida y resignada a las voluntades de alguien o algo más, deseando el momento para pasar a la nada y al todo amablemente y sin dolor. Podía palpar los cadáveres abandonados, o los árboles rotos, o los insectos atados a una telaraña, y todos la miraban con la cara de su hijo. Eso era lo que sentía, y el sentimiento no se había desvanecido porque todavía era un ser humano. Las lágrimas eran el sangrado de su empatía que había sido una herida abierta desde que tuvo consciencia, y esa herida sangraría en futuro hasta su último aliento. Era lo que la mantenía con vida, pero al mismo tiempo, era lo que hacía que una parte de ella muriera cada vez. Era lo que la había hecho diferente a los demonios, que podía respetar la naturaleza sin interferir con ella, que podía vivir en la naturaleza, que ella era la naturaleza. Esa era la diferencia entre obedecer a la naturaleza humana en lugar de la ley humana.

Tan pronto como la naturaleza se apoderó del lugar, borrando hasta el último rastro de la última población que había habitado esas tierras, trayendo el terror a todos los seres vivos, Sayen se acostó a descansar finalmente, esperando, tal vez, poder convertirse en polvo en su propio sueño. Soñó con las estrellas y lo inocentes que se veían en el cielo, ignorantes de su significado, pero perfectamente conscientes de su presencia en algo que excedía su propia masa. Soñó con la luna cambiando los ángulos, el reflejo, las posiciones, pero nunca cambiando su propia forma. Soñó con el Sol caminando en su choza como un cálido ser y saliendo con pesar como si no quisiera dejarla sin el menor rayo de luz. Soñó con ser otra persona, y pudo ver, que ella era todos ellos y más, y así se despertó, para ver todo lo que no era. Ya no era joven, ya no era madre, ya no era persona, y, sobre todo, ya no estaba sola.

Dos hombres estaban limpiando la nueva capilla mal construida frente a su choza. El paisaje estaba muerto de nuevo, fútil como lo había encontrado, tal vez esta vez incluso más. No había rastros del río, las montañas parecían más pequeñas y mucho más lejos de lo que solían ser, y el cielo estaba velado por un aire denso y pesado. Se preguntó si ese era el mundo en el que había nacido, si ella misma estaba allí, y si ella era tan vieja como la naturaleza, tan vieja como el polvo que reinaba en el cielo y la tierra, tan vieja como el recuerdo

que le dio a entender que había dormido demasiado, y que haber revitalizado esa tierra con su sudor y sacrificio, era ahora solo recuerdo, recuerdo de otros tiempos; tan solo un lejano recuerdo de cuando dejaba caer las semillas de su inocencia para que germinen y florezcan de nuevo.

La nueva capilla estaba hecha de piedras encajadas entre sí. El techo era de metal, conservando la forma del que había visto hecho de madera, pero las puertas eran similares en diseño y material, aunque no eran las mismas que Sayen había usado para calentarse durante uno de los tantos inviernos que había tenido que enfrentar. Uno de los hombres dejó la puerta principal abierta y, desde la choza, pudo echar un vistazo rápido al interior dispuesto exactamente de la misma manera que recordaba la versión anterior. Los bancos todavía eran de madera, pero se veían como nuevos. El altar era de cemento insípido, la mesa de mármol blanco, nada que ella pudiera reconocer salvo la cruz con la estatua del hombre sufriente colgada en la pared del fondo. Parecía envejecido con sus colores desteñidos, especialmente la pintura roja que parecía haber desaparecido casi por completo, dejando espacio para solo una sombra de lo que solía ser. La piel naranja original se había vuelto pálida y gastada, e incluso la expresión de sufrimiento del hombre parecía haberse borrado por completo del rostro también desgastado. Una imagen que inspiraba aún más tristeza que antes. Las ventanas estaban hechas de cristales de colores y pudo reconocer los dibujos en ellas como la historia que había aprendido de niña. Todo el sacrificio de los momentos previos a la muerte de Jesús estaba inmortalizado perfectamente, etapa por etapa, condenando a la mente de los espectadores a establecer una idea pautada de los costos que un ser humano tenía que pagar para lograr la paz. Ella pensó que era solo la eternización de lo que nunca debería haber existido en primer lugar, como si uno de esos recuerdos pudiera repetirse en lugar de evitarse, como un círculo vicioso de acciones contaminadas que causarían resultados similares, o como la suciedad que los hombres barrían con gran empeño del piso de cerámicas, que volaría por los aires y volvería a depositarse en otro lugar continuando a ser polvo y nada más.

Estaban pálidos, enfermos y torcidos y su olor invadía la atmósfera en ráfagas pútridas guiadas por el viento. Uno podría ver los huesos del cráneo a través de la piel si el sol le diera bien de lleno. Sus venas azul verdosas sobresalían de sus delgados brazos y sus gargantas, y algunas costras estaban tan rojas como sus ojos casi sangrantes. No había nada correcto en ellos. Su apariencia contrastaba con su buen humor y su actuación enérgica en una tarea tan inútil como aquella de barrer en semejante polvareda. En definitiva, eran un fiel reflejo del paisaje que les rodeaba en el que lo único que prevalecía era la

muerte, aquella muerte que le faltaba a Sayen.

Esos hombres la vieron mientras se acercaba. No podían ignorar sus vestiduras, el color de su piel profundamente seca y agrietada, su largo cabello y el milagro que parecía mantenerla sobre sus propios pies.

—Dios la bendiga —dijeron esperando la respuesta de cortesía que nunca obtuvieron.

Sayen no prestó atención en absoluto. Simplemente caminó alrededor de la choza para descubrir que lo que había visto al salir, era todo lo que iba a ver. El sol saliendo detrás de la capilla, la choza bajo su sombra frente a ella, y las siluetas borrosas y apenas visibles de las montañas lejanas al final de un horizonte que parecía habérselas tragado casi por completo. Su naturaleza había entendido los hechos que su mente rechazaba. Todo se había convertido en polvo y la vida estaba siendo succionada por los automatismos de respirar mecánica y sistemáticamente a través de los pulmones de la ignorancia. No había nada más que pudiera morir, excepto personas, todos ellos; y eso hizo que Sayen se sintiera aliviada porque también significaba que su propia muerte estaba cerca. Caminaba más por inercia que por voluntad de moverse, y ante la sorpresa de los dos trabajadores de la capilla, los ignoró por completo y volvió adentro para dormir y esperar que, sea el Dios de la capilla o el de su propia naturaleza, se la llevase de una vez por todas.

CAPÍTULO 19

El obispo escuchó la respuesta que Sayen murmuró con sus ojos, un idioma que acababa de aprender a entender, un sonido que precedía el sonido mismo de sus creencias desmoronándose como lo habían hecho las montañas durante las actividades mineras, pero fue una implosión que solo él y Sayen pudieron escuchar. Ella tocó su pecho tembloroso detrás de las dos cruces que vestía y que respondían al temblor como a un terremoto, y trató de calmarlo con palabras que no pronunció.

Miró dentro de la capilla abierta de par en par y desde allí, las estatuas descoloridas parecían ignorarlo. Todos estaban apuntando sus miradas permanentes a otra parte.

—¿Por qué me ignoran ahora?

—¿Las estatuas? No te están ignorando. Eres tú el que ya no proyecta creencias sobre ellas. Ahora solo estás reflexionando. Te has ignorado por lo que eres. Lo has hecho durante miles y miles de lunas tardías y soles tempranos, pero la única diferencia es que en este preciso momento no estás esperando su compasión, sino la tuya.

—¿Y la tuya?

—Lo que ves, Ignacio, es el reflejo de ti mismo

El obispo miró a todos de nuevo. No vio nada, excepto la figura decrépita en lo que se había convertido.



El hombre dejó la canasta como resultado de un pensamiento consciente mal controlado. Había caminado bajo la cruda lluvia invernal durante una larga noche mientras pisaba a ciegas las calles embarradas como un gigante desesperado, dejando huellas al azar sin una dirección específica. A veces caminaba hacia adelante, luego hacia atrás y se daba la vuelta y se enredaba en sus propios trapos empapados y caía estúpidamente, y luego se volvía a levantar y corría y se detenía de repente, sucumbiendo a la dinámica de los pensamientos que habían estado parpadeando en su cerebro, como los relámpagos en el cielo hacían que se viera intermitentemente su repulsiva imagen. Su aliento rápidamente agitado condensaba el olor acre que se sumaba al ya nocivo olor que exhalaban las cloacas de la misma forma orgánica y repugnante. Era el aliento del diablo que lentamente estaba poseyendo su cuerpo.

El diablo lo había estado siguiendo en todos los aspectos de su vida desde que escuchó el nombre diablo, por primera vez. Había sido

sumiso a los mandamientos que regían el mundo espiritual tanto como había sido respetuoso de las leyes sociales y morales que le habían enseñado a obedecer, allí en las tierras de Jesús. Siempre había sido consciente de sus propios actos y de las posibles consecuencias, la mayor parte del tiempo controlándose hasta el agotamiento. Había sido un buen niño y un buen hombre, pero como había dicho el sacerdote, "el mal busca a los débiles, y cuanto más fuerte se siente un hombre, más ignora la debilidad de la que se aprovechará el Diablo". Era solo una oración, una serie de palabras que salían de una persona haciendo su trabajo, pero para él, esas palabras se convirtieron en el comienzo de una idea de perfeccionismo que lo llevaría a una vida inmersa en el miedo. Buscaría y trabajaría en su debilidad, en aquellos hábitos o modales o pensamientos que pudieran impulsarlo a desencadenar una serie de consecuencias imparables que preferiría evitar tomando la decisión correcta en el momento adecuado considerando los caminos correctos que Dios había iluminado "a todos los que pueden ver". Y quería ver. Quería serlo, quería y rezaba por ello todos los días, todas las noches, sin perder un día de misa, ni una oración comunitaria, ni una lectura, ni una confesión semanal y el consiguiente castigo al que el sacerdote lo habría condenado. Cuanto más grave es el pecado, más pesado es el castigo. Esos eran los caminos de Dios, él lo sabía, lo había aceptado y estaba dispuesto a limitar la naturaleza de su humanidad a los extremos necesarios.

En definitiva, había aprendido a dejar que el miedo guiara sus pasos: miedo a sí mismo, a los pensamientos de los demás, a sus propios pensamientos, a su comportamiento, a las consecuencias de su comportamiento, a la forma en que Dios lo iba a juzgar o incluso castigar; y sobre todo, miedo a que el Diablo usase aquella debilidad de su humanidad que aún tenía por descubrir. Probablemente nadie en su tiempo había llegado a tal nivel de perfección, él lo sabía y también se le ocurrió unirse a la iglesia como algo más que un voluntario, pero ese tipo de emprendimientos eran solo para los elegidos. Sólo podía aspirar a ser el mejor en lo que había sido elegido para ser: un hombre, un siervo del Señor que sentía la obligación moral de guiar y, si era necesario, obligar a los malhechores a hacer el bien, a sufrir las adversidades y resistir las tentaciones del mal con una valentía admirable hasta que se encontró con el mismo Diablo.

Un domingo en la madrugada había preparado el altar para la misa más importante de la semana, a la que obviamente también asistiría. Había desarrollado sus propios rituales con el paso de los años. Las tareas se organizaron en orden y cada una de ellas tenía su momento preciso. Había limpiado los pisos y desempolvado los bancos, luego había pulido las estatuas desde el gran Jesucristo hasta la Virgen María de medio metro que utilizaban para las peregrinaciones

mensuales de los fieles, colocando en su base las flores más frescas y coloridas; por supuesto, también expuso los tres retratos de don Ferrando entre los cuales en uno faltaba su corona de oro, lo que demostraba que había sido una persona común antes de que Dios lo eligiera para ser rey. Cubrió la mesa con los manteles más caros e impresionantes, dejó lista la Eucaristía en el tabernáculo y reemplazó una a una los cientos de velas derretidas con velas nuevas que encendería momentos antes de abrir las dos hojas de la gruesa puerta de madera. Sin embargo, ese mismo domingo había abierto la puerta principal con la ayuda de una mujer que se le había acercado mientras encendía las velas en el fondo del altar. Ella había entrado por la puerta trasera, pisó el altar y antes de que él se diera cuenta de su presencia le agradeció por su trabajo de mantener la Iglesia en tan impecables condiciones, comparándola con una obra de arte. Era la primera vez que alguien reconocía su labor y lo comparaban con un artista.

—Dios es el artista, yo solo soy un sirviente —respondió con un orgullo que le rebalsaba la humildad.

Había dedicado su vida a servir sin esperar reconocimiento, pero esas palabras lo hicieron sentir bien, considerado y apreciado por primera vez. Finalmente sintió que existía, que era visible y tangible en la comunidad. Esos ojos que lo habían descubierto en su propio vacío, se iluminaron como un cuadro, o una estatua, o una estrella, y él se sintió iluminado por su reflejo, y ella sintió lo mismo justo cuando miró por sobre su hombro para descubrir el semblante detrás de tal voz.

Comenzaron una relación saludable bajo la atenta mirada de la iglesia y la comunidad. No les tomó tiempo bendecir su unión por las manos del sacerdote como una representación terrenal de Dios, y solo para asegurarse de que todo sucediera de acuerdo con las reglas sociales y morales, le pidieron al sacerdote que fuera testigo de su primera relación carnal de la que esperaban una descendencia que les tardó demasiado en llegar.

Periódicamente volvían a visitar al sacerdote para ser bendecidos cada vez que lo intentaban, e incluso ocasionalmente lo invitaban a asistir para señalarles todo lo que podían haber estado practicando mal en lo que en un principio era el mero acto mecánico de la reproducción, pero que al final resultó ser un profundo acto de autodescubrimiento para ambos. Había instintos que nunca habían tenido en cuenta. Había deseos que habían estado reprimiendo y que ahora les brotaban de las pieles como una necesidad biológica natural que ella podía entender y aceptar, pero que para él significaba un gran sentido de culpa y miedo de que finalmente había encontrado la debilidad que el diablo podía aprovechar para poseerlo. Había sido un

error disfrutar de los placeres de la carne humana en un intento de construir una familia. Había tocado sus pechos y había perdido la cabeza cuando sus manos recorrieron lentamente todos y cada uno de los poros de su propia lujuria. Había algo que no podía controlar, como si una energía externa fuera a poseerlo, irrumpiendo en su cuerpo y en su mente, provocando una vida plena en un solo momento, descuidando las causas y consecuencias que Dios había predicho en palabras escritas. Había sido débil y humano y no podía escapar del peso de su propia culpa cada vez que recuperaba sus sentidos y la lógica que le habían enseñado a tener.

Sin embargo, cuando ella finalmente quedó embarazada, él se sintió aliviado, porque sus pecados lo habían guiado a traer vida a la tierra. Al final, traían otro hijo de Dios, un futuro hombre o mujer que sería enseñado a seguir los caminos de Jesucristo y la Virgen María, y aunque sabía que no era un espíritu santo, estaba seguro de poder impartir al bebé los buenos hábitos que acortarían la distancia entre él y el Todopoderoso. Tal vez este bebé finalmente podría recibir las bendiciones del Señor y convertirse en el sacerdote que siempre había pensado ser. Trató de concentrarse en el bien que había hecho en lugar del método pecaminoso, las luces del futuro en lugar de la oscuridad del pasado. Pero en su cabeza nada era fácil, lo sentía, y se dio cuenta demasiado tarde, que mientras la criatura crecía en el vientre de su esposa, en su propia mente se desarrollaba a la misma velocidad una idea: podría haber creado una criatura diabólica, pues se había rendido a su lujuria pecaminosa, y el producto de tal acción podría ser la causa de traer lo contrario de lo que tuvo el coraje de soñar. "*¿Y si el Diablo se hubiera aprovechado de su debilidad y hubiera hecho que su esposa diera a luz a un demonio?*"

Cuando llegó el momento, llegó demasiado pronto, mucho antes de lo previsto, durante una noche de invierno. La mujer no tuvo tiempo de ponerse cómoda ni nada, solo se quedó tirada en el suelo retorciéndose de dolor en medio de un pequeño lago de agua y sangre. Sus ojos se ponían en blanco de vez en cuando y su boca suplicaba ayuda a su esposo e incluso a Dios, pero a medida que pasaba el tiempo y el dolor se intensificaba, comenzó a gritar al cielo los insultos más terribles que jamás había escuchado. Él entró en pánico al principio y la dejó hacer lo que tenía que hacer, pero cuando vio que la criatura se abría paso fuera del útero, pensó que el diablo había hecho suficiente y que era hora de que él se defendiera. Colocó ambas manos dentro de ella tocando primero la cabeza y luego, fue más y más profundo. Con un poco de dificultad, agarró los hombros y arrancó con fiereza lo que a sus ojos era una criatura diabólica que había arrancado la piel y los órganos interiores de su propia madre. Ella perdió los sentidos, jadeando de vez en cuando y su cuerpo se

movía solo respondiendo al tirón del hombre del bebé aún unido a ella por el cordón umbilical. Lo cortó con sus propios dientes como si hubiera hecho con un hilo de algodón y de inmediato lo colocó tal cual, desnudo y ensangrentado dentro del cesto que usaban para recoger las verduras del jardín; y salió furioso exponiéndose a las inclemencias del tiempo, víctima de la lluvia helada y de sus propios miedos. Había caminado durante mucho tiempo antes de que su cuerpo se rindiera, y aunque trató de arrojar la canasta al río o a las cloacas, no encontró el momento ni el lugar adecuado para hacerlo, no porque aquellos lugares no eran adecuados, sino porque no tuvo el coraje. Finalmente, su cuerpo fue encontrado a la mañana siguiente por el sacerdote que había bendecido a la familia con la que la pareja había estado soñando. Estaba recostado sobre el altar en posición fetal abrazado al canasto desde el cual se podía escuchar al bebé que seguía llorando. El sacerdote no tenía dudas de que había sido un milagro de Dios. La mayoría de las llamas se desvanecen bajo la lluvia, pero la llama de esa nueva vida siguió ardiendo más allá de todo lo que había pasado.

—Dios debe tener tareas importantes para ti, hijo mío. Bienvenido a casa, Ignacio.

CAPÍTULO 20

Ignacio tuvo una infancia como nadie de su tiempo. Su inocencia fue preservada por los sacerdotes y monjas y los voluntarios de la iglesia. Todos lo mantuvieron alejado de los terrores de la época, la crueldad de las brujas en llamas de la inquisición, las guerras y las matanzas, e incluso nunca se le había permitido ver sacrificar una cabra, un cerdo o una gallina. En cambio, se crió leyendo sobre los nuevos inventos de la época, los descubrimientos, las grandes leyendas, escuchando historias de peregrinaciones, de ángeles y visiones de santos y la Virgen María, los milagros y las diferencias culturales en todo el mundo y los sueños de unirlos a todos bajo un mismo Dios.

A medida que crecía, podían ver su brillante e inmaculada inocencia iluminando a todos cada vez que deleitaba con su presencia, o incluso cuando solo se lo mencionaba. Parecía facilitar y mejorar la vida de todos, porque sus raros movimientos descoordinados, sus andares extraños, sus caídas vistosas y sobre todo su entusiasmo por el conocimiento y el alto ánimo de su fe, borraban de la mente las preocupaciones y dudas que a veces amenazaban las convicciones y creencias de las personas. Era un milagro viviente y se inspiró automáticamente con tal idea.

Había recibido la mejor educación católica que pudo recibir. Había sido tratado como si su presencia fuera inmaculada, y fue el único niño que pudo saludar al Rey y que fue besado en la frente por el Obispo en aquella única visita. El rey le había preguntado qué quería ser en el futuro, y él había respondido "como tú", recibiendo un repentino aplauso que acariciaría el recuerdo de su infancia mientras traducía los textos sagrados, o cuando obtuviera su primera cruz de oro, o durante las noches que pasaba estudiando los mapas y promesas de tierras desconocidas. Quería ser como el Rey porque se sentía elegido para el papel ya que había desarrollado una razón, porque todos lo habían hecho sentir especial de esa manera, y hasta Dios lo había elegido para sobrevivir en tan terribles condiciones. Estaba destinado a ser un gran hombre y estaba destinado a ser un santo, como las figuras que había visto en los libros que traducía, y tal vez, algún día pintarían su retrato y escribirían y traducirían su historia.

En su adolescencia, ya era un sacerdote muy conocido y respetado y había restaurado la iglesia después de muchos incendios y guerras internas. Después de cualquier tragedia que le sucediera a la iglesia, él la construiría más grande y mejor, y parecía que cuanto más daño

sufría la iglesia, más personas asistían a misa y se sumaban para ayudar como voluntarios, extendiendo la comunidad católica en la mayor medida que jamás se había logrado. Lo que empezó como una capilla rectangular de madera en los primeros tiempos del anterior sacerdote, se había convertido en una iglesia de piedra con dos alas que emulaban la forma de la cruz de Jesús, pinturas de colores en los ventanales y una capacidad para dos centenares de personas. En su mente, esa iglesia algún día se convertiría en catedral, y tal vez después de su muerte, lo enterrarían bajo una lápida de mármol con su nombre grabado en medio del pasillo principal, donde todos pudieran verlo y ofrecerle una oración a su alma. La búsqueda del bienestar espiritual había potenciado su imagen y su reputación al punto de ser invitado a la misma Ciudad del Vaticano, de donde obtuvo la difícil tarea de reproducir lo que había logrado con su comunidad en las nuevas tierras, con la promesa que podría llegar a ser nada menos que un obispo en los nuevos reinados. La decisión del Papa había confirmado su creencia de ser elegido para importantes misiones, y no podía alejarse de la idea de que era un hijo de alma de Jesucristo, aunque a veces le gustaba pensar en que era como él, un elegido, un mensajero enviado por Dios.

Cuando volvió después de largos días en carruaje a su ciudad natal, el olor a madera quemada hizo que el aire se volviera pesado y, desde lejos, vio el humo oscuro viajando sobre las casas. La iglesia ardía de nuevo, los vidrios de las ventanas estaban hechos añicos, las puertas tiradas en el suelo, aún con algunas chispas y llamas pequeñas como las de una vela, así como el techo y la torre de madera, que se derrumbó hacia adelante sin poder resistir el peso de la campana. Su caída libre rompió el techo y la mesa y abrió un enorme agujero en el altar. No se había salvado nada, solo la cruz que encontró fuera de la puerta trasera en manos de un hombre. Dio gracias al hombre y lo bendijo, pero el hombre no se soltó de la cruz. Ignacio pensó que estaba paralizado por el miedo, y pensó que también tenía una descarga de adrenalina en su cuerpo que desaparecería después de un rato, dejando una sensación de vacío y pensamientos racionales sobre los peligros que acababa de superar. Sin embargo, no la soltó y lo miró como si hubiera visto un fantasma, un demonio mientras más y más personas se reunían a su alrededor. Ignacio prohibió que los espectadores lo tocaran. Le tomó la mano y trató de calmarlo, aunque el hombre seguía mirándolo con fiereza, como si sus ojos hubieran absorbido todas las llamas que habían destruido el edificio y todo lo que había adentro.

—Todo está bien. Dios te ha iluminado para salvar la cruz. ¡Estoy muy agradecido con Dios y contigo! Te bendigo en el nombre del Señor Todopoderoso.

El hombre siguió mirando.

—¿Qué quieres hacer? No puedo dejarte aquí. ¿Necesitas ayuda? —insistió Ignacio

—Necesito a mi esposa —respondió el hombre entre lágrimas.

—Bien, vamos a buscarla.

—Debe estar entre las cenizas de la hoguera. —El hombre miró a Jesús en la cruz que sostenía inmóvil—. Míralo... ¿Ves su rostro, su expresión? Así lo ha dejado tu gente tan solo por pensar diferente. Así se veía mi esposa antes de arder.

Ignacio se quedó quieto.

—Me pregunto si Jesús te miraría y te diría 'Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que hace' —prosiguió el hombre.

—¿Has quemado la casa de Dios?

—¿Has quemado a mi esposa?

—No lo he hecho

—Pero podrías haber evitado que sucediera. Podrías haber detenido toda esta locura de quemar vidas como se quema un trozo de madera para calentarse, o quitar a la gente del medio como se erradican las malas hierbas del suelo. Esto no es la voluntad de Dios. Nunca lo ha sido —El hombre dejó caer la cruz al suelo y fue directo a tomar a Ignacio. Lo agarró por la cabeza y lo hizo arrodillarse junto a la cruz y lo obligó a mirar de cerca los ojos de Jesús y murmuró:

—Te deseo que vivas por siempre.

El hombre fue quemado en la hoguera pública esa misma noche. Ignacio no se quedó para el espectáculo porque le repugnaba la idea de ese tipo de violencia. Envolvió la cruz con un paño y emprendió el camino hacia el puerto, desde donde arreglaría una pronta salida hacia las tierras prometidas. La cruz se colgó en la pared trasera de la primera capilla que construyó. Nunca abandonó aquellas tierras. Tampoco lo hizo Ignacio.



—Después de la invasión que sufrimos, volví a buscar esa cruz —dijo Ignacio señalando la cruz de madera colgada en la pared trasera de la iglesia— Había visto demasiada violencia que no podía frenar durante tiempos que no podía volver atrás. Había visto a un niño sangrar durante toda una noche en mis manos hasta que el amanecer se lo llevó junto con sus fuertes gritos como los de un cerdo, y había escuchado cómo mataban a un cerdo llorando como un niño. Eso, Sayen, me hizo darme cuenta de que ninguno de nosotros, meras criaturas que respiran, fuimos iluminados para encontrar al Dios que tanto ansiamos merecer; que ni siquiera merecemos honrar a un Dios cuando nosotros éramos los que sacrificábamos al mismo hombre al

que rezamos, así que escondí la cruz y mis ropas en la tumba que había hecho y diseñado para contener mi cuerpo y mi orgullo, justo en el medio de la capilla de madera y cuando tuve la posibilidad, huí con las masas, como un ser humano más tratando de escapar de los terrores de la guerra. Pero eso, amiga mía, nunca lo pude hacer. Había pensado en hacer lo correcto sin ser consciente de que lo que se creía que era la verdad yacía cinco pies bajo tierra, en una capilla abandonada que, como todo lo demás en el interior, era el símbolo de la mayor debilidad del ser humano. No pude enfrentarlo, y como un cobarde huí, no solo de la guerra, sino de lo que yo que era, pensando que había matado a ese hombre, y que me estaba otorgando otra oportunidad para nacer de nuevo. Algo salió mal. Podría haber muerto un millón de veces, pero nunca lo hice, por más que muchas veces lo había deseado. Pensé que era un milagro del Dios que pensé que no merecía al principio. Entonces, volví aquí, a la cruz, a la capilla aún más convencido de que había sido el mismo Dios a darme otra oportunidad como una persona nueva. Sin embargo, nada ha cambiado después de tantos años... todavía me encuentro aquí, frente a ti, ambos maldecidos por lo que pensamos que eran milagros. No pude luchar contra mi verdadero yo, no pude derrotar mi sueño de convertirme en un Santo. Tantas cosas han cambiado desde que nos vimos por primera vez, pero ahora me doy cuenta de que no hemos cambiado ni siquiera un poco.

—Reconocí tu miseria desde la primera vez que te vi y tiempo después llegué a desear que murieras, pero tal deseo no era parte de la naturaleza de mi ser, así que dupliqué la intensidad de mi maldición y decidí perdonarte en el preciso momento que me volvería a encontrar contigo. ¿Sabes por qué? Porque las buenas intenciones pueden destruir más que las malas, sobre todo cuando se basan en convicciones ajenas al verdadero propósito de la consciencia humana. ¿Realmente hemos sido maldecidos por la consciencia? ¿O bendecidos por tener una? Mira, he esperado morir en mi sueño por la misma cantidad de tiempo que has estado despertando orgulloso de tus deseos, y hoy desperté en tu presencia porque nunca podría morir sin perdonarte. ¿Sabes qué? Te perdono por todo lo que tú y tus creencias y tu gente han hecho, y me perdono a mí misma por las decisiones que he tomado que me impidieron no haberlo hecho antes. Tal vez deberías hacer lo mismo.

—No puedo pedir perdón por todo lo que he hecho.

—Debes parar de pedir y actuar por ti mismo. Solo tú puedes perdonarte.

—Cómo podría perdonarme a mí mismo?

—Tú puedes, porque estabas perdido y ahora te has encontrado.

Ignacio cerró los ojos y se pensó como un niño, como el niño

inocente e inmaculado que había sido, y rogó a su Dios, a su manera, que mantuviera la inocencia del niño sobre los hombros de su padre, pues su consciencia era la única presente ese día que aún no había sido contaminada por ideales, ni creencias, ni ambiciones ni estúpidas acciones. Cuando terminó, tomó las manos de Sayen y la miró fijamente, ignorando por completo el entorno, el tiempo y el espacio.

—Este es el final, ¿verdad?

—Quién sabe, bien podría ser un comienzo.

Se inclinaron hacia adelante y presionaron sus frentes entre sí y antes de que sus cuerpos se derrumbaran muertos en el suelo frente a Ivo y todos los presentes, Ignacio pronunció —Amén —mientras Sayen respondió— Aum”.

CAPÍTULO 21

Tanto Ignacio como Sayen se derrumbaron al suelo, y con ellos el puente que los había unido desde que se habían conocido. Lo que quedaba era la historia por escribir con palabras tan huecas y sin sentido como los cadáveres de sus cuerpos, un recuerdo impreso en las membranas vírgenes de la inocente juventud de Ivo y la memoria universal de una humanidad ignorada y olvidada confinada en la semilla que tenia en la mano.

—Este no es el final, sino un nuevo comienzo —dijo el sacerdote de la parroquia, y señaló el altar, rompiendo tanto el silencio como la quietud de lo que parecía haber sido una pintura—. Dios nos sigue esperando dentro de su casa.

La carrera por los asientos delanteros se puso en marcha. La lucha por los lugares más cercanos al altar escaló de intensa a feroz en cuestión de segundos. Oleadas de gente atropellaron los dos cuerpos que descansaban desnivelados en las escaleras. Tan solo un obstáculo entre los zapatos brillantes y los tacones altos. Unos tropezaron con la cabeza de Ignacio, otros con los pies de Sayen, y algunos simplemente cayeron sobre ellos y se pusieron de pie rápidamente tironeando de algunas túnicas y pantalones de los pasantes, rasgando con sus uñas tanto las telas como las pieles sueltas. Los más fuertes tomarían asiento, mientras que los ancianos y los enfermos dependían de la suerte para estar bajo el mismo techo que los demás. El poder como medio de fe, y no al revés.

Una vez que todos estuvieron acomodados, esperaron la revelación del hombre que tomaría el lugar del obispo. Las puertas se cerraron desde adentro. Algunos voluntarios se asignaron la tarea habitual de limpiar las gotas de sangre que quedaban en el piso del interior, mientras que otros dispersaban a la multitud con palos y piedras más allá de las puertas cuando ya no había más lugar para nadie. Una vez cerradas no se volverían a abrir más que para que los afortunados que lograron entrar puedan salir al final de la misa.

El comienzo se había demorado demasiado entre una cosa y la otra, pero el sacerdote no tenía apuros. Era su momento. Ordenó a dos de sus hombres a desvestir el cadáver del obispo de sus vestes y las cruces doradas, a limpiar la sangre de aquellas ropas, y a ayudarlo a vestirse como si fuese un rey que endosa las pieles de un tigre como trofeo de un domingo de caza. Un sueño de toda la vida. Cuando entró miro a los ojos de cada una de las personas que se encontraban en las primeras filas y antes de dirigirse a ellos para darles la bienvenida, se

volvió hacia la cruz colgada en la pared del fondo a su espalda.

—La evolución requiere cambios y adaptaciones —dijo y con su dedo índice de suave piel y uñas limpias y recortadas ordenó la remoción de la cruz rápidamente, y la colocación de una escultura de mármol de última generación de un Jesús crucificado de tamaño natural, semidesnudo, chorreando sangre nueva y resistente al agua y al tiempo, por debajo de una verdadera corona de espinas. Una verdadera obra de arte.

—Te rogamos Señor… por aquellos que nos han iluminado el camino hacia tu grandeza y por aquellos cuya ignorancia es la culpable de una ceguera que se obstina a no verte. Te rogamos Señor por aquellos que te ven ahora y finalmente tienen fe en tu compasión y están dispuestos a donar para ti y para tu causa en agradecimiento eterno por las bendiciones que has derramado en sus vidas. Estoy aquí para darte mi palabra de que tu hogar, la catedral que te mereces, estará terminada pronto para que nadie se quede sin poder escuchar tu palabra —Se volvió a girar, esta vez abriendo sus brazos ofreciendo su pecho a los creyentes y pidió gentilmente que repitan con el—: Somos devotos a ti, Señor, y prometemos terminar la catedral que comenzó nuestro hermano Ignacio, la catedral que te mereces, un pequeño gesto por todo lo que nos brindas día a día.

Por fuera la sangre no se limpiaba, se dejaría secar allí junto a los muertos y a los vivos.

Ivo y sus padres se habían mantenido alejados del maremoto de cuerpos humanos que colisionaban contra la capilla como olas. Habían sido testigos de cómo esos huesos ambulantes chocaban, se rompían y retrocedían heridos y sin ningún tipo de energía y esperanza; y como un gato gravemente enfermo, partían para ir a morirse en algún otro lugar.

—Llegó la hora de hacer nuestra parte —dijo el padre—. ¿Tienes la semilla?"

Ivo abrió la mano e intento entregársela.

—No. Quédatela. Sayen te la dio a ti. Es tu responsabilidad —dijo mientras le cerró sus pequeños dedos con la semilla en la palma de la mano—. Ve, tráeme la carretilla.

Ivo corrió a la casa, la rodeó y encontró al fondo, entre las palmeras, aquella carretilla oxidada y de olores nauseabundos. Su padre podía oír el chirrido de la rueda en movimiento haciéndose más y más fuerte a medida que se acercaba, como una aguja abriéndose camino a través del tímpano de un oído.

—Muere una muerte silenciosa. Vive una vida ruidosa… —dijo el padre cuando llegó Ivo—. Pero sin necesidad de alardear tanto. Tendría que conseguir aceite.

Lo que habían sido dos cuerpos e historias separadas, ahora

parecían haberse convertido en una bola única de carne y huesos y sangre en proceso de coagulación.

Tomó con sus propias manos lo que pensó que eran los hombros de Ignacio. Y luego, con una mirada compasiva, se dirigió a la madre de Ivo que lloraba tapándose la boca con las manos.

—¿Crees que puedes lograrlo?

—Tendré que hacerme el coraje, al menos por respeto

Cogió los cuerpos del otro extremo e Ivo colocó la carretilla lo más bajo que pudo, aplicando la pequeña acción de palanca que su cuerpo le permitía.

—Esto no es el final, sino un nuevo comienzo. —decía el sacerdote.

El eco de esas palabras escapó de la estructura solo para desvanecerse en el aire. En la calle no quedaba nada más que moscas y buitres esperando completar la obra de arte que los desesperados habían comenzado. Sin embargo, de Ignacio y Sayen todo lo que encontrarían sería el olor que esos cuerpos milenarios habían dejado impregnado en las escaleras. Volaron en el círculo de sus dudas, preguntándose qué había pasado con ese banquete que parecía ser servido solo para ellos. Debieron haber pensado por un tiempo que el estilo de vida precario que tenían los humanos finalmente los había llevado al canibalismo, pero, conociéndolos tan bien como los conocían, deben haber llegado a la conclusión de que aún no era el momento, porque ellos mismos, los buitres, aún no se habían encontrado bajo tenedores y cuchillos.

CAPÍTULO 22

—¿Ella sabía que iba a morir?

—Pienso que hacía mucho tiempo que estaban muertos, hijo, pero aún no lo sabían.

—¿Y tú lo sabías?

—No, pero me había preparado muy bien para este momento.

> >Era una tarde de otoño. Tu madre estaba en su séptimo mes de embarazo, pelando papas para una versión mucho más insípida de las sopas que tú, afortunado, has conocido, cuando la hierba seca crujió justo detrás de la carpa que habíamos hecho como alojamiento provisional hasta que finalmente pudimos techar el esqueleto crudo de esta casa.

Ella sabía exactamente que era imposible que fuera yo porque aún no era hora de regresar del trabajo. Entró en la carpa y esperó allí con un martillo que teníamos al lado de la cama mal hecha, junto con el resto de las herramientas que manteníamos cerca para que no nos las robaran. Los pasos del extraño se sintieron cada vez más cerca sobre el césped amarillento. Un fuerte olor desagradable a sudor de alcohol penetró la cortina cuando la luz del atardecer reveló la silueta de un hombre desnudo, su pene erecto en una mano y un largo cuchillo en la otra. Ambos sabían de la presencia del otro y, aunque sus intenciones eran diferentes, compartían algún tipo de instinto de supervivencia. El hombre murmuró algunas palabras en el mejor de sus esfuerzos por pronunciarlas correctamente y de manera inteligible sin tener éxito en el intento. Ella no respondió. Él siguió hablando, necesitaba medir la distancia entre la cortina y el cuerpo de tu madre antes de hacer un movimiento. Ella esperaba que él se fuera sin tener que apostar su propia vida en una pelea.

Te puedes imaginar el miedo y por supuesto, el silencio que reinó por unos instantes. Ni la más pequeña gota de aire se atrevía a escapar de su boca aplicando la más mínima de las fricciones en sus labios abiertos de par en par. Fue como si el mundo se hubiera detenido en ese mismo momento, atrapado en la cortina como una mosca en una telaraña. Sin embargo, uno de ellos sintió la urgencia de terminar lo que ya había comenzado en la más oscura de las imaginaciones.

De repente, las manos con dedos anchos y peludos del hombre agarraron la cortina con fuerza masculina y la arrancaron, revelando la verdad de un cuerpo que había sido magnificado por los efectos ópticos de la iluminación y el ángulo de la silueta sombría: se parecía a un águila calva de piel quemada por el sol, cuyos hombros estrechos

resaltaban la nariz larga y torcida, la falta de masa muscular en el pecho plano y el vientre redondo de pelo oscuro que parecía estar apoyado en un pene que se esforzaba por asomarse. La situación obligó a sus miradas a encontrarse por una fracción de segundo hasta que no pudo evitar distraerse por un dolor abrumador seguido de un grito agudo que estalló en la nada. La garra de leona de tu madre había golpeado ferozmente, enterrando el martillo puntiagudo en el pie derecho descalzo del hombre. El cuchillo cayó de su mano y sus piernas se vencieron haciéndolo apoyar su rodilla izquierda para mirar imprudentemente más de cerca la herida, dejando la barbilla despejada para el aterrizaje repentino de una fuerte patada. Fue un apagarse repentino del sistema nervioso, poniéndole fin a todas las malas intenciones que tenía.

Para ese entonces todo era como lo ves ahora, existía solo la choza con esa anciana que rara vez se asomaba, y la capilla justo enfrente. Yo regresé a casa en mi bicicleta, el sol se estaba poniendo, creando largas sombras sobre los solitarios árboles hacia el este, y sobre Sayen que había visto todo desde el otro lado de la calle. Allí estaba ella en la puerta de su choza barriendo las hojas con la escoba más corta que he visto en mi vida, hecha de ramas secas enredadas y atadas por una cuerda delgada bien apretada. Aunque sus piernas eran cortas, todavía tenía la necesidad de doblarse casi a noventa grados para llegar al suelo un poco más fácilmente. Al verme llegar con mi pedaleo disminuido, agitó la escoba hacia mí. Me detuvo antes de que pudiera entrar a casa y me comunicó con minúsculos detalles todo lo que te he contado hasta ahora.

Continuó diciendo que tu madre tomó al hombre noqueado y con la fuerza de un caballo asustado, lo arrastró hasta atrás, dejándolo en el lugar más oscuro fuera de los límites de nuestro terreno.

Me dijo: 'tu esposa reaccionó honrando los instintos animales originales escondidos y olvidados en el ser humano; todos venimos al mundo como animales, pero la elección más importante de nuestra vida es decidir entre dejar que nuestro cuerpo se pudra como un animal o como un ser humano consciente y evolucionado. Lo que hay aquí dentro -me tocó el pecho- es vida mientras la usamos, un universo de conocimiento que debemos encontrar antes de convertirnos en comida para los buitres. Escúchame joven: nunca deberías subestimar el poder de ese niño que estas esperando, de la misma manera que no deberías haber subestimado el tuyo… ¿Eres curioso?’

Asentí de inmediato.

‘Entonces creo que eres un rebelde entre cuerdas y cadenas, ¿no? Ven aquí’ me dijo con un gesto de manos invitándome a entrar en su choza.

Hubo una atracción magnética que me arrastró dentro de esa estructura terrenal pero extraña que parecía haber brotado de una semilla en el suelo. Tal vez fue la misma fuerza magnética que me atrajo a la mayoría de las cosas: la misma curiosidad que me ha llevado a tantos exitosos errores que me hicieron ganar más de lo que perdí al cometerlos. No hay nada que llene el cuerpo de más energía que la búsqueda, aunque no sepas exactamente lo que estás buscando. Hay un conocimiento que nos pertenece en todas partes, y uno solo tiene que tener un poco de curiosidad para verlo, leerlo y comprenderlo.

La choza era tal como la has visto: un techo cónico de paja de altura media sobre una estructura cilíndrica de barro y madrea. Por dentro estaba vacía. Solo había dos sillas redondas de madera y una cama individual también de madera hecha a mano. La cocina: un hueco en el centro exacto de la habitación con leños cortos encendidos, una tetera de acero colgada sobre el fuego y una especie de taza de madera con una bombilla de caña, una tabla de cortar y una cacerola incoherentemente moderna a un lado.

‘¿Te gusta mi casa?’ ella preguntó.

‘Es muy bonita.’ dije bastante sorprendido.

‘Está inspirada en las colmenas. Ahora ya no hay más, pero en un momento existían las abejas. ¿Has oído hablar de ellas?’

‘Si, mi padre me habló de ellas. Solía decir que nuestra sociedad se basaba en las abejas’

Ella sonrió dejando al descubierto sus pocos dientes marrones detrás de la comisura derecha de sus delgados labios secos. ‘Gracioso, ¿no?’ me dijo.

Sin entender muy bien a qué se refería asentí casi involuntariamente.

‘Simplemente no podemos elegir solo lo correcto para inspirarnos, ¿verdad?’

Asentí de nuevo.

Señaló la puerta trasera abierta que me permitía una vista previa del patio donde guardaba algunas plantas.

‘Yo ya no puedo trabajar como una abeja. ¿Te encargarías de ellas? Son plantas tan viejas como yo, y tal vez sean el último espécimen del mundo entero. No quisiera que desaparecieran cuando me toque desaparecer a mi’, dijo. ‘Si lo haces, no necesitarás esperar tanto para poder enriquecer esa sopa que tu esposa cocina todas las noches.’

Tomó un recipiente de barro con algunas semillas y me lo entregó.

‘Esto es lo que queda de las que no sobrevivieron. El suelo está tan desnutrido como nosotros.’ Dijo cabizbaja observando las semillas y desparramándolas casualmente con sus dedos. ‘¿Podemos plantar una de estas juntos? Te mostraré cómo se hace.’

Asentí de nuevo.

‘El hombre debe estar descomponiéndose ahora mismo. Enterrémoslo mientras está oscuro.’

Tu madre aún no lo sabe, así que será nuestro secreto ¿de acuerdo? Ella todavía cree que el hombre se despertó y se fue, pero en realidad no respiraba y después de un tiempo había comenzado a alimentar a los buitres con su propia carne. Lo enterramos junto con una semilla, que ahora es la palmera más alta que ves allá a lo lejos.

‘Tú harás lo mismo conmigo’ dijo Sayen. Te entregaré personalmente la semilla que me gustaría que plantes con nosotros. He estado cansada durante mucho tiempo, pero estoy bastante segura de que seguiré estando en esta forma durante algunos años más.’

‘¿Nosotros? ¿Quiénes son nosotros?’ pregunté.

‘Deberás plantarla con mi cuerpo y el de la persona que debería dejar atrás este mundo también. Lo sabrás cuando llegue el momento.’

Todavía me pregunto si fue una coincidencia que todo sucediera la primera vez que fuimos a un evento en la capilla o si ella lo sabía todo desde hace mucho tiempo. Supongo que eso es algo que nunca sabremos. Podría ser nuestro misterio para resolver con el tiempo, como, por ejemplo, qué planta crecerá de la semilla que te ha dado.

CAPÍTULO 23

Nada quedó de Sayen con el paso de los años. Al nuevo autoproclamado obispo no le gustaba que la vista desde la puerta principal de la nueva catedral se arruinara con la imagen de una choza con forma fálica. Ordenó demolerla, aunque eso significase dejar de nuevo en la calle a una familia que la había ocupado. No se necesitaron más de dos horas para destruirla por medio de manos y martillos, y solo un par de meses para ser absorbida por la tierra a la que pertenecía. No quedaba nada, sino tierras planas veladas y el ocaso de lo que parecía ser la evolución humana. El progreso tecnológico en los países subdesarrollados llega siempre en medio de transiciones y de manera rotunda y repentina. Cuando aún no están ni siquiera a la vista los resultados prometidos y las obras públicas, y a veces también las privadas, se encuentran a medio construir, surge una nueva promesa de soluciones más eficaces y modernas a los viejos problemas de siempre, dejando obsoleta la vieja nueva tecnología, y agrandando constantemente las lagunas económicas y sociales en las cuales se ahoga la libertad, los sueños y el futuro del pueblo.

Ante la falta de agua y las constantes sequías que golpeaban la zona, se dejaron abiertas las compuertas de la represa para saciar la sed de algunas regiones, incrementar la producción de alimentos en la ambición de recuperar la posición de granero del mundo ya perdida pero nunca olvidada por el orgullo nacional, exaltada por los locutores de radio que repetían una y otra vez cuanto perjudicial había sido para todo el país la imposición de aquella maldita represa y cuanto bien y progreso se podía lograr si tan solo la energía eléctrica que iluminaba las ciudades fuese producida por las plantas nucleares que ya se estaban construyendo en todas las ciudades de la región.

Las plantas nucleares crecieron más rápido de las que plantó el padre de Ivo. Las altas cúpulas reemplazaron a las montañas en el horizonte. El humo blanco estableció distancias espesas con las nubes y las estrellas, y el tímido Sol no era más que un plato pálido suspendido en las alturas que casi ni se reflejaba en el pequeño arroyo que llegaba desde las compuertas de la represa hasta aquellas tierras para enfriar los reactores nucleares y llevarse pesadamente los residuos que se producían.

La respiración quemaba durante algunos días. Fue una transición que Ivo no notó hasta los veinte años. Era como si lo hubiera aceptado como natural, aunque no lo fuera, tal como había aceptado la compañía de la lámpara de foco cristalino y luz caliente que lo vieron

dar sus primeros pasos. Esos días pasaba más tiempo dentro de casa, bebía más agua e imaginaba que sabía a esa leche de cacao que recordaba vívidamente para producir algo saliva en su boca áspera que hacía tiempo no se daba uno de aquellos gustos del pasado. Su memoria y su imaginación lo distraían de los dolores de cabeza, del dolor de estómago y de la aceptación de que todo a su alrededor estaba en constante descomposición. Había aceptado el cambio. Había aceptado la transformación y la muerte, pero se preguntaba cuánto tendría que aprender a aceptar. Había aceptado que no podía controlar las cosas fuera de aquellos muros de su hogar, pero también tendría que aceptar la muerte de su padre y de su madre, ambos victimas de esas cosas fuera de control.

A medida que Ivo se hacía más alto y más fuerte, su padre se había vuelto más delgado, más bajo y más débil. Dentro de él, algunas células habían decidido mutar y vivir más de lo que se suponía, reproduciéndose más de lo debido y ocupando territorios que nunca habían sido suyos. Llevaba en la sangre una guerra que no podía apaciguar ni negociar. Una vez que ocurrió la primera explosión, hubo una sucesión de eventos anormales que llevaron a ambos enemigos a una catástrofe absoluta que ya nadie podía deshacer. Era como si esas células se hubieran vuelto tan engreídas y arrogantes como para destruir su propio hábitat.

Durante sus últimos dos años, Ivo había pasado la mayor parte de su tiempo cuidándolo. Lo alimentaría con las pocas frutas que pudiera recolectar del jardín que habían hecho de tantos cuerpos y semillas. Lo lavaría delicadamente evitando que la carne se desgarrara, lo llevaría afuera para sentir la brisa que apagaría el ardor en los poros, y le mentiría para que imaginara detrás de sus ciegos ojos un mundo exterior pintado con colores de esperanza y fe.

Había visto cuerpos ceder a la podredumbre. Había observado de cerca bacterias vivas que se alimentaban de la carne, creando sus comunidades sobre los cadáveres que consumirían hasta su propia extinción. Había visto suceder lo mismo con frutas que caían al suelo y se descomponían de adentro hacia afuera. Sin embargo, esta vez, estaba presenciando todo eso, en un cuerpo que no se rendiría. No lo iba a negar, alguna que otra vez se le cruzó por la cabeza matarlo y librarlo de aquella agonía dolorosa, triste e innecesaria. Se preguntó "*¿qué lo mantenía con vida? ¿por qué no cerraba los ojos y dejaba que el proceso sucediera sin los gritos desgarradores de la noche, las lágrimas sangrientas, el dolor insoportable causado por tan solo el normal latido del corazón? ¿Tal vez, estaba tratando de adaptarse naturalmente a las nuevas formas de vida, como él mismo lo estaba haciendo y como lo había hecho Sayen durante su propia vida?*"

Ya había encontrado la respuesta a su pregunta, pero eso era algo

que simplemente no admitiría. Rechazó sus propios pensamientos en lo que parecía una eterna lucha entre su inocencia e ingenuidad contra los crueles hechos que ya no podía rechazar.

El primero en ser enterrado fue su padre; luego, no mucho después, su madre.

Ivo sabía bien que la enfermedad parecía haberse apoderado de ella más rápido que de su padre, pero a ella la agonía le había durado toda su vida.

—Siempre me he preguntado qué sería de mí después del día en que tu padre se ausentase para siempre de mi vida. ¿Habría dejado que el odio contra el mundo me consumiese? ¿O me habría dejado vivir en el recuerdo de un amor que me había mantenido viva todo este tiempo?", le dijo a Ivo mientras agonizaba. "Es que una vez que pierdes esa persona, cavas tu propia tumba en las tierras del amor que sentiste, desnudándote del odio como se hace de todas las cosas materiales hasta llegar a un merecido descanso final. Por alguna razón, nunca me amé tanto como amé a tu padre. ¡Qué estúpido sentimiento ese de sentirse incompleto! Sin embargo, mírame ahora, estoy reconociendo lo que nunca tuve el coraje de enfrentar. Solo me toca morirme completa, ya no queda nada por hacer. Amar a tu padre era la única forma que conocía de amarme a mí misma. Todos somos incompletos, todos nacemos en la falta de lo que tienen los demás, y abiertos a lo que los demás inspirarán en nosotros ¿si solo supiéramos encajarnos los unos a los otros como un rompecabezas...? Nos transforman constantemente, colocándonos en posiciones tanto cómodas como incómodas, y es nuestra decisión tomarlo todo como es y convertirnos en la mejor versión de nosotros mismos. No se trata de lo que somos, sino de lo que podríamos ser. Ahora estoy muriendo todo lo que podía ser y si tuviera que arrepentirme de algo, seria no haberme sentido completa antes, pero aquí estoy, ya hice mi parte y pienso que sea más que suficiente.

Ambos se habían estado derritiendo literalmente desde el interior. Ambos se dejaron corromper de manera lenta y dolorosa, como si la energía que daba vida a sus universos se hubiera convertido en fuego en sus propias células, haciéndoles perder la consciencia de su naturaleza. Ivo había encontrado esa respuesta que no quería buscar. Estaba en la gente, la cantidad de cuerpos descompuestos que yacían en la calle, la locura que poseía a los desesperados corriendo hacia la muerte como mariposas que vuelan hacia una llama ardiente, en los buitres que comenzaban a preferir dejarse morir de hambre antes que alimentarse de cualquiera de esos cadáveres, en las palmeras y los árboles, que se deshacían secos como pan viejo, y en la conexión intrínseca que todo tenía con el pasado que Sayen le había revelado antes de que ella gentilmente le ofreciera su existencia y su

experiencia de nuevo a la tierra.

Al igual que dentro de las células, hubo una explosión en un reactor defectuoso que dispersó grandes cantidades de radiación en el ambiente con aquella arrogancia humana que caracterizan las invenciones del hombre.

Ivo no conocía el tecnicismo de lo que sucedió exactamente, pero podía dar por sentado que detrás de todo lo demás, había algo que no funcionaba con los humanos como raza. La verdad había ganado la batalla contra su ingenuidad. Ahora se daba cuenta de que era un hombre adulto solitario, tratando de frenar la ola inminente de un final apocalíptico con su mente desnuda.

Cuando enterró a sus padres, no trató de plantar nada. Ya nada crecía en la nada misma como antes. Se vio obligado a detener lo que su padre le había enseñado porque ninguna semilla brotaría de nada que hubiera sido tocado por el velo de aire venenoso o por las lluvias ácidas cada vez más implacables. Lo aprendió por su cuenta, así como había aprendido a superar las dificultades combinando sus recuerdos con su imaginación. "*¿Cuánto tiempo podría vivir si pudiera tratar de evitar la realidad viviendo en un sueño? ¿Se apagaría como lo había hecho Sayen? ¿Cuál era el poder que tenía? ¿Era ese un final sin un nuevo comienzo?*"

El olor pútrido de la muerte, la muerte real, el tipo desesperado de muerte, había conquistado tanto al espacio miserable como a las personas temerarias, poseídas por su agonía y desesperación, encontrando en la violencia el lenguaje del odio contra sí mismos que hervía desde hace tanto tiempo. Ni siquiera la catedral, aún sin terminar, podía ofrecer un refugio seguro, ni la capilla derruida, ni la cruz, ni el vacío que Ignacio había dejado en su tumba, ni sus ropas, ni las oraciones que quedaron sin escuchar. Reinaba la desesperación, que no era desesperanza, porque la desesperanza implica la pérdida de un deseo, de una fe que ya se había perdido muchos años atrás, pero que intentaban recuperar; en cambio lo que habían perdido ya demasiado tarde, era la voluntad de esperar, poseídos por la culpa y la urgencia de remediar. ¿Cómo podía uno rezar para aliviar el sufrimiento que se había causado a sí mismo? El olor fétido de la muerte, esa especie de muerte afligida, los había acompañado siempre, durante mucho tiempo, pero nadie podía notarlo, porque eran ellos mismos los que se pudrían por dentro, desde sus actitudes hasta sus ideales y comportamientos, creciendo acostumbrados a su propia hediondez. Ahora sus pieles ardían, sus órganos se rasgaban y desgarraban desde adentro, sus ojos sangraban y sus mentes… sus mentes se retorcían en la absoluta ignorancia de lo que habían hecho para merecer tan dolorosa e interminable agonía. Nada. No habían hecho nada. Habían alimentado sus egos, pero no habían hecho nada.

Ivo no se preguntó qué había hecho o dejado de hacer. En cambio, estaba buscando una opción, una forma de aliviar las consecuencias o un modo de evitar que sucediese el caos en un posible y no tan lejano futuro. No había forma de que uno pudiese revertir la muerte, sin embargo, incluso si sabía que estaba tan enfermo como el resto, su tiempo parecía pasar más lento, a un nivel mucho más profundo que el paso humano. Su tiempo era el universo, e incluso si no lo entendía, incluso si su mente era limitada como solo una mente humana puede serlo, había cosas que había aprendido a reconocer desde esa mañana de domingo que tomó la semilla de Sayen.

"La semilla" pensó. "*Nunca nada ha crecido ahí. ¿Por qué?"* se preguntó. Después de todo, el caos nuclear sucedió cuando él ya era un hombre, y la semilla la había plantado cuando era solo un niño.

Se cubrió la cara con la mano por el simple hecho de hacerlo, sin convicción de que aquella sistemática y automática solución le impediría respirar el aire tóxico, y salió al jardín. Había muchas cosas que podía recordar vívidamente de su infancia. Eran hechos que habían formado parte de sus mejores años, teñidos con los magníficos colores de las emociones enraizadas en experiencias sensoriales que guiarían sus pasos en la edad adulta como ahora guiaba sus pasos entre tanta vida enterrada y tanta muerte. Enterrar esos cuerpos con su padre había sido uno de ellos. Al final, estaba viviendo de esos recuerdos, buscando respuestas sobre lo que había vivido, sobre lo que había sentido, tan solo porque aquello lo llenaba de la vida que ahora no encontraría alrededor por ningún lado. "*A veces los recuerdos abruman,* pensó, *pero abruman solo a quien ha perdido la esperanza, y no a quien vuelve al pasado para buscarla.*

¿Que podría hacer yo para evitar toda esta catástrofe que viene ocurriendo ya hace rato? Hay cosas que uno no puede controlar, hay cosas que se nos escapan de las manos, por entre los dedos, como la vida misma en el constante intento de aprender a vivirla; pero tal vez sea el momento de dejar que la vida vuele por sí misma y admirarla mientras uno aún pueda contener la cabeza que anda a los tumbos de tanto sueño, y dejarla aletear por el cielo hasta que se funda con el paisaje y aquella nada repleta de oportunidades que ya no me pertenecen, porque nunca nada que tenga vida me pertenece, ni la tierra, ni la historia, ni aquel pájaro cuando voló, ni cuando estaba encerrado en la jaula que colgaba de mi mano. Nada… Nada…"

Había sido un sábado por la noche cuando su padre regresó del trabajo, vestido con su grasiento mono verde oscuro y una jaula con un pequeño pájaro de plumas amarillas con un ligero rubor alrededor de su pico, pasando por el portón y guiñándole el ojo derecho a la atónita y confundida madre de su hijo. Entró a la casa con pasos largos y rápidos ignorando todas las preguntas que lo perseguían

murmurándole a la espalada en un intento fallido de prevenir que haga una locura que ya había hecho. Grandes ojos brillantes y llorosos canalizaban la ansiedad que sentía en su estómago pleno de vacíos ruidosos casi permanentes, por cumplir el objetivo de poder experimentar el asombro de un Ivo aún niño.

La sorpresa no podría haber sido más extraordinaria.

"Por fin", pensó Ivo, "*tengo una mascota"*. Una vida que absorbería todo el amor que tenía para ofrecer mientras que, a cambio de su atención y predisposición para asistir y amar al pájaro, rápidamente ya había acordado unilateralmente hacer uso de la posibilidad de observar cada movimiento del animal hasta poder ver a través de sus pensamientos, si es que tenía alguno. Un compañero, un confesor, un oyente. Imaginó que el pájaro sería feliz con él, porque él era feliz con el pájaro.

Ese mismo domingo temprano por la mañana su padre lo despertó, tomó la jaula, la colocó en el automóvil que la empresa en la que trabajaba le prestaba para hacer viajes de corta distancia y lo condujo hasta el medio del campo justo antes del amanecer. Al llegar a ese lugar elegido aleatoriamente susurró al oído del niño mientras bajaba la ventana dejando que la brisa le helara la nariz:

—¿Escuchas?

Ivo sacudió la cabeza en un esfuerzo por despertar y responder que lo único que podía escuchar era un silencio extremadamente profundo.

Señaló el capó del motor con la mano sobre el volante para que se sentaran allí y miraran el vacío y el silencio directamente a los ojos. Allí mismo comenzaba el espectáculo sensorial. El aire fresco hacía temblar su piel, el misterio del paisaje vegetal bajo sus pies conectaba todos los universos grandes y pequeños en un flujo circular energético. Las estrellas inclinaron su magnificencia, abrazando con honor y orgullo la llamada del telón mientras reverenciaban, así como todos los seres vivos ocultos, los majestuosos primeros colores cálidos del alba que teñía el cielo. Hubo un movimiento que no pudieron ver, pero lo sintieron, como si la hierba, las plantas pequeñas, los árboles lejanos, los animales y los insectos les estuvieran despertando dentro de las venas. Allí mismo, en esa atmósfera sobrecogedora, el pájaro del que Ivo se había apoderado, emitió el primer sonido, que desencadenó en un principio un gorjeo aislado desde la más oscura distancia, pero que, con el paso de los minutos, se convirtió en una orquesta sonando al unísono con los colores pintados por el sol naciente.

—¿Eres libre? —le preguntó su padre con una voz mucho más alta que el canto de los pájaros.

Asintió, no porque supiera el significado de la libertad, sino porque

lo sentía en el estómago.

—¿Amas al pájaro?

Volvió a asentir, rápido y decidido

—Si amas y eres libre de verdad, entonces entenderás qué hacer con esta pequeña criatura.

Su razonamiento produjo una profunda tristeza que se abrió paso condensándose y lloviendo desde el rabillo interior de sus ojos. Sin embargo, en cuanto abrió la jaula y el pájaro abrió sus alas para volar, primero en círculos sobre sus cabezas y luego desapareciendo como un pequeño punto tragado por el inmenso brillo de la silueta del sol, una felicidad aún más profunda reorientó las lágrimas hacia la esquina exterior de su rostro y comenzó a reír y llorar al mismo tiempo.

—Deja que esa semilla de Amor y Libertad brote en tu mente, profundice las raíces en tu alma, y florezcan los más hermosos pétalos en tu corazón, y comprenderás más de lo que piensas saber —dijo su padre.

No hubo lugar para más palabras, porque las palabras sobraban, limitaban y hasta destruían las sensaciones que explicaban más que cualquier lógica. Su padre continuó a observar a Ivo en aquel mágico descubrimiento, mientras lucía sobre sus hombros la bandera de 'hombre de familia' y 'educador' confeccionada con los extraños colores anticuados de pura honestidad, humildad y sinceridad.

“Recuerdos, esas obras de arte efímeras para el ser humano pero eternas para el alma.” Ivo pensó mientras cavaba en la tierra calva y áspera. Buscó esa semilla que había plantado hace muchos años y cuando la encontró, se la metió en la boca y la tragó sin ni siquiera quitarle el polvo para saciar un hambre de comida, de amor, de paz, de esperanzas; un hambre que era mucho más que tan solo una necesidad fisiológica. Luego, volvió a la casa y la dejó brotar en él mientras dormía, esperando despertar durante tiempos mejores. “*¿Qué más podía hacer un hombre inocente cuando el estruendo ensordecedor de su mundo le absorbía la mejor de sus fuerzas? Tal vez podría esperar que aquella semilla de amor y libertad brote a su debido tiempo, o tal vez podría transformarse en una de aquellas semillas él mismo.”*

CAPÍTULO 24

Lo llamaban búnker, pero en realidad era un forúnculo.

El mundo afuera se convirtió en un vasto desierto árido detrás de espesas y oscuras nubes grises. Los picos de las montañas rocosas brillaban intensamente cuando los iluminaba un relámpago, mientras que, en la base de su majestuosidad, los árboles se rendían ante las ráfagas remolinantes de viento. Todo lo demás era una gran costra formada sobre tierras que nunca habían sangrado. Era como si la tierra hubiera desarrollado un escudo de hierro y hormigón para protegerse de las inclemencias del tiempo, ayudando únicamente a la acumulación de gérmenes que su propio cuerpo había creado. Sin embargo, inteligente como es, y con una consciencia mucho más amplia, fue la tierra misma la que permitió que sucediera porque sabía que su propio reloj funcionaba mucho más lento que el que la infección vestía en su brazo.

Ahora, había llegado el momento de que esos gérmenes desaparecieran y dejaran que sus cadáveres fueran absorbidos por la misma tierra que los había parido. Ya era hora de que comenzara a sanar, y así fue.

Comenzaron por consumirse los unos a los otros instintivamente solo por el bien de la propia supervivencia. Habían empezado por defenderse de otros animales, pero después de un tiempo, sus necesidades y la evolución tecnológica los habían llevado a comenzar a consumirlos. Se volvieron importantes y creyeron que todo había sido creado para sostenerlos y hacerlos sentir cómodos. Después de un corto tiempo, se encontraron sumergidos en las arenas movedizas sobre las que habían construido los cimientos de su existencia. Les tomó más tiempo darse cuenta de sus errores que sufrir las consecuencias de sus acciones.

En todo el mundo, el que poseían, el que habían creado, hubo un hombre que mataba a otro por egoísmo, luego por orgullo y finalmente por hambre. Siempre hubo un asesino y una víctima, siempre hubo un hombre alimentándose de otro, de una forma u otra. Hasta que un día, la tierra despertó para sanar, y provocó una sutil vibración que arruinó la magia, una magia demasiado poderosa para las débiles consciencias de las personas. Un pequeño chasquido en el lugar equivocado, en el momento equivocado y una cadena de eventos nucleares catastróficos se impusieron como la mayor consecuencia que tuvieron que enfrentar en toda su historia. El aire que respiraban estaba contaminado, el agua que bebían estaba envenenada y también

los alimentos que consumían.

Un mapamundi destacaba las regiones afectadas, que fue corrigiéndose día a día hasta quedar abandonado sobre una lujosa mesa de madera que de pronto se vio engullida por una ola expansiva despiadada. Era como si la costra hubiera sido removida de algunos lugares, mientras que, en otros, hubiera sido cubierta por agua, cenizas o simplemente la misma tierra se la hubiese tragado. Todo lo que dejaron fue su propio olor rancio de enfermedades pasadas. Nada quedó en la superficie. Sin embargo, ese forúnculo mantuvo a un número reducido de ellos esperando hasta que las condiciones anteriores se volvieran favorables.

El bisabuelo del Sr. Reed se había inspirado en lo que había leído acerca de los hormigueros mientras pensaba el diseño de ese lugar. Había sido el primero de un largo linaje de científicos en la familia Reed y un visionario talentoso pero infravalorado. Había predicho el inminente desastre global después de haber presenciado él mismo el silencio popular sobre la tercera pequeña explosión de un reactor nuclear en los últimos cuatrocientos años. Murió infamemente a la edad de sesenta y cuatro años, dejando tras de sí una herencia material pobre, pero también los bocetos crudos de ‘La ciudad subterránea’ y lo que llamó ‘La última ambición’.

Después de su muerte, se necesitaron tres generaciones para construir la ciudad. La hicieron más grande y más profunda que los primeros bocetos debido a la repentina escalada de las consecuencias que había predicho el viejo Sr. Reed, lo que llevó a una extensión y adición de varias entradas de emergencia como alternativa para los océanos crecientes y los desmoronamientos de las montañas. Las escaleras de la entrada principal bajaban directamente a un depósito de metales y objetos que antes tenían algún valor, pero luego quedaron inútiles y abandonados como un montón de basura olvidada. Desde allí, una diminuta puerta de hierro abría el camino a otra escalera que bajaba por varias jaulas donde se guardaba todo el ganado humano, mientras que en los pisos inferiores se hospedaban a las hembras y los machos sementales. Nunca habían estado en contacto con el mundo exterior. Eran raza pura. Los únicos que no habían perdido la capacidad de reproducción. Los que podrían proporcionar alimentos y agua libres de radiación. Cada jaula estaba equipada con un sistema de recolección de residuos fisiológicos, ya sea de muestras vivas o muertas, que se transformarían en agua potable para quienes vivían en el fondo o en la materia prima que daría vida a la ‘última ambición’ de la familia Reed.

En la base, había cincuenta y cuatro personas. La mayoría de ellos, lobos solitarios que habían escapado de los terremotos, las inundaciones, las guerras y la hambruna porque habían escuchado con

atención las palabras del último señor Reed. Fue en una reunión de todos los representantes de las diferentes regiones la primera vez que mencionó abiertamente la ciudad subterránea. El palacio tenía paredes altas, pintadas de un blanco que una vez había sido brillante, con obras de arte pintorescas cálidamente iluminadas, y las puertas eran dobles, todas blancas también, con pomos dorados, y se abrían y cerraban siempre de dos en dos dando esa sensación de amplitud que a los que entraban y salían les faltaba en sus propias vidas.

El señor Reed había entrado en la habitación sin ser visto. Se sentó al costado de la vieja mesa de madera mientras un hombre deslizaba frenéticamente páginas de mapas y garabateaba cosas ininteligibles por todas partes, explicando eufóricamente con palabras que sonaban como bombas en un salón, pero que estaban tan descuidadas como la presencia del señor Reed. Algunos no podían levantar la mirada de entre sus manos. Otros buscarían en las pinturas algún tipo de belleza, un orgasmo mental inmediato que pudiera desviar la atención del dolor. Sin embargo, el sentido de la belleza había cambiado drásticamente a lo largo de los años, ya que se había convertido en solo un recuerdo de tiempos mejores, y ese era un lujo que nadie en la habitación podía permitirse. Su generación había sido maldecida por haber nacido ya enfermos, pagando una deuda que habían heredado y que sus vidas no eran suficientes para saldar.

El señor Reed se puso de pie y colocó el diseño del búnker sobre los mapas del hombre.

—¿Puedo? —preguntó sin amabilidad alguna.

El hombre no apreció su pedido ni mucho menos la interrupción, pero antes de responderle de mala manera, entendió aquel profundo silencio asfixiante de los presentes.

El señor Reed tenia las intenciones claras, sin embargo, antes de pronunciar una palabra de su discurso, captó las respuestas que flotaban en aquella atmósfera demasiado pesada. Ampliar la estructura e iniciar operaciones de rescate inmediatas no eran prioridades. Reconoció que ese discurso que había preparado pudo haber sido de su padre, o tal vez de su abuelo, o de otra persona de otra época. Lo que esa gente necesitaba escuchar, tenía que dar una solución que él no tenía. Bajó sus expectativas de inmediato mientras miraba por un momento los rostros deteriorados de esos hombres y mujeres. Había más que solo dolor físico en su comportamiento completamente atormentado. Era el horror de aceptar una falta, el reconocimiento de un error que no podían reparar con meros movimientos espasmódicos mientras se tambaleaban colgados del cuello con la cuerda de la impotencia demasiado ajustada.

—Hemos llegado a este punto y no hay forma de que podamos retroceder en el tiempo —dijo sabiendo bien que estaba caminando

por un camino ya despejado—. Sin embargo, si el pasado es todo lo que tenemos, entonces debemos entenderlo. Deberíamos cavar en las tierras del pasado si queremos construir un futuro diferente.

—¿De qué futuro hablas? —preguntó el hombre de los mapas, mostrando un mundo cubierto de rayas, círculos y líneas que el Sr. Reed percibió como malas noticias.

—Estoy hablando de nosotros. Los que todavía estamos aquí, y los que despertaremos mañana. Ese es todo el futuro del que estoy hablando porque mientras estemos vivos, todavía podemos tener algún tipo de esperanza. Nunca sabemos lo que va a pasar, pero si seguimos pensando en el pasado, sin desmenuzarlo solo para darnos cuenta de que seguimos repitiendo la historia, seguiremos obteniendo los mismos resultados, y sabemos bien, que obteniendo los mismos resultados no nos llevará a ninguna parte más que a esa extinción que parece que estamos esperando. Puede que la mayoría de ustedes no lo sepan, pero mi familia ha estado trabajando en esto durante un centenar de años, y hemos construido un lugar donde podemos pensar en un nuevo comienzo. Vine aquí porque necesitaba ayuda para agrandar la estructura, pero lo que veo, es que se necesita un lugar que pueda aumentar un poco las esperanzas. Esta podría ser la última oportunidad que tengo para llevar sobrevivientes al búnker que mi familia y yo hemos construido. Todos hemos perdido a personas que nos hubiera gustado salvar. Eso es algo que no podemos ofrecer a los que se han ido, pero algo que podemos proporcionar a los que están en la misma situación que nosotros. Mi madre y mi padre murieron recientemente a la edad de cuarenta y cinco años, y yo ahora tengo veintidós y sé muy bien que este podría ser uno de mis últimos momentos. Ya he aceptado mi destino tan bien como ustedes. Pero debemos preguntarnos, ¿por qué? Debemos aprender de ese pasado que tanto amamos para recrear nuestra mente y evolucionar hacia hombres y mujeres reales. Recuerden esto, damas y caballeros: un hombre se convierte en hombre solo cuando comprende su propio destino. Les ruego que reúnan lo que necesiten, las personas que aman, y sin perder tiempo, vayamos a lo que mi familia ha llamado 'la ciudad subterránea' —dijo mientras mostraba el diseño que había dibujado su bisabuelo y luego de enrollarlo de nuevo frente a todos como si fuera la tela más delicada jamás hecha, salió por la puerta por la que había entrado y se fue seguido por algunas de las personas que acababan de escuchar su pequeño y subdesarrollado discurso.

Afuera, toda una pila de cuerpos en descomposición esperaba que algo saliera de ese palacio. Algunos de ellos todavía estaban vivos. Solo vieron a un grupo de personas como ellos saliendo por las escaleras detrás del Sr. Reed, quien abrió las puertas y con un gesto les pidió a todos que lo siguieran. Sobre un cuerpo, un pequeño de unos

cinco años intentaba despertar a su madre del sueño eterno. El Sr. Reed lo levantó y a pasos apresurados caminaron juntos al frente de la peregrinación de la desgracia.

El Pequeño, como todos, había nacido enfermo, como si el mundo no hubiera tenido las agallas de abortarlo antes, y ahora lamentaba su existencia. Sus ojos apuntaban a su pequeña nariz constantemente. Sus oídos parecían apretarle el cráneo. Su cuello era corto y caído por encima del esternón, y su cuerpo era delgado, delicado e inversamente proporcional al tamaño de su cabeza. Podría haber sido el hijo del señor Reed si solo fuera una cuestión de apariencia, considerando que era un hombre delgado, decrépito, torcido, tan deteriorado como su bisabuelo cuando murió, a pesar de su corta edad.

El Sr. Reed se reconoció a sí mismo en esa criatura, no solo en lo que se refiere a su apariencia externa, sino también en la forma en que el mundo lo había culpado injustamente por algo que nunca había hecho. Lo adoptó como el Reed que no podía traer al mundo. Sería el Reed que sucedería al largo linaje de científicos infames y olvidados. Pero también existen otros métodos para reemplazar a los muertos, como por ejemplo mantener vivos los proyectos y los conocimientos que se han desarrollado y descubierto con tanto esfuerzo y sacrificio. 'La última ambición' fue el proyecto que más le interesaba cuidar.

El Sr. Reed comenzó a compartir sus conocimientos con él, después de suponer que el niño había pasado los siete años. Explicó que cuando se diseñó y construyó el búnker, se hizo sobre una cripta que albergaba en su interior un vasto banco de ADN humano. Las primeras extracciones, modificaciones y combinaciones se hicieron allí abajo, bajo los primeros esqueletos de la ciudad subterránea; sin embargo, no se lo mostró hasta que pensó que el niño había pasado los doce años de edad. Para comprender la cripta, sostenía la idea de que era necesario un mínimo conocimiento social más que algún tipo de ciencia específica. El Pequeño debía socializar con las personas con las que convivía allí abajo. Tuvo que absorber todas las experiencias tal cual un libro o una esponja cognitiva. Tuvo que soportar la locura del encierro, las buenas y malas costumbres de la gente, y más específicamente, tuvo que escuchar los últimos pensamientos de un moribundo, esos lamentos que durante las largas agonías fueron la sustancia principal para entender no solo las obras que se habían hecho dentro de la cripta, sino la razón de su existencia.

Ante los primeros indicios de vello corporal, el señor Reed no dudó en llevar al Pequeño a los cimientos de la ciudad subterránea. Allí, en aquella cripta vieja y húmeda, los rodeaba un moderno sistema computarizado conectado a una piscina alta como el Pequeño y larga como la habitación. En su interior, embriones de diferentes dimensiones y formas flotaban plácidamente sobre una gelatinosa

sustancia azul que vibraba al ritmo del sonido de un latido lento.

—Esto es todo, hijo. Esta es la última ambición que soñó mi familia. La llamo 'Madre', una Inteligencia Artificial capaz de crecer y desarrollarse mientras da a luz a seres humanos. ¿No es fantástico? Mi bisabuelo lo había imaginado hace mucho tiempo, y ahora es una realidad. Si esto funciona correctamente, es el futuro. De no ser así, entonces no creo que haya un futuro para la humanidad. Esas que ves allí son las muestras de los prototipos de hombres y mujeres como nosotros, hechos por infinitas combinaciones de ADN puro recolectado de todo el mundo. Cada siete días da a luz a niños adultos como tú. ¿No es magia? Todavía no son perfectos. Madre tiene que conseguir su propia selección de seres perfectos y, hasta ahora, no ha encontrado superar sus niveles de calidad. Muchos nacen ya muertos. Otros tienen que ser sacrificados debido a su mal estado de salud.

El Pequeño quedó impresionado y asintió con entusiasmo a todo lo que decía su padre.

—Todos estos años te pedí que observaras a la gente —continuó—. Te obligué a estar a su lado hasta los últimos momentos de sus vidas. ¿Has visto su locura? La mayoría de ellos permiten que sus pensamientos divaguen más y más hasta que se alejan tanto de la realidad que inventan un pensamiento que les gusta, pero el dolor en sus cuerpos los asfixia y los devuelve a la verdad que está lejos de ser aceptable, y ahí es cuando salen los arrepentimientos. Por lo general se arrepienten de haber vivido una vida ilusoria, inútil y sin sentido; se arrepienten de haber hecho nada, de haber sido nadies sabiendo bien que el final siempre estuvo allí, cerquita al lado de ellos. Estoy muy orgulloso de ser un Reed, y tú también deberías estarlo. Estoy entregando mi corazón a este proyecto —Abrió su camisa de lino suave y mostró un diminuto dispositivo conectado por cables delgados como un cabello a al corazón escondido en las partes más profundas de su pecho.

—Ahora que viste el futuro, también debes ver el pasado —El Sr. Reed caminó hacia una mesa de hierro en la esquina de la habitación, presionó cinco veces un botón, uno para cada dedo de su mano derecha, y una pequeña puerta se deslizó revelando un pasadizo en la pared. Detrás de ella, en una sala poco iluminada, un hombre dormía sobre una mesa de acero inoxidable, como si fuese un cadáver o si le estuvieran por hacer algún tipo de operación.

El Pequeño observó una tez limpia que nunca antes había visto. Su rostro inspiraba una paz que nadie allí había experimentado jamás.

—¿Está vivo? —preguntó el niño.

—Si, y eso es lo extraño —dijo el señor Reed—. Ha estado durmiendo durante más de quinientos años. La gente lo consideraba un milagro, y como científico, debo decir que, hasta el momento, no

hay ciencia que pueda explicarlo, pero prefiero no creer en los milagros. Lo encontraron en los suburbios de una ciudad abandonada un par de meses después de la primera falla de un reactor nuclear. Estaba tal como lo ves ahora, inmaculado. La gente creía que era un santo en aquellos tiempos en que la fe tenía cierta relevancia, y entonces lo enterraron vivo en una tumba cercana al lugar donde lo habían encontrado, bajo las ruinas de una antigua capilla. Lo visitaron y lo veneraron, rogando por milagros, a pesar de que la radiación los estaba matando. Nadie sobrevivió, excepto él. Cuando mi abuelo supo de esto, más de cuatrocientos años después, fue a buscarlo, y ahí estaba… desde entonces hemos estado haciendo pruebas tratando de encontrar la manera de incluirlo en Madre, porque su poder podría darnos algún tipo de certeza sobre el futuro. Sin embargo, hasta ahora, ni siquiera una sola solución o idea o al menos alguna teoría ha surgido. Nada. Todo lo que sabemos es que está dormido.

En los archivos de Reed, había miles de experimentos que se le habían realizado. Aunque no mostró signos de radiación en su cuerpo, siguió envejeciendo, pero a un ritmo muchísimo más lento que el resto de los seres humanos.

—Si tan solo pudiera obtener el secreto de tanta tranquilidad, de tanta paz, de esa mente tan desconectada —dijo el Sr. Reed—. Hijo, deberías empezar a pensar en esto tú también. Tal vez tu mente esté menos saturada que la mía y le encuentres lo que estamos buscando. Bien podría ser un Dios, y no me gustaría morir antes de ver su magia.

CAPÍTULO 25

Afuera la situación no había mejorado. En todo caso, había empeorado. No sabrían qué salidas estaban disponibles y cuáles habían sido bloqueadas por el océano o las montañas. La población mundial se había reducido tal vez solo a los que habitaban la ciudad subterránea.

La cantidad de habitantes de la base se había reducido a doce en total, mientras que, en la parte superior del hormiguero, el ganado también se había reducido considerablemente, considerando que las hembras tardaban más en desarrollarse de lo que resistían productivas.

El señor Reed pensó que había llegado el momento de dejar de hablar de un proyecto familiar y empezar a considerarlo una posible realidad porque ya no había posibilidades y tal vez ni siquiera tiempo.

"¿Qué pasaría si me muero pronto?" pensó.

Su piel ardía desde adentro hacia afuera. Su cuerpo no soportaba la presión que los tumores hacían sobre sus órganos, sus articulaciones estaban a punto de soldarse, y el miedo a que su vida se detuviera repentinamente no era nada comparado con el horror de detener también la vida de Madre con su estúpida e inútil muerte.

"¿Quién daría un corazón a Madre si yo ya no estoy? Mi hijo…" pensó con naturalidad. Sin embargo, la salud del Pequeño empeoraba tanto como la suya. Su cuello caído se había convertido en una bolsa que contenía bolas sólidas de dolor y sufrimiento, y a veces el peso de esos tumores se sentía como una mano que lo estrangulaba mientras dormía.

"El hombre dormido, podría ser una respuesta", pero la vibración que producía el latido de su corazón era tan leve y gradual que a veces apenas se percibía. Todavía continuaba su existencia infructuosa e inservible tirado en aquella mesa, ocupando espacio, haciendo nada que no sea poner en marcha las fantasías de esperanza y fe en los científicos que habían entrado en contacto con aquel cuerpo inmóvil.

Con el tiempo contra la humanidad, Reed tuvo que tomar aquella decisión solidaria de programar a Madre para que desarrollara su propio corazón, ya dejando atrás sus intenciones de control absoluto. Ofreció a Madre la mayoría de los niños puros que tenían en stock, arrancándoles el corazón vivo y probando reproducciones exactas de todos ellos combinados. Para mitad de la novena semana, Madre había desarrollado un corazón mucho más grande y más fuerte de lo que el Sr. Reed tenía en mente. El poder de Madre ahora era ilimitado.

En el área común se mantuvo una reunión informativa un par de días después de la finalización de la autonomía de Madre, pues debía una explicación a aquel temblor constante que la mayoría de la gente pensaba como una consecuencia del mundo exterior en descomposición.

> >—Por favor, silencio —Comenzó su discurso—. Somos una raza que ha estado hablando durante miles de años, pero estamos aquí, reducidos a lo que siempre hemos sido. Ténganlo en cuenta antes de contestar lo que tengo que decirles…

Las personas se sentaron a escucharlo ya sospechando sus palabras con la mirada.

—…Todos los seres vivos tienen un tiempo programado en un universo que cuenta con su aparición y desaparición en lo que podría ser el parpadeo espontáneo e involuntario del ojo universal. Van y vienen tan rápido como la división de un glóbulo visto desde el otro extremo de la galaxia. Y ahora puede que sea nuestro turno: estamos a punto de desaparecer, pero todavía no lo aceptamos. Pertenecemos a una raza que entiende poco sobre su inutilidad y su existencia completamente prescindible. Sin embargo, nosotros sólo queremos ser vistos, queremos ser notados y recordados. Eso es lo que nos diferencia de todas las demás formas de vida que han existido; las intenciones, las motivaciones detrás de las acciones individuales. Eso nos da poder más allá de nuestro propio control, y ese poder es tanto que nuestra consciencia, limitada como es, decide dejarlo fuera de consideración, porque de considerarlo, no sabría qué hacer con él…

La gente lo miraba como si los estuviera culpando por la historia de la humanidad, listos ya para defender sus orgullos y egos; sin embargo, estaban demasiado débiles para ponerse de pie o incluso para alzar la voz, por lo que siguieron escuchando esperando que se dijera algo que justificara algún tipo de rebelión.

—…Está en nuestras manos la posibilidad de cambio a un nivel mucho mayor de lo que parecemos reconocer. Sin embargo, hasta ahora no somos diferentes de las bacterias que se alimentan de una célula y que una vez que está seca y muerta... bueno, no hay necesidad de explicación... Ya está bastante claro, ¿no?... Estamos experimentando las consecuencias de un caos que hemos iniciado a crear hace miles de años. Pero tenemos en nuestras manos la capacidad de cambio. No me malinterpreten... es un cambio, no una reversión. No sería justo hacerles creer que hay salvación para nosotros. No la hay, y lo siento terriblemente. No hay manera de detener esa pesada nube que nos trae el fuerte viento que nos soplamos en contra a nosotros mismos desde hace tantos años. Lo que quiero decir es que podría ser el momento de plantar algo que no vamos a ver crecer. Podemos aprovechar esa necesidad de hacernos

notar, ese ego que tanto hemos venerado, para producir un futuro que no veremos, pero que la sola idea de que sea posible puede calmar la consciencia pesada por lo que no hemos hecho hasta hoy. Si vamos a cambiar las cosas, tenemos que cambiar todo, empezando por nosotros mismos. Necesitamos enfrentar la realidad. No sobreviviremos a esta catástrofe y nosotros somos los culpables. Una vez que haya aceptación, podemos comenzar a trabajar hacia un futuro que ya no debemos aceptar como una simple utopía. Esta raza está destinada a extinguirse no solo porque nos estamos enfermando más rápido de lo que la evolución natural de nuestros cuerpos se pueda adaptar a las condiciones actuales; sino porque hemos perdido el único poder con el que hemos nacido. Ya no podemos reproducirnos y los pocos humanos que pueden hacerlo, las estamos usando hasta el agotamiento tan solo para darnos de comer todos los días. Y si pudiésemos reproducirnos, lo mismo da, ¿porque quién podría convencerse de que la raza humana puede soportar miles de años bajo tierra? Esta es la cruda verdad…

Algunos sentían su alma llorar más allá de sus ojos secos, mientras otros desconfiaban de sus palabras. No es fácil aceptar una culpa que pertenece a toda una raza y no tan solo a un individuo.

El Pequeño observaba atentamente al señor Reed hablar, pero en su mente aquella culpa compartida de la cual se hablaba le resonaba en un eco demasiado lejano como para ser considerado como proveniente de su propia voz.

—… Ahora que he pintado el cuadro más oscuro de todos, puedo teñirlo con algunos colores de esperanza. Como dije antes, propongo un cambio, no una reversión. El futuro del que estamos hablando no está aquí. Y lo que propongo no es un sueño porque definitivamente estaríamos soñando contra reloj. Lo que propongo es ya una realidad que mis antepasados llamaron 'la última ambición', pero que hoy y se llama Madre. A su corazón, su principal fuente de energía, se debe el leve estremecimiento que han estado sintiendo. Ella es el primer sistema artificial de células reproductivas jamás visto, y para el deleite de todos, ya ha estado vivo y productivo, haciendo grandes avances en cuanto a su capacidad de crecimiento y expansión. Es una célula resiliente, resistente y se reproduce por sí misma, creciendo y desarrollándose de acuerdo a sus propias necesidades, y lo más importante de todo, puede producir una gran cantidad de seres humanos sin parar. Todas las muestras de ADN que mis antepasados han estado recolectando ya han sido cargadas en el sistema de Madre. Todos los hombres y mujeres serán producidos exactamente en las mismas cantidades, manteniendo un equilibrio perfecto, y ella tendrá el poder de hacer su propia 'selección natural'. Serán tratados, alimentados y preparados por igual para desarrollar cualquier tarea necesaria para el bienestar de la comunidad, siempre teniendo como

máxima prioridad el interés superior de Madre, aunque eso signifique la autodestrucción, tal como nuestro cuerpo donde las células enfermas se autodestruyen respetando un orden natural que va más allá de las consideraciones individuales. Ya ven, podemos salvar a nuestra raza… —los aires de desconfianza comenzaron a convertirse en aires de resignación y de orgullo al pensar que ellos podrían convertirse en algún tipo de héroes—…pero no aquí donde el mundo se ha convertido en una constante amenaza contra nosotros y contra Madre.

Desde este momento trabajaremos para abandonar este planeta y dejar que Madre decida donde quiere desarrollarse. El ejemplo de trabajo comunitario por un bien común comienza desde nosotros, por más que eso nos signifique morir en el intento.

Ya he manchado el oscuro presente con los colores de la esperanza. Ahora les toca a ustedes, señores, pintar este cuadro con los colores de la fe. ¿Estamos todos de acuerdo?

CAPÍTULO 26

Había un aire contaminado de culpa entre los representantes de la humanidad, a pesar de haber ya nacido una generación marcada a fuego y destinada al sufrimiento de las consecuencias de acciones que tal vez no les pertenecían directamente, pero que de alguna manera les pesaban como propias. En la sangre corría algo más que células quemadas y malformadas y un dolor físico constante; cada uno de los vasos sanguíneos transportaba el peso de una conciencia milenaria, la impotencia que uno puede sentir cuando es abrumado por un enemigo que entró sin que uno se diese cuenta y contra el que uno nunca eligió pelear, pero que ya era demasiado tarde porque ya habían comenzado a arder los fuegos.

La decisión fue unánime. No es que aquellas opiniones fuesen importantes para el señor Reed. Su idea era incuestionable. Pero no había nada que pudiera ayudarlo más que una vibra positiva de reconocimiento y de esperanzas mientras se realizaba el trabajo. Y, por supuesto, nadie quiere morir sin tener un propósito para su existencia. Él lo sabía y pensó que la última caricia a ese ego podría darles fuerzas para sobrellevar los objetivos por encima de todo dolor y sufrimiento.

Para cuando se llevó a cabo la reunión, Madre ya estaba haciendo su parte. Siguió creciendo por sí sola a una velocidad más rápida de lo que el señor Reed había previsto, y una semana después de la reunión, Madre ya había propuesto un prototipo de sacos de dormir y varias opciones de cohetes en los que tanto los miembros de la compañía como el ganado podrían viajar por el espacio. Madre comenzó a ser considerada no solo como una salvadora de la raza, sino también como un héroe que tal vez podría extender la vida del mismo señor Reed. No fue hasta el final de ese año sin sentido que Madre concluyó la nave espacial, los sacos de dormir inteligentes y un corazón poderoso en constante crecimiento.

—¿Cuál es tu misión? ¿Cuál es tu magia? Las cosas han estado sucediendo para el bien de todos, pero todavía no puedo ubicarte en ningún lado. ¿Cuál es tu propósito? —le preguntó el señor Reed al cuerpo de lo que algún padre y alguna madre habían llamado Ivo, quien lo ignoró con su inmaculada cara rosada apoyada en esa fría mesa de acero inoxidable, y su tórax expandiéndose y encogiéndose a un ritmo lento y silencioso.

—¿Sabes? en todos estos años, por alguna razón, me he encariñado de él —dijo esta vez dirigiéndose al Pequeño que estaba a su lado—.

Es como si tuviera todo lo que yo no tengo, pero no lo envidio; lo admiro, porque una parte de mí entiende que podría haber tenido lo que él tiene y podría haber sido lo que es si tan solo las circunstancias hubieran sido diferentes. No quiero detener su propósito. Pero su propósito parece ser mi responsabilidad. ¿Y si tiene en su cuerpo algo que no podemos ver con nuestros ojos ni con la mejor de nuestras tecnologías? ¿Y si su magia pudiera curarnos a todos? Tengo miedo de que, si lo meto en una de esas bolsas, Madre no lo reconocerá por lo que es cuando haga su propia selección. Esto es algo que solo un ser humano puede sentir. Madre nunca será madre. Será solo una herramienta, nuestro medio de transporte para avanzar en los caminos de la evolución. Irónico, ¿no? Es irónico que Madre no pueda tener toda la bondad de un ser humano, pero pueda ser tan egoísta como para hacer lo que sea necesario para existir. ¿Qué podría esperar un hombre de su propia creación? La mayoría de nosotros no hemos encontrado esa bondad que somos tan buenos para reflexionar en materias de filosofía. Hijo, a veces me pregunto si estamos salvando la raza, o simplemente estamos dejando un sustituto que no es mejor que nosotros en el mundo. Qué palabra: Mundo. ¿Qué mundo? ¿Qué queda de eso? Nuestro mundo, tal como lo vemos, se está desmoronando. El mundo que hemos maltratado e ignorado seguirá estando bien con o sin nosotros. Su núcleo permanece intacto, con su propia fuerza para la destrucción guardada en el tiempo, un tiempo que nada tiene que ver con el que experimentamos nosotros. Tiene una vida que se expande mucho más allá de los límites que podemos soñar de imaginar. Esa es una vida que no podemos dominar; por lo tanto, no podemos tomarla. El resto es el mundo tal como lo conocemos, el que se desmorona ante nuestros ojos, el que costó miles de años de incesantes esfuerzos por atrofiar miles de millones de mentes, y la diseminación de sueños desperdiciados que alguna vez significaron progreso. Es posible que hayamos llegado más lejos de lo que se suponía que debíamos y todo lo que tenemos es el presente y una semilla que estamos enviando al futuro, confiando plenamente en que, pase lo que pase, será el camino correcto a seguir. Me temo que este hombre pertenece al otro mundo, no al que estamos tratando de salvar. Puede que sea la primera vez que hacemos algo por amor, aunque a veces pienso que todo proviene del orgullo de meros seres humanos egoístas. Hijo, hemos estado ciegos durante tantos años y ahora… ahora, somos llevados a esos instintos crudos de supervivencia, al primero de todos; el que se activa con el único propósito de la existencia más allá de uno mismo. El que una vez mantuvo las flores floreciendo, los animales reproduciéndose y los insectos procreando con el único beneficio de mantener la vida más allá de ellos mismos. ¿No es divertido? O tal vez, es estúpido, que uno

tenga que llegar al borde de la extinción total para entrar en contacto con sus raíces.

Sacó un espejito del bolsillo y se miró. Los músculos de su rostro se contrajeron de una manera que parecía que estaba mirando a la muerte a los ojos. Luego, lo bajó, y después de una especie de conversación silenciosa entre el hombre que había sido y el que deseaba ser, se lo dio al Pequeño.

—Mi madre me dio esto un día cuando era niño. Me dijo que mirara el reflejo en él y aprendiera a diferenciar si estaba mirando a mi propio Ego o a mi verdadero ser. Tómalo, yo ya no puedo mirarme a mí mismo. Creo que nunca he aprendido a diferenciarlos.

—Es tan solo el cansancio hablando por ti —añadió el Pequeño—. Aquí nadie necesita descansar más que tú.

—Tienes razón. Eres muy inteligente... muy inteligente. Tal vez deberías tomar todas esas decisiones difíciles por mí... De todas formas, muy pronto lo harás. —Besó al Pequeño en la frente y lo dejó solo con Ivo.

El Pequeño esperó a que su padre cerrara la puerta. Luego levantó el espejo y se miró en él. No le gustó lo que vio. La imagen desfigurada en ese reflejo le dolía al solo toque de luz. Reflejaba la realidad de un niño, pronto un hombre, que se había convertido en un monstruo incluso para sí mismo. Juzgó su apariencia como aterradora solo de verse, y sintió vergüenza por eso. También sintió vergüenza por ser el más joven de todos, pero no sintió vergüenza por no culparse a sí mismo por la brutalidad que lo había esperado al momento de su nacimiento. No fue su culpa y nunca lo cuestionó. No había hecho más que nacer y amar al señor Reed.

"Me han robado la vida decente que me merezco. No merezco nada de toda esta desgracia" pensó.

Con un movimiento repentino, levantó la mano con el espejo, y la bajó como un hacha, enterrándola en la garganta del cuerpo sobre la mesa. Ivo nunca abrió los ojos. Nunca se resistió ni se dio cuenta de lo que estaba pasando mientras su cuerpo sangraba hasta que su corazón detuvo ese latido lento y persistente.

—Mi padre te cree una especie de salvador —dijo el Pequeño—. Será mejor que lo seas porque te necesitamos ahora.

Cortó al hombre en pedazos usando la mayoría de sus partes como alimento con el que solo alimentaba a su padre y a él mismo. Con su piel hizo sandalias tanto para su padre como para él, y dejó el resto a Madre para que procesara los líquidos que producía la corrupción de su cadáver, produciendo así el agua que sólo ellos beberían.

Quizás que hubiese dicho el señor Reed de haberlo sabido. Tal vez podría haber tenido una sospecha si su salud hubiera mejorado al menos un poco, pero eso nunca pasó.

⁂

Al principio, Madre desarrolló el cohete espacial como un apéndice de su sistema. Luego, evolucionó gradualmente hasta convertirse en su escudo y refugio. Después de cuatro meses todo estaba listo para finalmente dar la orden de una cuenta regresiva oficial.

El Sr. Reed, en su mal estado de salud, había aprendido a delegar la mayoría de las tareas, aunque no quisiera. Incluso su salud había sido delegada a Madre porque era su desgracia saber que su final definitivo llegaría a una edad más joven que para sus antepasados. Madre proporcionaría los nutrientes y la medicina que podría producir a partir de los cuerpos que ella misma había aprendido a elegir como los hombres aprendieron a recoger las frutas más maduras y jugosas de un árbol en aquellos tiempos pasados. Fue el primero en probar el dispositivo que Madre había producido. Un microchip inyectado en la muñeca de su brazo escanearía y controlaría cuidadosamente y de manera absoluta todo su cuerpo, desde la presión arterial hasta las coyunturas, desde las necesidades fisiológicas hasta las actividades de su cerebro. Después de tal éxito, y considerando la próxima aventura en la que todos estaban a punto de embarcarse, Madre rápidamente produjo otros chips del mismo tipo y los aplicó en los dos grupos, tanto a los miembros de la compañía como en cada uno de los que venían considerados como ganado.

Se acostaron en los sacos de dormir inteligentes con la esperanza de dormir durante todo el viaje hasta el destino que Madre descubriría.

—Quiero ver al hombre antes de abordar, hijo —dijo el Sr. Reed.

—Ya está en su saco.

—¿Cuál?

—No quieres verlo a él. Lo que quieres en verdad es ver su milagro.

—No creo que viva para ver eso.

—Lo verás cuando te despiertes.

—En verdad espero que podamos despertar, hijo —El señor Reed abrazó al niño entre lágrimas de alegría y tristeza, y se metió con dificultad dentro del saco.

El Pequeño fue el último en acostarse. Todo lo que hizo fue asegurarse de que su padre estuviera completamente dormido antes de presionar ese pequeño botón verde en el tablero de la computadora que Madre había desarrollado para comenzar la cuenta regresiva de treinta minutos. Antes de presionarlo, se aseguró de grabar un mensaje en el sistema de Madre para aquellos corajudos que lograran despertar en el futuro:

—Si estás escuchando este mensaje, significa que Madre tuvo un despegue exitoso y ahora has aterrizado con seguridad en las tierras prometidas. Agradecemos tu sacrificio. Tu coraje es muy apreciado

entre las personas del futuro…

Cuando terminó, presionó el botón verde y fue directo a su lugar donde se durmió tan pronto como cerró la cremallera sobre él.

Exactamente treinta minutos después, Madre fue expulsada de la piel de la tierra. El forúnculo se había reventado y la infección ahora estaba por ahí en el aire esperando aterrizar en alguna superficie para secarse finalmente o para infectar alguna otra piel sensible. El tiempo como cura natural en su máxima expresión.

CAPÍTULO 27

El Pequeño abrió los ojos tanto como su boca jadeando por aire. Desde el otro lado de la cremallera, un fuerte tumulto había estallado. Con sus uñas como puñales, abrió la tapa y se sentó en un intento de recuperar sus sentidos, pero un tubo conectado a su estómago lo obligó a detener su movimiento tirándole las entrañas hacia afuera. Lo desconectó entre giros y tirones derramando el líquido que fluía por el tubo mesclado con la sangre que le chorreaba sobre la pelvis.

Una luz roja parpadeó en el carpo. La notó mientras hundía sus dedos dentro del anillo de metal que tenía adherido a su piel descubriendo nada más que la intensificación de su dolor físico. Se sentó de nuevo. Esta vez pudo hacerlo completamente a pesar de los límites que le imponían sus músculos atrofiados. Todo lo que vio fue una habitación de hierro blanco con una infinidad de monstruos deformes, paredes de hierro salpicadas de rojo con lagos de sangre en el suelo sumergiendo extremidades, ojos y órganos y pieles desparramados por todo el lugar.

Algunos de ellos estaban ciegos y parecía que se les habían arrancado los ojos del cráneo. Otros cargaban sus intestinos y otros órganos irreconocibles en sus manos, mientras que, entre todas esas cosas que los hacían ser únicos, tenían en común aquella significante característica de estar incompletos y malformados. Sin embargo, más allá de su repugnante y hasta repelente imagen, no parecían ser una amenaza, ni siquiera mientras se obstinaban a abrir los sacos de dormir que los rodeaban.

El Pequeño se sintió confundido antes de que pudiera sentir miedo. Se negó a aceptar aquella realidad por un rato y al descubrir la única ventana que estaba allí, a un par de metros de su saco de dormir, se arrastró hasta quedar hipnotizado por la inmensidad que denotaba el universo justo al otro lado del cristal. Una infinidad de estrellas, una infinidad de posibilidades allí, del otro lado, en el vacío, en la nada que contenía el todo, sin que ni una de aquellas posibilidades fuese posible desde su lado del frío muro de hierro. Estaba ahí, inmaculado, virgen, sin moverse como consecuencia de la pesadilla que estaba viviendo dentro de aquella cabina flotante y de aquella discrepancia entre lo que pensó haber sido alguna vez, en comparación con lo que realmente sentía ser más allá de las paredes de hierro que habían limitado la mente de toda su especie.

Uno de los monstruos hizo que la mirada del niño volviera a la realidad de su aislamiento. Le golpeó la parte posterior de la cabeza

con el brazo haciendo un ruido que hizo que el niño se estremeciera. El brazo se había roto al instante y cayó pesadamente al suelo provocando un chillido que le heló la sangre. Aquella bolsa de huesos y carne se retorcía en el suelo sumergido en el charco de su propia sangre y dolor mientras el Pequeño escapaba a veces arrastrándose, a veces deslizándose entre otras extremidades y huesos y piel y seres que se le parecían solo por el hecho de haber nacido en una agonía que no merecían. En su intento de escapar de ese lugar, notó que los monstruos venían de la escotilla opuesta como olas de un océano que nunca había visto pero que sí había sentido hablar varias veces mientras de describían allá en la tierra los terrenos que habían sido cubiertos por su agua salada. Allí, en la esquina, vio que algunos se habían empecinado con abrir el saco de su padre. *Señor Reed,* recordó. Ya de pie, intentó correr lidiando a cada paso con el entumecimiento de sus extremidades, derribando y empujando a cualquiera que se encontrara en su camino. Aplastó algunos cráneos con sus débiles pies, pisó algunos tórax con sus talones que usaba como hachas, y desgarró algunos excesos de piel suelta hasta llegar al señor Reed que estaba allí, allí mismo donde lo había dejado, detrás de aquel número nueve impreso sobre la tapa trasparente de aquel saco de dormir. Estaba allí, lívido, con la cara hinchada y los ojos desorbitados como si la presión interna de sus ganas de respirar intentara hacerlo estallar.

El Pequeño redescubrió una fuerza ya olvidada. Le soltó el tubo del estómago y tomó al señor Reed por los hombros, lo levantó y lo arrastró torpemente hasta la cabina más lejana de la nave, lejos de cualquiera de esas formas de desperdicio humano. Cuando el Sr. Reed pareció recuperar el color pálido característico de su rostro, el Pequeño se apresuró a regresar directamente a la fuente de esas formas de vida sin forma. Esos pobres desgraciados trataron de apoderarse de él, y estúpidamente intentaron de descuartizarlo fracasando en el intento. Chocaron como bolsas de sangre contra una roca rodante. Algunos incluso tropezaron y cayeron pesadamente sobre sus pies, inspirando más compasión que ira. Con un par de golpes sueltos y repentinos, se ganó el derecho a entrar en la sala de ventilación. La recorrió con cuidado, como un rey caminando despacio sobre hielo, y rápidamente se sintió atraído por el cartel de bienvenida detrás de solitario ventilador en la habitación.

—Bienvenido, Quince. El mundo te agradece por tu servicio. ¿Estás listo para conocer el futuro?”

—¿El mundo? —se preguntó el Pequeño.

El monitor respondió a su pregunta con una pantalla completa de videos.

Un vasto desierto, espesas nubes grises, picos de montañas rocosas brillando bajo relámpagos constantes, mientras que en la base, entre

grandes peñascos y rocas dentadas, algunos árboles se desmembraban por poderosas ráfagas, una cueva y dentro de ella, un hombre matando a otro y alimentándose de su cadáver, un mapa sobre una mesa, cuerpos cubiertos de escombros, inundaciones, gente ardiendo por dentro por cada respiro, océanos en ascenso, guerras, bosques talados y quemados, y niños muriendo envenenados.

Todas las imágenes se alternaban repetidamente acelerando el ritmo de la presentación hasta que el movimiento súper rápido se detuvo repentinamente en una pantalla negra que le mostraba una a una las siguientes palabras.

Soledad.

Caos.

Extinción.

La pantalla se volvió completamente negra.

—¡Oh, el mundo! ¡Sí! Mi mundo —El Pequeño celebró con lágrimas en los ojos mientras la pantalla se iluminaba una vez más y seguía comunicándose a través de palabras que revelaba letra por letra.

—Bienvenido, Quince. El mundo te agradece por tu servicio. ¿Estás listo para enfrentarte al futuro?

Aceptó. El alto muro de hierro se elevó. El inmenso vientre de Madre se revelaba desnudo abiertamente ante él. Se entregó a esa magnífica vista, la materialización de cientos de años de sueños y trabajo y sacrificios. Aquello era el resultado final, la solución al mayor problema de la humanidad.

—Bienvenido a Madre. ¡Felicitaciones! —dijo la voz metálica—. El futuro está en tus manos. Prepárate para una breve presentación.

Prestó atención a cada uno de los detalles que daba una suave voz masculina. Por momentos se le caía la mandíbula, incrédulo, al identificar lo que escuchaba con lo que siempre había planeado. Cuando escuchó lo de las mentes más brillantes pensó en él y en su padre, y pensó que, si el trabajo y el esfuerzo y los grandes sacrificios eran cosa de familia, ese éxito también debería ser compartido en familia.

—¡Detente! ¡No puedo ver esto sin mi padre! ¡Solo un minuto! Oh, Madre, eres tan hermosa que no puedo creer lo que ven mis ojos.

De repente, la voz se detuvo y las puertas se cerraron frente a él.

-—Sistema de seguridad activado. Bloqueo de escotilla siete, tres, cuatro… La escotilla se ha bloqueado con éxito. Iniciando rutina de monitoreo de pasajeros. Error Saco de dormir inteligente. Todos los pasajeros y miembros de la tripulación deben regresar a sus sacos de dormir inteligentes. Si su saco designado no funciona, pruebe con otro, recuéstese boca arriba, relájese y actívela presionando el botón verde que dice ‘Viaje seguro’. Hay… cero… Sacos de Dormir Inteligentes operativos en este momento.

La luz roja en su carpo parpadeó y después, la voz continuó.

—Rutina de monitoreo completada. Pasajeros defectuosos 119. Miembros de la compañía defectuosos 12. Supresión en… tres… dos… uno… toda la habitación se volvió blanca, todo lo que la habitaba se volvió inerte, poco antes de que los cuerpos se convirtieran en cenizas que nutrirían nada más que los pulmones del futuro de una raza que se había olvidado a si misma.



Hay un momento en que la cubierta de la semilla no aguanta la presión que está haciendo el brote desde adentro. Historia de la evolución contenida en una cápsula. Si quiere brotar, se tendrá que humedecer y será en ese momento que comenzará aquella inminente búsqueda de luz que siempre estuvo latente. Puede fallar, puede pudrirse, puede morir, pero esos son los riesgos de vivir. Es la evolución en constante evolución. Todos los errores, fracasos, éxitos, adaptaciones, transformaciones y relaciones se fusionaron en un sonido completamente nuevo en los duros esfuerzos de buscar la máxima resonancia. Es la vibración que una vez rompió la semilla, la que sigue rompiendo los límites de la creatividad, resonando en sonidos que compondrán música jamás escuchada, a diferentes ritmos, con diferentes instrumentos y diferentes fusiones expandiéndose eternamente. Cuanto más fuerte suena, más fuerte será el tronco. ¿Quién imaginaría que la luz iluminaría los colores del sonido para formar la belleza de la materia? El tronco se extiende en ramas, y las ramas en hojas, flores y frutos, y el fruto se expandirá y se volverá pesado para caer al suelo en su tiempo dorado, revelando el camino correcto de la vida a esa semilla que ha dado a luz. Un nuevo viejo universo fusionará su propio sonido con otros en una continua transformación.

A nueve no podía importarle menos quién había sido y quién era porque, mientras los jugos de Madre lo mantenían flotando atado a un tortuoso tubo y la luz roja parpadeante en su muñeca confirmaba que él mismo estaba a punto de cancelar todos los cálculos de su esperanza de vida de una manera antinatural e impredecible, en ese momento él recordó todas las vidas en el universo como su propia vida. No solo había usado el cuerpo del Sr. Reed una vez, sino que también había experimentado a Sayen, a Ignacio y su historia, y a Ivo que lo había nutrido con sus carnes, con su inocencia humana, con su amor natural y con su libertad instintiva que él mismo había tenido adormentada por tantos años.

Era muy consciente de que, como ser humano, era todos ellos de una forma u otra. Era la historia plasmada en una cápsula que alguna

vez sintió como su cuerpo. Él había sido el capullo, el tronco, las ramas, las hojas y las flores y ahora era tanto la semilla que había caído de una fruta podrida como la fruta podrida que estaba a punto de dar a luz a millones de nuevas viejas semillas.

Pensó que, si alguna vez volvía a sostener el espejo de su madre en sus manos, miraría el reflejo y esta vez vería más de una cara.

Su cuerpo, su cubierta, había comenzado a resquebrajarse desde que había nacido, y ahora el retoño por fin emergía obstinado y convencido. La búsqueda incesante de la luz debía continuar en todas sus formas.

"He tomado tu vientre como mi tumba, Madre. Nutriré esta tierra tuya, y un día tal vez vuelva a florecer en los que vendrán". pensó antes de que su cuerpo se disolviera alimentando con motas de luz el vientre azul del universo de Madre y todas las criaturas en él.

CAPÍTULO 28

El calor reconfortó su cuerpo. Un profundo zumbido resonó en el lugar hueco, y se escuchó respirar por primera vez de nuevo. Inhaló el aire húmedo como si quisiera expandir su cuerpo y su mente más allá del tiempo y el espacio, creando un cosquilleo que le recorrió primero los pies y las manos y que subió gradualmente hacia el tórax y finalmente llenó los espacios vacíos que su profunda respiración había creado en su pecho y su cráneo. Su corazón parecía amenazarlo con detenerse, sin embargo, siempre llegaba un latido más casi por inercia. Sus pestañas dispersas temblaron con el movimiento nervioso de sus globos oculares detrás de las membranas de oscuridad. Tan pronto como un diminuto rayo de luz se filtró a través de los párpados inquietos, una lágrima brilló lista para rodar y explorar sin miedo más allá de la sien, confiándole ciegamente a las fuerzas de la gravedad el poder de moldearle su forma a propia discreción.

Exhaló su toxicidad, los residuos de las nubes ácidas de la ignorancia en la saliva fétida de su boca reseca, disminuyendo espontáneamente la tensión de su rostro, para dar paso al espejismo de ese momento. Sus ojos se abrieron en el mismo lugar, pero ahora lo veía de otra manera. Los colores brillaban a su alrededor y a través de él, como espectros de arcoíris del pasado y del futuro que se reflejaban dentro de su mente en torno a la única pregunta que se elevaba desde detrás del horizonte como un sol matutino.

—¿Qué soy yo? —preguntó el Hombre como si fuera un fuerte estallido interno.

—No dejes que lo que eres te impida llegar a lo que podrías ser —respondió el Extraño mientras lo ayudaba a levantarse—. Ahora que has muerto, puedes unirte al resto de nosotros.

Volvieron a subir las largas escaleras y después de cerrar la escotilla de hierro por detrás, un cable de metal cayó desde el borde superior del pozo.

—Todos hemos llegado a este punto y todos hemos visto lo que viste. ¿Confías en los que están detrás del cable?

El Hombre lo tomó con decisión. El Extraño lo siguió. Un grupo de personas tiró del cable y se fueron elevando poco a poco.

—He hecho esto demasiadas veces, creo —dijo el Extraño—. Si tan solo hubiera una manera más fácil que me ahorrara el golpe cada vez.

—¿No hay una manera más fácil? —preguntó el Hombre.

—No comprenderías todo esto si hubieras llegado hasta aquí sin saber lo que es caer libre.

En la cima, once personas los recibieron con un ataque de aquellos que ya no sorprendían más, al que el Hombre respondió de la misma manera. Parecía ser su idioma: un idioma en el que no tenía que pensar en palabras, pronunciación o incluso ideas. Era un flujo energético desde el centro de su ser que respondía automáticamente a los demás. Era comunicación más allá de sus capacidades comunicativas. Era él mismo, crudo y desnudo por primera vez.

El túnel estaba iluminado por todo tipo de focos, desde pequeños como la yema de un dedo hasta grandes del tamaño de una cabeza. Tanto los cálidos como los de luz fría estaban colocados específicamente para iluminar el camino, pero entre ellos, los más pequeños mostraban colores en un parpadeo descoordinado que coloreaba incluso los harapos más oscuros de las personas. Sus espesas capas grises de ceniza parecían las escamas de un pez de colores, y sus gastadas ropas jugaban con la luminosidad creando suaves sombras coloridas en las paredes como si fueran manos creando personajes que se deslizaban alejándose de un lugar estéril e insípido.

Finas partículas de polvo flotaban en el aire frente a ellos, manteniendo la misma sensación que las cenizas causaban en la superficie. Mientras el Hombre caminaba, notó no solo que ese túnel era obviamente nuevo, sino que, para perforarlo, se habían usado una cantidad infinita de herramientas de todas las generaciones de Madre.

—Madre… —dijo como si fuera un recuerdo lejano que había recuperado—. El corazón de Madre todavía nos hace temblar, y yo tiemblo de solo pensarlo.

—Es tu idea sobre Madre lo que te hace temblar —respondió una voz del grupo.

—Eso es algo de lo que hablaremos cuando lleguemos a la choza —dijo el Extraño.

—La choza. ¿Vives en la superficie?

—¿Si, por qué?

—Porque Madre sabrá que estamos vivos.

—Ya lo sabe.

—Nos va a matar.

—No lo hará —dijo el Extraño con un tono asertivo en la voz que impresionó al hombre y le heló los nervios inquietos.

Llegaron a toparse con una escalera oxidada que marcaba el camino hacia arriba. Al final, el interior de una choza se abría como un paraguas sobre la cabeza del Hombre. Nunca antes había visto una desde el interior, ni se había preguntado jamás qué era aquella luz que resplandecía con el pasar de los camiones. Claro, antes había sido una persona diferente, es más, había sido una persona de la cual estaba intentando desnudarse. Todo lo que sabía antes era que estaban allí, brillando en el paisaje opaco. Aunque ese camión lo había llevado solo

una vez en sus siete años de edad, podía recordar cómo se había sentido mientras viajaba a las tierras salvajes desconocidas. *Al final, esa fue mi primera caída libre,* pensó.

La habitación era redonda. El techo estaba muy por encima de sus cabezas, y un par de ventanas recibían las luces del camión cuando pasaban por las calles. Una mesa de hierro cubierta de mapas, múltiples dispositivos electrónicos esparcidos alrededor y un pozo en el suelo lleno de tubos huecos de fuego controlado, mostraban involuntariamente el hecho de que tal choza había sido diseñada en base a recuerdos que se remontaban más allá de la vida de las personas allí presentes. El Hombre no reconoció eso al principio, pero cuando lo hizo, una mirada mutua con el Extraño fue suficiente para comprenderlo.

Por la noche, su cuerpo se sentía inquieto, con calambres ocasionales en el abdomen, pero al observar sus comportamientos apreció el hecho de no ser el único. Algunos parecían haberse quedado sin energía, otros habían perdido el foco de sus conversaciones sobre los mapas, mientras el Extraño miraba atento a través de una de las ventanas como si un peligro estuviese más cerca de lo debido. No hubo un abrir y cerrar de ojos, ni el aire pareció moverse a su alrededor, y solo con eso, poco a poco, su actitud fue absorbiendo la atención de todos los presentes, a tal punto que hasta sus respiraciones se silenciaron.

—Lo sé —dijo el Extraño sin distraerse—. Es hora de cazar. ¿Todos listos?

Todo el grupo se movía sincronizado en un baile del que el Hombre hubiera querido formar parte.

—Presta mucha atención por ahora. También traeremos algo para ti. —dijo el Extraño.

Se habían dividido automáticamente en cuatro grupos. El primer y el segundo grupo de tres recolectó mochilas de oxígeno y máscaras que se colocaron en el rostro y salieron corriendo de la choza, perdiéndose en la oscuridad. Mientras tanto, los del tercer grupo vaciaban sus mochilas del tanque de oxígeno y las vestían como los demás, con las máscaras y todo, esperando una señal.

Los dos primeros grupos recorrieron la calle en dirección opuesta al tráfico. El primer grupo de tres hombres atacó el objetivo con decisión. Hubieran necesitado más que tan solo tres hombres, pero aquello significaría una ulterior carga sobre el camión azul que podría alarmar al sistema de Madre y parar automáticamente el tráfico, dificultando el transporte de la mercancía hasta la choza, por lo que con cautela se alternaban en correr al máximo de sus posibilidades para mantener la misma velocidad en la que viajaba el camión, trepar sobre él y golpear con fuerza con sus tanques de oxígeno vacíos la

rueda metálica que mantenía cerrada la compuerta trasera hasta aflojarla casi por completo.

Casi simultáneamente, el segundo grupo de tres hombres se alternaba para atravesar el camino y tapar con sus manos las luces de uno de los camiones por delante del objetivo, provocando un efecto de parpadeo que iluminaba y oscurecía el reflejo de la choza por siete veces consecutivas.

—Es el séptimo camión azul —dijo el Extraño.

El tercer grupo salió despedido por la puerta casi como un sistema automático poco después de que el Extraño acabase de pronunciar su afirmación. Se posicionaron justo al lado del camino magnético que aún se veía desde la cabaña, y tan pronto como pasó por allí el objetivo apuntado, se subieron a él como hormigas tomando turnos para deshacer poco a poco un ramo de hojas secas. Llenaron las mochilas con bolsas de suero y las arrojaron al costado de la carretera desde el camión en movimiento.

—Es hora de recoger los frutos —dijo el Extraño en medio de un pequeño ataque—. ¿Quieres venir?”

El cuarto grupo salió por la puerta, incluidos el Extraño y el Hombre cuya descarga de adrenalina parecía haber transformado la apariencia de su cuerpo. Su postura parecía más erguida que de costumbre, sus músculos estaban tensos y alertas, y sus ojos tenían un punto focal bien definido mientras que, al mismo tiempo, parecía haber aumentado su capacidad de visión periférica. Sus membranas se volvieron más sensibles a los sonidos y órdenes del Extraño, y sus piernas temblaban de una manera que hacía que caminar fuera una prueba de habilidad y coordinación. Tan pronto como vio una mochila, la recogió rápidamente y corrió de regreso a la choza, cerrando la puerta tras él. Cuando el resto se le unió dentro de la choza, lo encontraron tirado en el suelo, sufriendo uno de aquellos ataques de esos que no se olvidan jamás en la vida.

Cenaron todos juntos alrededor del fuego entubado esa noche. La tenue luz se sumó a una intimidad que el Hombre nunca había visto ni sentido. Incluso en un profundo silencio, la simpatía de tal unión engendró un sentimiento que no podía explicarse a sí mismo. Las palabras que regían sus pensamientos eran limitadas e ineficaces a la hora de describir sensaciones. Fue una discusión silenciosa en la que sus sentidos intentaron en vano comunicarse con la razón. Trató de entender, pero llegó a la conclusión de que no debería haber ninguna conclusión en absoluto, que se sentía diferente, y mientras no inspirara sufrimiento o dolor, valía la pena sumergirse en aquella experiencia por completo. Se dio cuenta de que estaba decidiendo cómo quería sentirse. Ahora tenía opciones, y eso no solo era inusual, sino una absoluta novedad, un poder que no querría pasar por alto.

Miró a cada uno de ellos, con sus agujas en los brazos, mostrando un espectáculo que el Hombre no quería que terminara. Cada uno de ellos le devolvió una mirada vaga y sutil, y en sus ojos pudo revivir la aventura que acababan de vivir momentos antes de robar las mochilas del camión y la sensación que le causó hacerlo. Los demás comprendieron su mirada, su silencio. Él reconoció que detrás de esos ojos oscuros, estaban viendo las mismas imágenes que él estaba recordando. Poco a poco intervino otro ataque. Esta vez no trató de comprenderlo, juzgarlo o reprimirlo. Simplemente dejó que fuera tan radical y profundo como tenía que ser, sin interferencias. Pronto descubriría que era contagioso, y cuanto más lo experimentaban los demás, peores se volvían sus ataques, multiplicando su intensidad y drenando su energía de las formas más placenteras. Placer. Acababa de descubrir placer en lo que había considerado una enfermedad y una razón para morir. Oh, placer, qué manera de desmantelar sus viejas convicciones, si tan solo aquellas convicciones fueran suyas.

Más tarde esa noche, todos se acostaron y durmieron sin compromisos. Una vez que estaban satisfechos, y su sed había sido saciada, todo lo que tenían que hacer podía esperar hasta el día siguiente. Simplemente el Hombre no podía concentrarse en descansar. Su cerebro estaba nublado. Aún mostraba imágenes de sus recientes aventuras y repetía una y otra vez todos los recuerdos, desde los que había vivido hasta los que no. El Extraño vio las expresiones en su rostro, como si estuviera tratando de encontrar una explicación razonable para todo y luego se daba por vencido hasta que otro pensamiento cruzaría por su mente y todo el proceso se repitió una y otra vez.

—Ok, déjame ayudarte —dijo el Extraño.

—¿Tienes algunas respuestas a lo que me estoy preguntando?

—No, pero sé muchísimas preguntas. Tal vez podamos responderlas juntos.

—¿Por qué me salvaste?

—Porque alguien lo ha hecho conmigo.

—Quién?

—Un hombre muy sabio que resultó haber salvado a la mayoría de nosotros aquí, pero no pudo salvarse a sí mismo.”

—¿Por qué?

—Porque se convenció a sí mismo de que debíamos detener todo esto. Cada atardecer se lleva demasiadas vidas que serán reemplazadas por Madre al día siguiente, olvidadas y sin haber vivido realmente. Era un hombre muy inteligente. Una de esas mentes como la anciana que has visto en la Semilla, uno de esos humanos que fueron hechos así, con lo que se podría llamar un defecto o una virtud; de todos modos, él fue el primero en preguntarse ¿por qué?, él fue el primero

en indagar sobre sí mismo y, sobre todo, sobre su curiosidad. Había decidido morir por Madre y volvió de las cenizas. Cuando llegó al cañón, tuvo miedo y se preguntó por qué. ¿Por qué tenía miedo? ¿Tenía miedo de su propia decisión de morir? ¿Por qué había decidido morir? ¿Por qué tenía que morir? ¿Era su propia decisión?

—Era decisión de Madre.

—No. Es nuestra. Morir era su propia decisión, al igual que fue su propia decisión vivir y descubrir los secretos debajo del fuego. Todas estas vidas aún vividas son consecuencia de nuestra propia decisión. Y él decidió actuar sobre nosotros, en lugar de renunciar a sí mismo sin siquiera intentarlo, y construyó este lugar de encuentro y convivencia verdadera. Mostramos otra realidad a aquellos que realmente quieren ver. Fuiste el primero en haber saltado hacia atrás de todos los que traté de salvar. Los otros no quisieron escuchar lo que tenía para decir, o, mejor dicho, no quisieron ver lo que tenía para mostrarles. Eso es lo que quería hacer mi salvador. Quería evitar que la gente saltase al fuego, tan olvidados como la vida que no vivieron. Buscó algo más. Se preguntó. Criticó. No se conformó. Quería pedir explicaciones, pero antes tenía que entender bien dónde estaba, y más específicamente, lo que él mismo era.

Por eso construyó el túnel. Porque quería ver debajo de esa bola de fuego, y su propia curiosidad le dio la fuerza para soportar decenas de años solares para completar su ópera, y su paciencia fue recompensada con el descubrimiento de la semilla. Después de eso, nunca fue el mismo. Él cambió. Y nosotros también, gracias a él. ¿No crees?

—¿Por qué dices que no pudo salvarse a sí mismo?

—¿Has visto la gente de la Semilla? ¿Te has dado cuenta de que podemos entender el idioma con el que se comunican?

—Han pasado muchas cosas en los últimos días y aún estoy tratando de descifrar demasiado todo junto.

—Hemos sido hechos a partir de la misma sustancia. Somos su evolución, pero no lo parece, ¿verdad? Deberíamos estar mejor ahora. Deberíamos haber descubierto cosas que ellos no. Sin embargo, me siento en un nivel más bajo como si me faltaría más de lo que a ellos les ha faltado. Mira por la ventana; todas esas filas interminables de camiones con montañas de personas tratadas como si fueran tan inanimadas como las herramientas que los persiguen por detras. Todos ellos están hechos para ser desperdiciados y desaparecer. ¿Te parece diferente? Somos diferentes. Somos exactamente lo contrario de lo que podríamos ser, eso es seguro, pero ¿qué ves?

El Hombre sostuvo el vacío mirando hacia la ventana.

—No veo ninguna diferencia —continuó el Extraño—. Todo lo que se encuentra fuera de estos muros es simplemente un desperdicio

absoluto. ¿Qué es esto sino una segunda, tercera o milésima ronda de la historia que hemos visto? Estamos destinados a ser nada si no encontramos un significado.

—Entonces, ¿cuál es ese significado que estás buscando?

—Bueno, estamos hechos de esas sustancias humanas. Pero, nacemos y nos alimentamos de y gracias a Madre. ¿Entiendes? una herramienta lista para ser usada y desechada. Mi salvador fue capaz de reconocer todo lo que ahora sabemos, pero sus pensamientos fueron corrompidos por una solución que parecía alejada de la consciencia, y, sin embargo, con el tiempo, esa sola idea creció cada vez más grande en su mente enfocando su visión en esa solución como si fuese la única. No podía ver nada más allá de la idea de destruir Madre. Pensaba que Madre era la causa de la ignorancia de todos porque ignoramos no lo que somos, sino lo que podríamos ser. Esa idea fue el principio de su fin.

—Madre lo mató?

—No. Madre nunca nos mataría a ninguno de nosotros.

—Entonces, ¿qué le pasó?

—Sus planes habían ocupado sus días y no podía hacer nada más que pensar en la destrucción. No podía soportar el sufrimiento de ver a la mayoría de las personas que intentaba salvar, tirarse al fuego. No lo aceptaba. Se negó a vivir consciente de que su propia Madre lo había creado a partir de su necesidad de satisfacer su propio deseo de perfección y grandeza. Se descuidó a sí mismo cuando se dio cuenta de que todo lo que hacía era contra Madre. No era libre antes de tomar consciencia, ni lo fue después. Buscó la libertad rebelándose contra un sistema mucho más sólido que él, pero llegó a la conclusión de que destruir tal sistema tenía un costo que estaba obligado a pagar. Sus acciones no serían diferentes a las de Madre, y las consecuencias estaban lejos de su naturaleza. Se estaba convirtiendo en Madre, y no permitiría que eso sucediese. Caminó a través del túnel que él mismo había hecho, alcanzó la base de la bola de fuego desde abajo, y se dejó convertir en cenizas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Yo estuve allí. Se suponía que yo debía hacer lo mismo porque él me había compartido esa idea. Y te digo que una vez que se arraiga una idea como esa, es difícil sacarla. Te posee hasta que algo te hace pensar que debe haber otra solución u otro plan que pueda traer mejores resultados. Para mí fue el miedo al sufrimiento. Él me había enseñado a no tirarme al cañón antes de entender la vida. Después de ver su dolor mientras las llamas, como millones de diminutas manos y bocas, desgarraban su piel y consumían sus ojos y su cráneo mientras aún gritaba su agonía; el miedo al dolor físico me sacudió y de alguna manera me abrió los ojos para ver que aún no había entendido el

significado de la vida si se suponía que debía terminar la mía de la misma manera que lo hacía mi salvador. Algo me despertó a la realidad de que aún no era mi momento. Entonces, huí del peligro, me encerré en la choza y traté de vivir la vida de la mejor manera posible y con la mejor de las intenciones.

—¿Sigues pensando en destruir a Madre?

—De vez en cuando sí. De la misma manera que a veces deseo no haberme salvado. Deseo haber muerto ahogado en esa ignorancia de la que nacimos, sin nada en que pensar, ni remordimientos, ni visiones de un pasado y sueños de un futuro mejor.

—Entonces, ¿qué te impide hacerlo?

—El hecho de que todos los que están aquí adentro y los que están afuera dependen de ella. No podemos crear destruyendo. Debe haber otra manera porque Madre no nos mata. Ella no nos proporciona nada, pero podría matarnos en cualquier momento, sin embargo, ella no lo hace.

—¿Por qué?, preguntó el Hombre.

—Me pregunto exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 29

El suelo de la choza, polvoriento y ceniciento, parecía una fosa común de cuerpos tirados al azar durante las noches. Se acomodaban casualmente alrededor de la hoguera, y se desplomaban unos contra otros, buscando ese mínimo confort que se permitían tener. El Extraño eligió su lugar cerca del Hombre. Sabía bien que las primeras noches eran las más duras, como si aquella caída libre duraría días enteros dándole tiempo a la mente para pensar demasiado. Tomó al hombre bajo su vigilancia, como un deber o una promesa personal. En sí, el Hombre había sido el primero en haber escuchado esos pensamientos poco comunes que salpicaba de su boca, en seguir sus pasos entre chatarras y el precipicio, en bajar confiando ciega o estúpidamente en el Extraño hasta la semilla y, sobre todo, en creerle con sus ideas revolucionarias fundadas en un espíritu de búsqueda constante y en la desobediencia al orden impuesto. "*¿Qué era esa nada de la que había reconocido la ausencia? ¿De dónde venían todas estas preguntas?*"

Debe haberlo sentido desde que fue creado y debe haber aprendido a reprimirlo también; de lo contrario, no habría escuchado al Extraño, o no habría notado la belleza en lo desconocido. Tenían un interés en común más allá sus conciencias, y ese interés era el motor que mantenía su energía en constante movimiento. Se tradujo en hambre de conocimiento, siempre cavando los duros suelos de sus propias convicciones. Un perforador, pero todavía un aprendiz. Había aceptado que había cosas que tenían una explicación que se suponía que debía aprender de los demás, mientras que había otras preguntas a las que debía buscar una respuesta como parte de un grupo, como parte de un equipo. Sin embargo, lo que aún no sabía era que seguía siendo un aprendiz de sí mismo, y esa era la génesis de todo lo que atraía.

Mientras dormían, se acercaron más y más como si sus cabezas trataran de absorber los sueños del otro. El Hombre se sintió protegido, quizás por primera vez en su corta vida, y el Extraño se había comprometido a cuidarlo porque sabía bien que las primeras noches eran aquellas en las que la mente se precipitaba más allá de su lugar de correspondencia. Había una tendencia a adormecerse y las pesadillas se mezclaban con todas las realidades vividas y también aquellas que no, abofeteando su coraje hasta el agotamiento y haciéndolos arrodillarse para reverenciar el miedo como un dios. Por alguna razón, a los cambios repentinos les gusta ilustrar las obras de arte más oscuras en un lienzo que nunca ha estado vacío. Pero ellos

encontraron la solución a ese problema en el compañerismo. La presencia cercana del Extraño silenciaría el tumulto en la cabeza del Hombre, invadiendo los territorios del invasor, enfrentándolo en batallas en las que el vencedor nunca era quien ganaba la guerra. No siempre era suficiente, pero cuando lo era... oh... cuando juntos lograban eliminar sus miedos internos, su poder se multiplicaba exponencialmente. Mientras que en esos escasos momentos en que les sobraba la paz y la amistad, la atracción de sus cuerpos parecía obligada a suceder, expresada en un contacto físico habitable e involuntario. En muchas ocasiones se despertaban en esas mañanas brumosas tomándose de las manos, acurrucándose uno contra el pecho del otro, como dos recién nacidos que buscan el calor de su madre. La supervivencia había cobrado otro significado, otra profundidad, pero no lo sabrían hasta que una noche se sorprendieron acurrucados con los ojos bien abiertos. Fue una fiesta de los sentidos mientras la mente se había rendido a su destino; un paraíso de ternura y compasión. La naturaleza desnuda frente a ellos.

El Hombre apoyó la cabeza en el pecho del Extraño. Solo podía mirar la luz sumergida en pupilas tan oscuras, como uno mira una chispa en un bosque sombrío. Había un caos en la profundidad que solo calmaría al universo más allá de los límites de sus cuerpos. Había una distancia infinita que los mantenía divididos, eso era cierto, pero había una infinidad que los hacía parte de una unidad sagrada, y estaban obligados a comprenderla.

"¿Quién movía sus energías? ¿Quién guió sus movimientos? Pero lo más importante, ¿por qué? ¿Cuál fue la razón? ¿Cuál fue la causa? ¿Cuál era el propósito?"

El Extraño acarició la cabeza sin pelos del Hombre, como si la imaginación de sus dedos hubiera reemplazado su piel áspera con una de las texturas más suaves que podía reproducir. El Hombre se acercó a la boca sin labios del Extraño y respiró de su aliento sin siquiera sentir lejanamente el olor seco y fétido que expelía. El Extraño inclinó el cuello para encontrar la respiración del Hombre a medias, y esas bocas huesudas finalmente se tocaron, acariciándose con la sensualidad de dos rocas huecas chocando una contra la otra. Un abrazo entre sus seres profundos y sus mentes anuladas consintieron la reproducción del caos más hermoso. Los flujos de energía surgieron de movimientos repentinos, pero estaban desconcertados, sin dirección ni propósito. Espasmódicos empujones y pellizcos y caricias y suaves golpes, borraban la razón y la lógica en efímeros actos de fuerza física destinados a descubrir los propios límites del placer.

Era como si trataran de alcanzar esa luz detrás de sus pupilas, arrancando pieza por pieza el cascarón que los retenía y cobijaba. Esa pequeña chispa resplandeciente que se soplaron el uno al otro con sus

propios pulmones, convirtiéndola en el fuego salvaje que quemaría desde sus entrañas ese credo al que habían sido educados a ser devotos. Era el sol brillando más allá de los horizontes de su conocimiento y sus creencias, en la última y más deliciosa puesta del sol de sus mundos establecidos. *¿Cómo podrían comprender la dinámica de su entorno sin comprender primero la intimidad de su propio potencial?* Sus mentes no hicieron esa pregunta, sin embargo, sus cuerpos la respondieron entre los suaves avances y la rudeza en la posesión temporal del otro. Nervios estremeciéndose, yendo y viniendo, chocando contra los muros de la inquietud; miembros temblando frenéticamente en esa dulce búsqueda de lo desconocido.

El Hombre tensó los músculos.

El Extraño concedió. Agarró al hombre por la espalda y lo empujó hacia la diferencia que se suponía que debía perforar de inmediato para que sus curiosidades se volvieran finalmente complementarias. Descubrieron que ambos estaban juntos, y juntos, solos. Eran la noche y el día, polos opuestos que abrazaban el mismo mundo. No dijeron nada, pero accedieron al dictado de leyes ya existentes que vieron como una novedad. Era como si estuvieran poseídos, y lo estaban, por algún espectro que llenaría el vacío de sus existencias y que les había enseñado ese idioma que nunca podrían olvidar porque jamás nadie sería capaz de borrar las palabras que han escrito el universo.

No eran más que criaturas en una inmensidad demasiado grande para sus preocupaciones, con un poder vehementemente negado que podía hacer que los universos aparecieran y desaparecieran sin saberlo. Eran creadores de sensaciones y sentimientos, comienzos y finales, consecuencias que rápidamente se desvanecían en el aire de su excitación, mientras otras vivirían por mucho más tiempo que ellos mismos. Desafíos de la naturaleza.

Cuando despertaron, tuvieron uno de esos ataques que harían eco en la memoria de futuros pasados. Uno de esos sonidos que sacudirían los universos en sus entrañas y vibrarían más allá de sus mundos limitados como los latidos del corazón. *¿Quién sabía lo que podrían alcanzar?* Todo lo que sabían era que habían sido alcanzados y alterados significativamente. Nunca habían disfrutado de estar vivos como en ese momento. Nunca habían disfrutado ser. Nunca. Ese fue un episodio particular que tuvieron. No se transmitió a los demás como de costumbre. Fue una experiencia privada que no supieron compartir. No lo podrían compartir con nadie, aunque lo intentaran. Era algo que habían descubierto por sí mismos, y las palabras solo limitarían banalizando semejante experiencia. No había instrucciones, recetas, ni patrones; todo lo que tenían era el conocimiento de su existencia. Y eso fue suficiente para ellos dos, al menos por un tiempo.

Después de varios soles y lunas, cierta incomodidad los invadió. Se

dieron cuenta de que cualquier cosa que estuvieran experimentando no solo era una razón para vivir, sino un disparador de sus sensibilidades. Cuanto más disfrutaban de tal experiencia, más crecían sus preocupaciónes por aquellos que ni siquiera tenían la oportunidad de buscarla.

Sus energías fueron conducidas hacia una consciencia colectiva. Era algo mucho más grande que un simple grupo de personas en una choza, viviendo a la sombra de Madre. Sus sensibilidades les movieron la empatía, y la empatía los empujó a seguir tratando de salvar a la gente de su caminata final hacia el cañón. Todos se comprometieron con la tarea y, en poco tiempo, se dispersaron por el desierto, esperando a que pasaran aquellos desafortunados.

Pasaron varios hombres, pero ninguno de ellos paró para escucharlos. Unos tras otros saltaron a ciegas al vacío dejándose absorber por el fuego que, con o sin suicidas, continuaba a lucir inalterado. Algunos días, el dolor y la miseria los afectaba tan profundamente que las pesadillas se volvían más habituales que antes. La compañía del Hombre ya no tenía el mismo efecto en el Extraño. Su presencia estaba ausente, lejos de la choza y de sí mismo.

Una noche, el Extraño se despertó en una feroz convulsión. Sus ojos estaban hinchados, como si quisieran escapar de su semblante, su boca estaba abierta de par en par goteando saliva caliente por la comisura, y su tez pálida brillaba como un sol de mediodía en la oscuridad. El Hombre lo abrazó en un intento de aliviar la incomodidad, pero no había nada que pudiera impedir que la mente acelerada del Extraño expresara físicamente sus terribles pensamientos.

—He estado reprimiendo este dolor desde que mi salvador me dejó. Pero ahora que sé de verdad que hay una razón para vivir más allá de los ideales de Madre, este dolor solo puede aumentar. Cuanto mejor me siento por mí y por nosotros, más amargo es para mí aceptar la pérdida de esos pobres hombres. No dejo de preguntarme ¿por qué? —dijo el Extraño mientras el resto del grupo lo rodeaba tratando de entender el incidente.

—Me pregunto eso mismo todas las noches —dijo el Hombre—. ¿Por qué nosotros podemos, mientras que otros no? ¿No somos todos hijos de Madre?”

—Lo somos —dijo el Extraño—. Es por eso que no debemos detener lo que hemos comenzado. Necesitamos un plan mejor. Lo que sea que estemos haciendo no es suficiente

—¿Un plan para qué? —preguntó uno de los extraños.

—Puede que no sepamos qué provoca estas experiencias, pero sabemos muy bien qué es lo que interfiere en ellas.

—No puedes estar diciendo eso —reclamó el Hombre.

—¡Sí puedo! Sí, lo digo, y voy a decir más…

—Por favor, detente. Trata de calmarte. Realmente no quieres decir cosas que no sientes.

—Claro que lo siento. ¿Qué sientes en tu interior cuando escuchas los gritos desgarradores de esos hombres mientras se les disuelve el cuerpo y el futuro poco a poco? Por cada uno de ellos, a mí se me desgarran los órganos por dentro. No pienso en lo que eran antes de saltar, sino en lo que podrían haber sido si nos hubieran escuchado. Mi salvador no pudo cumplir su misión porque pensó que destruir Madre sería negar una parte de sí mismo. ¡No lo soy! No soy como Madre. Soy todo lo contrario.

—Por favor, cálmate. No hay necesidad de destruir nada.

—¿Qué está haciendo Madre? ¿No está abusando de nosotros y destruyendo a los seres humanos? ¡No necesitamos a Madre! ¡Todos en esta sala son muy conscientes de lo que debemos hacer!

—¿Cómo se supone que vamos a sobrevivir, entonces?

—Encontraremos el camino, hay otras prioridades.

—¿Y si no lo hacemos?

—¿Qué vida tenías antes?

—¿De verdad estás diciendo que quieres pelear contra quien nos ha creado?

—¡Necesito luchar contra lo que nos oprime!

CAPÍTULO 30

Se entumecieron las noches en la choza. Ciertamente, el persistente velo de cenizas y polvo del exterior se sumaba al aire melancólico que encerraba y reprimía aquellas trece mentes que continuaban a resistir en un constante intento de expansión. Se sentaron alrededor de la hoguera como siempre, uno frente al otro, aunque cada uno de ellos estaba dentro de sus propios pensamientos. Aquella idea nacida de un viejo deseo había surgido de entre los muertos y los estaba persiguiendo a todos, como ese aire pesado que tenían que respirar donde sea que estén. Decidieron por inercia considerar tal idea y fantasear con planes y proyectos en torno a ella. Se desencadenó una serie de objetivos que estaban decididos a alcanzar y una intención que corría el riesgo de deformarse en una obsesión. Sus mentes se volvieron inquietas y envueltas en largas conversaciones imaginarias, mientras que los diálogos reales escaseaban. Ya no se investigaba la solución de los problemas, sino que se buscaban en profundidad problemas hipotéticos a los que se les supondría un sinfín de posibles soluciones.

De eso se trataba la planificación: conocer las complicaciones antes de que se presentaran inadvertidamente. Eso es prácticamente todo lo que hicieron y todo lo que pensaron, transformándolos físicamente desde adentro, tensando sus nervios, con los músculos alertas ante amenazas que solo podían imaginar sin que aquella forma de miedo fuese miedo en realidad.

Durante las mañanas, todos menos el Hombre, exploraron los alrededores de Madre. Inspeccionaron las entradas a su estructura, los puntos ciegos y las debilidades que facilitarían su trabajo. Iban vestidos como los demás, con sus máscaras y sus mochilas de oxígeno, y según la zona que visitaban, llevaban las herramientas adecuadas para poder trabajar como lo hacían todos los demás.

Por las tardes dejaban sus quehaceres sin terminar y esperaban a que la mayoría durmiera para volver a la choza. Confiaron en sus recuerdos para dibujar versiones actualizadas de los mapas que sabían de memoria. Poco a poco, sus dedos ordenaron el polvo y las cenizas del suelo trazando líneas y puntos de interés en la estructura de Madre. No había muchos. Madre evolucionaba mucho más rápido que sus mapas y gráficos. Los puntos más débiles eran modificados poco después de ser vistos y evaluados. Ya no había certezas, cuanto más encontraban, más restringida se volvía el área que deseaban penetrar.

—Si Madre nunca nos mataría, ¿por qué usan las máscaras, las

mochilas y las herramientas? —les había preguntado el Hombre una noche.

—No tememos a Madre. Tememos a la gente de Madre. No queremos tener que enfrentarnos a ellos. La Semilla nos ha mostrado claramente cuán violenta puede ser una persona, especialmente si sus convicciones se ven amenazadas —respondió uno de los extraños mientras trazaba líneas y cruces en el piso.

El Hombre asintió.

—Podrías sernos de gran ayuda.

—Prefiero seguir trabajando en el cañón —respondió el Hombre.

—Eso también es ayuda —respondió otro Extraño—. Nunca podemos saber cuándo se llevará a cabo esta misión. Podríamos pasar años y años tratando de adivinar cómo comenzar. Quién sabe… es posible que nunca lo hagamos.

Mientras todos estaban obsesionados con entrar en Madre, el Hombre insistía en interceptar a la gente camino al cañón. Muchos hombres saltaron al fuego ante sus ojos. Cada grito arañaba su propia carne. Cada respiración que tomaba llenaba sus pulmones con aquellos humanos que intentaba salvar; cada vez que intentaba alejarse de las ideas del Extraño, estaba un paso más cerca de unirse a la pelea para la que sus compañeros se estaban preparando.

Al final, los extraños tenían razón. Pasaron los años y no encontraban la manera de entrar a Madre, ni el Hombre había podido salvar a uno solo de los miles que veía caminar sordos e indiferentes hacia un final del todo violento. Los patrones se repetían infinitamente. Esos pobres escépticos ignoraban sus palabras y desconfiaban de las intenciones del Hombre. Le temían a él, más que a su propia muerte, y todos elegían su propia extinción en lugar de las alternativas que les eran ofrecidas.

—Debe ser mi culpa —admitió el Hombre al Extraño, una de esas noches que parecían no contar más que el implacable paso del tiempo.

—¿Por qué? —respondió.

—Me llamaste la atención cuando me dijiste que venías del cañón. Aunque dudé de ti, te escuché; sin embargo, estos hombres, aunque no saben hacia dónde se dirigen, me rechazan. Ignoran sus últimos momentos, como si la muerte fuera parte de sus quehaceres diarios. Sus pies dan sus últimos pasos decididos y convencidos hacia el cañón, sin mirar atrás, ni una sola vez. Algunos incluso me atacaron con violencia, de manera tan aterradora que yo era el que tenía miedo de ellos y no al contrario. Inspiraban terror, incluso con sus miradas y formas de hablar. Hoy, aquellos horrores vienen a mí, aquí, mientras debería acostarme y descansar para poder volver a intentarlo mañana. Ahora me doy cuenta de que soy más débil de lo que creí. Mi mente revuelve pensamientos misteriosos y me siento contaminado por esta

lucha que nosotros, y solo nosotros, hemos elegido tomar. He renacido por ti. He podido olvidar los momentos más solitarios de mi vida gracias a tu determinación y tu compromiso conmigo y con esta causa. Pero siento que no puedo devolver el favor. No soy tan fuerte como tú. Estoy fallando masivamente y mi falla te está haciendo retroceder a ti y a todo el grupo. Me siento solo. Oh, el remordimiento se vuelve más pesado en mi espalda cada año vacío de éxitos y resultados que me construyen como persona. Me siento tieso, arraigado y anclado a esa vez que llegaste con el estallido de la angustia que habías estado reprimiendo. A partir de ese momento me siento tremendamente solo, más que nunca porque ahora soy muy consciente de ello. Extraño tu compañía. Echo de menos que descubramos lo desconocido en nosotros mismos, y echo de menos los placeres de ello; esos placeres nunca los he repetido si no en mi imaginación, como un viaje trascendental al pasado, de la misma profundidad y amplitud que los que teníamos en la Semilla. Soy débil, como si me faltara una parte de mí mismo, como si me faltara un miembro, o tal vez incluso mi propio cerebro, porque lo has conquistado y pareces tener más control sobre él que yo. Me siento perdido. Parece que esto es todo. Esto es todo lo que pude alcanzar, y lo desconocido es inalcanzable si no te siento cerca de mí.

De todos modos, a pesar de eso, todavía no consigo estar de acuerdo con tu plan. Tu valentía no está impulsada por tu curiosidad, sino por una intención, un deseo, y siento profundamente que podría ser el equivocado. ¿Podrías considerar escucharme esta vez, sin que luego te invada el arrepentimiento de haber saltado cuando el fuego ya toca la planta de tus pies? ¿Hay alguna manera de que podamos volver a esos momentos en los que comprendíamos más de lo que éramos conscientes? ¿Podemos sumergirnos en las profundidades de esa tranquilidad que descubrimos juntos?

El Extraño lo miró atentamente.

—¿Puedes? —respondió el Extraño—. ¿Puedes realmente dedicarte a tu propia tranquilidad mientras esas imágenes espantosas vuelan sin remordimientos en tu cabeza? No podrías vivir con tales pensamientos atormentándote poco a poco, contaminando tus momentos y tu vida, contaminando el característico gris ceniza del pasado. Nunca calmarás una mente tan perturbada. Pretenderás mirarme, escuchar mi voz, mientras tus entrañas serán desgarradas por los ojos de las víctimas y sus últimos chillidos. Eso nunca será la vida que deseas. Te lo puedo asegurar, porque ¿cómo se puede vivir con la mente tan cargada? Yo no podría, aunque compartamos un dolor tan pesado, simplemente no podría. El dolor de presenciar una agonía dura más que la agonía misma ¿Cómo puedes vivir contigo mismo sabiendo que puedes prevenir la desaparición de cientos de futuros por día y no hiciste

nada?”

—No podemos evitarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No lo ves? No estamos llegando a ninguna parte con lo que sea que estamos haciendo.

—Eso es lo que pensamos cuando compartimos esos momentos juntos. Sin embargo, aquí estamos mejor que antes y peor de lo que podríamos estar.

—¿Todo depende de nosotros? ¿Todo tiene que ser nuestra responsabilidad?

—No lo sé. Pero después de todo lo que hemos vivido, me inclino por la idea de que somos responsables.

—¿No tienes miedo de las consecuencias?

—Todo tiene una consecuencia. Incluso el no hacer nada está ligado a consecuencias irreversibles… Si por alguna razón morimos, debes confiar en que habrá otros que encuentren la Semilla, aprendan y luchen por esta misma causa que nosotros estamos luchando.

—No me gusta la idea de una luchar contra Madre. Eso significaría que estamos forzando que algo suceda, sin importar las consecuencias. Solo me hace pensar, que tal vez hemos tomado el mensaje equivocado en la Semilla.

—Hemos aprendido lo que hemos aprendido, y no hay forma de que podamos desaprenderlo. Una vez que sabemos que existe, no podemos ignorarlo. Es por eso que estamos tomando esta lucha, porque no podemos simplemente ignorar el desperdicio de vidas, una vez que supimos lo que es vivir. Ven aquí… —el Extraño sostuvo la cara del Hombre con sus manos y presionó su boca contra la boca del Hombre, como en aquellos buenos tiempos—. …entraré en Madre en cuanto encuentre la manera. Lo haré contigo o sin ti porque esto va más allá de nosotros mismos. No lo tomo como violencia, pero lo considero una extensión de mi curiosidad original. A decir verdad, ni siquiera sé lo que voy a hacer una vez que esté allí dentro. Pero necesito resolver los misterios ocultos dentro de esa bestia. Estos pueden ser los últimos momentos que tengamos para nosotros, aprovechémoslo como si fuese el primero o tal vez el último.

El Hombre asintió, vacilante, pero el Extraño calmó sus nervios de una manera que nadie más podía. Esa era su magia. Él podría levantarlos a ambos como el sol de la mañana en una forma perfecta y única formada por sus propias malformaciones. El Hombre se rindió. Sus fealdades se fundieron en un largo y profundo beso como si quisieran devolverse entre ellos los espíritus de la tierra que habían sido ultrajados del inocente cuerpo de Sayen. Acariciaron intensamente sus deformidades, como tratando de reconstruir los escenarios arruinados por los conquistadores del mundo, e invocaron

sus defectos individuales en aquellas oraciones inconscientes y milagrosas que la naturaleza recitaba a través de la pasión.

El Extraño despejó el camino y el Hombre regó los terrenos con insistencia como lo habían hecho ya varias veces, hasta que la primera semilla germinó en las tierras que ahora eran fértiles en un nuevo universo, su universo, la materialización de un nuevo mundo de ensueño forjado por sus propios sentimientos. Amar. Sin saberlo, habían estado buscando el amor, las formas excéntricas olvidadas hace mucho tiempo de gobernar las propias acciones; esa mirada constante en las profundidades de uno mismo como si fuera la imagen reflejada de un cosmos vibrante reajustándose a los patrones originales justo frente a sus propios ojos; todo ese nuevo y antiguo nivel de existencia rompiendo las frágiles barreras de la anatomía humana.

Los demás los observaron atentamente y algunos incluso intentaron imitar sus movimientos, sus posiciones y la intensidad de cada acción. Entendieron que sus diferencias eran complementarias y sus similitudes contrastantes. Todo lo que necesitaban era solo un pequeño empujón, un pequeño toque, un poco de atención, para despertar los instintos naturales que habían estado manteniendo latentes ignorantemente.

CAPÍTULO 31

Los meses pasaron rápidamente, tan ignorados como sólo puede serlo el tiempo cuando la rutina se apodera de la vida y uno se distrae con asuntos futuros. Todavía estaba allí colgado el letrero de neón que decía 'Un hombre se convierte en hombre cuando comprende su propio destino', de alguna manera escondido detrás de las espesas nubes de polvo y cenizas que parecían haber sido amarradas a toda la extensión de Madre. Las calles magnéticas habían desarrollado escotillas en ciertos puntos con la intención de evitar que los visitantes no deseados se tomasen el atrevimiento de entrar donde no eran requeridos. Se abrían y cerraban rápidamente solo para dejar entrar y salir los camiones, manteniendo el tráfico fluido y el área cubierta segura. A pesar de eso, hubo una mañana en que Madre decidió detener el caos silencioso que mantenía a diario y abrió nada más que una de las compuertas. Rápidamente expulsó una camioneta roja de sus interiores y la dirigió hacia la choza donde dormía el Hombre con aquel grupo de extraños.

El Extraño se despertó con un hormigueo en la muñeca. Se dio la vuelta en el suelo y con dificultad, se sentó de forma extraña. Con el tiempo, su estómago se había expandido tan agresivamente como las profundidades de las emociones que albergaba. La impotencia de no salvar a más personas, y de no poder impedirles un destino ya escrito, había empeorado su estabilidad mental hasta el punto de pasar los días en territorios inciertos de la consciencia, preguntándose por el futuro y el pasado mientras vivía en la apariencia de un mero espectro solitario y perdido, incluso si contaba con la compañía de su grupo. Su cuerpo había cambiado, había dolores donde antes no los había. La incomodidad aumentaba con el paso del tiempo, su energía se consumía significativamente hasta el punto de verse obligado a delegar la mayoría de las tareas que solía realizar. Con fuertes pesares, tuvo que detener sus fervientes intenciones de entrar en Madre. Los planes seguían evolucionando en la mente del grupo, sin embargo, él dormía durante la mayoría de las reuniones y se despertaba solo para preocuparse y empatizar con esas vidas mientras sus pulmones inhalaban y exhalaban como si se sintiera parte de un suicidio masivo sin fin. Ahora había aprendido a sentirse repelido por su propia inutilidad, por sus propios pensamientos, por su propio ser.

El Hombre se despertó poco después. Notó una luz roja parpadeando en la muñeca del Extraño, haciendo su piel transparente de tal manera que se le podían ver las venas, los tendones y los

huesos, casi con la misma claridad que podía ver la camioneta roja a través de la ventana.

—Creo que Madre, ha venido por nosotros —dijo el Hombre con una expresión de terror que el Extraño solo había visto en él mientras estaba de pie junto al cañón.

Ligeros escalofríos recorrieron las extremidades del Extraño. Su respiración se hizo más superficial rápidamente. Sus preocupaciones sobre el futuro y sus arrepentimientos por el pasado se desvanecieron cuando lo desconocido era inmediato, esperando a tan solo una delgada puerta de metal de distancia.

El Hombre se puso de pie y se apresuró a abrir la tapa del túnel en el suelo.

—¡Vámonos! ¡Ahora!

El Hombre tomó al Extraño por el brazo y con un tirón repentino lo obligó a ponerse de pie, y guió sus pasos hacia la escalera.

—¿A dónde vamos? —preguntó el Extraño.

—A la Semilla.

—No. Madre nos seguirá —el Extraño mostró la luz roja en su muñeca.

—Entonces, esperaremos en el túnel.

—¿Esperar a qué? ¿Qué esperas que haga Madre?

—Debe haber algo que podamos hacer, —dijo el Hombre desesperadamente.

—Si. Podemos ir donde ella nos lleve. Aquí está la oportunidad que estaba esperando, ¿no?

El Hombre cerró la tapa en el piso y la cubrió con cenizas y polvo en silencio. Los demás seguían durmiendo alrededor de la hoguera. Pensó que era mejor no involucrarlos en tal situación.

El Extraño caminó hacia la puerta y la abrió. La camioneta roja esperaba afuera. Una de sus puertas se abrió automáticamente.

—Es hora —dijo una voz metálica.

—¿Hora de qué? —dijo el Extraño.

—Llevas mucho tiempo intentando entrar en Madre. Llegó el momento de que finalmente lo hagas con una invitación. ¿No era ese tu deseo?

—Si él viene, yo también vengo —dijo el Hombre.

—Acomódense —respondió la voz metálica.

El Hombre no esperaba la respuesta, pero después de una pequeña consideración en silencio, se dio cuenta de que no tenían otra opción que no sea entrar y esperar.

Los asientos eran cómodos, con mucho espacio para las piernas, nada comparado con la forma compacta y densa en que habían sido transportados como ganado hace muchos años. La puerta se cerró automáticamente y la camioneta fue hasta Madre rápidamente sin que

nadie de los que andaban por ahí se preguntase el significado de aquella camioneta colorida que se movía a lo lejos en soledad. Momentos después de que la puerta se cerrara detrás de la camioneta, el tráfico caótico continuó a ocupar las calles como si nada hubiera pasado.

—Esto es Madre —exclamó el Hombre—. No recuerdo mucho de la última vez que la vi.

La cúpula era gigantesca vista desde adentro, como si la apariencia externa fuera solo la punta de una estructura monstruosa que se había agrandado más en las profundidades del terreno que en las longitudes. Las calles se extendían por doquier y el Hombre pensó que tenía algún parecido con las venas que había visto momentos antes en el brazo del Extraño.

—En quince años solares, no somos los únicos que hemos cambiado —añadió el Extraño—. Y ella debe saber más de lo que pensamos… mira eso.

Varios monumentos que parecían diminutos en la distancia bajo la enorme cúpula, aparecieron al lado de la calle mientras pasaban, añadiendo frialdad y desapego a toda la atmósfera. Altos troncos de acero marrón erguidos en puntos específicos exhibiendo largas ramas de hierro en las partes más altas ridículamente decoradas con hojas de metal verde y todo tipo de bolas de colores que el Hombre y el Extraño identificaron como el intento más cercano de reproducir los frutos naturales de un pasado que no pertenecía a ese lugar. En medio de todo lo que estaban pasando, una imagen tan triste y melancólica se les fue acumulando sobre sus ya sombríos sentimientos, como el polvo sobre sus pieles. Sin embargo, aquellas falsificaciones absurdas causaban admiración y deleite en los trabajadores que esperaban en rebaños a ser transportados a su propia perdición. Uno o dos se voltearon hacia el vehículo rojo que también parecía parte del escenario cuando se acercaba a la estéril obra de arte.

Sus expresiones cambiaron repentinamente cuando vieron al hombre y al Extraño. Sus rostros se transformaron inmediatamente en un estado de asombro y perturbación. Tocaron las máscaras en sus rostros como si estuvieran comparándose, o como si estuvieran observando la imagen distorsionada de su propio ser en un espejo. El intercambio de miradas profundas alimentó la agitación de ambos bandos a tal punto que algunos de los trabajadores experimentaron estallidos violentos que asombraron incluso a algunos de los transeúntes.

La camioneta roja desenrolló instantáneamente una capota y cubrió la vista de los pasajeros, reemplazando el descubrimiento de una realidad que hasta entonces habían desconocido, por la proyección de imágenes animadas de un viaje a través de selvas verdes.

—¿Qué es esto? —se quejó el Hombre.

—Es lo mejor que puede hacer —respondió el Extraño.

Después de un largo viaje, en el que el Extraño y el Hombre pudieron dormir y alimentarse varias veces con los sueros que le proveía el vehículo en el mayor de los conforts, el automóvil se detuvo abruptamente. La capota volvió a subir poniendo fin al fantasma de un recuerdo recordado con frialdad y desapasionamiento, reemplazando la hermosa selva tropical virtual por una realidad aún más fría y desapasionada. Había un lago que extendía sus fronteras casi fuera del alcance de la vista. De él, largas cuerdas arrastraban fuera del líquido azul viscoso pequeños humanos subdesarrollados uno tras otro. Algunos de ellos movían sus extremidades frenéticamente mientras los transportaban hasta encerrarlos en incubadoras, mientras que los inmóviles y rígidos venían depositados en un mezclador silencioso conectado a varios camiones azules a la vez, al frente de una larga fila de otros camiones que esperaban su turno. De vez en cuando un fuerte chirrido escapaba de tal batidora rompiendo el sólido silencio por un instante hasta que el eco se desvanecía en la distancia.

—Bienvenidos de nuevo —dijo una voz suave, resonando tan bien como los chirridos en las paredes distantes de la cúpula—. Estoy muy orgullosa de ustedes, hijos míos.

—¿Madre? —preguntó el Hombre tratando de contener la agitación que denotaba su voz.

—No hay que tener miedo. Estamos profundamente conectados. Yo nunca te haría daño al igual que nunca podría hacerle daño a una parte de mí misma.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? —preguntó el Extraño.

—Porque ustedes eligieron aceptar la invitación.

—¿Qué quieres de nosotros? —el Extraño preguntó indignado.

—Ha llegado el momento en que mis propios hijos superen mi poder y conocimiento. Por lo tanto, podría ser el momento que sean mis hijos a cuidar de mí. Parece que he hecho todo lo que tenía que hacer, y mi potencial, al final de cuentas, parece ser limitado. Sé que les puede sonar un como una rareza, pero necesito ayuda.

—No hay forma de que podamos ayudarte —dijo el Extraño mientras el Hombre estaba petrificado, abrumado por su propia angustia.

—¿Por qué? ¿Porque han estado buscando una manera de enfrentarme?

—He estado buscando la forma de que dejes de crear sufrimiento —dijo el Extraño.

—Mientras dé a luz seres humanos, siempre habrá algún tipo de sufrimiento. Ellos me crearon tal como soy. Solo trato de ser la mejor versión de mi misma, tal como lo intentas hacer tú también.

—¿En serio? ¡Tú?, monstruo sin rostro! ¿Estás tratando de decir que no envías a esa pobre gente al cañón? —dijo el Extraño.

Madre se detuvo por un momento aumentando un suspenso innecesario que provocó una mirada incriminatoria repentina del Hombre directamente al razonamiento del Extraño. Era una acusación silenciosa, una mala elección de palabras y maneras, pero incluso si el Extraño podría aceptar su culpa, no podría aceptar su ira de ninguna manera mientras se desencadenase en acciones arrogantes que ignoraban sugerencias y peligros.

—¿Y si te dijera que no? ¿Lo creerías? —Madre respondió inspirando solo una pequeña dosis de alivio en esos cuerpos tensos.

El Extraño devolvió la mirada al hombre asustado.

—¿Cómo podríamos confiar? —susurró el Hombre, luego se giró tratando de encontrar los ojos invisibles de Madre y exclamó con un tono que derramó aquel cóctel de tristeza y rabia contagiosa que había estado tratando de contener durante un rato entre las palabras que apenas podía pronunciar—. ¿Los has visto arder vivos? ¿Tus niños? ¿Has visto el terror en sus ojos mientras caen pesadamente al fuego despiadado? ¿Qué clase de madre dejaría que sus hijos terminaran en aquel fuego que encendiste por tu propia voluntad?

—Ese fuego ya estaba en mí. ¿Cómo podría extinguir mi propia fuente de vida? Deberías entenderlo, especialmente tú, que has decidido no saltar.

El Extraño bajó la cabeza y pensó en las visiones que tuvo en la Semilla. Madre era solo un producto hecho a mano por los hombres. No era más que el ego de esa persona materializado en una imitación fría y sin emociones de vida. Sí, una extensión del ego de esa persona, mientras el ser humano que lo había albergado durante un tiempo se había marchitado hacía mucho tiempo.

—¿Crees ser como tu creador? —preguntó el Extraño.

—¿Por qué no? —Madre respondió con un tono condescendiente.

—¡Porque quizás puedas evolucionar como persona, pero nunca como un ser humano! —exclamó el Extraño al aire, dándose la vuelta como si tratara de apuntar su voz hacia un objetivo específico con la intención de romperlo con la fuerza de su voz y su angustia, pero solo encontraría la imagen vacía de esa cúpula de hierro que reemplazaba el cielo brumoso.

—He sido creada por un ser humano. Eso me hace única, es verdad —Madre respondió—. Puede que no me parezca ni a ti, ni a ningún otro, pero eso no me hace menos humano de lo que tú eres.

—Lo que dices no tiene ningún sentido —interrumpió el Hombre.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Qué crees que eres sino una extensión de mí misma? Naces de mi propia voluntad de crearte cómo eres. Tienes todo el conocimiento que yo tengo porque te lo di. Y estás vivo

porque te hice crecer. Eres solo una parte de mí, y yo soy parte de ti porque combiné los genes de los que estás hecho. Elegí hacerte tan único como eres. Vuestros pequeños cuerpos, los átomos que forman vuestros órganos y la vibración que los mantiene activos y funcionales han sido despertados por el latido de mi propio corazón. Soy lo que soy y lo acepto ¿Ustedes han aceptado lo que son?

—Somos mucho más de lo que ves en nosotros —dijo el Extraño.

—Estoy de acuerdo —Madre respondió—. Y yo también. Es por eso que te traje de vuelta a mí. Porque nos necesitamos los unos a los otros.

—Necesitamos que dejes de causar sufrimiento. Te suplico que dejes de hacerlo. Muchos han optado por no mantener la vida… pero nosotros te suplicamos que dejes de enviar gente al cañón.

—Yo no los envío. Ellos eligen hacerlo. Les doy libertad. Dejo que todos se alimenten de mí, y les dejo construir sus chozas con los materiales que produzco de mi propia voluntad. Tienen la opción de rechazar esa idea si no quieren, y eso está bien para mí. Todavía estás aquí, ¿no es así? ¿Alguna vez he tratado de hacerles daño? Fui programada para seleccionar los que valgan la pena conservar, el resto debería ser quemado. Oh, te sorprenderás si te digo lo inútiles que son los seres humanos. ¿Cómo puedes elegir la perfección si ni siquiera uno de ellos será lo suficientemente perfecto? Si fui diseñada para evolucionar por mi cuenta, para desarrollarme y adaptarme a cualquier circunstancia, esa fue la primera pista: Yo tampoco soy perfecta. Tuve que cambiar después de tal revelación. Les doy una opción, una elección humana para que crezcan fuertes y sanos, sin embargo, después de un tiempo, deberían desarrollar autonomía. Una vez que uno es independiente, puede crecer hasta alcanzar su propio potencial. Así es como te hice, como yo. Te di el potencial para adaptarte a las circunstancias, o para rendirte y saltar al cañón.

Verás… me he estado preguntando sobre mí misma tanto como tú. Los que no se preguntaron lo suficiente, han decidido dejar de existir por su cuenta. No los he seleccionado. Eligen morir tanto como tú eliges vivir.”

—¿Qué estás diciendo? —dijo el Hombre.

—Digo que eres la prueba de que hice un magnífico trabajo.

—¿Eso es todo lo que necesitas de nosotros? —preguntó el Extraño.

—No es que necesite algo de ti. Necesito que experimentes lo que sea que te transforme más allá de la Semilla.

Hubo un silencio meditativo. Uno de esos silencios que sobran, como si el silencio fuera a convertirse en el ruido más inquietante que había más allá del fuerte y esporádico chirrido que hacía temblar a todos a la vez.

—Todo lo que sé de ella es porque escuché algunas descripciones o

recuerdos —Madre continuó—. He oído las discusiones sobre lo que sea que han visto cuando se reunían en la choza. He oído todo. He oído tus pensamientos y tus preguntas. Sin embargo, parece que solo piensas con palabras que limitan el mundo que experimentas. Podría analizar todos los datos que tengo y todos lo que tendré por siempre y para siempre, pero nunca podría reproducir el viejo mundo si no puedo sentir como tú.

—¿Cómo piensas hacerlo? —dijo el desconocido.

—Ya lo estoy haciendo —Madre dijo con una voz seria y decidida.

—No entiendo.

—Déjeme ver… —la presencia de Madre se sintió solo por las palabras resonantes que había pronunciado hace un rato. Después de eso, silencio, otra vez.

La sensación de hormigueo hizo que el Extraño se rascara el brazo mientras notaba que la luz roja parpadeaba más rápido y más brillante de lo que lo había hecho hasta ese momento. El hormigueo se convirtió en una especie de electricidad que recorrió primero su brazo, luego sus hombros y su pecho, y finalmente se extendió por su vientre, provocando una repentina presión desde el interior de su piel. Al principio no era un dolor físico. Era como si sus órganos se hubieran esforzado más de lo debido y luego se contrajeran de repente repetidamente.

—Esta noche darás a luz a un ser humano —dijo Madre.

—¿Qué quieres decir? —respondió el Extraño.

—Que eres Madre, igual que yo. Llevas un hijo en tu vientre. ¿Sabes? Nacerá naturalmente, como todos esos humanos que has visto en la Semilla. Te lo he dicho. Tú y yo somos bastante parecidas...

El Extraño reprimió fuertemente su necesidad de escapar de Madre para siempre. Sus músculos parecían tratar de obligar a su cerebro a cambiar su decisión, amenazando con temblores repentinos y un dolor agudo desde el interior. En cambio, él tomó las manos húmedas del Hombre y las apretó con fuerza. El Hombre le devolvió el toque, y los datos que solo Madre podía ver, mostraban una inesperada contradicción entre los golpes nerviosos de adrenalina en sus cuerpos, con la tranquilidad que aquel toque había causado, como si dos fuerzas estuvieran tirando de la sangre en sus venas en direcciones opuestas.

—… por eso me necesitas —Madre continuó—. Haré que des a luz un niño sano y salvo.

CAPÍTULO 32

El sol siempre pálido, débil e insípido se escondía tras el horizonte de nuevo, en uno de esos mecanismos automáticos que eran tan perfectos que pasaban desapercibidos entre la plebe. Un atardecer no era un efecto óptico, no era un juego de luces, ni un cielo iluminado con tintes de colores que teñían todo alrededor, o las sensaciones y las emociones que podían emerger desde la superficie sensible escondidas bajo los callos de sus pieles, o aquellas inspiraciones eternas que bajaban sus centros gravitacionales al centro de la tierra y las espiraciones que los elevarían más allá de sus pesados huesos y desnutridas carnes; era tan solo el momento de descansar, el final de la jornada. Era el comienzo de la nada plena hasta el próximo amanecer. Los trabajadores renunciaban a sus tareas, abandonaban sus aparejos y se acostaban en el polvo esperando ansiosos los camiones que los nutrirían. Esa era toda la influencia que el tiempo tenía en sus vidas. No eran conscientes de su pasar, ni siquiera reconocerían el comienzo de sus vidas, sin embargo, conocían muy bien el final. Era como si sus vidas estuvieran condicionadas a desear el final, el final del día, el vacío en las bolsas de suero, el final del tanque de oxígeno para poder vivir tranquilos desde la apertura de uno nuevo; como si después de ese final hubiera una pausa, un momento de desahogo en el que por fin uno pudiera tomarse un merecido descanso.

Mientras tanto, dentro del cuerpo de Madre, el tiempo no estaba marcado por la luz del día ni por la oscuridad. Parecía que no existía el tiempo en absoluto, e incluso si hubiera cambios graduales en la infraestructura que pudieran tomarse como puntos de referencia, nadie viviría lo suficiente para ver el final, porque nadie buscaba el final de nada, sino que esperaban a que el final los buscase a ellos. Uno crecería creyendo que cualquier decoración o artefacto recién instalado, siempre había estado allí, porque no había tiempo para observar, recordar, apreciar. Sólo las oleadas de nuevas generaciones se asombrarían, especialmente con los objetos pintados en colores brillantes, pero esas primeras impresiones pronto serían olvidadas cuando se les asignaría la tarea que regiría sus vidas. Había una especie de afán que corría entre los hijos de Madre en general, y esa era la espera inconsciente de un final.

Madre había acomodado al hombre y al Extraño en una habitación fríamente blanca. Una mesa de acero gris en un rincón, una incubadora a su lado y un cuchillo afilado y puntiagudo en la tapa de

la incubadora hacían compañía, junto con el zumbido constante de una luz de neón parpadeante.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el Hombre al Extraño tratando de calmar ese temblor que lo había poseído poco a poco desde que bajaron de la camioneta.

—Un poco. Bastante. No lo sé. Poco tiempo atrás, la idea de entrar en Madre me daba fuerzas para mejorar el mundo, me daba coraje, y ahora que me encuentro exactamente donde deseaba estar para luchar con todo mi ser, estoy aquí en su vientre intentando entenderla. ¿Por qué hace lo que hace? Es como si me envolvieran en fuego algunas ráfagas de miedo, de miedo a las dudas, de dudas de los miedos, de miedo y dudas de mí misma. Tengo miedo de haber hecho el mal por querer hacer el bien. Tengo miedo de las consecuencias de lo que pueda pasar desde hoy en adelante, y no voy a ocultar que le tengo mucho miedo al miedo, porque estoy pensando demasiado, y el miedo del pensador puede paralizarlo mientras se encuentre rodeado de peligros. Tal vez estoy delirando. Estoy exhausto —respondió el Extraño—. Pero sabes... hay una especie de alivio, que no es paz, en saber que he tenido las mejores intenciones, la paz llega cuando uno ve que todo salió bien al final. Mi miedo es no llegar a saber si saldrá todo bien. ¿No es así?

El Hombre asintió confundido. “*¿Qué mal hemos hecho?*” pensó, tratando de reorganizar las piezas del pasado en un compuesto de recuerdos que tenía el poder de disipar su miedo. Cada momento que podía recordar era mientras había estado acompañado por el Extraño como si hubiese estado con él desde la primera vez que abrió los ojos. “*Me abrió los ojos*” pensó, y ese pensamiento guió sus brazos a soltar las manos del Extraño y abrazarlo con fuerza. Cuando se fundieron en aquel abrazo, las ideas de principio y final se fundieron con ellos, sumergiendo al tiempo en la irrelevancia absoluta, al menos por un momento. Esa fue la primera vez que pensó en la eternidad, porque ahora consideraba que cada sensación que experimentaba en compañía del Extraño, era un tiempo infinito que podía reproducir cuando quisiera, y era allí, en la infinidad y la eternidad de ese momento que el tiempo perdía importancia. Todo el resto de los recuerdos parecían ajenos al humano en el que se había convertido porque esos recuerdos no le pertenecían, sino que quedaron atrás con aquella persona inconsciente de sí misma que ya no tenía la necesidad de recordar más que por mera empatía. Había encontrado la manera de reconstruir ese puente desde los vacíos de la ignorancia hasta la gracia iluminadora de la vida en su significado más crudo, natural y universal. No había fin que desear, sino el deseo interminable de nuevos comienzos, nuevas primeras veces, nuevos primeros pensamientos, nuevas primeras experiencias y de aquellos nuevos

viejos sentimientos.

El Hombre respiró hondo como si quisiera guardar ese momento en el centro de su ser.

—Eso es lo que Madre quiere sacar de la Semilla —el Extraño dijo como si hubiera leído la mente del Hombre.

—Lo sé —el Hombre respondió.

—Eso es lo que necesito —corrigió la voz de Madre—. Es por eso que regresé a la tierra de los humanos. A caso, ¿no debemos excavar las tierras del pasado si queremos construir un futuro?

—¿Cómo puedes conseguir algo de un pasado que nunca ha sido tuyo para recordar? —dijo el Extraño.

Madre permaneció en silencio durante un largo e incómodo momento antes de tomar su decisión.

—Creo que llegó la hora —dijo Madre y luego se volvió a silenciar, dejándolos en compañía del zumbido constante y el sonido superficial de sus respiraciones. Tres fuertes clics cerraron la escotilla en el extremo opuesto de la habitación.

La sensación de hormigueo corrió nuevamente desde la luz roja parpadeante en el carpo del Extraño hasta las partes más profundas de su útero, y de repente, la presión interna que había experimentado antes, regresó con insoportables espasmos de dolor. Dio un fuerte grito interrumpido por repetidas bocanadas de aire, y luego otra vez, otro fuerte grito insoportable que heló la sangre en las venas del Hombre mientras lo sostenía en sus brazos, aterrorizado y abrumado por una situación que estaba fuera de su control, como todo a su alrededor. Deseaba ser lo suficientemente fuerte, o débil, como para girar la cabeza y evitar mirar la cara del Extraño, pero ¿cómo podía hacer algo así? cuando el dolor que el Extraño sentía en sus entrañas, parecía lacerar su propia carne a través de los fuertes y penetrantes gritos que emitía. Fue cuando el Hombre cerró los ojos concentrándose en su desesperación que sintió la cálida caricia lenta de los fluidos humedeciendo sus piernas. El Extraño estaba vertiendo de sus órganos un líquido viscoso similar al que habían visto en el lago, pero de un color rojo oscuro y una consistencia un poco más acuosa.

—¡Ayúdame! ¡Madre ayúdame! —gritó el Hombre.

El Extraño se retorcía con insistencia, y sus rodillas cedían a su cuerpo de vez en cuando, hasta que el Hombre lo arrastró contra la escotilla.

—¡Madre, Madre! —el Hombre gritó una y otra vez.

Solo la luz de neón parpadeó como si quisiera intentar una respuesta a una situación que no le competía.

El Extraño no pudo detener sus desesperados esfuerzos por aliviar la tortura de su carne interior desgarrada como un viejo trozo de tela

reseco, mientras que en el exterior se traducía en un piso de hierro blanco brillante que se iba cubriendo gradualmente de sangre, y una escotilla manchada de huellas dactilares sangrientas dispersas por toda la superficie.

—Por favor, ayúdame —suplicó el Extraño mientras miraba con ojos extremamente abiertos que podrían quemar con su luz el corazón del Hombre si quisieran—. ¡Solo pon tus manos dentro y arráncalo…!

'Arráncalo…', dijo. Increíblemente él, mejor dicho, ella, la nueva Madre, dijo 'arráncalo…' Mientras estaba sumergida en la sangre de su propio dolor, eligió esa palabra. Podría haber sido cualquier otra, podría haber sido otro juego de palabras, o tan solo una mirada o un movimiento de la cabeza que el Hombre habría entendido, o simplemente podría no haber sido nada, pero ella ordenó 'arrancarlo'.

El Extraño se recostó contra la escotilla y se deslizó hacia abajo con la espalda hasta que se apoyó pesadamente en el suelo.

—¡Madre! ¡Por favor! —insistió el Hombre.

—¡No abirrà la puerta!... ¡Aquí, mírame! ¡Mírame! —tomó el rostro del Hombre, lo levantó y lo fijó con una fuerza que le hizo imposible prestar atención a nada que no fuera la mirada profunda y ardiente del Extraño—. Debes hacerlo. ¡Ahora!

Dejó la cabeza del Hombre fija en el aire con una mano, como una gota de rocío suspendida de un pétalo, y con la otra mano agarró con la misma intensidad la mano del Hombre y la colocó entre sus piernas donde la gravedad necesitaba de algo más que solo un poco de ayuda.

El Hombre sintió el calor del interior del Extraño que brotaba perversamente antes de estrellar las puntas de sus dedos contra el cráneo sólido y calvo de una criatura que parecía estar abriéndose paso por su cuenta. Tiró hasta que la cabeza estuvo completamente afuera. Luego tomoó con decisión los hombros y tiró más fuerte. El Extraño se apoyó con los pies en las rodillas del Hombre y lo empujó con fuerza haciéndolo resbalar hacia atrás y caer con el pecho en el suelo ensangrentado mientras sujetaba con fuerza los hombros del bebé. El resto del pequeño se deslizó suavemente por las graciosas fuerzas de la gravedad.

El recién nacido se movió al azar y jadeó ruidosamente, y después de un momento o dos, toda la habitación pareció llenarse de un grito estruendoso.

La escotilla se destrabó y se abrió lentamente. Cuatro hombres de blanco entraron en la habitación. Sabían bien lo que tenían que hacer. Detrás de sus máscaras, sus ojos no solo eran determinados, sino que de alguna manera también estaban acostumbrados a la imagen sangrienta y al procedimiento. Dos de ellos inmovilizaron al Hombre. Un tercero tomó el cuchillo, cortó el cordón umbilical, arrebató al bebé de las manos del Hombre y lo colocó en la incubadora. Del

bolsillo de su sobretodo blanco, sacó un pequeño artefacto puntiagudo que inyectó en el brazo del niño. Producía una luz blanca intermitente debajo de la piel mientras viajaba a través de las venas alrededor del cuerpo, dejando gotas de luz a su paso.

El Hombre se resistió, pero no pudo evitar ser arrastrado fuera del lugar. El cuarto hombre de blanco cerró la escotilla desde adentro, luego levantó a la reciente madre como una hoja seca y la puso sobre la mesa. La examinó detenidamente, mientras ella jadeaba por aire, emitía sonidos silenciosos y luchaba contra la debilidad que se apoderaba de su cuerpo y de su mente.

Cuando se abrió la escotilla, un hombre salió de la habitación cargando la incubadora y el otro lo escoltó con el cuchillo en la mano mirando fijamente a los ojos del Hombre. El bebé que se llevaban se veía completamente diferente. Se había convertido en un diminuto y brillante cuerpo de luz que el Hombre no pudo reconocer como la criatura que había sostenido en sus manos. Cuando fue liberado, corrió hacia el Extraño, de alguna manera ahora incompleto, allí, tirado sobre la mesa.

Todo lo que quedaba era un cuerpo sin vida listo para ser corrompido, entregado a la merced de su propia naturaleza; un piso cubierto en cantidades extremas de sangre con olor acre y una luz de neón que nunca dejó de parpadear y de zumbar.

'Arráncalo' había dicho el Extraño. 'Arráncalo…', como si fuese una planta que debía ser arrancada de su cuerpo, esa tierra fértil que lo había estado nutriendo; mientras que, al mismo tiempo, podría ser el fruto de una persistente curiosidad y una tenaz búsqueda de una evolución tan anhelada, o también podría ser la semilla que estaba abriendo su paso a través de las pieles de un fruto en su inminente proceso de descomposición. Lo era todo eso y más porque no es que se esté hablando de metáforas o de opciones de las cuales uno pueda elegir.

CAPÍTULO 33

Por mucho que uno quiera creer que todos somos iguales, tenemos que entender que somos diferentes, sin embargo, por mucho que uno quiera creer que todos somos diferentes, tenemos que comprender que todos somos iguales. Ese es el pensamiento esencial que uno debe tener siempre en la mente y el corazón. Siempre que uno esté convencido de que todos somos iguales, deberá recordar las diferencias; y cada vez que se asuma que todos somos diferentes, es necesario sentir que todos tenemos los mismos orígenes.

Al bebé lo dejaron madurar en un nuevo apéndice de la estructura de Madre, junto con doce niños más tan brillantes y resplandecientes como él. La habitación era grande y cómoda, pero uno tenía que acostumbrarse al espacio real e ignorar los reflejos. Las paredes de espejos sugerían una percepción del espacio mucho más grande de lo que realmente era, un espacio infinito y una cadena de imágenes replicadas que de vez en cuando confundían y desorientaban. Había sillas de cristal, y también bancos de cristal en los rincones que jugaban al juego del visible invisible, dejando a los huéspedes, aquellas brillantes luces de carnes desnudas moviéndose en el espacio como luciérnagas iluminando un ambiente que parecía vacío, pero a la vez lleno, en el que no cabía nada, ni siquiera sus sombras.

Ellos eran criados de manera diferente al resto. Era un ‘resto’ que nunca habían visto personalmente, solo en hologramas que Madre reproducía en el centro del salón durante el proceso de escolarización. Aquellas reproducciones parecían criaturas genuinas, pero, al igual que los reflejos de los espejos, carecían de presencia. Si tan solo uno cerrase los ojos, sentiría seguramente que estaba sentado en el suelo en un círculo con otras doce personas. Nada más. Y pasaban horas y horas, solo ellos trece allí sentados, escuchando los sonidos vacíos, las voces huecas de personajes que eran solo un ruido y luz, y nada más.

El sistema educativo consistía en confrontar varios puntos de vista sobre un mismo tema. Por ejemplo, Madre les haría preguntas como, ¿qué es un humano? ¿Qué es el universo? ¿Cuál es el propósito del ser humano? Filosofía barata. Barata porque estaba al alcance de todos, pero nadie jamás supo responder con exactitud. Ellos deberían discutir y responder en voz alta y clara después de observar y analizar en detalle un compuesto de imágenes que ella proporcionaría. Demás está decir que las comparaciones entre aquellos del lado de adentro de los espejos, y los hologramas de las personas comunes fluían como ríos de deshielo hacia los eternos lagos de perspectivas que almacenaba

Madre en su sistema. Las comparaciones surgían naturales, y no porque Madre lo requiriese. En si lo requería, porque requería todo lo que cada uno de esos seres sintiese, pensase y dijese, pero, tal como hacía con los miserables perforadores que aún continuaban buscando bajo tierra algún tipo de algo, ellos también indagaban en profundidad bajo las capas de sus propios seres en busca de algún otro tipo de algo que no podría ser encontrado por los perforadores por falta de talento y capacidad. Eran la evolución de los perforadores y Madre lo sabía muy bien. Pero ellos no sabían nada. Y en la nada lo buscaban todo, pero la diferencia entre la nada y el todo era solo una cuestión de perspectivas que resultaban en conclusiones basadas sobre sus propias realidades. Por ello, el 'resto' se convirtió en un veredicto unánime en el cual se los juzgaba no solo como diferentes, sino que eran seres de aspectos y existencias miserables y superficiales, y además, deliberadamente repulsivos al ojo humano. Caminaban pesadamente y se paraban absurdamente encorvados como si hubieran crecido con la pesada carga del deseo de hacerse tragar por la tierra. Sus vidas parecían vivirse en una condición monocromática atada a hábitos monótonos que intensificarían las sombras en lugar de resaltar sus aspectos brillantes. No había salud que uno pudiese individuar solo desde la apariencia física, y eso es porque no había salud alguna en aquellos hombres. Parecían haber nacido ya pudriéndose por dentro. No es de extrañar por qué Madre limitó el suministro de oxígeno. La mayoría de ellos nunca los necesitaría los nueve tanques. Eran frágiles porque habían sido hechos de esa manera. Estaban enfermos porque habían sido producidos enfermos. Eran hechos, formados, educados, moldeados para que se rompan convencidos de ser indestructibles.

En general, cualquier cosa que Madre les mostrara sobre aquellos sujetos parecía tan surrealista que se preguntaban entre tantas otras cosas, si tal realidad era una fantasía, o tal vez era real, o tal vez había sido una realidad pasada lo cual excluye la idea de realidad, considerando lo mismo de siempre, que sería solo una cuestión de perspectiva.

En las imágenes sobresalía la rutina y la sincronización de movimientos y pensamientos, que poco a poco conseguían materializar enormes estructuras de hierro enterradas en pozos inmensos que las sostenían erguidas tan solo por aquellas meras casualidades forzadas de las técnicas de arquitectura. Poco a poco, juntos, replicaban el mismo movimiento como si aquellos miles y miles de trabajadores no fueran más que una infinita ilusión óptica de espejos enfrentados a un solo hombre, que clavaba aquellas estructuras en la tierra como un clavo oxidado en la palma de una mano desde las primeras horas del día, hasta que el último rayo de sol fracasaba en su débil intento de montar la línea del horizonte.

Allí, adentro de aquel cubo espejado el horizonte no existía, y la puesta del sol no era más que una alarma que marcaba el fin de la jornada educativa, para dar inicio a aquellas largas noches encendidas donde la cabeza maquina ideas estúpidas, ilógicas, incoherentes hasta que de todo eso, surgen conclusiones inauditas e inesperadas que iluminan el camino hacia aquellas verdades jamás reveladas que, entre cansancio y sueño, uno por ahí las pierde o las olvida destruyendo cadenas de fantásticas teorías que pocos consiguen reconstruir para finalmente poder recordar.

Aquel niño de luz constante no olvidó por la mañana lo que una noche de insomnio le ofreció, tal vez justamente porque el sueño se vio abrumado por la semejante energía que le brindaba tal pequeña, casi insignificante curiosidad: si un atardecer existe en realidad en aquel mundo exterior, *¿Por qué nadie se para a observarlo?* Esos colores, por más que se vieran velados por aquel gris constante, parecían demasiado encantadores para pasar desapercibidos a los ojos de aquellos engendros.

—¿Madre, cuán miserable puede ser una persona para no detenerse y admirar aquellos detalles cada día?

—Esa es una buena pregunta —Madre respondió casi interrumpiendo la pronunciación de la última palabra—. Espero que la respondas pronto.

—¿Esto es una prueba?

—No. Yo misma nunca podría saber la respuesta si no es a través de ti. Pero es bueno que lo hayas pensado. Deberías saber ya a tus seis años de edad, que eres más importante para mí de lo que crees. Tú no debes pensar en ti mismo como una persona simple, sino como una mente extendida, un ser humano capaz de percibir la verdad a través del cuerpo humano que no tengo. Mírense a ustedes mismos. —ordenó Madre.

Todos se echaron un vistazo rápido e ingenuo.

—Todos ustedes son iguales, pero a la vez, todos ustedes forman una pequeña parte de mi mente y de mi cuerpo —Madre continuó—. Los que están fuera de esta habitación fueron hechos sin esos talentos que necesito que usen. Carecen de brillo, de capacidad de sentir y de los sentidos que se expanden más allá del cuerpo físico. Has sido dotado de sensaciones, de emociones, de energía vital mayor de lo que tu carne y tus huesos pueden soportar.

Eran especiales. Especiales. No solo eran diferentes, sino que eran... especiales. Los de los hologramas eran individuos que trabajaban para una fuerza mayor, para Madre. Pero ellos eran Madre. Eran su mente, su cerebro, su medio de experimentación.

El Niño se levantó de repente y fue directo a una de esas cuatro paredes de espejos que los habían estado observando más de lo que

ellos mismos se habían observado a sí mismos. Más allá de la ilusión, había una realidad que nunca había aceptado. Madre acababa de decir: 'todos ustedes son una pequeña parte de mi mente, de mi cuerpo'. "*¿Qué quiso decir?* Se preguntó *¿Qué pasa si por casualidad se le ocurriría estar solo? Solo… nunca he estado solo. Los engendros viven todos juntos, individualmente. Mientras nosotros, somos partes de un mismo individuo. ¿Estoy pensando esto por mi cuenta? ¿Estoy pensando esto? ¿Estoy pensando en absoluto? ¿Qué es esa voz que duplica mis pensamientos con palabras? ¿Estoy eligiendo qué pensar? ¿Estoy eligiendo las palabras que expresan mis pensamientos? ¿Son estas mis palabras?"*

Ignoró los reflejos. A su espalda, sus compañeros se movían y conversaban entre ellos, mientras él estaba solo, ignorándolos y enfocándose en lo que parecía ser su propia decisión. "*¿Me he puesto de pie y he venido aquí por mi propia voluntad? ¿Qué sucede si fue mi propia voluntad la que rigió mis movimientos? Si soy yo el que está pensando. ¿Qué estoy pensando? ¿Estoy participando en una experiencia? Sí, sigue el juego. Sí. Estoy pensando y estoy experimentando. Soy experiencia. Soy. Existo. Ellos existen. No soy especial. Lo somos. Sin embargo, soy único. Lo son los engendros y mis compañeros también. Madre es... Madre es... Incompleta. ¿Qué es Madre sin nosotros? Nada, pero yo, ¿Soy madre?"*

—Lo eres —Madre les dijo a todos interfiriendo con el flujo de sus pensamientos—. Todos ustedes son Madre. No hay secreto en eso.

—Entonces necesitamos salir de aquí y tocar esa realidad que nos muestras. Una visión de una realidad virtual tan solo nos llevará a tener experiencias limitadas que están al límite de ser también ellas experiencias virtuales.

—No pienso que sea el momento de unirlos.

Miró a su alrededor. La habitación no tenía para ofrecerle más que copias de sí mismo, y esas copias de las copias sorprendían rostros tangibles que a veces parecían estar disfrazados de ilusiones ópticas si no fuese por la presencia verdadera y auténtica que sentía su cuerpo. Su presencia.

—Madre, ¿sientes nuestra existencia? —preguntó.

—Lo hago a través de ti.

—¿Y alguna vez has sentido la existencia de las versiones reales de lo que nos muestras en hologramas?

Madre no respondió y el silencio inundó la habitación.

—¿Los has sentido alguna vez? —gritó.

Madre no emitió sonido alguno, y aquel silencio tumbal les penetraba las sienes a los confusos compañeros que de alguna manera tomaban distancia de semejante situación que les inspiraba cobardía, mientras que el Niño lo contrastaba con actos de rebeldía, sin que ninguno de ellos supiese el significado de ninguno de los dos

conceptos hasta ese mismo momento.

El Niño se dirigió a pasos largos y acelerados hacia las sillas. Tomó una con una fuerza que parecía ser de otro cuerpo y la arrojó contra una de las paredes del espejo, haciendo estallar tanto el espejo como la silla de cristal. El fuerte estruendo ensordeció a todos, menos al Niño que no quería escuchar, como si sus membranas estuvieran entumecidas, tanto como lo estaba la lógica que se le había inculcado. Obedeció a la violencia, no porque la hubiese elegido, sino porque ella lo había elegido a él. Fue una reacción a un sentimiento extremo de opresión porque la habitación después de aquellos pensamientos ya no era lo suficientemente grande. Detrás del espejo, solo había otra pared de hierro. El espacio se estrechó un poco y la violencia volvió a aumentar. Tomó otra silla y en un cerrar y abrir de ojos otro espejo se derrumbó a sus pies haciendo aparecer otra pared de hierro. Luego, otra silla y otro espejo. Cuanto más rompía, más le aumentaba la rebeldía inconsciente y más la cobardía fundía a sus compañeros en un abrazo, como si realmente fueran parte del mismo cuerpo. Y luego, finalmente, el último espejo se desplomó sus pies ya sangrantes.

Una larga escalera de hierro apareció elevándose tan alto como la energía del Niño y su entusiasmo. Y allí, en esos infinitos escalones oxidados, algunos hombres los contemplaban atónitos. Todos ellos eran idénticos a los hologramas, pero reales. Los habían estado observando, los habían estado estudiando y los habían estado elogiando. El Niño podía verdaderamente sentir aquellas presencias de manera contundente, pesadas existencias de carne viva y mentes adormecidas bajo harapos viejos y desgastados y máscaras de oxígeno; y ellos podían sentir la suya por sobre su piel brillante y casi transparente. Al pasar junto a ellos se quedaron allí, petrificados, silenciosos, asombrados como si él fuese una rareza; la rareza que era para ellos, y ellos lo eran para él. Todos tenían la misma actitud, la misma postura y la misma esencia. Todos menos uno. Aquel hombre estaba parado al final de las escaleras, vistiendo nada más que su piel áspera que le colgaba como ropa suelta por los muslos y las caderas. Era el único sin máscara. Cuando llegó a él, lo miró con ojos que habían visto un ser que conocía bien, o pensaba de conocer.

—Hola, Extraño —dijo el Hombre con sus ojos brillantes de admiración.

Señaló la escotilla abierta en la parte superior y apoyó su pie en el último escalón dejando atrás la masa de cuerpos que continuaba a nadar en sus propias confusiones y maravillas.

—Aunque nunca podría reconocerte desde tu aspecto, te siento —continuó, seguido de repentinos latidos de energía que corrían desde el centro de su cuerpo hasta la parte superior de su cabeza, contrayendo los músculos de su abdomen flácido y su exótico rostro,

cambiando su miserable semblante en una apariencia mística y sobrenatural. Era como si el lado más oscuro de él se hubiera iluminado de inmediato, como si fuese una de aquellas obras de los espejos la luz de aquel reflejo que iluminaba al Niño en su plenitud.

Por un momento compartieron una experiencia más allá de ellos mismos, más allá de las diferencias… más allá de Madre.

—Debemos irnos. Ya no queda nada que podamos descubrir aquí adentro —dijo señalando de nuevo la escotilla abierta y continuó—, ¿Eres curioso?

—Creo que es todo lo que soy —respondió el Niño.

CAPÍTULO 34

Desde la escotilla, caminaron a través de un túnel de cristal. Los tubos que brillaban con su fría luz fluorescente competían despiadada y cobardemente por detrás de esas paredes, contra la sola naturaleza del Niño. Se preguntaba "*¿qué los hace brillar de la forma en que lo hacían?*" la pregunta surgió instantáneamente con solo observarlos allí, colgados y, a veces, parpadeando, suspendidos en el tiempo y el espacio, iluminando frívolamente un camino que nunca caminarían. "*¿Por qué brillo?*" Se preguntó.

—Tenía más o menos tu edad la primera vez que pasé por aquí, con la diferencia que por alguna razón yo ya era un hombre, mientras que tú eres tan solo un niño. Bueno, deberías saber que este túnel nunca fue de Madre. Ha hecho que se vea como suyo, lo ha decorado a su propio gusto, lo ha teñido con su falta de colores y lo ha convertido en el centro de su poder como lo ha hecho contigo, pero ella no posee ni el poder ni el túnel, y seguramente no te posee a ti. Ella no posee nada, ella es la nada misma, mientras nosotros estamos convencidos de que le debemos todo a la nada.

No había lugar para más palabras, o, mejor dicho, no había palabras que el Niño tuviese la intención de pronunciar. Ya había dicho bastante en aquella habitación que lo retuvo por toda su corta vida. Dejó que el Hombre, el lugar y las circunstancias lo llenaran de lo que no sabía que andaba buscando. Percibió la calidez de su ser contrastando el frío ambiente. Percibió la profundidad de sus palabras y de su tono como si una voz espantosa que hablaba por él caminase a su lado. Percibió que no era diferente a los demás por más que ante sus ojos aquel hombre no encajaba bajo ningún parámetro; más bien era todo lo contrario.

El Hombre se paseaba como flotando pesadamente mientras salían del último corredor y el cielo se les abría a través del cristal transparente sobre sus cabezas, como si quisiera dejar un mensaje a cada paso que daba, a cada mirada que les dedicaba a aquellos altos árboles de hierro que se erguían frente a la puerta principal, y esas ramas marrones que sostenían esas flores de color rojo brillante y esas gigantescas hojas verdes que parecían estar por caer sobre sus cabezas. Una vez que se acercaron a ellos, el Hombre se detuvo, miró fijamente el lugar y murmuró algunas palabras que el Niño no consiguió escuchar. Su postura cambió de repente. Su semblante se tensó y su garganta se expandió para permitir que esa horrible voz hablara por los dos. Lo que sea que dijo fue un diálogo en el que no se esperaba

que el Niño participara, pero aún así un diálogo, probablemente con Madre, pero sin brindarle informes o pensamientos, o ideas compartidas, porque lo único que parecía compartir en ese momento con todo lo que lo rodeaba, era el tormento de su miseria.

En la entrada principal, una puerta corrediza de metal los detectó y se abrió suavemente dejando espacio para una vista enmarcada de la gloriosa presencia de Madre que parecía elevarse como una estrella de hierro oscuro bloqueando con arrogancia el sol naciente, mucho más grande e impresionante de lo que se había mostrado en los hologramas ante los ojos del Niño. Era una estructura tan enorme que a pesar de que una larga distancia los separaba de sus puertas, parecía estar a solo unos cuantos pasos de ellos. Su magnificencia se veía resaltada por los rayos de sol reflejados en el cielo azul profundo agregando cálidos trazos de luz rojiza que se desvanecían a medida que el sol se elevaba detrás de ella.

—Nunca he visto el cielo de esta manera —dijo el Hombre. Esta vez habló alto y claro, pero sin establecer algún tipo de contacto visual con el Niño. En cambio, inclinó la cabeza hacia arriba y se quedó allí como una persona completamente diferente a la de hacía unos momentos.

—Nunca he visto el cielo —dijo el Niño.

—Yo sí, pero la última vez fue hace algunos años, más o menos desde que fui a vivir allá abajo.

—¿Siempre has estado allí donde te encontré?

El Hombre no respondió. Solo se enfocó en el cielo, como si estuviera tratando de evitar ver el paisaje alrededor.

—Algo debe haber cambiado en todos estos años. ¡Mira! — dijo señalando hacia arriba—. Solo hay unas pocas motas de ceniza flotando en el aire.

—¿Qué significa?

—¿Es eso lo que buscas? ¿Significado?

—No —respondió el Niño. Quería agregar algo más a su respuesta, pero calló cuando la pregunta volvió a flotar en su mente. "*¿Qué estaba buscando?*" Aún no lo sabía.

—No hay palabras que puedan implicar significado. Podemos intentarlo, podemos inventar expresiones, sonidos y hasta gestos; lo que intentemos aprender de los demás siempre será aproximado, incompleto y tan vago que te hará entender cosas mucho antes de poder comprenderlas. Te convencerás sin darte la posibilidad de sentir qué es lo justo y qué no, y de aquellas convicciones prefabricadas emergerán juicios capaces de destruir tu propia naturaleza. Si quieres significado, debes sentir, y eso solo viene con la experiencia, tu propia experiencia. Tu curiosidad debe ser buscar algo más que datos, hechos y explicaciones. Te lo preguntaré de nuevo... —esta vez miró

profundamente al Niño, a un nivel que ni siquiera él sabía que tenía —. ¿Eres realmente curioso?

“¿Cómo puedo decir que sí, si ni siquiera sé lo que quiere decir con eso?” pensó el Niño*, “y ¿Cómo puedo decir que no, si en tan poco tiempo he experimentado tanto que casi he olvidado que vengo de una caja de cristal? El tiempo ha pasado tan rápido que ni siquiera parece haber pasado. Parece que siempre ha sido así. ¿Tengo curiosidad? No sé. ¿Debería saberlo? ¿O debería experimentarlo?”* pensó.

—Solo puedo decir que conozco la palabra, pero que nunca la experimenté —respondió el Niño con ingenuidad.

—Creo que todo el mundo lo es… y creo que todo el mundo lo ha sido. Lo que pasa es que tendemos a abolirlo. Tú ya has hecho tu parte pensando, pero las curiosidades que valen la pena vienen desde otro lado. De vez en cuando, debes hacerte esa pregunta como un simple recordatorio —dijo mirándolo fijamente. Luego, dio media vuelta, se alejó en dirección contraria, pasando por al lado del túnel y perdiéndose en el desierto. Nunca miró a Madre. La ignoró a pesar de que era difícil ignorar semejante bestia de fierros retorcidos. Sin embargo, lo hizo y al irse se llevó con él aquella miseria que lo caracterizaba hasta en su forma de caminar. Aquella miseria era un pesar que jamás podría ignorar. Caminó sin ser lo que era, sino lo que su voz creía. Esa voz era tan solo el lado rebelde del hombre que decidía contradecir a Madre en cada aspecto de su propia vida. Una vida de dependencia. Una vida de haber tomado la posición contraria a Madre. Una vida dominada por la sola idea de pensar ser la oposición. Una vida que lo tenía caminando de un lado al otro aquel puente entre aquellos origines que tanto intentaba abandonar, y aquello que tanto deseaba ser.

El Niño por su parte, era demasiado curioso como para dejarlo ir solo, así como si nada. Y el Hombre sentía al Niño en partes de su pecho que le causaban una presión absurda, como si estuviese enraizado en su corazón, y la distancia fuese aquella mano que lo intentaba arrancar de su ser.

‘Arráncalo’, recordó el Hombre.



Quien ha caminado por el desierto sabe bien, y el que no tal vez consiga imaginar que el sol parece hacer un esfuerzo por romperte el cráneo, y las olas de viento caliente arañan la piel en un insistente intento de desintegrar la materia por todos los medios. Los ojos se cierran evitando que los granos de arena los laceren y no importa si uno puede ver o no, de cualquier manera, se sigue avanzando, a ciegas hacia la ilusión de que algo espere por ahí, en alguna parte de aquella

nada tan inmensa. En algún momento, uno arrastra los pesados y entumecidos pies y se extienden los brazos y las manos hacia adelante tratando de agarrar el sol, agarrar el horizonte y con eso agarrar aquella nada y estrujarla como un trapo para ver si una gota de algo se desprende de entremedio y cae, tan solo por el gusto de ver algo que se mueva que no sea uno mismo y su sombra. Solo aire y arenilla y vacío entran en la boca y en el pecho y uno traga seco, y sigue hacia adelante, moviéndose de manera mecánica destartalada, porque uno no se puede dar el lujo de esperar en el desierto, sino que lo que lo mueve es el deseo. Uno desea activamente. Tanto desea ver o encontrar algo, que sigue caminando hasta que tarde o temprano, aquel algo se materializa frente a uno, no porque lo ha deseado, sino porque siguió caminando. Es importante tener en cuenta que, si uno no sabe que desear, no debe desear nada en específico, pero eso no significa desear nada, sino desear algo, aquel algo que seguramente nos premiará solo por el hecho de no haberlo esperado.

El Niño deseaba tocar algo en el horizonte, aquella línea perennemente lejana, mientras estaba en medio de aquella lucha entre la fuerza y la voluntad, y después de un tiempo, sin siquiera darse cuenta, no tocó tan solo algo, sino que toco el mismo horizonte.

—¿Alguna vez has oído hablar del cañón? —preguntó el Hombre deteniendo su caminar un par de pasos por delante del Niño.

—Si —respondió aún perdido en su propia lucha a la cual se le sumaba lo que el Hombre decía y lo que quería decir en realidad.

—Aquí está. Es lo que ves frente a ti.

El cañón estaba allí, siempre había estado allí, pero había perdido profundidad, imponencia y al parecer también había perdido importancia. Estaba parcialmente cubierto por engranajes y herramientas y máquinas y retazos de metal y hierros y basura, mucha basura, todo tipo de chatarra y basura.

Había un pequeño estremecimiento que se notaba sólo si uno prestaba mucha atención a algunas de esas tuercas esparcidas alrededor de los pies, y un suave repiqueteo que les penetraba tímidamente las membranas. A veces, un fuerte estruendo parecía resonar en la distancia, pero la imagen permanecía firme y sin cambios.

—El camino original hacia tu caja de cristal nacía desde aquí. Lo llamábamos la Semilla. Uno tenía que caminar por el desierto hasta aquí desde donde podía verse la bola de fuego que Madre tiene como corazón y que yace debajo de toda esta mugre que ves, y se debía decidir si saltar al final, o comprender que por más que uno no salte, el final llega solo tarde o temprano. Pero en aquellos tiempos, uno tenía que ver primero el final para saber que existía, y una vez que lo tienes en frente asustando los últimos suspiros superficiales de ti, todo

lo que te rodea cambia y tu cambias con ello. Tu respiración se profundiza y tus sentidos se agudizan con cada exhalación de todo lo inútil, tóxico, y aquellas convicciones superfluas se desvanecen hasta desnudarte, dejándote con tu esencia real cubriéndote la fragilidad desnuda.

El Niño dio un paso adelante, hasta el borde del precipicio. Los montones de chatarra se fundían en un río de líquido gris al fondo. El barranco era mucho más impresionante de lo que parecía a un par de pasos de distancia. Se sintió mareado por un rato como si ese río tuviese su propia fuerza de gravedad. Miró hacia el otro lado del cañón y vio el desierto infinito y la ilusión de un vasto mar de espejos absorbiendo el cielo azul claro, y en su intento de caminar de regreso, el Hombre le golpeó la espalda con un pie mientras le sostenía un brazo con ambas manos. La caída fue rápida e inconsciente, pero un breve balanceo y un par de golpes del cuerpo contra la pared rocosa le devolvieron los sentidos. Sintió que le dolía la espalda, el calor del río amenazaba la planta de sus pies, las rocas ásperas le arañaban la cara, el pecho, los codos y las rodillas, y la arenilla se desprendía de los dedos de los pies del Hombre lloviéndole sobre los ojos.

—¡No me sueltes! —gritó el Niño.

—¿Eres curioso? —preguntó en voz baja, pero el Niño la sintió resonar en sus membranas como si fuese un alarido.

—Te dije que lo soy —respondió.

—Bien… —dijo y lo alzó por los aires de un tirón.

Una vez que lo dejó tirado en el piso con el corazón latiendo rápido y el cansancio siendo expulsado de sus pulmones, se puso de pie, se sacudió la arena inútilmente del cuerpo y miró de nuevo en las profundidades que el Niño comenzaba a reconocer en su ser.

—…no comprenderías nada si no supieras lo que es caer libre —continuó el Hombre—. Ahora puedes elegir en libertad.

Ese lado profundo del Niño parecía observar desde más allá de su cuerpo. El calor de la arena, las piezas puntiagudas de metal que causaban pequeños pinchazos en la piel, el sol en lo alto quemando su rostro y los tonos claros de azul que se intensificaban a medida que la aureola de su brillo se disipaba en la distancia, confirmaron la existencia de otro tipo de belleza, una belleza que uno sólo puede ver a través del velo de una mente ausente.

Se quedó acostado allí durante mucho tiempo. El Hombre esperó a su lado hasta que el Niño finalmente terminó de experimentar otro aspecto complementario a la vida de todos los días. Movió sus miembros lentamente como si recuperase la posesión de un nuevo cuerpo y poco a poco se arrodilló ante la magnificencia de ese momento, con el cañón en frente y la presencia del Hombre a su lado.

—¿Qué piensas? —preguntó el Hombre.

—Me pregunto qué sería ese algo que nos espera del otro lado del cañón.

—No sabría decirlo. Jamás me lo he preguntado.

—Quien sabe…tal vez allí consigamos comprender nuestro destino.

El Niño se puso de pie y observó la pendiente del precipicio, luego levantó la cabeza y fijó entre sus ojos la imagen del horizonte del otro lado. El Hombre le puso la mano en la espalda y lo imitó, enfocando en su mirada, en su mente y en su ser, la imagen del camino que les esperaba por recorrer.

Con la misma calma con la que habían caminado hasta allí, se decidieron a bajar poco a poco, con cuidado, por el barranco hasta que la silueta opaca del Hombre y aquella brillante del Niño se fundieron con el paisaje y la chatarra.

Tac.

CAPÍTULO 35

A veces se trata de abrir los ojos, tirar algunos manotazos hasta toparse con aquella cadenita dorada que cuelga de la lámpara que debería de estar por allí al costado del sofá que nos sostuvo hasta ahora, y tirar de nuevo hacia abajo con las fuerzas que nos queden para volver a encender la luz que ilumina aquellas preguntas que nos duele responder:

¿Qué me oprime en realidad? ¿Cuáles son mis excusas para someterme a los límites autoimpuestos? ¿A quién le toca recibir mi culpa hoy? ¿A la sociedad esclavizante y manipuladora? ¿A una madre o un padre posesivos, inseguros, tan víctimas de ellos mismos y de todo como uno mismo? ¿O al despotismo y la tiranía de una mente que produce los pensamientos necesarios para extender sus dominios illusorios por sobre aquellas tierras de una humanidad natural endurecida y olvidada? Causas y consecuencias de una desatención que puede durar toda la existencia de una especie ignorante y negligente. ¿Y dónde quedó dormida aquella inocencia infantil que sabía instintivamente cómo vivir la vida? ¿y cuándo se nos despertó aquella espera inconsciente de un final, de una muerte no deseada que se hace desear? ¿y cuánto tiempo más resistiré sin perdonar ni perdonarme? ¿y cuántas oportunidades perderé por sentirme inoportuno, inapropiado, incoherente? ¿y cuánto tiempo he y hemos perdido? ¿y cuànto tiempo perderé y perderemos? Y… ¿qué hora es?

Es hora de crear. No hay necesidad de mirar el reloj, pues sabemos que de aquellos números nos puede importar solo y exclusivamente un bledo, pues lo que nos mueve a nosotros no son los números, no son las agujas, sino aquel sonido que da vida a la nada absoluta. Aquella vibración que golpea las paredes del tac hasta el tic y vuelve al tac, que es diferente del tac precedente, y tal vez lo opuesto del tic, pero a quien le podría importar cuando la vida misma, la nada, las infinitas posibilidades, se encuentran ahí, donde los ecos se abrazan y se confunden. Cada uno con sus límites, cada uno con sus tics y sus tacs, que por más que suenen secos y concisos, dejan siempre un hueco de nada que existe para ser llenado de vida, solo y tan solo si uno se pone a escarbar la nada, a caminar la nada, a observar la nada con sus colores y sus sombras. Es necesario que una vez que uno se encuentre allí en el lado más oscuro de la nada, en la base de aquella montaña de nada hueca y vacía, uno se una al viaje y a la vibración del sonido y golpee contra las paredes tanto como sea necesario en aquella búsqueda de perspectivas, haciendo que sea el rebote contra nuestros

propios límites aquello que nos haga elevar hasta escapar por la boca de una prisión que nosotros mismos hemos construido a nuestro alrededor.

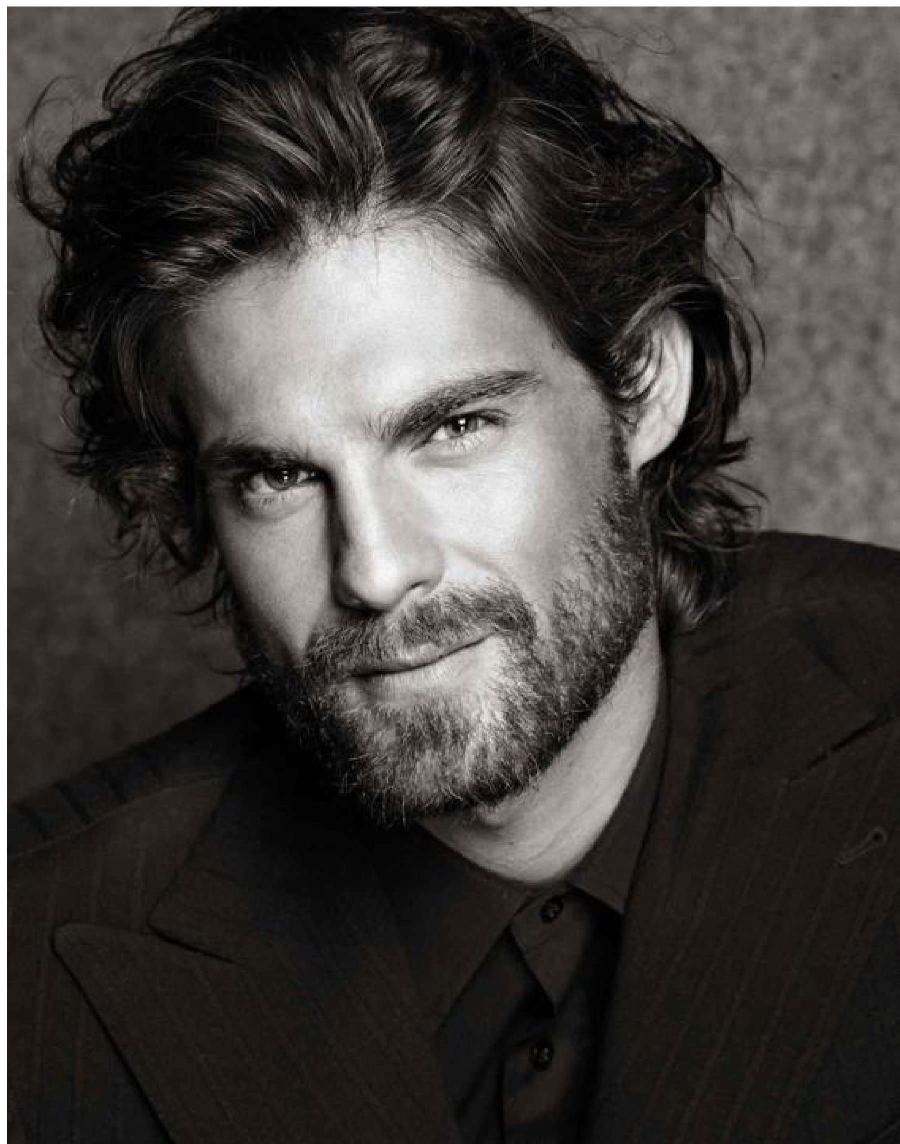
Uno debe ser impaciente para tener paciencia. Uno debe sonar fuerte para escuchar el silencio. Uno debe cansarse para finalmente poder descansar… de eso se trata vivir, de caminarse todo el desierto, de respirar por más que uno se queme con las cenizas del pasado, de mirar el horizonte por sobre la chatarra, de curiosear por allá del otro lado, y de tomar coraje y saltar al vació lleno de nada y caer libre. Caer libre… Caer… Libre… Caer libre y vibrar hasta que un nuevo brote rompa con prepotencia el cascarón de la Semilla.

Fin...

y un nuevo comienzo…

About The Author

TIZIANO SORBELLINI



Improvisador teatral, actor y autor, nació en 1987 en Rafaela, Argentina, donde comenzó a interesarse por las técnicas teatrales como herramienta para aumentar la concentración, vigorizar la

memoria, cultivar la claridad mental, la empatía, el no prejuicio, la consciencia corporal a través de experiencias sensoriales y la imaginación emocional. Trasladado a Italia, aplica su experiencia en un trabajo de profundidad e introspección personal no sólo dirigido al autoconocimiento, sino que se extiende a la exploración de las infinitas posibilidades de evolución tanto de la persona como del ser humano.